
Emma G. Fraser
ESPINAS
en el
CORAZÓN
CORAZONES OSCUROS II

ESPINAS EN EL CORAZÓN

Corazones oscuros II



EMMA G. FRASER

©Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea este electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.
Título: Espinas en el corazón.
©Emma G. Fraser, 2026

PRÓLOGO

Año 1457, clan MacRae

Dicen que nuestro destino está escrito y que no podemos escapar de él, aunque queramos. Lo que no te dicen es que, para llegar a él, primero hay que atravesar un campo repleto de espinas.

Morag aún tenía una edad muy temprana para saber el significado real de eso, pero estaba a punto de comprobarlo. Aquel último día de invierno estaba a punto de llegar a su fin. Había sido una estación muy dura, en la que habían estado a punto de pedir un trozo de pan puerta por puerta de la aldea, puesto que no había dejado de nevar y apenas había animales para cazar en ese lugar cercano a la frontera con otros clanes. Sus padres habían hecho todo lo posible para sobrevivir ese invierno, por lo que el hecho de que ese día fuera el último y pasaran a una esperanzadora primavera suponía un alivio para su pequeño corazón.

Morag acababa de cumplir diez años y a pesar de las estrecheces de la familia, sus padres habían logrado hacer que su día tan especial fuera inolvidable. Incluso sus hermanos mayores habían participado de la sorpresa, como si todos supieran, internamente, que sería el último que iban a pasar juntos.

Morag era la última de cuatro hermanos, y también la única niña, pero Dean, Chris e Ian siempre la habían tenido en consideración y la amaban tanto como sus padres. Daniel y Evelyn MacRae se habían casado años atrás después de vivir un intenso amor que había llevado a Daniel a secuestrar a Evelyn cuando la familia de esta no aceptó su compromiso. Habían tenido a sus cuatro hijos amados y, a pesar de las dificultades, lograban vivir en paz y armonía en esa pequeña casa de la frontera.

Mientras Morag observaba el horizonte y veía caer el sol que había quedado tras la tormenta, pensaba en lo que sería su futuro. Se preguntó a dónde la llevaría el destino y si, tal vez, se quedaría en una casa cercana a la de sus padres para evitar alejarse de ellos. Todo eran cuestiones para ella, cuya mente era tan despierta e interesada en todo que se había ganado más de una regañina por parte de su familia. La niña era muy avispada y solía aprender rápido, por lo que su madre había aprovechado eso para enseñarle a coser y cocinar con la intención de que fuera una mujer de provecho en el futuro. Sin embargo, algo dentro de Morag la hacía desear otras cosas.

Escuchaba a sus hermanos hablar de guerreros con espadas que luchaban por un clan o por el rey, y eso siempre le había llamado la atención, aunque nunca llegara a conocer a alguno de ellos. Incluso a veces creía que esos guerreros eran invenciones de sus hermanos para pasar el rato, pues por allí nunca habían visto semejantes hombres.

A pesar de eso, Morag era una niña feliz que solo deseaba poder vivir su vida de forma tranquila. Sin embargo, desconocía que el destino le tenía preparado algo muy diferente a aquello.

En el momento en el que el sol cayó y solo quedó un pequeño rastro de luz en el cielo, Morag volvió al interior de la casa dando pequeños saltitos. Su madre ya estaba terminando de preparar la cena mientras que sus hermanos y su padre intentaban arreglar un par de sillas que se habían roto el día anterior. Aquella estampa le hizo sonreír. Adoraba a su familia por encima de todo. Y sabía que era un sentimiento recíproco. Sin perder esa sonrisa, se acercó a la mesa, donde la esperaba su madre.

—Pensaba que te quedarías en la puerta hasta mañana —le dijo devolviéndole la sonrisa.

—Es que ha quedado un día espectacular después de la tormenta, madre. No podía perdérmelo —respondió la niña.

—No puedo entender cómo es posible que te guste tanto observar el cielo.

—El abuelo siempre decía que el firmamento era nuestro manto mientras estamos en este plano y que nos recoge y envuelve cuando dejamos de existir aquí.

Su madre rodó los ojos.

—Mi padre siempre decía muchas cosas…

—Pero eso era muy bonito, madre. A mí me gusta pensar que algo invisible me protege y me cuida y que, cuando muera, alguien vendrá a por mí. Es algo muy hermoso.

Dean, el mayor de los cuatro hermanos, se levantó del suelo y se acercó a ella para revolverle el pelo con una sonrisa.

—El abuelo te llenó la cabeza de pájaros, Morag.

La niña hizo un mohín y peinó con los dedos su cabellera castaña. Sus ojos verdes se dirigieron hacia su hermano y le sacó la lengua.

—Di lo que quieras, Dean, pero estoy segura de que, cuando muera, el espíritu del abuelo me recogerá porque yo sí creí en él.

—Dejemos el tema ya, por favor —pidió su padre cuando notó el tono enfadado de Morag, que auguraba una buena tormenta dentro de la casa.

—Cierto, es hora de cenar.

Los demás acudieron a la mesa y se sentaron en las sillas, prometiendo que al día siguiente arreglarían lo que quedaba de las otras que estaban rotas.

—Ahora que ya estamos todos sentados a la mesa, me gustaría contaros algo que aún no os he dicho.

La atención de toda la familia se dirigió a su padre, que sonrió enigmáticamente.

—He hablado con el dueño de una granja cercana y me ha dado trabajo para todo el año.

La alegría dentro de la pequeña casa fue enorme. Su madre abrazó a su padre y sus hermanos se levantaron también para estrecharlo entre sus brazos. Morag, en cambio, se quedó parada en la silla, con una sonrisa dulce en los labios y grabó en su mente aquella imagen de felicidad. Hacía tanto tiempo que no escuchaba carcajadas en su hogar que había olvidado cómo sonaban. Y eso le alegró la noche. Finalmente, cuando logró grabar en su mente aquella imagen, se levantó de la silla y se unió al abrazo; un abrazo familiar que muy pocas veces se había dado, pero que recordaría por siempre, pues sintió que le llenaba el alma.

Pocos minutos después, regresaron a sus sillas y comenzaron a cenar, llevando las conversaciones por otros derroteros mientras Morag se perdía en la inmensidad de sus propios pensamientos. No obstante, al cabo de un rato, su hermano Chris pronunció su nombre y el de un niño de la aldea.

—He visto a Stefan ir detrás de ti en más de una ocasión. ¿Algo que añadir a esa información?

Morag no pudo evitar sonrojarse y resoplar.

—Sí, que algún día le voy a tirar una piedra a la cabeza. No me deja en paz…

—Así que nuestra hermanita tiene un admirador.

Morag miró a Chris con mala cara.

—Si fueras un buen hermano, le partirías la cara en lugar de reírte por perseguirme.

—No hay que pelearse con nadie —respondió su madre mirándola fijamente.

—Es que no deja de molestarme. Me sigue a todas partes y no me deja jugar tranquila.

—Está enamorado, Morag —se burló Ian con una sonrisa—. Déjalo…

La niña gruñó algo que nadie pudo entender porque tenía la boca llena, por lo que siguieron conversando sobre otros temas que les parecieron interesantes, olvidando el sonrojo de Morag, cosa que ella agradeció.

Al cabo de una hora, cuando todo el mundo había terminado de cenar y habían recogido los platos, Evelyn instó a sus hijos a acostarse a pesar de las quejas de estos para seguir despiertos un rato más. La única que no puso objeción alguna fue Morag, que bostezó mientras se encaminaba hacia su dormitorio sin apenas dirigirles la mirada a los demás para evitar más burlas sobre su persona.

Sin embargo, algo dentro de ella la obligó a pararse en la puerta de su dormitorio y la hizo mirar atrás. Desde allí pudo ver de nuevo a sus padres y sus hermanos y sonrió una vez más sin saber exactamente por qué, pero sintió cómo su corazón se llenaba de amor por ellos. Tras esa última mirada, la niña entró en su minúsculo dormitorio y se cambió de ropa, poniéndose el estrecho camisón que se le había quedado pequeño con el último estirón que había dado tras cumplir los diez años. Morag peinó su cabello ondulado y vio los mechones marrones gracias a la luz de la luna que entraba por la estrecha ventana. Sus ojos verdes parecieron refulgir en ese momento y se obligó a acostarse con la intención de hacer algo nuevo al día siguiente.

Sin embargo, el destino había preparado algo muy diferente tanto para ella como para su familia aquella fatídica noche. No habían pasado más que unos minutos desde la medianoche cuando algo comenzó a moverse en los límites de la frontera. Un numeroso grupo de guerreros se esparció entre las calles de la aldea en la que vivían y, puesto que la casa de Morag era una de las más cercanas, fue la primera a la que lograron llegar.

Una fuerte patada abrió la puerta de la casa, provocando que el caos se extendiera por cada rincón de ese lugar.

Morag abrió los ojos de golpe, asustada por aquel fuerte ruido, y

rápidamente, la puerta de su habitación se abrió con el rostro asustado de su madre entrando en él. La niña se sentó en la cama, pero su madre tiró de su brazo con fuerza y la empujó hacia un pequeño armario que había en la esquina del dormitorio.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó cuando pudo recuperar la voz.

—Nos atacan, Morag.

A pesar de esas palabras, la niña no lograba entender realmente qué estaba pasando. Había pasado de tener un plácido sueño a, de repente, despertarse de golpe y verse empujada contra el armario, cuya puerta abrió su madre sin perder tiempo. Apenas tuvo unos instantes para asimilar lo que estaba pasando, por lo que la mente de Morag tuvo que ceñirse a la rapidez del momento.

—Métete en ese armario.

El grito de dolor de su padre, llamó poderosamente la atención de la niña, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Al instante, las voces de sus hermanos mayores rompieron también el silencio de la casa, mientras que el ruido de acero chocando entre sí le puso el vello de punta.

—Mírame, Morag.

Los ojos de su madre habían perdido el brillo que normalmente tenía. Incluso no parecía haber esperanza en ellos. Evelyn le tomó la cara a la niña e intentó sonreírle de alguna manera.

—Pase lo que pase y oigas lo que oigas, que no se te ocurra salir de este armario. No hagas ruido ni nada que llame su atención. Y, si en algún momento te descubren, no llores, no tiembles de miedo, no supliques por tu vida y, ni mucho menos, muestres algún tipo de emoción. Sé fría, Morag, que nadie jamás logre adivinar tus verdaderos sentimientos.

—Pero, madre…

—No olvides que te quiero. Y tampoco olvides lo que te enseñó tu abuelo. Te recogeremos cuando pases al otro plano…

Sin perder más tiempo, Evelyn la empujó dentro del armario y cerró la puerta dando un sonoro portazo. Tras eso, Morag escuchó correr a su madre hacia el epicentro de la pelea, que era en el salón. Desde donde se encontraba, la niña escuchó las voces de su familia, especialmente el grito de impotencia y desesperación cuando vio que mataban a sus hijos frente a

ella sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Morag intentó no llorar, pero las lágrimas salían de sus ojos sin parar, totalmente asustada. Jamás en su corta existencia se había sentido así. Siempre había vivido con tranquilidad y nunca había escuchado pelear así, ni mucho menos había visto matar a alguien. Pero saber lo que estaba ocurriendo en el salón de su casa y no poder hacer nada la rompió por dentro en mil pedazos.

La niña se tapó la boca con la mano cuando escuchó el grito agónico de su madre cuando la atravesaron con la espada. Y, en cuestión de segundos, el silencio fue sepulcral en la casa. Morag sabía que toda su familia había muerto y que la siguiente en hacerlo sería ella. Estaba segura de que iban a encontrarla allí metida y que iba a desangrarse como un cerdo en unos minutos. La niña se arrebujó contra su ropa en el armario y cerró los ojos mientras intentaba adivinar los próximos movimientos de los atacantes.

Escuchó los pasos de los guerreros de un lado a otro de la casa mientras desmantelaban todo a su paso. Su cuerpo comenzó a temblar, pero recordó las palabras de su madre y se obligó a serenarse. No podía mostrar miedo o sería peor. Su madre había acudido presta a ayudar a su marido y sus hijos y había muerto en el intento, por lo que ella no podía ser menos. Sería igual de valiente que ella para que se sintiera orgullosa.

Morag abrió los ojos y, desde una rendija, logró ver luz de una antorcha en el pasillo. Sin moverse, escuchó la conversación y aquella voz del líder atravesó cada uno de los poros de su piel, hundiéndose en su corazón como un clavo ardiente. A medida que se acercaba a su posición, Morag supo que jamás olvidaría aquella voz, pero en ese instante no podía permitirse dejar su mente dispersa en algo tan simple como eso.

Poco a poco, los pasos se fueron reduciendo, confirmándole que los hombres dentro de su casa eran menos, por lo que un rayo de esperanza surgió a través de su herido corazón. Sin embargo, los pasos del líder sí que fueron hacia su dormitorio mientras daba órdenes a diestro y siniestro a los demás.

Morag tragó saliva al escucharlo dentro de su dormitorio.

—Aquí había una persona más que no hemos visto en el salón.

—Tal vez alguno de los muchachos muertos dormía aquí.

—No lo creo. Había más camas en otra estancia y todas las sábanas

estaban revueltas, como estas. Hay alguien más que no hemos visto.

Morag sintió que se le secaba la boca y apretaba los puños contra su cuerpo, como si solo con ese gesto pudiera defenderse.

Y cuando el hombre se acercó al armario, Morag pudo ver por la rendija el broche que pendía de su hombro. Supo que jamás lo olvidaría. Lo grabó a fuego en su mente y estaba segura de que cada detalle del mismo sería recordado hasta el día de su muerte, si no la mataban en ese preciso instante.

—¿Dónde puede estar? —preguntó el otro guerrero.

Con una sonrisa sádica, el líder abrió la puerta del armario y la observó sin moverse. Morag sintió que se hacía más pequeña en ese instante en el que vio la muerte en aquellos ojos. El hombre alargó una mano y la sacudió para empujarla hacia el otro guerrero.

—¿Qué tenemos aquí? Una linda conejita…

Morag no podía hablar. Estaba tan asustada que toda su atención se centraba en no hacerse aguas menores encima. Su mirada aterrada estaba puesta sobre el guerrero, que le sonreía.

—Así que tú eres la pequeña de la casa… Una lástima que todos hayan muerto. Porque lo has escuchado, ¿verdad? Has escuchado cómo morían mientras tú te escondías sin hacer nada…

Morag no respondió. Tenía la impresión de que se había quedado sin habla, pues ni siquiera era capaz de carraspear. Le dolía terriblemente todo, aunque no sabía por qué. Y lo dejó seguir hablando. El hombre se agachó junto a ella y sonrió.

—Pero puedes estar tranquila, conejita. Tú no vas a morir.

Algo debió de ver en los ojos de Morag cuando su sonrisa se ensanchó y negó con la cabeza de nuevo.

—No… Tú vendrás con nosotros.

Y cuando sintió de nuevo la voz en su cuerpo, Morag abrió la boca para preguntar.

—¿A dónde?

Apretó las sábanas con tanto ahínco que estaba segura de que sus uñas

atravesarían la tela y se clavarían en la palma de su mano. Pero no le importaría. Dos años habían pasado desde que Morag había sido llevada a ese maldito lugar y usada como un trapo viejo sin derecho a nada.

La joven, ya adolescente, intentó moverse en la cama, pero le dolía tanto todo su cuerpo que apenas pudo arrastrarse unos centímetros por ella. Estaba boca abajo y aún sentía el lacerante dolor entre sus piernas. Había llegado la noche y ya había perdido la cuenta de cuántos hombres habían pasado por ese maldito dormitorio del burdel para hacerla suya una y otra vez.

El sonido que hicieron las dos monedas al caer al suelo la estremeció. Odiaba ese maldito sonido, odiaba el dinero, a los hombres y a ella misma por seguir viva.

—Ahí tienes tu recompensa. Espero que la próxima vez estés más simpática y receptiva.

El hombre terminó de vestirse y se marchó, dejándola completamente sola. Y únicamente en ese instante, Morag logró recuperar algo de sus fuerzas para mover las piernas. Le temblaban tanto que sabía que no podría sostenerse sobre ellas. La habían arañado, mordido y usado su cuerpo de forma tan cruel que hasta el vientre le dolía después de tantas acometidas. Ya había perdido la cuenta de las veces que había rezado para que jamás la dejaran en cinta, pero estaba segura de que con las palizas que recibía sería realmente imposible.

Doce años. Tenía tan solo doce malditos años y seguía viva. Morag no comprendía por qué demonios la habían llevado allí. La dueña del burdel le había dicho que su pelo castaño y sus ojos verdes serían muy llamativos, y el hombre que la había llevado allí tras el asesinato de sus padres así lo había afirmado.

Esos dos años que llevaba en el burdel no había hecho más que recordar las palabras de su madre. Parecía que esta supiera a dónde la iban a llevar aquel fatídico día, pues sus palabras fueron directas a su corazón. Morag no había llorado, no había mostrado miedo ni había dejado un solo resquicio a la súplica. Había aceptado su destino, convirtiéndose en una prostituta a tan temprana edad, y ya parecía haber olvidado lo que era un abrazo con amor verdadero.

Se incorporó en la cama soltando un gemido de dolor. Entre sus piernas

aún quedaban restos de lo que acababa de acontecer y sintió que una arcada subía desde su estómago. Logró contenerse a tiempo. Sentía asco por los hombres que la usaban, pero también por ella misma. Su cuerpo ya no le pertenecía, y le parecía tan triste que había estado a punto de quitarse la vida en más de una ocasión, pero una voz interna le había pedido que esperase… Esperar, ¿a qué? ¿A que la mataran finalmente o la dejaran preñada con tan solo doce años? ¿Cómo iba a cuidar de un bebé si ni siquiera podía cuidar de sí misma? Simplemente, no podía.

Sintiendo las protestas de todo su cuerpo, Morag se levantó y se vistió. Peinó su cabello y rezó para que ningún hombre más requiriera de sus servicios. Ni siquiera se molestó en mirarse al espejo, pues la imagen que este le devolvía no era la suya. Ella no era esa adolescente de ojos sin vida, pelo castaño ondulado, alta y delgada, con labios prominentes que llamaban la atención de los hombres que la visitaban, mejillas rosadas y pecosa. No. Esa no era ella. Era un muerto que parecía tener vida propia y se movía por el mundo sin alma.

Morag salió de allí para escapar del apestoso olor y bajó al piso inferior para llevarle las monedas a la dueña del burdel. Su entrepierna protestó, pero Morag aguantó el dolor y apretó los puños.

Intentó recordar en ese momento dónde se encontraba, y al acordarse de que su casa estaba realmente cerca, al otro lado de la frontera, todo su mundo se vino abajo. Apenas había tenido unos segundos para despedirse de su familia muerta. El hombre la había arrojado a los brazos de uno de sus hombres y habían atravesado de nuevo la frontera hacia su clan. Maldito fuera el clan… Morag barrió con la mirada a toda esa gente. No eran MacRae, pero ni siquiera se atrevía a pronunciar el apellido de ese maldito clan.

—Eh, muchacha. Parece que tienes la mente en el cielo. ¿Acaso te has quedado con ganas de más?

La voz aflautada de la dueña del burdel llegó a ella y la sacó de sus pensamientos. La miró con ceño fruncido y caminó hacia ella, dejándole sobre la barra las monedas que le habían dado por sus servicios.

—¿Puedo irme ya a descansar?

Morag rezó para que así fuera, y casi sonrió cuando la mujer asintió.

—Tienes que recabar fuerzas para mañana.

La joven frunció el ceño.

—¿Qué pasa mañana?

—Viene el laird con sus hombres.

Los puños de la joven se apretaron inconscientemente, gesto que la mujer ignoró por completo con una sonrisa.

—Quieren probarte de nuevo. Al parecer, eres muy buena con ellos en la cama…

El mundo de Morag se desvaneció bajo sus pies. ¿El laird? Aquel miserable y desgraciado hombre que había matado a sus padres y sus hermanos. Aquel mismo que la había violado infinidad de veces y que la había llevado a vivir una vida asquerosa de la que solo deseaba escapar.

Sin embargo, Morag asintió, sin fuerzas. No quería pelear con ella y se dirigió de nuevo hacia las escaleras. Sus pies se arrastraban por ellas y cuando llegó a su dormitorio, se tumbó sobre la cama y, en apenas unos segundos, se durmió.

El día llegó antes de lo que Morag hubiera deseado. La puerta de su dormitorio se abrió de golpe y entraron un par de mujeres con una bañera y agua caliente. Le ordenaron que se bañara y se quitara los restos de olor de otros hombres, puesto que tenía que estar limpia para la llegada del laird. Con gesto cansado y el cuerpo dolorido por el día anterior, Morag se levantó de la cama y se arrastró hacia la bañera. Sintió asco por la propia agua, pues tenerla frente a sí le indicaba la llegada del maldito laird que la había llevado allí.

Intentando mostrarse fría, a pesar de que ya estaba sola, la joven se desnudó y se metió en la bañera frotando su cuerpo poco a poco. Iba a ser uno de los peores días de su vida. Lo sabía. Cada vez que se presentaba allí su existencia se convertía en un infierno aún peor que el que ya vivía.

Terminó rápidamente de bañarse y se puso ropa limpia. Intentó no gemir a cada paso que daba después de lo que había sufrido el día anterior. Y cuando estuvo lista, bajó a la taberna. Sabía que no podía demorarse, pues eso podría suponer un castigo, golpes o que su cuerpo fuera entregado a más hombres. Y sabía que no podría soportarlo.

—Cambia esa maldita cara, muchacha. El laird está a punto de llegar.

—No es mi laird. Es un asesino.

La dueña del burdel la agarró del brazo y tiró de ella para apartarla del resto de personas.

—Es tu laird desde hace dos años. Tu amo… y le debes sumisión.

Morag prefirió callar, pues estaba segura de que, si respondía, iban a golpearla. Con gesto adusto y mirando a su alrededor para comprobar si alguien era consciente de su presencia, la joven se metió en las cocinas. Fingió comer un trozo de pan mientras se llevaba una navaja a los pliegues de su falda. Cuando la tuvo bien guardada, salió de nuevo para enfrentarse al mundo. Estaba cansada de aquella vida. Prefería morir antes que seguir ofreciendo su cuerpo a unos y a otros. Ese día iba a ser el último y rezó para que su familia la recogiera en el otro lado, tal y como su madre le había prometido.

—¡Están llegando! —exclamó una de las mujeres que trabajaban allí con ella.

Morag se quedó al otro lado de la barra y apretó los puños sobre esta. Respiró hondo y miró cómo los demás alzaban la voz en cánticos cuando el laird entró en el burdel junto a sus hombres.

La vanidad, el orgullo y la soberbia con la que caminaba el jefe del clan hacia adelante provocaba que el espacio en la taberna se llenara tan solo con su presencia. No hizo falta que hablara o que ordenara algo, pues todo el mundo lo idolatraba como si fuera la persona más importante del país.

Morag ni siquiera sintió el frío que penetraba en el lugar a medida que avanzaban los guerreros del laird, pues su mirada estaba fija sobre él. Aún tenía un recuerdo muy fresco del momento en el que abrieron aquella puerta del armario y la encontraron. Ese instante fue tan terrorífico para ella que había estado a punto de hacerse pis encima. Y a pesar de que habían pasado dos años, Morag seguía teniendo esa misma sensación al tenerlo enfrente, aunque con la diferencia de que no se sentía capaz de sentir absolutamente nada.

—Gracias por vuestro recibimiento —dijo el hombre—. Siempre es un enorme placer volver aquí.

—El gusto es nuestro, laird. Hemos preparado a nuestras mejores mujeres para vosotros. Espero que las disfrutéis.

El hombre asintió y dirigió su mirada hacia Morag, que apretó las uñas contra la palma de su mano.

—Hay una que estoy deseando probar, pero le prometí a mi segundo al mando que esta vez sería él el primero en hacerlo…

Morag tragó saliva y dirigió su mirada más allá de los hombros del laird para posarla sobre el hombre del que hablaban. Este, de estatura baja, con barriga prominente y casi sin dientes, la miraba con una sonrisa en los labios. La joven sintió tanto asco que tuvo que tragar varias veces para evitar vomitar allí mismo.

—Y, de hecho, no voy a esperar mucho rato para tenerla —dijo relamiéndose y señalando hacia las escaleras.

Morag apenas fue consciente de lo que pasó a partir del momento en el que el hombre la agarró del brazo y la empujó hacia el piso superior. Todo parecía quedarse en un segundo plano para ella. Incluso las risas que había a su alrededor parecían demasiado lejanas. Y cuando se vio obligada a entrar en una habitación, Morag solo pudo llevar la mano hacia los pliegues de su falda. No supo en qué momento se armó de valor o cuándo sacó la navaja. Lo que sí pudo ver al instante era el cuello rajado del segundo al mando cuando este se acercó a ella para desnudarla a la fuerza. No lo había pensado, tan solo había actuado.

Al instante, la navaja se escurrió entre sus dedos, en el mismo momento en el que el cuerpo del hombre caía al suelo. Morag se miró las manos y se preguntó cómo era posible que todo hubiera sucedido tan deprisa. No había tenido tiempo para pensar, ni siquiera para llegar a la cama o para que el hombre dijera algo. Simplemente, había entrado en el dormitorio y directamente lo había degollado.

De pie, Morag observó al hombre, que se aferraba el cuello sabiendo que la vida se le escapaba entre los dedos. Sus ojos estaban muy abiertos y, sin poder evitarlo, Morag se agachó junto a él.

—Espero que vayas al infierno por todo el daño que me habéis causado. Tus delitos se vengan hoy de ti. Y, tranquilo, el tiempo hará lo mismo con tu laird.

Y en ese instante, como si hubiera sido invocado, el jefe del clan apareció en la puerta. La puerta se abrió de golpe, dejando entrar a un hombre que había acudido allí con la intención de unirse a la fiesta en esa habitación.

Sin embargo, la expresión de su rostro cambió enseguida cuando vio a su segundo al mando en un charco de sangre.

—Pero ¿qué…?

Morag se levantó rápidamente del suelo con la navaja de nuevo entre sus dedos y se lanzó contra él. Sin embargo, el hombre estaba preparado para detenerla. Puesto que era más alto que ella, le propinó una bofetada que logró desestabilizarla, provocando que la navaja escapara de su mano.

—¡Eres una maldita desagradecida! ¡Podría haberte matado aquel día!

—¡Habría preferido la muerte antes que vivir esta maldita vida! —vociferó la joven sin poder contenerse por más tiempo.

Morag sentía que había callado durante demasiado tiempo. Había acatado órdenes una y otra vez, sin quejarse, sin rechistar, sin decir absolutamente nada. Dejó a un lado su propia mente y su cuerpo para dejar que fueran otros quienes decidieran por ella. Pero ya no más. Prefería morir luchando antes que seguir de rodillas mientras otros tocaban y mancillaban su cuerpo.

—Entonces, tranquila. Te voy a mandar rápidamente con tus malditos padres.

Morag estaba preparada para recibir golpes. Los había aguantado durante esos dos años, pero para lo que no estaba preparada era para recibirlos de varias personas al mismo tiempo. En cuestión de segundos, dos hombres más del laird entraron en el dormitorio y la luz en la estancia pareció descender, al igual que el calor de la misma. Un poderoso frío se extendió por su cuerpo. Sabía que la muerte estaba próxima. Había acudido a la habitación para llevarse el alma del segundo al mando del laird, pero también la suya.

Morag intentó protegerse de los puñetazos, patadas y demás golpes que recibía. Todo su cuerpo le dolía terriblemente. Su labio estaba partido, algunos músculos se desgarraban a medida que la golpeaban, incluso temió que algún hueso se le hubiera desencajado, pero llegó un momento en el que Morag dejó de sentir dolor. Tuvo la sensación de que flotaba y que ya ni siquiera los escuchaba. Incluso todo se volvió negro a su alrededor. Ya no había dolor ni malas palabras, tan solo una extraña sensación que no pudo descifrar. Había muerto. Lo sabía. Y era tal la liberación que sentía que sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Los tres hombres se quedaron quietos cuando tuvieron la seguridad de

que la joven había muerto. Sus respiraciones aceleradas tardarían unos minutos en serenarse. Incluso uno de ellos tuvo que limpiarse la boca, debido a la cantidad de saliva que había producido su boca con el placer que le produjo aquella paliza.

La observaron en silencio y Morag ya no se movía. Ni siquiera podía escucharse su respiración. De hecho, tampoco podían vislumbrar los rasgos de su rostro, que estaba ensangrentado. Habían roto su nariz, sus labios, sus cejas, todo su cuerpo. Parecía una muñeca de trapo rota que ya no iba a sobrevivir.

—Aunque no lo parezca, su pecho aún sube y baja.

—Pero con dificultad. No sobrevivirá a esta noche…

El laird sonrió y la movió ligeramente.

—Espero que se encuentre con su familia en el infierno, pues ahí es donde quería ir.

—¿Qué hacemos con ella?

—No la quiero enterrar en mis tierras. Es una maldita furcia. Dejadla en el límite con las tierras MacBean, que ellos la entierren cuando la encuentren.

El día estaba a punto de llegar a su fin cuando el laird MacBean cabalgaba junto a su primogénito rumbo a su hogar. Lo había llevado consigo para enseñarle los pormenores del clan, pues ya tenía quince años y debía ponerlo al tanto de todo para cuando él ya no estuviera en este mundo.

Durante todo el camino, Nathan le había hablado de cómo iban sus clases con la espada y el arco. Incluso le contó todo lo que había ocurrido con sus hombres cuando habían salido a cazar. Y lo hacía con tanto entusiasmo que logró arrancarle una sonrisa a su padre.

Jacob observó el horizonte y respiró hondo. A pesar de que había hecho un buen día, el atardecer parecía prometer lluvia, pues traía ese olor peculiar a tierra mojada que tanto lo caracterizaba. Y lo agradeció inmensamente.

—¿Cree de verdad que yo podría llegar a ser tan buen laird como usted, padre?

Jacob giró la cabeza en la dirección de su hijo. Aún tenía en su rostro los estragos de su edad, pero los disimulaba con la barba que le había crecido un par de años atrás.

—Serás el mejor. Estoy haciendo todo lo posible para dedicarte la mejor educación posible. Te llevo conmigo para que la gente te conozca y vean el hombre en el que te has convertido, Nathan. Nunca dudes de ti mismo.

El joven sonrió y asintió.

—Gracias, padre.

Pero al instante, la sonrisa del joven desapareció y miró por encima del hombro de Jacob. Su ceño se frunció y entornó los ojos. Su padre, al verlo, se giró sobresaltado y también se sorprendió al ver lo que había causado esa expresión en su hijo.

—¿Ese es el cuerpo de una niña? —preguntó incrédulo.

Nathan carraspeó, incapaz de hablar.

—Parece tener casi mi edad. Por Dios, ¿qué le han hecho?

Ambos cabalgaron deprisa hacia los matorrales donde estaba semiescondido el cuerpo de la joven. Saltaron del caballo y se arrodillaron ante ella.

—Pero ¿qué clase de demonio ha sido capaz de hacerle esto?

Nathan llevó un dedo tembloroso hacia el cuello de la joven y comprobó que su corazón seguía latiendo.

—Creo que lo que más me sorprende es que siga con vida…

Jacob miró a su hijo y después a los caballos.

—Creo que, si llegamos a tiempo al castillo, la curandera podrá hacer algo con ella.

—No sobrevivirá al viaje, padre. Por Dios, parece que tiene todo el cuerpo roto…

—Nathan, si cabalgamos más despacio, podrá sobrevivir. Debemos salvarla. Si es una de los nuestros, no podemos dejarla aquí.

—Por supuesto, padre. La llevaré yo. Mi cuerpo pesa menos que el suyo y el caballo podrá con ambos.

Jacob asintió y Nathan corrió hacia el animal para que se acercara a la joven. No pudo evitar santiguarse ante la imagen tan horrible de aquella

muchacha. Tenía el rostro tan ensangrentado que apenas se distinguían sus rasgos. Incluso tenía el pelo pegado a la cabeza debido a la sangre. Y la mala postura de algunas extremidades le indicó que le habían roto varios huesos.

—Con cuidado, hijo.

Nathan asintió, casi sin aliento.

—Quien haya hecho esto debería pagar con su vida.

Ambos subieron el cuerpo de Morag al caballo del joven con sumo cuidado. Y solo cuando por fin estuvo bien sujeta, Jacob tuvo aliento a responder:

—Lo importante es que la muchacha sane. La cuidaremos en el castillo el tiempo que haga falta.

Nathan asintió seriamente.

—¿Y qué haremos cuando sus heridas se hayan curado?

Jacob montó sobre su caballo y miró de reojo a su hijo.

—La convertiremos en una guerrera.

CAPÍTULO 1

Año 1472, clan MacBean

Morag no pudo reprimir una carcajada cuando Nathan le habló de una pequeña pelea que había tenido con su hermano pequeño, Rob. Desde que ella recordaba, las peleas entre ambos hermanos estaban a la orden del día, por lo que escuchar esa nueva le arrancó una enorme carcajada. Normalmente, los motivos por lo que los hijos de su laird discutían eran realmente graciosos, pues carecían de importancia, y más para dos jóvenes que ya estaban en edad casadera. Pero a Morag siempre la animaban.

La relación de la joven con ambos hijos del laird era realmente maravillosa. Desde que la habían llevado al clan, prácticamente moribunda, y había despertado, encontrándose con ambos hermanos, la amistad que surgió entre ellos había ido aumentando con el paso de los años.

La joven había perdido la cuenta de los años que llevaba entre los MacBean, pero la lealtad que les guardaba jamás podría olvidarla.

Habían pasado ya muchos inviernos desde que Nathan y Jacob la habían encontrado en la frontera, tirada sobre la hierba y casi tapada por unos matorrales. La casualidad o el destino quiso que el propio laird la encontraran aún con un pequeño hilo de vida para llevarla al castillo. Allí, la curandera del mismo tuvo que hacer un enorme trabajo para salvarle la vida, y, aunque su esperanza de vida era mínima, tras gran parte de sus huesos rotos, Morag se aferró a la vida y despertó semanas después. Nadie lograba entender qué clase de muchacha era aquella que había sobrevivido a una paliza como la que había recibido, pero lo que sí tenía claro el laird del clan era que iba a hacer de ella una guerrera para que jamás nadie pudiera hacerle lo mismo. Ni siquiera Morag lograba entender qué pasaba por la cabeza de Jacob MacBean para protegerla de aquella manera. Pero desde aquel día, el laird pareció convertirla en la hija que nunca tuvo y la trató como a sus dos hijos de sangre.

En el momento en el que Morag se recuperó y pudo ponerse en pie, los guerreros del clan MacBean trabajaron duro con ella. Le enseñaron a usar la espada, el arco, una daga, incluso utensilios de cualquier índole que podría utilizar como armas si no tenía una espada consigo.

Desde ese momento, la vida de Morag cambió radicalmente. Había

pasado de ser una prostituta a ser una de las mejores guerreras del clan MacBean, aunque las heridas internas que tenía debido a lo que había sufrido seguían latentes en su interior.

Años atrás, Jacob le había propuesto jurar lealtad al clan MacBean para llevar el mismo apellido que los demás, honor que Morag no podía rechazar. Pasó de ser una MacRae a ser una MacBean. Y, sin saberlo, o tal vez sí, Jacob le había dado la oportunidad de empezar de cero, olvidando su pasado atroz y cruel para convertirse en una nueva persona.

A pesar de que tanto Nathan como Rob, e incluso el laird, le habían preguntado qué le había sucedido para acabar casi muerta bajo unos matorrales, Morag no quiso hablar en un principio. Era tanta la vergüenza y el miedo que aún tenía en su interior que no se sentía capaz de hablar de lo sucedido. Sin embargo, con el paso del tiempo, y a medida que la confianza entre ellos fue aumentando, Morag se abrió en canal y, entre lágrimas, las últimas que derramó en su vida, contó todo lo que había pasado con sus padres y en aquel burdel. Y en el momento en el que el nombre del culpable salió de sus labios, el propio Jacob lanzó una maldición.

—Ese hombre es la encarnación del mal… —sentenció.

Cuando Morag terminó de contarles lo sucedido, limpió sus lágrimas y, después de eso, jamás volvió a hablar de lo ocurrido, ni siquiera derramó una sola lágrima más. Tal y como le había pedido su madre, se volvió fría. Ella ahora era una guerrera y no podía permitirse esa clase de sentimientos dentro de su pecho, convirtiéndose en una mujer que, a veces, había dejado entrever la falta de juicio, pues había perdido el miedo a todo, incluso a la muerte.

Cuando Nathan volvió a escuchar esa carcajada de Morag, algo raro en ella, levantó su mirada azulada hacia ella. Desde el momento en el que la joven abrió los ojos con tan solo doce años, mientras él tenía quince, Nathan se había enamorado perdidamente de ella. La consideraba una superviviente, una mujer verdaderamente fuerte con la que poder compartir su vida. Y, sin embargo, jamás se había atrevido a decirle nada, pues sabía que ella lo consideraba como un hermano, al igual que a Rob. La joven, que había logrado llegar a su misma altura, poseía una anatomía que había ido moldeándose con el paso de los años. Había pasado de ser una niña frágil, con muchos huesos rotos, a una mujer con curvas realmente espectacular y atractiva.

Su rostro ovalado le daba un aspecto casi angelical. Su pelo castaño se había aclarado ligeramente con el paso de los años, además de que habían aparecido aún más hondas en sus mechones. Sus ojos verdes habían pasado de no poseer vida a ser muy expresivos, excepto cuando se encontraba delante de una persona con la que no tenía confianza.

Aquellos labios prominentes que siempre tenían un precioso mohín de contrariedad llamaban la atención de Nathan, que había deseado besarlos en más de una ocasión.

Y aquellas mejillas rosadas en medio de su pálida piel le daban un aspecto inocente en medio de la fuerza y frialdad que mostraba como guerrera. Nathan no pudo evitar sonreír al mirar la pequeña cicatriz de su barbilla, herida que él mismo le había hecho mientras practicaban con una daga y que siempre le recordaría lo mal que se sintió cuando la vio sangrar.

La vestimenta de Morag era muy parecida a la de los hombres del clan: pantalón de lana con los colores del clan MacBean, camisa blanca y, a veces, un chaleco con el que protegerse del frío. No obstante, lo más llamativo de su vestimenta no eran los pantalones, sino la infinidad de dagas que guardaba entre su ropa. En sus botas tenía cuatro, mientras que de su cadera pendía no solo la espada, sino un par de dagas más. Su aspecto había cambiado con los años para convertirse en el de una auténtica mercenaria. Y eso le encantaba a Nathan.

—A veces os peleáis por tonterías —dijo la joven rompiendo el silencio que se había generado mientras el guerrero la observaba—. Si vuestro padre conociera la mitad de ellas…

—Nos echaría del clan seguramente.

Morag sonrió y negó con la cabeza.

—Os quiere demasiado como para hacer algo así.

—A ti también. Eres como su hija.

Morag se encogió de hombros, restándole importancia. Nunca había logrado aceptar los halagos.

—Yo soy una guerrera, al fin y al cabo. No llevo vuestra sangre.

—Pero te queremos igual.

Morag arqueó una ceja y lo miró fijamente.

—¿Desde cuándo eres tan zalamero?

—No lo he sido jamás.

—Ayer también me dijiste algo bonito. Voy a empezar a pensar que estás borracho.

Nathan le guiñó un ojo.

—O enamorado de ti —dijo a propósito para ver su reacción.

Morag abrió mucho los ojos y resopló.

—En ese caso, sería una pena porque yo no tengo la capacidad de amar, así que prefiero pensar que estás borracho.

Nathan sonrió y apartó la mirada para que la joven no viera sus verdaderos sentimientos. Le parecía una mujer tan extraordinaria que había logrado encandilar a gran parte de los guerreros del clan, pero era tan fría y calculadora que ninguno se había atrevido a contarle nada de ello.

—Por cierto, ¿tú qué opinas de lo que está pasando en los clanes de nuevo?

Nathan suspiró y se encogió de hombros.

—No estoy seguro de querer pensar en ello ahora, puesto que hace años generó demasiado dolor. Pero las cosas están como antes de la guerra, demasiado tensas. Y no estoy seguro de cuánto tiempo aguantarán los clanes antes de una nueva batalla.

—Pensamos lo mismo, especialmente después de haber estado en la última reunión.

Nathan asintió y se cruzó de hombros, mirándola con curiosidad.

—Cierto. No hemos hablado de tus impresiones. ¿Qué tal con los demás clanes?

Morag arrugó el rostro e intentó restarle importancia.

—Siguen acusando a los demás de los ataques que tienen. Es el pez que se muerde la cola. Pero sí me llamó la atención el clan Chattan.

—¿Alguno de los hermanos en concreto?

Morag arqueó una ceja.

—He dicho el clan Chattan, no uno de ellos.

—Lo han dicho tus ojos…

Morag gruñó entre dientes.

—A lo que me refería es a que parecían estar en tensión todo el rato, como si guardaran algo…

Nathan soltó una carcajada.

—¿Y cómo querías que estuvieran si tenían a sus enemigos entre sus paredes?

Morag lo miró largamente y acabó asintiendo.

—Supongo que tienes razón.

—¿En qué? ¿En qué tal vez alguno de ellos llamó tu atención?

—En que te voy a partir la cara como vuelvas a insinuar que me sentí atraída por alguno de ellos… Y sabes que no me importa que seas el hijo del laird.

Nathan le guiñó un ojo y abrió la boca para responder:

—De acuerdo. Ahora te hablaré en serio. Tengo la sensación de que se está estrechando el cerco sobre algo. El laird Comyn ha sido asesinado, y dicen que se dirigía al castillo Chattan para hablar con Rowan porque había descubierto quién era el culpable de todo esto. No sé si esta información es real, pero es lo que me ha llegado. Por lo tanto, supongo que tal vez los Chattan y los Comyn son meras víctimas de alguien más fuerte.

Morag frunció el ceño.

—¿De verdad crees eso?

—¿Tú no? Sería algo realmente bueno, porque querría decir que, junto con nosotros, somos inocentes.

—Los Chattan reflejaban muy poca inocencia en sus miradas. Te lo aseguro.

—Bueno, reconozco que no son muy simpáticos, especialmente el segundo al mando, Sloan.

Morag levantó la mirada a él, aunque la apartó cuando el interés de Nathan volvió a fijarse sobre ella.

—Sloan Chattan parecía tener un palo metido en el culo —terció con voz fría—. Su presencia en la reunión no brilló precisamente por su educación.

—Así que yo tenía razón… Uno de ellos llamó tu atención —dijo con tono divertido.

—Sí, para alejarme de él.

Nathan rio y se levantó de la silla.

—Me encantaría seguir aquí para saber qué demonios hizo ese Chattan, pero tendrá que ser en otra ocasión.

—No habrá otra ocasión, Nathan… —le advirtió.

El guerrero le guiñó un ojo y la dejó sola en el pequeño salón.

En el instante en el que la puerta se cerró tras la salida de Nathan, Morag inspiró con fuerza y soltó el aire poco a poco. Le había puesto realmente nerviosa aquella pregunta del hijo del laird. ¿En qué momento se le cruzó por la cabeza que ella había sentido algo por alguno de los Chattan? Por Dios, ellos eran sus enemigos y había acudido a la reunión tan solo porque Nathan tenía que quedarse a defender el castillo tras los ataques sufridos últimamente en el clan. Además, se había sentido tan nerviosa durante la reunión por la presencia especial de uno de los lairds que apenas tuvo un segundo de respiro como para fijarse en Rowan, Sloan o cualquiera de los Chattan.

Sin embargo, sí hubo algo que llamó su atención en la escasa conversación que tuvo con Sloan. En los ojos del guerrero vio fuerza, seguridad y protección, algo que no había logrado ver con tanta claridad en otros hombres. Desde que se encontraba en el clan MacBean y la habían instruido como guerrera, le habían enseñado a leer los ojos de la gente, pues le dijeron que estos no mentían. Y aquel fuego de acero que la miró, cuando ella le espetó unas palabras, logró decir demasiado. Y eso la incomodó.

Morag se levantó y caminó lentamente hacia la ventana. Desde ahí podía ver con claridad el patio, y cuando se apoyó en la jamba de la misma vio algo que llamó poderosamente su atención. Su corazón se exaltó al instante y sus ojos recorrieron la anatomía del recién llegado. Sin lugar a dudas, aquellos colores en su kilt indicaban a qué clan pertenecía, y no pudo evitar torcer la cabeza al ver que un Chattan acababa de atravesar el portón del castillo.

Sin perder tiempo, y como guerrera del clan, Morag dejó su posición y se dirigió hacia la salida del salón. Caminó deprisa por el pasillo, encontrándose en él a Rob, el hijo menor del laird.

—¿Tú también vas al patio a ver qué está pasando?

Morag asintió seriamente.

—No sé qué demonios hace de nuevo un Chattan aquí si apenas han pasado poco más de dos meses desde la última reunión.

—Me temo que lo vamos a descubrir en unos segundos…

Ambos salieron al patio, ignorando el frío del norte que ese día azotaba sus tierras. Parecía que el frío no la atacaba a ella, pues la joven apenas sentía nada debido a la exaltación que había en su interior. Quería conocer ya qué demonios estaba pasando para que un Chattan se presentara de nuevo en el castillo. Y cuando Morag y Rob llegaron junto a Jacob y Nathan, que habían recibido al recién llegado, el laird los convocó a su despacho.

—¿Ocurre algo con los Chattan? —preguntó Morag mirando de arriba abajo al guerrero que había justo al lado de Jacob.

Este le devolvió la mirada. Sus ojos eran tan verdes como los de Morag, pero su pelo era tan rojo que parecía llamear como el corazón de la joven en ese instante. Las pecas del rostro del guerrero se escondían bajo una prominente barba, y la tensión de sus hombros era tal que el guerrero caminaba de forma demasiado recta.

No obstante, no se achantó ante la mirada fría y casi mercenaria de Morag, que inició la marcha junto a Rob y Nathan, que le apretó la mano ligeramente para que se relajara.

Minutos después, los cinco se encontraban en el despacho de Jacob. Los cuatro MacBean miraban fijamente al recién llegado del clan Chattan, que cuadró los hombros y carraspeó brevemente.

El silencio en el despacho era demasiado abrumador. Ninguno de ellos quería ser el primero en romper el hielo para evitar decir algo salido de tono que pudiera traer problemas a su clan, pero todos estaban deseosos de hablar, incluido el pelirrojo, que no podía dejar de mirar seriamente a Morag. La guerrera acabó sonriendo de lado sin apartar su mirada de él. Lo quería provocar, tal y como hacía con el resto de enemigos, quería que se pusiera nervioso y no pudiera leer su siguiente movimiento. Y cuando el silencio de la estancia la incomodó, la boca de Morag se abrió para romperlo:

—Si sigues así, vas a cagarte encima —le espetó al ver la contención en su rostro.

Nathan y Rob tuvieron que esconder una sonrisa mientras el aludido

apretaba los puños con fuerza y la miraba con odio.

—No es de mi agrado estar en tierras enemigas —le respondió.

—Tampoco nos gusta que nos miren como si fuéramos asesinos.

El pelirrojo arqueó una ceja.

—¿Y no lo sois?

Morag sonrió fríamente.

—Si vuelves a insinuarlo, podrás llamarme asesina cuando te envíe al infierno…

El aludido abrió la boca para responder, pero Jacob chasqueó la lengua, cortando de golpe la conversación.

—Morag… —le advirtió—. El hecho de ser un emisario le da protección.

La joven hizo un guiño, contrariado, para después volver a mirar al pelirrojo, que dirigió sus ojos verdes hacia Jacob, no sin antes devolverle el gesto a la joven, que le envió un beso desde su asiento.

—Mi nombre es Nicolas y vengo de parte de mi laird. Rowan convoca de nuevo a los clanes para hablar con ellos.

—¿Y por qué? La última reunión fue hace apenas un par de meses.

—La situación en nuestro clan es crítica, aunque no solo para los Chattan. Hace poco mataron al laird Comyn mientras cabalgaba hacia nuestras tierras.

—¿Es verdad lo que dicen? —preguntó Nathan—. Que sabía quién era el culpable…

Nic frunció el ceño.

—Habladurías —mintió descaradamente.

Desde su asiento, Morag entrecerró los ojos y lo observó con atención. El nerviosismo que había mostrado el guerrero para responder a esa cuestión de Nathan le hizo dudar de su respuesta, aunque no quiso decir nada al respecto, al menos de momento.

—Mi laird solo quiere volver a hablar con el resto de clanes para evitar otra guerra como la última.

—Nosotros tampoco queremos una nueva guerra, así que asistiremos prestos a su llamado.

Nic asintió y desvió la mirada hacia Morag, que en ese momento miraba con atención sus propias manos, intentando pasar desapercibida.

—Morag y yo volveremos a ir.

Al instante, tras escuchar aquellas palabras de Jacob, la aludida levantó la cabeza de golpe. Había agachado la mirada con toda la atención de pasar desapercibida para así evitar volver a tierras Chattan. Sin embargo, no le había servido de nada.

Intentó ignorar la sonrisa de satisfacción que se dibujó en el rostro de Nic en el instante en el que vio su sorpresa, pero eso provocó que su ira aumentara aún más.

—Esta vez, podría ir Nathan mientras Rob y yo vigilamos el castillo.

Jacob negó con la cabeza.

—Prefiero que vengas tú.

Morag rechinó los dientes y acabó asintiendo. Sin embargo, dirigió su ira hacia el pelirrojo.

—¿Se puede saber por qué me miras así?

Nic sonrió.

—¿Preferirías quedarte escondida aquí?

Morag dio un paso hacia él.

—¿Estás buscando problemas con una MacBean, polluelo?

Dos días después, tras la marcha de Nicolas y la posterior puesta en orden del castillo para la marcha del laird, Morag y Jacob se encontraban colgando las alforjas en sus caballos para iniciar la marcha.

—Si hubiera algún tipo de problema mientras estamos fuera, enviad a alguien para avisarnos —le dijo Jacob a su primogénito.

—Puede ir tranquilo, padre. El castillo está seguro en nuestras manos.

El laird asintió y miró a Morag.

—¿Estás preparada?

—Qué remedio —murmuró, provocando una sonrisa en el que fue su mentor.

—¿Tanto odias a los Chattan?

—Usted sabe que no es con ellos con quien menos me gustaría volver a cruzarme.

—Tienes mi protección.

Morag lo miró y vio en él, una vez más, los ojos de un padre. Y acabó sonriendo.

—Lo sé. Gracias.

Jacob asintió y dejó que Nathan hablara con ella antes de marcharse.

—Ten mucho cuidado con ellos.

Morag le sonrió y le dio una palmara amistosa en el hombro.

—Tú también.

Nathan se encogió de hombros.

—Eres tú quien va a internarse entre enemigos.

—Estoy acostumbrada…

El primogénito del laird le dio otra palmada en el hombro.

—Te veo a la vuelta.

—Por supuesto.

Tanto la joven como el laird de los MacBean montaron sobre sus caballos y se dirigieron hacia el portón, que ya estaba abierto para dejarlos ir. Ambos tomaron el camino que los llevaría a las tierras Chattan con los sentidos puestos a su alrededor. Tal y como estaban las cosas, ni uno ni otro podían fiarse de viajar tranquilos en sus propias tierras, pues el ataque del laird Comyn, tal y como les habían contado, se había dado antes de cruzar la frontera.

Ambos sabían que los mercenarios cabalgaban de un lugar a otro, atacando a diestro y siniestro sin importar a quién mataban, por lo que las manos de Morag y Jacob estaban puestas sobre las empuñaduras de sus espadas.

Sin embargo, el laird no pudo evitar dirigirse a ella cuando por fin dejaron atrás el ruido del castillo y ya no era visible desde la distancia:

—Ya sé que no querías venir, Morag.

—Lo acompañaría a cualquier otro lugar con sumo gusto, incluso al centro de una batalla, pero ahí… no.

—Quiero que tengas cuidado no solo con… él, sino con todos.

Morag se mostró incómoda.

—Siempre lo tengo.

—Pero no solo me refiero a eso. Si los Comyn y los Chattan se han aliado, ahora son más fuertes.

Morag torció el gesto.

—Yo diría lo contrario, Jacob. El laird Comyn ha muerto, por lo tanto, están más débiles. Y no tengo miedo a los Chattan, no parecían tan fieros como quieren hacer creer a todo el mundo.

—Dejaste de piedra al segundo al mando cuando le hablaste…

Morag sonrió con autosuficiencia.

—Lo haría otra vez si fuera necesario para borrarle esa cara de amargado.

Jacob sonrió y asintió.

—Sé que eres totalmente capaz.

El laird la miró largamente mientras la joven seguía dirigiendo sus ojos a su alrededor en busca de alguien que quisiera atacarlos. Los esperaba por delante un largo camino que acabaría en tierras enemigas, por lo que debían llegar con todas las fuerzas necesarias, y un ataque las mermaría sin remedio.

—Estoy muy orgulloso de ti, Morag. No eres la misma muchacha que llegó a nuestro clan hace más de diez años.

La joven giró la cabeza en su dirección y arqueó una ceja, sorprendida.

—¿Por qué me dices eso ahora? —preguntó sin darse cuenta de que lo había tuteado.

Jacob le respondió primero con una amplia sonrisa.

—Porque no lo he hecho nunca, y creo que tu increíble trabajo merece unas palabras de reconocimiento. Eres muy especial.

El ceño de Morag se frunció ligeramente.

—Si lo que intentas es animarme, he de decir que tampoco temo enfrentarme a… él.

El rostro de Jacob se oscureció ligeramente.

—Fue él quien casi te mató.

Morag se encogió de hombros.

—Tú lo has dicho… casi.

—Y, sin embargo, nunca has intentado vengarte. Me parece realmente curioso.

La joven sonrió tristemente.

—Prefiero ver cómo se pudre él solo en su propio odio. A veces, el mejor ejemplo que puedes dar a tus enemigos es hacerles ver que tu vida sigue como si ellos nunca hubieran existido en ella.

—La vida te ha hecho una mujer sabia.

—A base de golpes, laird.

—Sabes que no hace falta que me trates con esa seriedad. No solo me considero tu laird. Para mí eres como una hija.

Morag tragó saliva cuando sintió un nudo en su garganta que le impidió respirar con normalidad.

—Tú también eres muy importante, Jacob.

El hombre sonrió ampliamente.

—No hace falta que te esfuerces, Morag. Ya sé que te cuesta mucho mostrar tus sentimientos. Es una pena que ese desgraciado te rompiera tanto que te obligara a encerrarte en ti misma.

—El tiempo y el destino harán que él pague por todo el daño que ha hecho.

—Yo lo que espero es que ese mismo tiempo y ese mismo destino te curen a ti.

Morag lo miró de nuevo con seriedad y, al cabo de unos segundos, acabó sonriendo con amabilidad.

—Creo que no tengo palabras para expresar el agradecimiento que siento por ti y por Nathan por haberme recogido aquel día.

Jacob se encogió de hombros, restándole importancia.

—Durante un instante, pensé en dejarte como comida para los cuervos —bromeó para hacerla reír—. Después, me dio pena y por eso te llevamos con nosotros.

Morag soltó una risotada y se volvió a mirar al camino. Hablar de aquella

época y el motivo que la había llevado al clan MacBean la incomodaba. Sabía que en algún momento de su existencia debía abrirse y hablar de ello, pero aún no estaba preparada.

CAPÍTULO 2

Más de dos días tardaron en llegar al castillo Chattan a pesar de que la distancia no era demasiado larga. Algunos caminos habían quedado casi impracticables los últimos días después de las lluvias, por lo que tuvieron que dar un rodeo para poder llegar. Eso provocó que tardaran más de la cuenta y que tal vez fueran los últimos en acudir a la llamada de Rowan Chattan. Pero Morag no se mostró inquieta en ningún momento, pues deseaba retrasar la llegada al castillo todo lo que pudiera.

Y cuando se dibujó a cientos de metros de ellos, no pudo evitar soltar un resoplo y mirar al cielo. Este se había quedado totalmente despejado, aunque en la distancia podían verse claramente infinidad de nubes negras que amenazaban con derramar sobre ellos toda el agua que guardaban. No obstante, el frío no había cambiado. A pesar de que en esa época del año debería hacer mejor tiempo, el invierno se negaba a marcharse y aún no podía dejar olvidada la capa verde que en ese momento llevaba sobre sus hombros.

Inconscientemente, cuadró los hombros y mantuvo su rostro frío y calculador. No estaba dispuesta a dejar ni una sola fisura en su interior que pudiera permitirles entrever algo del dolor que aún guardaba en su cuerpo. Tenía las manos completamente congeladas por el tiempo y solo deseaba poder descansar en una cama caliente y beber algo para templar el cuerpo. No obstante, sabía que aún le quedaban días para poder hacerlo, pues hasta que no estuviera de regreso a su hogar no podría llevarlo a cabo.

A medida que se acercaban a la fortaleza de los Chattan, Morag sentía que todo se hacía más pequeño a su alrededor, como si el mundo entero estuviera en su contra y quisiera ahogarla. Los nervios se instalaron en su estómago y amenazaron con hacerla temblar. No haber superado aún lo que le había ocurrido hacía años era algo que le perjudicaba, pero tenía que superarlo. Y sabía que enfrentándose cara a cara con el asesino de sus padres y el que la había obligado a prostituirse era el comienzo para la sanación.

—Mantén la calma y la cabeza fría.

La voz de Jacob la sacó de sus propios pensamientos, y se obligó a sonreír.

—Siempre lo hago. Frialdad es mi apellido.

El laird la miró con una sonrisa y acabó negando con la mirada.

—Me alegra saber que, a pesar de todo, tienes humor.

—¿Qué sería de nuestra vida sin un poco de eso?

—A ver qué nos encontramos —lo escuchó murmurar.

Morag no respondió, pues se había sumido en sus propios pensamientos. El hecho de que el laird Comyn hubiera muerto podría significar una inminente guerra o, peor, que todos los lairds implicados en la guerra fueran asesinados ese mismo día en cuanto cruzaran los muros del castillo Chattan. Fuera como fuera, ella se juró no perder la calma ni dejarse engañar fácilmente por los demás clanes.

Cuando estaban a solo una decena de metros de la muralla, Morag levantó la mirada hacia los guerreros apostados en ella. Habría casi una veintena de fuertes y llamativos hombres que mantenían sus miradas sobre ellos en ese instante y, sin embargo, solo uno de ellos llamó poderosamente su atención.

Sin saber por qué, los nervios de su estómago aumentaron y las manos le temblaron, algo que nadie había logrado desde hacía trece años. Sin embargo, usó la misma estrategia que había hecho desde entonces, se obligó a sonreír de lado y clavó su mirada verde en el acero de aquellos ojos.

Sloan la observaba desde su posición y a pesar de encontrarse físicamente más alto que ella, no pudo evitar que aquella sonrisa ladina de esa maldita guerrera provocara un mínimo sentimiento dentro de él. Vio su seguridad, pero también su promesa de una nueva guerra verbal entre ellos si se atrevía a cruzarse en su camino. Y era precisamente eso lo que iba a hacer en ese momento. La vio acercarse a la muralla y atravesar el portón con la espalda tan recta que pensó que iba a terminar cayéndose del caballo. La seguridad de aquella joven, unida a su arrogancia, provocó que el espacio del patio se llenara únicamente con su presencia. Y eso lo molestó tanto que no pudo evitar lanzar un gruñido de rabia en el momento en el que bajó el último escalón para acercarse a ellos.

Sloan no estaba dispuesto a permitir que nadie más que él llenara el espacio por el que pasaba. Por ello, estiró él también la espalda y cuadró los hombros, provocando que su ya de por sí musculado y poderoso cuerpo resaltara entre los demás. Y a medida que se aproximaba al centro del patio,

donde se encontraban ya desmontando, Sloan carraspeó y obligó a su cuerpo a serenarse para evitar conflictos, tal y como le había pedido su hermano Rowan.

Morag suspiró cuando sus pies tocaron de nuevo suelo enemigo. Casi sintió un escalofrío cuando el enorme portón se cerró tras ellos, pero centró su atención en lo que debían hacer hasta marcharse de nuevo a su hogar.

—Ya pensábamos que no acudiríais a nuestro llamado, MacBean.

La voz del indeseado y antipático segundo al mando del clan Chattan le provocó un guiño, que hizo antes de girarse por completo hacia él. Lo vio llegar con total seguridad e intentando evitar su mirada, algo que hizo sonreír a la joven. Sin embargo, algo en él provocó que estuviera a punto de secársele la boca. No lo recordaba tan alto como en ese momento, ni siquiera tan macizo y vigoroso. Morag tragó saliva mientras se detuvo a observar su anatomía, aprovechando que el guerrero hablaba con Jacob y la ignoraba, como si no existiera.

Vio sus ojos grises, tan fríos como el acero, clavados en su laird. Mostraban la misma ira contenida que meses atrás, y le hizo dudar sobre las verdaderas intenciones de esa nueva reunión. Su pelo, totalmente negro, ondeaba con el viento, provocando que varios mechones cayeran sobre su rostro y haciendo que su aspecto pareciera aún más fiero que de costumbre. Su espesa barba ocultaba gran parte de su rostro, dándole un aspecto salvaje.

La postura que mantenía mientras hablaba con Jacob mostraba desconfianza ante su interlocutor, pero también antipatía, sentimiento que, por su parte, era mutuo.

Vestía el típico kilt con los colores del clan Chattan, y su ropa estaba tan pulcra y cuidada que le indicó que, a pesar de todo, era un hombre que buscaba lucir perfecto en todo momento, ya que ni siquiera Nathan tenía tal perfección en su ropa. Y Morag no pudo evitar reír suavemente, provocando que la atención de Jacob y Sloan se dirigiera hacia ella.

La joven estuvo a punto de gruñirse a sí misma por haberse dejado llevar y haber mostrado algo más que frialdad, sin embargo, ya no podía echarse atrás y esbozó una sonrisa antipática en sus labios al tiempo que miraba con firmeza a Sloan.

—Supongo que recuerdas a Morag, me acompañó en la última reunión.

La joven arqueó una ceja y esperó a que él fuera el primero en decir algo.

—Sí, por desgracia la recuerdo —fue la seca respuesta de Sloan.

Morag se cruzó de brazos sobre el pecho y dio un par de pasos hacia él, quedándose al lado de Jacob.

—Me alegra saber que causé tanta impresión en ti que aún me recuerdas… Espero que, esta vez, sea aún mayor y jamás me olvides. Tal vez debería dejarte una cicatriz… en el trasero… sí, ahí estaría bien.

El guerrero dio un paso también hacia ella, quedándose a menos de un metro de distancia. La altura de ambos era tan similar que ninguno tuvo que elevar la cabeza para mirarse, algo que Morag agradeció, pues así no se sentía tan pequeña.

—Parece que te alegra volver a nuestro castillo…

La joven chasqueó la lengua y torció la cabeza ligeramente, sin perder la sonrisa.

—La verdad es que echaba de menos la simpatía de tus ojos.

Sloan arqueó ambas cejas, mostrando una sorpresa fingida.

—Vaya… ¿te has fijado en mis ojos? Al final, voy a ser yo quien causó demasiada impresión en ti.

Instantáneamente, la sonrisa de Morag se borró y descruzó los brazos para enfrentarse a él.

—Mejor no preguntaré si has soñado con ellos, MacBean…

Morag tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no desenvainar la espada, mientras que Jacob dejó que fuera ella quien solucionara su propio conflicto.

—Claro que he soñado con ellos, Chattan —acabó diciendo la joven—. Especialmente en las diferentes formas de sacártelos…

Sloan rechinó los dientes y dio otro paso más hacia ella, pero Jacob carraspeó en el momento en el que supo que debía intervenir o aquella conversación de bienvenida los llevaría directamente a la guerra.

—Supongo que si habéis pensado que no íbamos a venir es porque los demás lairds ya han llegado…

Sloan llevó sus ojos lentamente hacia él.

—Exacto. Ya os esperan en el salón.

—Entonces, no perdamos tiempo.

Sloan encabezó la marcha hacia el interior del castillo. Jacob lo siguió a la misma altura, mientras que Morag lo hizo unos pasos por detrás. A medida que avanzaban por el pasillo, la joven no pudo evitar esbozar más de una sonrisa cada vez que Sloan giraba levemente la cabeza para comprobar sus movimientos, temeroso de ser atacado por ella. De hecho, en una de esas ocasiones, Morag le lanzó un beso y le guiñó un ojo, provocando que el guerrero lanzara un gruñido y continuara caminando con la mirada puesta en el frente.

Cuando por fin llegaron al salón donde se celebraban las reuniones, Sloan los hizo pasar. Morag pasó por delante de él lentamente, disfrutando de cada paso que daba mientras la rabia del guerrero era cada vez más evidente. Y no pudo evitar torcer el gesto al ver la atmósfera que había en aquel salón. Morag sintió un escalofrío y se puso en alerta, dejando a un lado la diversión que le provocaba incitar al odio a Sloan. Siguió a Jacob y se sentó en un extremo de la mesa mientras los demás los observaban.

Una vez estuvo sentada junto a su laird, su espalda se tensó demasiado al ver que justo frente a ella se encontraba la persona a la que más odiaba en el mundo y que, para su sorpresa, fijaba su mirada curiosa sobre ella. No obstante, Morag logró mantener a raya sus sentimientos y analizó el ambiente en el salón.

La respiración se le hizo demasiado cargada. Allí flotaban tantas emociones que no estaba segura de que los demás tuvieran el valor de contenerse. Morag carraspeó y torció la cabeza, contrariada. Para empezar, ella hubiera hecho la reunión en un lugar donde hubiera algo más de luz, puesto que la ventana era demasiado pequeña y apenas entraba la luz del día. Por lo tanto, habían llevado numerosas antorchas para iluminar las caras de los allí presentes. Y eso le daba un aspecto tan oscuro a aquella reunión que Morag tuvo la impresión de que estaban allí para hacer algún tipo de ritual extraño.

Sus ojos verdes recorrieron lentamente la mesa donde estaba sentada. En esta ocasión, se habían sentado de forma diferente a la anterior reunión. Jacob y ella se encontraban en un extremo y, aunque parecía ser un lugar que nadie querría para sí, Morag lo agradeció, pues al menos estaba lejos de los dueños del castillo. En el otro extremo, Rowan presidía la mesa con su habitual gesto serio y oscuro, mientras que a su derecha se encontraba su

esposa en representación el clan Comyn. A la izquierda del laird Chattan se encontraba Sloan y, para sorpresa de Morag, mantenía su mirada fija sobre ella.

La joven habría querido seguir barriendo la mesa con sus ojos, pero su orgullo la obligó a sostenerle la mirada al segundo al mando de aquellas tierras. Su particular guerra se había iniciado en la anterior reunión, pero jamás pensó que pudiera llevarla a un siguiente escalón en esa reunión. No obstante, no había podido evitarlo. Era tan fácil hacerlo enfadar que molestarlo se había convertido en una necesidad para ella.

Nadie hablaba en la sala, como si estuvieran esperando a que alguien rompiera el hielo. Y ese debía ser Rowan, pues era él quien los había convocado a pesar de no haber pasado los seis meses que pidió el rey.

—Tu cara me resulta familiar. ¿Te conozco de algo?

El corazón de Morag se sobresaltó al instante. El nerviosismo que había desaparecido a su llegada al castillo volvía a hacer acto de presencia y amenazaba con hacerla vomitar allí mismo. A pesar de que se habían visto en la reunión anterior, no pensaba que él podría dirigirse a ella. Ni siquiera llegó a pensar que tal vez podría reconocerla. Y aquella niña que aún no había sanado todo el horror vivido, de repente salió a flote de nuevo.

Morag tragó saliva antes de dirigir su mirada al frente y clavar sus ojos en él. Era la primera vez que lo hacía desde hacía trece años. No había vuelto a verlo y siempre pensó que el destino lo mantendría lejos, pero los había unido de nuevo y ella no podía escapar de allí. De soslayo, vio cómo Jacob se tensaba y apretaba las manos con fuerza contra la tabla de la mesa, pero ella, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, esbozó una sonrisa y se encogió de hombros, restándole importancia.

—Claro que sí. Nos vimos hace poco más de dos meses en este mismo lugar.

Morag rezó para que su voz sonara despreocupada, y supo que lo había conseguido cuando lo vio sonreír.

—Ya lo sé, muchacha. Me refiero a antes de todo esto… Tengo la impresión de que te conozco.

Me violaste más de una vez y dejaste que otros lo hicieran después de haber matado a mi familia, le habría gustado espetarle delante de todos. Sin embargo, Morag dejó escapar una risa y negó con la cabeza.

—Nunca he salido del clan MacBean —le dijo suavemente, sorprendida de su propio autocontrol—. Me confundes con otra persona.

Lo vio fruncir el ceño y encogerse de hombros.

—Tal vez…

Morag desvió rápidamente su mirada mientras intentaba controlar sus nervios, pero, para su propia desgracia, se topó con los ojos acusadores y retadores de Sloan. Sin embargo, no tenía el ánimo suficiente como para sostenerle la mirada en ese instante, por lo que desvió su atención nuevamente hacia Rowan.

—¿Nos vas a explicar algún día para qué nos has hecho venir, Chattan? —preguntó Jason Urqhart.

Los ojos acerados de Rowan se dirigieron hacia él. Su habitual seriedad parecía haberse convertido en una fuerza e ira contenida que parecía estar a punto de ser expulsada de su cuerpo en cualquier momento. Morag no estaba segura de que los demás fueran tan observadores como ella, pero estaba segura de que habían sido citados para algo realmente importante.

—Os he convocado porque hace poco han atacado y asesinado a uno de los lairds que estaba envuelto en esta guerra que hemos tenido desde hace años.

—Un perro menos —murmuró Luke Gunn.

Rowan dio un manotazo sobre la mesa al tiempo que Gillian apoyaba los codos en esta de forma peligrosa y con una seguridad aplastante mientras clavaba su mirada en el laird Gunn.

—¿Cómo has dicho? —preguntó lentamente—. Creo que no te he escuchado bien.

Gunn sonrió de lado y acabó hablando de nuevo:

—He dicho que lo siento mucho. Supongo que ha sido una gran pérdida para ti, muchacha.

Gillian rechinó los dientes.

—Gracias por tus bonitas palabras —dijo con tono irónico—. Eres muy amable, laird Gunn. Al principio, creí entender otra cosa muy diferente…

—El dolor te habrá confundido, muchacha —siguió diciendo Paul.

Gillian le sostuvo la mirada cargada de ira, hasta que finalmente habló

Rowan de nuevo.

—Elijah Comyn fue brutalmente atacado, junto a sus hombres, por mercenarios. Por lo que sabemos, aparecieron de la nada y no tuvieron ni una sola oportunidad para salir adelante. Según él mismo pudo decirnos…

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó Gunn—. ¿Lo dejaron malherido?

—Efectivamente. Elijah Comyn sobrevivió a pesar de la gravedad de las heridas y aguantó hasta que tanto mi esposa como yo pudimos llegar al lugar.

—¿Y qué os dijo? —preguntó el laird Urqhart.

—Apenas tuvimos tiempo para hablar con él unos segundos, pero nos dijo que ese ataque venía de uno de vosotros.

Morag arqueó una ceja y miró de soslayo a Jacob, que se llevó una mano al rostro, preocupado. Rápidamente, como si hubieran encendido el fuego de nuevo entre ellos, los clanes comenzaron a echarse la culpa los unos a los otros. Ni siquiera se preocupaban de hacerle entender a Rowan que no habían tenido nada que ver. Sin embargo, Jacob y ella se mantuvieron al margen mientras observaban la tensión que, claramente, estaba aumentando en el salón.

Morag llevó su mirada hacia la esposa del laird Chattan. En la primera reunión apenas había tenido tiempo de dirigirle un par de miradas, pero en ese instante, mientras los demás discutían, Morag se detuvo a observarla. El dolor por la pérdida estaba reflejado en sus ojos y, en parte, entendió ese sentimiento. El suyo hacía demasiado tiempo que se había quedado guardado en un lugar de su corazón, pero el de esa muchacha estaba aún latente. Vio también rabia en ella, pues parecía tener claro que el culpable efectivamente se encontraba en esa sala y quiso saber quién demonios era.

A su lado, Rowan observaba todo con gesto cansado e iracundo. Habían sufrido un gran ataque, pero lo que no le gustó a Morag en ese instante fue que los hubiera convocado para culpar a uno de ellos. Había sido una artimaña para intentar descubrir quién era el culpable y, como siempre, todos se culpaban entre ellos.

Cuando sus ojos se desviaron hacia la izquierda del laird Chattan, Morag volvió a toparse con Sloan, que la miraba con el ceño aún más fruncido que antes, como si él ya hubiera encontrado al culpable que buscaban. Y sus

siguientes palabras se lo confirmaron:

—¿Vosotros no tenéis nada que decir, MacBean? —preguntó por encima de las voces de los demás.

Morag giró la cabeza hacia Jacob, que no tardó en responder:

—Soy de la opinión de los que dicen que, si no tienes nada bueno que aportar, mejor cállate.

—¿Y ella? —la retó Sloan.

Morag dejó escapar una risa.

—Cuánto ibas a disfrutar que ahora me levantara de la silla y gritara a los cuatro vientos que lo maté yo, ¿verdad? —fue su respuesta—. Pero lamento decepcionarte, Chattan. Mientras los demás os preocupáis de robar y atacar clanes ajenos, en el nuestro intentamos vivir nuestra vida.

—¿Nos estás señalando, muchacha? —vociferó el laird del clan MacGillivray.

—Yo solo digo que los MacBean no hemos atacado a nadie —reafirmó.

Ruairidh Ross dejó escapar una carcajada irónica.

—Eso decís los demás y al final todos los clanes estamos siendo atacados.

—Pues, según el laird Comyn, que en paz descanse, uno de vosotros es el culpable —dijo Jacob lentamente.

Adam MacGillivray llegó a levantarse de la silla para acusar con un dedo al laird de Morag, que se tensó aún más. La cosa que estaba poniendo fea en el salón y, por lo que la joven podía comprobar, nadie iba a defender a nadie para no llegar a las manos.

—Tú también puedes ser culpable, MacBean. No eches la culpa fuera de tu bando.

Jacob se levantó de la silla para encararlo.

—Yo, por las noches, tengo la conciencia tranquila, MacGillivray. Otros no deberíais tenerla tanto, especialmente si vuestro hermano mayor desapareció sin dejar rastro. Algo muy extraño, ¿no?

—¿Qué insinúas? Mi hermano Neil y yo éramos muy pequeños para hacerlo desaparecer.

—No he dicho que vosotros seáis los culpables, pero tal vez vuestro

hermano sobraba para los planes de otras personas…

Ruairidh Ross también se levantó.

—No estamos aquí para hablar de los problemas familiares de los MacGillivray, sino de los dedos que nos señalan a los clanes que estamos aquí. Y lo acusadores son los Chattan y los Comyn.

—Creo que es la primera vez que estoy contigo en algo —murmuró Jason Urqhart—. Nos habéis hecho una encerrona, Chattan, para acusarnos abiertamente de asesinato. Supongo que has tenido la poca valentía de hacerlo así para que viniéramos sin nuestros hombres, así no podríamos declararos la guerra directamente.

Rowan mantuvo una expresión tranquila y oscura, pero se veía a leguas que parecía estar a punto de saltar sobre ellos con la espada en la mano. Había estado observando los movimientos y gestos de cada uno para intentar averiguar lo que Elijah no tuvo tiempo para contarles. Y no pudo evitar lanzar un gruñido de frustración al ver que todos volvían a acusarse como siempre, sin dejar entrever nada que pudiera darle la oportunidad de culpar a uno en concreto. De todos los lairds que había allí presentes, había uno que deseaba atrapar y matar a su hermana tan solo por una maldita visión. Y, sin embargo, no podía salvarla aún.

Inconscientemente, dirigió su mirada hacia Adam MacGillivray y recordó la conversación que habían mantenido con su madre en la que indicaba que el "gato mayor" iba a ayudar a su hermana. Sin embargo, no veía demasiado viable que Adam pudiera hacerlo. Era un ser despreciable que odiaba a todo el mundo y que cargaba con una alforja sobre su espalda que jamás podría quitársela. Y acababan de recordarle el peso que había en ella.

—Esto no ha sido ninguna trampa para haceros venir sin vuestros guerreros. Ni siquiera busco la guerra. Tan solo deseo acabar con todo esto de una maldita vez. De hecho, vuestro enfrentamiento me aburre en demasía. ¿No os cansáis de culparos los unos a los otros? Lleváis años así.

—¿Y qué demonios sugieres que hagamos cuando uno de vosotros nos señala como culpables? —se exaltó el laird Gunn.

—Yo no he señalado a nadie. Simplemente, he contado lo último que nos dijo Elijah Comyn antes de morir. No alcanzó a pronunciar su nombre, pero sí nos confirmó que era uno de vosotros.

Rowan estaba escogiendo las palabras con audacia para intentar

exaltarlos de nuevo, pero sus gestos eran tan fríos como siempre.

—Comyn no debería habernos señalado —dijo el laird Ross—. Eso solo provoca que nos enfrentemos de nuevo.

—No veo que MacBean esté muy exaltado —dijo Rowan mirándolo fijamente.

Jacob suspiró largamente antes de responder.

—Al igual que tú, Chattan, estoy cansado de este absurdo juego de niños. Yo no he hecho nada, MacGillivray tampoco, así como el resto y, sin embargo, seguimos intentando convencer a los demás de que no hemos hecho nada.

Rowan apoyó los codos en la mesa.

—¿Propones algo diferente?

Jacob torció la cabeza y miró fugazmente a Morag antes de responder. La joven frunció el ceño, pues no le gustó ver aquella mirada tan diferente a las demás. Creyó ver un ligero arrepentimiento por lo que estaba a punto de decir, y la joven tragó saliva antes de escuchar sus siguientes palabras:

—Lo que propongo es algo para salvar a mi clan de las acusaciones que puedan verterse sobre él. Yo no he matado a nadie, y menos a Comyn. No es que le tuviera especial aprecio debido a la guerra, pero tampoco me alegro de que acabara muerto de esa forma tan cruel.

La atención de todos los allí presentes acabó por completo sobre Jacob, especialmente la de Morag, cuyo corazón latía con demasiada rapidez.

—Si Elijah Comyn ofreció a su hija como muestra de su inocencia y para aliarse contigo, Chattan, yo también puedo ofrecerte a alguien.

Para Morag, no hizo falta que Jacob siguiera hablando. Su rostro se tornó pálido y negó ligeramente con la cabeza. No podía leerle la mente, pero sabía qué iba a decir a continuación. Lo conocía demasiado bien y sabía que por el clan estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta. Pero, si no se equivocaba, Morag estaba a punto de sufrir la peor de las traiciones que jamás habría esperado.

—Jacob… —murmuró la joven.

El aludido la miró brevemente, pidiéndole disculpas, pero también indicándole que si hacía eso era porque la veía capaz de aguantar y hacerse valer entre esa gente.

—Como sabéis, no tengo hijas.

—Entonces ¿qué puedes ofrecer? —preguntó Rowan.

—Te ofrezco al mejor de mis guerreros por un año y un día.

—No voy a casar a mi hermana con…

—No me refiero a un guerrero hombre, sino a la única guerrera y a la mejor que tengo entre mis filas.

El mundo de Morag se resquebrajó por primera vez en años cuando la mano de Jacob se dirigió directamente hacia ella para señalarla y dejarles claro que la ofrecía como esposa de un Chattan.

—¿Qué? —escuchó la joven que preguntaba Sloan desde su asiento.

Los demás lairds se quedaron perplejos, mirándolo con odio. Sin embargo, Rowan no perdió la compostura.

—Ya no necesito una esposa y no creo que mis hermanos…

—Sloan no tiene —lo cortó Jacob rápidamente.

Morag no pudo evitar lanzar una exclamación entre sorprendida, iracunda y anonadada. Inconscientemente, llevó su mirada hacia Sloan, que apretaba con tanta fuerza los brazos de su silla que sus manos se habían quedado completamente blancas. Sus brazos temblaban de ira y su rostro estaba tan contraído que se le habían formado arrugas en la frente y el entrecejo. Sus ojos grises la atravesaban como si de una espada se tratara y parecía lanzar sobre ella la misma oscuridad que rezumaba Rowan por todas partes. En ese instante, se estaba librando entre ellos una batalla a muerte de la que ninguno estaba dispuestos a arrodillarse y pedir clemencia.

—Me niego a casarme con ella, MacBean.

—Yo tampoco deseo casarme con un Chattan, Jacob —murmuró la joven mirando a su laird—. Por favor…

Lo vio negar con la cabeza.

—Un año y un día, Morag. En un año, volverás a ser libre de este matrimonio.

—Como si me dices que seré libre mañana. No quiero estar casada con él ni un solo día. Es un maldito antipático, gruñón y un monstruo.

—Pero ¿tú te has visto, MacBean? —le espetó Sloan al escucharla—. No eres una mujer con la que yo me casaría.

La cabeza de Morag se giró con tanta rapidez que llegó a sentir un pequeño latigazo en el cuello, pero no le importó. Era tanta la rabia que sentía en ese momento que no era capaz de mantener el autocontrol que había tenido hasta entonces.

—Medítalo, Chattan —dijo Jacob ignorando sus palabras.

—Tu propia guerrera no quiere casarse con Sloan. No quiero obligarlos a…

—Tú mismo te viste obligado a casarte con tu esposa —lo cortó rápidamente—. Y no veo que os hayáis matado…

Rowan tragó saliva y miró de reojo a su hermano. La ira se reflejaba en cada poro de su piel. Nunca había querido obligar a ninguno de sus hermanos a hacer algo así, pero Jacob MacBean tenía razón. Si querían estrechar el cerco entre los clanes, debía aceptar sin mediar palabra.

—Hablaré enseguida con Sloan si tú mismo hablas con tu guerrera.

—¡Rowan, no! —exclamó el aludido—. No quiero casarme con esa… mujer.

Morag arqueó una ceja, esperando el insulto, pero solo gruñó por lo bajo cuando lo escuchó terminar. A su lado, Jacob asintió y la joven supo que su mundo acababa de cambiar para siempre. Miró a su laird con ojos decepcionados, sintiendo ese momento como la mayor traición de su vida. Y, sin embargo, una parte de ella lo entendía. También habría hecho lo que fuera por el clan, pero casarse, después de todo lo que había sufrido a manos de la persona que tenía delante, no entraba en sus planes. Habría luchado hasta dar su última gota de sangre, pero pasar un año entero entre enemigos… ¡Y casada!

—Hablaremos ahora mismo. Y espero que tú también hagas lo mismo.

Jacob se levantó mientras Rowan asentía levemente. Antes de imitar a su laird, Morag dirigió una mirada cortante hacia Sloan, prometiéndole una guerra entre ellos si se atrevía a aceptar ese matrimonio.

—Dame diez minutos, y te daré una respuesta —le pidió Rowan a Jacob antes de que este saliera del salón junto a Morag, que caminaba demasiado tensa.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, un silencio incómodo se formó dentro de la sala, pero Rowan lo cortó rápidamente, pues miró a Gillian

para pedirle:

—Llama a Arran y Kester para que vengan mientras Sloan y yo hablamos.

Las uñas del aludido se clavaron en la madera y no pudo evitar arrastrarlas, arañando la madera de la mesa, pero Rowan intentó ignorar ese gesto para evitarse más problemas innecesarios. No obstante, sus ojos parecieron adquirir vida propia y se desviaron hacia Sloan en un momento de silencio entre todo el mundo, y supo que su relación con él tal vez iba a acabar ese mismo día.

—Dime que esa maldita idea se te ha ocurrido hace un momento y no la traías en mente desde el castillo —fue lo primero que dijo Morag cuando les permitieron entrar en una pequeña estancia para hablar entre ellos.

Jacob cerró la puerta tras de sí y suspiró mientras observaba el estado de nerviosismo en el que se había sumido la joven después de haber lanzado su propuesta.

—Ya sé cómo te sientes, Morag.

—¡No! —exclamó—. No sabes cómo me siento. Nunca podrías saberlo, Jacob. Tanto en la última reunión como en esta he tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para enfrentarme cara a cara con la persona que mató a mi familia y me obligó a prostituirme durante dos años, eso sin contar las veces que él mismo me violó. Y en ninguna de las ocasiones he protestado. Jamás me he quejado de una orden tuya ni he intentado evadirme de mis responsabilidades.

Morag caminaba de un lado a otro para intentar serenarse, pero sabía que era imposible, pues su vida acababa de dar un giro que ni esperaba ni quería aceptar.

—Entonces, no lo hagas ahora, Morag —dijo lentamente con tono suplicante.

La joven lanzó un resoplo.

—Casarme con Sloan Chattan, por Dios. Antes prefiero hacerlo con el mismísimo demonio.

—Es la única manera que he encontrado antes de que los demás comenzaran a lanzar piedras sobre nuestro clan. Las cosas no han cambiado

para nadie y quieren llevarnos de nuevo a la guerra. Yo no busco más enfrentamientos. Y… solo será un año, Morag.

—Y un día… —le recordó—. Y no seré capaz de aguantar ese simple día junto a él. ¿Casarme, yo? No puedo permitir que ese malnacido de Chattan me toque.

—No lo hagas. Por eso te he elegido, Morag. Sé que eres una mujer fuerte, capaz de dejarle las cosas claras a Chattan desde el primer momento. Sé que no te dejarás pisotear ni manejar por él. Sé que eres capaz de dejarle claro quién eres, pero también sé que eres la mujer más inteligente que conozco que puede investigar qué demonios está ocurriendo entre los clanes. Rowan Chattan nos ha convocado para intentar descubrir quién es ese culpable. Así que debemos dejarle claras dos cosas. La primera de ellas es nuestra inocencia con este matrimonio. Y la segunda es que eres muy inteligente y podrás ayudarlos a averiguar qué está pasando.

Morag chasqueó la lengua y se alejó de él con los brazos cruzados a la altura del pecho. No era la primera vez que Jacob le había dicho que era una mujer inteligente. Siempre le había dejado caer lo que pensaba de ella y Morag tenía la certeza de que era capaz de conseguir lo que se proponía. Frente a ella no solo le ponía la traba del matrimonio, sino que le dejaba el camino libre para demostrar de qué pasta estaba hecha. Era un reto físico y mental para ella, pero había una gran piedra en el camino…

—No lo soporto. No aguanto a Sloan Chattan. Es una persona fría, incisiva, grosera, desconfiada y posee un gesto despiadado.

—Es como tú…

Morag se giró hacia él, indignada.

—No me lleves la contraria, muchacha, que eres la versión femenina de ese guerrero.

—Por eso, nos vamos a matar en dos días.

—No. Vais a formar un grupo invencible capaz de conseguir lo que os propongáis.

—No vas a convencerme para aceptar este matrimonio como si fuera la mayor ilusión de mi vida.

Jacob se acercó a ella y puso sus manos en los hombros de la joven.

—Pero sí puedo convencerte para que lo aceptes y puedas demostrarle al

mundo de qué estás hecha. Has oído las burlas de muchos guerreros por ser una mujer, Morag. Demuéstrale a Sloan Chattan que no va a casarse con una mujer cualquiera, sino con una de las mejores guerreras con la que podía cruzarse jamás. Vales más que el oro, Morag. Ayúdame a acabar con esta guerra.

Sloan dio un portazo en el salón donde su hermano lo había obligado a entrar para hablar de algo que no tenía intención de cumplir.

—¡No te atrevas a hablar, Rowan! No voy a casarme con esa mercenaria. ¿Tú la has visto? No la aguanto.

—Pero si solo os habéis visto dos veces.

—Demasiado para mi poca paciencia. Aún recuerdo lo que me dijo en la última reunión, Rowan. Insinuó que podían gustarme los hombres. ¡A mí!

La rabia provocaba que Sloan caminara de un lado a otro sin parar con la mirada clavada en el suelo y los brazos en jarras mientras temblaba, incapaz de contenerse.

—Antes prefiero quitarme la vida y dejaros con este problema… —le advirtió.

—Sloan…

—¡No! —vociferó—. Ni Sloan ni nada, hermano. ¿Cómo voy a aguantarla durante un maldito año si no puedo respirar su mismo aire durante un minuto? ¡Me niego!

—No se trata de aguantarla como tu esposa, sino como un mero trámite para estrechar el cerco entre los clanes. No tienes que yacer con ella, ni siquiera tienes que hablar si no lo deseas. Os casaréis por unión de manos y dentro de un año ella regresará a su clan. Pero, mientras tanto, puede ayudarnos a encontrar al culpable.

Sloan resopló.

—¿De verdad piensas contarle todo lo que sabemos?

—Sí, si queremos que nos ayude.

—Estás loco, Rowan —murmuró Sloan apoyándose contra la pared mientras intentaba recuperar parte de su respiración acelerada—. Nos va a traicionar. No me fío de los MacBean. ¿No has visto cómo se mantenían al

margen mientras los demás peleaban?

—Nosotros hemos hecho lo mismo.

—¡Pero nosotros no hemos hecho nada!

—Y con este gesto, ellos te están demostrando que tampoco han atacado a nadie. Un laird como Jacob no prescinde de uno de sus mejores guerreros tan fácilmente y por nada.

Rowan se acercó a su hermano y se apoyó en la pared junto a él. Ambos se sostuvieron la mirada durante unos segundos, hasta que Sloan acabó murmurando:

—Como se atreva a sacarme de quicio, desataré sobre su maldita vida una poderosa tormenta de consecuencias que no podrá olvidar.

—A veces te pones demasiado poético.

—A ver si esto te gusta más: como me toque las narices, le pienso demostrar de qué tengo hechos los cojones.

—Eso está mejor…

Arran y Kester tamborileaban los dedos sobre la mesa mientras el salón donde se había llevado a cabo la reunión estaba sumido en el más absoluto silencio. Desde que Gillian les había avisado para que mediaran entre los laird mientras Rowan hablaba con Sloan parecían haber perdido una decena de años de vida. No podían soportar la incomodidad que se respiraba en el ambiente, por lo que se miraron entre ellos y carraspearon antes de que Arran rompiera el silencio.

—¿Y cómo ha ido la reunión?

En el momento en el que todas las miradas se dirigieron hacia él, totalmente iracundas, el guerrero sonrió con incomodidad y solicitó la ayuda de su hermano, que no tardó en añadir.

—Ha amanecido buen día, ¿verdad?

El laird Gunn resopló y les respondió:

—¿Vosotros nacisteis así o solo lo hacéis?

Kester dejó escapar una risa.

—Es nuestro encanto natural. Te aconsejo que estudies el tuyo.

—Yo ya lo llevo…

Arran asintió.

—Se te nota —dijo con ironía.

En el instante en el que los gemelos pensaban que se iba a desatar una nueva guerra, Rowan entró en el salón, seguido de Sloan, Jacob MacBean y Morag.

—Chattan, nos estáis haciendo perder el tiempo —musitó el laird MacGillivray.

—Tranquilo. Esta reunión va a acabar enseguida. Mi hermano Sloan ha aceptado el matrimonio con la joven MacBean.

Morag torció la cabeza, pues hasta ese momento había tenido la esperanza de que el segundo al mando de los Chattan se hubiera negado en rotundo a casarse con ella. Y a pesar de que tenía un insulto en la punta de la lengua, se abstuvo de decir nada para evitar meter en problemas a Jacob.

—La ceremonia será esta tarde por unión de manos y durará un año y un día.

Jacob abrió la boca para responder, pero una voz retumbó entre las paredes de la estancia:

—Has hecho una jugada maestra, MacBean. Ahora todas las miradas están puestas sobre el resto de los clanes…

La furia en el tono de voz del laird Urqhart era más que evidente, pero antes de que alguien pudiera decir algo, Ruairidh Ross se adelantó y se levantó de la silla.

—Yo también quiero ofrecerte un trato, Chattan, para demostrarte mi inocencia.

El resto de lairds renegaron entre dientes. Rowan apretó los puños y Arran y Kester se miraron entre ellos con cierto temor.

—Te ofrezco la mano de mi hija en un matrimonio como el de tu hermano con la muchacha MacBean.

—Yo no pienso casarme con tu hija, Ross —respondió Kester rápidamente.

El aludido miró a los gemelos y resopló.

—Jamás casaría a mi hija con dos trovadores como vosotros.

Rowan arqueó una ceja.

—Entonces, ¿con quién? No tengo más hermanos.

—Pero seguro que tienes un guerrero de tu total confianza.

La mente de Rowan se dirigió directamente a Alasdair, pues era el único a quien podría confiarle una misión así. Sin embargo, tardó demasiado en contestar:

—¿Qué pasa, mi hija no es lo suficientemente aceptable en tu castillo?

—No es eso. Es solo que no creo que sea la mejor opción ahora mismo.

—¿Y la de esa muchacha sí? ¿Eres capaz de aceptar a una… guerrera antes que a una mujer de alta alcurnia con modales?

Los puños de Morag se apretaron con tanta fuerza que su gesto no pasó desapercibido para Sloan, que dirigió su mirada hacia ella con el ceño fruncido. La vio contenerse, respirar hondo y apretar el cuerpo como si hubiera un remolino de emociones en su interior y tuviera miedo de dejarlo salir. La mirada de la joven estaba posada sobre el propio Ross, que había estado a punto de insultarla, pero cuando Morag se dio cuenta de que era el centro de atención de Sloan, se relajó y desvió su atención hacia sus propias manos, incapaz de seguir aquella conversación por más tiempo.

—Está bien, Ross. Acepto la mano de tu hija. Se casará con uno de mis mejores guerreros que goza de mi total confianza.

Su interlocutor asintió y se acomodó de nuevo en la silla mientras la tensión del salón se esparcía de un lado a otro.

—Enviaré a mi hija para esa boda en cuanto regrese a mis tierras.

—Y los que no ofrecemos a un hijo o hija, ¿qué pasa? —preguntó Luke Gunn—. ¿Seremos señalados?

Rowan lo miró largamente.

—Yo no he dicho eso en ningún momento. De hecho, ni siquiera os convoqué para que me ofrecierais algo con lo que probar vuestra inocencia. Pero sí diré algo. Pienso llegar al fondo de todo esto y averiguaré la verdad.

Jason Urqhart dio un manotazo sobre la mesa.

—No te atrevas a señalarme.

—Hasta ahora, no lo he hecho.

MacGillivray también se levantó de la silla.

—Lo único de lo que nos puede acusar alguien es de defendernos cuando nos atacan y de matar en la batalla. Nada más.

—Si alguien se atreve a poner su mirada sobre los míos —comenzó diciendo Luke Gunn—, sufrirá la ira de mi clan.

Rowan asintió lentamente y se levantó de su silla.

—Permitidme que os acompañe a la salida del castillo. Supongo que estáis deseando regresar a vuestras tierras.

Todos asintieron con seriedad, pero la tensión en el salón era tan fuerte que Kester no pudo evitar sonreír.

—¿De qué te ríes?

—Al final, me vais a dar envidia con tanta boda. Urqhart, ¿no tienes una hermana?

—Lo que tengo son dos puños que te voy a meter por el culo.

Una hora después, cuando ya se habían marchado todos los lairds, excepto Jacob, que se había quedado para presenciar la unión de manos, el castillo se había sumido en una tranquilidad que llamó la atención de Morag. La joven no sabía dónde meterse para evitar mantener contacto alguno con los Chattan, sin embargo, allá donde mirara, había gente exclusivamente de ese clan, por lo que no pudo evitar resoplar. En medio del pasillo donde se encontraban, Gillian sonrió de forma incómoda y miró a Morag y a Sloan alternativamente. Ninguno quería volver a mirarse a los ojos, incluso evitaban hablar con cualquier otra persona, por lo que la esposa del laird Chattan carraspeó y dijo:

—Tal vez estoy equivocada, pero qué mejor manera de conocer a una persona que mantener una conversación con ella, especialmente si te vas a casar en unas horas…

Sloan la miró con odio.

—No voy a hablar con nadie.

—Tranquilo, yo tampoco deseo escuchar tu dulce voz…

Jacob torció la cabeza.

—Pues yo pienso que es una buena forma de dejar las cosas claras entre vosotros desde el principio.

—Quieres que nos matemos ya, ¿no? —le dijo Morag entre dientes.

—Lo que quiero es que os conozcáis e intentéis no mataros. El salón del ala sur está libre… —dijo Gillian con una sonrisa incómoda.

Morag la miró sin gesto en su rostro.

—Tú primero —le dijo Sloan.

—¿Ahora quieres ser caballeroso?

—No, lo que quiero es ver de qué manera te puedo atacar por la espalda.

CAPÍTULO 3

Minutos después, el silencio dentro de ese pequeño salón era abrumador. Sloan y Morag se habían quedado completamente solos para conocerse un poco antes de su inminente boda esa misma tarde, pero ni uno ni otro estaba por la labor.

Desde el momento en el que habían entrado en el salón, Sloan se había dirigido a la pequeña ventana, se había apoyado en la jamba y se había cruzado de brazos mientras dirigía su mirada al exterior, ignorándola por completo.

Morag, que no tenía intención de ser la primera en romper el hielo, se había dirigido a la esquina contraria a donde él se encontraba e inconscientemente lo imitó en el gesto: se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos. En sus labios se dibujaba un gracioso mohín, que siempre solía hacer cuando estaba contrariada en algo, y en ese momento no solo se encontraba de esa manera, sino también iracunda. Había entendido las intenciones de Jacob, e incluso le habría dado la razón de no ser ella la que debía sacrificarse por el clan en ese momento. Pero tener que casarse con el indeseable de Sloan Chattan la enfurecía tanto que lo único que más le gustaría era gritar. Sin embargo, sabía que debía volver a tomar el control de sus sentimientos o acabaría metida en problemas, pues si a partir de ese momento, hasta dentro de un año, pertenecería al clan Chattan, tenía que hacer lo posible para no ganarse más enemigos o se quitaría la vida para evitar tener que aguantarlos más de un mes.

En caso de encontrarse en otra situación, Morag se habría reído. Antes de entrar, uno de los gemelos de la familia dijo que se quedaría fuera para evitar que se mataran, y, desde luego, debía de estar carcajeándose él solo al no escuchar ni un solo sonido dentro del salón.

La joven negó con la cabeza y pasó una mano por su frente. La tensión parecía aumentar dentro del salón a medida que pasaban los minutos, especialmente cuando Sloan giró la cabeza en su dirección para clavar su mirada acusativa sobre ella. Morag arqueó una ceja y decidió poner fin a ese momento en ese preciso instante:

—Podemos seguir así hasta mañana… Si no hablamos, igualmente nos obligarán a casarnos.

Sloan resopló y torció el gesto antes de apartarse de la jamba de la ventana para mirarla directamente e intentar borrar el orgullo reflejado en los ojos de la joven. Sin embargo, esta seguía mostrándose altiva y ligeramente relajada a pesar de la presión del momento.

El guerrero caminó hacia ella y se quedó a escasos dos metros de Morag, que se apartó de la pared y lo encaró.

—Esa propuesta ya la traíais de antemano, ¿verdad? —preguntó Sloan directamente.

Morag dejó escapar una risa irónica.

—¿De antemano? Estoy tan sorprendida como tú. Creo que es algo que se me nota bastante en la cara.

—Pues cualquiera diría que estabas deseando encontrar un marido.

Morag arqueó una ceja y lo miró de arriba abajo con gesto iracundo y altivo.

—Tranquilo, la ilusión de mi vida no es casarme contigo.

—No me ha dado la sensación de que hayas puesto muchos impedimentos a tu laird para evitarlo.

—Tampoco tú, Chattan. A ver si vas a ser tú quien quiere casarse conmigo. Ya sé que soy una mujer llamativa.

El gesto en el rostro de Morag provocó la ira de Sloan, que hizo reír a la joven.

—Jamás habría puesto mis ojos sobre ti, MacBean.

Morag se encogió de hombros.

—Si he aceptado la proposición de Jacob ha sido solo por mi clan. Yo tampoco me fijaría en alguien como tú. Me gustan los hombres más… cómo podría decirlo… varoniles.

Morag tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no echarse a reír tras ver la expresión en el rostro de Sloan. Sabía que esas palabras darían en el clavo al ser alguien tan seguro de sí mismo y orgulloso como él. El guerrero dio un paso hacia ella, iracundo, y Morag, en lugar de apartarse, elevó el mentón y esperó su ataque, que no tardó en llegar.

—¿Acaso no lo soy?

Morag arqueó una ceja y lo miró de arriba abajo. De haberse conocido en

otras circunstancias y no haber sufrido tanto como lo hizo cuando era pequeña, Morag habría reconocido que se trataba de un hombre realmente atractivo y llamativo. Sin embargo, al considerarlo su enemigo y su futuro marido, quería dejarle claro quién era ella, además de que no pensaba dejarse vencer fácilmente.

—No me obligues a responder…

Morag sonrió. Jamás había perdido una batalla verbal, y esta vez no pensaba hacerlo con alguien como él.

—La verdad es que se te ve acojonado.

Sloan rechinó los dientes y dio otro paso hacia ella, quedándose a escasos centímetros de la joven. Morag jamás había permitido que un hombre se le acercara tanto como el guerrero en ese instante. Desde que Jacob y Nathan la encontraron en ese maltrecho estado y se había recuperado de sus heridas, excepto las del alma, nunca había dejado que los guerreros del clan se aproximaran a ella a menos de un metro, excepto cuando entrenaban. Sin embargo, frente a Sloan no quería parecer una mujer asustadiza a pesar de que su cercanía estaba comenzando a provocarle cosquillas en el estómago por los nervios.

—Yo jamás me asusto, y menos ante una mujer.

Morag apretó los puños.

—No pienses, ni por un momento, que pienso yacer contigo.

Sloan dejó escapar una risa lacerante y la miró de arriba abajo.

—Más quisieras yacer conmigo. A mí me gustan las mujeres de más… estatus. No sé si me explico.

Morag hizo todo lo posible para que su rostro no mostrara lo que sintió al escucharlo. Se repitió varias veces que el guerrero desconocía su pasado y que, por lo tanto, no sabía que la habían obligado a prostituirse. Por ende, era cierto que su estatus había caído irremediablemente y jamás lo habría recuperado a pesar de haberse convertido en una guerrera.

Lo vio sonreír, por lo que Morag dedujo que no había logrado evitar del todo que su rostro pareciera tan frío como solía mostrarlo habitualmente. Por eso, necesitó hacer algo que se salía de su forma de actuar normalmente para volver a recomponer los trozos de su alma rota. Y dio otro paso hacia él. Sus pechos llegaron a rozar el cuerpo de Sloan, pero no le importó. En

ese momento, sentía tanto odio por él que no le habría importado incluso golpearlo.

—Si en algún momento de este año siento tu asqueroso aliento cerca de mí, te rajaré el cuello de principio a fin para separarte la cabeza del resto de tu asqueroso cuerpo.

Sloan le sostuvo la mirada en aquellas esmeraldas que tenía Morag. Estaba tan cerca que incluso llegó a descubrir algunas motas de marrón en sus ojos, mientras que las pecas de su rostro llamaron poderosamente su atención.

—Tranquila, no pienso tocarte ni con un palo, maldito incordio.

Durante unos segundos, se miraron en silencio. El odio que rezumaba uno y otro era más que evidente y se dejaron claro con la mirada que no iban a mostrar piedad si se atrevían a cruzar la línea.

—Me alegra ver que lo entiendes, Chattan.

—A mí no hace falta decirme las cosas dos veces, MacBean.

Alasdair no pudo evitar coger un pequeño jarrón que había sobre una mesita para lanzarlo contra la pared con todas sus fuerzas. Sentía tanta ira en su interior que necesitaba canalizarla de alguna manera, y ese jarrón se había puesto en su maldito camino. El guerrero apretó los puños para evitar golpear a Rowan, con quien estaba hablando, junto a toda la familia Chattan, en el despacho de este desde hacía unos minutos. Su amigo y laird le había pedido que acudiera allí para hablar de unas cosas y, tras unos minutos hablando sobre temas sin importancia junto a los demás, Alasdair quiso ir directamente a la cuestión. Pero lo que no esperaba era escuchar que en una semana, dos como mucho, se iba a casar con la hija del laird Ross.

—¿En qué maldito momento se te ocurrió que era buena idea aceptar la propuesta de ese desgraciado? ¿Un Ross? ¿En serio?

—No te quejes, que yo me tengo que casar con una MacBean… —murmuró Sloan, provocando que la ira de Alasdair se dirigiera hacia él con la mirada.

El guerrero resopló y se alejó de ellos para apoyarse contra la chimenea, dándoles la espalda. Sabía que necesitaba calmarse, pero no podía en ese

instante, ya que sentía sobre él el peso de todas sus miradas, especialmente una de ellas, que se había quedado completamente pálida al escuchar las palabras de Rowan.

Cora había sentido que iba a desmayarse en cualquier momento. Mentalmente, agradeció estar sentada sobre una de las sillas, pues sabía que se habría caído de bruces contra el suelo si hubiera escuchado esa información de pie. Instantáneamente, sus ojos se dirigieron hacia Alasdair, y, desde entonces, no había podido apartarlos de él. Se obligó a mostrarse fría o desinteresada en la conversación, pero dentro de ella sentía un remolino de emociones que, de haber tenido libertad, también habría roto otro jarrón como el guerrero.

—Me vi en la obligación de hacerlo, pues también acepté el matrimonio de Sloan con la muchacha MacBean. Si aceptaba un clan, no podía despreciar a otro. ¿Crees que Sloan está feliz?

Alasdair se giró hacia ellos justo en el momento en el que Cora se levantaba del sofá para acercarse a la ventana para mirar a través de ella, fingiendo desinterés. Y, durante un segundo, Alasdair creyó ver lágrimas en sus ojos, aunque no podía estar completamente seguro.

—Pero podrías haber intentado convencerlo para que se casara con Arran o Kester.

—Eh, Mackay, a nosotros no nos metas —se quejó Kester.

El aludido renegó entre dientes.

—O podrías haber hecho lo posible para que no fuera una Ross, tal vez una Urqhart o Gunn.

Rowan frunció el ceño y se acercó a él.

—¿Qué tiene de malo una Ross? Es tan enemiga como una Urqhart o incluso la muchacha MacBean.

Alasdair suspiró y pasó una mano por su rostro.

—Nada —dijo rápidamente—. Cualquier otra mujer me habría parecido un problema para casarme porque no quiero hacerlo. Estoy bien así.

—Será un matrimonio como el de Sloan: un año. Cuando pase un año, ya habremos descubierto lo que está pasando en nuestro clan y esa mujer volverá al suyo. Serás libre de nuevo.

—Un año puede ser demasiado largo para tener que aguantar a alguien a

quien consideras tu enemigo.

—No vayas por ahí, amigo —dijo Sloan—. Yo le dije lo mismo y no lo vas a convencer.

—Es que no me vais a persuadir porque ya está hecho —sentenció Rowan—. Me vi en la obligación de aceptar sin consultártelo, Alasdair. Lo siento.

Los ojos azules de Alasdair se clavaron en Rowan. Este entornó los suyos y agradeció que su familia se hubiera quedado tras él, pues tapaba la visión de su amigo en ese instante. Jamás había visto esa expresión en los ojos de Alasdair. Había una tristeza infinita, como si le hubieran arrebatado lo más preciado de su existencia y no pudiera recuperarlo jamás. Y, durante unos instantes, dudó sobre si había tomado la decisión correcta o era preferible arriesgarse a una guerra abierta contra los Ross por negarse a aceptar su oferta.

—¿Hay algo que te gustaría contarme, Alasdair?

El guerrero tragó saliva y dio un paso atrás. Sus ojos lo traicionaron y se dirigieron hacia Cora, que en ese instante lo miraba desde la ventana con los brazos cruzados. Rowan fue consciente de esa mirada y giró la cabeza hacia atrás, siguiendo la estela azul de Alasdair. Su intuición habló por sí sola y no pudo evitar suspirar, apesadumbrado.

—Solo durará un año y un día —le repitió—. Después, volverás a ser libre para hacer lo que quieras.

Los ojos de Alasdair volvieron a mirarlo.

—Está bien. Un año y un día. Ni uno más.

Las palabras salieron de su garganta provocándole daño, como si una espada lo atravesara en ese instante y lo hiriera profundamente. Sus puños se apretaron con fuerza.

—La unión de manos se celebrará cuando la joven Ross acuda al castillo.

Alasdair asintió en silencio y le dio de nuevo la espalda, incapaz de seguir sosteniéndole la mirada.

Desde su posición, Cora sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Instantes después, sus ojos la traicionaron y se llenaron de lágrimas, por lo que cuando vio que la conversación había llegado a su fin, la joven dejó su puesto al lado de la ventana, recorrió el espacio que la separaba de

la puerta y se marchó de allí dando un sonoro portazo.

Corrió por el pasillo para evitar cruzarse con alguien que pudiera ver su estado en ese momento, pues las lágrimas corrían por sus mejillas con libertad. Y cuando por fin llegó a su dormitorio, atrancó la puerta con un armario y se dejó caer al suelo mientras desataba una maraña de sentimientos que sabía que no sería capaz de soportar.

A pesar de que la intención de Rowan era hacer el ritual del *handfasting* en una sala del castillo, la de Gillian fue muy diferente. Sloan llegó a pensar que se trataba de alguna forma que tenía su cuñada para vengarse de él por todas las discusiones que habían tenido. Sin embargo, la verdadera intención de la joven no tenía nada que ver con él. Para ella, el matrimonio siempre había tenido un especial significado, por lo que cuando se vio obligada a casarse, realmente no tuvo una boda bonita para ella. Sin embargo, no quería que el recuerdo que tuviera Morag de su boda fuera algo malo, aunque tampoco deseara casarse, como le había pasado a ella.

Por ese motivo, Gillian había ordenado a las sirvientas que prepararan un espacio especial en el patio para la ceremonia del *handfasting*. Al tratarse de una ceremonia celta y pagana, no podía celebrarse en una capilla, ni tampoco llevarla a cabo un sacerdote, así que el propio Rowan oficiaría el enlace.

Cuando Morag salió al patio y vio lo que Gillian había preparado, se vio obligada a sonreírle mínimamente por el trabajo realizado, aunque igualmente no deseaba casarse. No obstante, si se hubiera tratado de la boda de una persona diferente, habría agradecido tanta belleza y gusto exquisito en la preparación.

En el centro del patio habían preparado un círculo de rosas para que los novios se metieran en él para llevar a cabo sus votos y juramentos. Cuatro pilares, con esas mismas rosas, se habían levantado en los cuatro puntos cardinales, mientras que una cruz celta presidía a un lado del círculo. Morag desconocía cómo podían haber hecho ese increíble trabajo en tan poco tiempo, pero le pareció realmente bello a pesar de que significaba para ella algo que aborrecía.

A su lado, Jacob dejó escapar un silbido de aprobación mientras intentaba sonreír para que su rabia menguara ligeramente.

—Jamás pensé que los Chattan se tomaban tan en serio sus obligaciones y eran tan eficientes.

Morag lo miró de reojo.

—Esta boda me sigue pareciendo una mierda a pesar de que la intentan mostrar como algo bello.

Jacob rio mientras avanzaba hacia el centro del patio, donde estaban los demás esperándolos.

—Se han tomado muchas molestias.

—Y lo agradezco, pero eso no aparta de mi mente que siga siendo una auténtica…

—Mierda… Lo sé —acabó por ella.

Morag respiró hondo y soltó el aire lentamente. A pesar de que odiaba ese momento, se sentía ligeramente nerviosa. Le sorprendió ver que Sloan se había preparado para la ocasión. Se había puesto una camisa limpia y había intentado domar su pelo negro, aunque no lo había conseguido.

Y aunque para ella esa boda era un mero trámite que no deseaba hacer, Morag no pudo evitar sentir cierta vergüenza al mirar disimuladamente su ropa. No se había cambiado. Esta tenía aún polvo, su pelo estaba despeinado y su rostro seguramente seguía manchado por el barro de algunos tramos del camino. Nunca le había gustado sentirse inferior a los demás, pues esa visión de ella mostraba algo que realmente no era. Pero al tener toda su ropa en su castillo no había podido ponerse algo limpio. Y, sin lugar a dudas, su orgullo le habría impedido acercarse a alguna de las Chattan para pedir ropa limpia.

Con un gracioso mohín en sus labios, Morag acortó la distancia con los que iban a ser sus familiares durante un año. La joven alzó su mirada cuando descubrió sobre ella la mirada de Sloan, que la observaba de arriba abajo, incrédulo por su atuendo. Sin embargo, cuando sus ojos como el acero volvieron a posarse en sus esmeraldas, lo retó con ella. Si estaba dispuesto a decir algo hiriente sobre su aspecto, le respondería sin pensar.

—Los novios deben entrar en el círculo mientras los demás los rodean —comenzó diciendo Rowan.

Con un nudo en la garganta por el nerviosismo, Morag hizo lo propio. Se golpeó mentalmente por tener ese sentimiento. Siempre se había

caracterizado por ser una mujer serena a pesar de todo lo que había sufrido. Incluso podía presumir de ser capaz de controlar sus sentimientos, pero frente a Sloan tenía la impresión de que no podía hacerlo.

Al ver que todos tomaban posiciones alrededor del círculo, Morag estuvo a punto de sonreír. Si le quedaba alguna duda de que no podía escapar de ese matrimonio, solo tenía que mirar a su alrededor para darse cuenta de que cualquiera de los allí presentes iba a detenerla antes de salir del maldito círculo.

Con gesto contrariado, miró a Sloan, que tenía las manos cogidas a su espalda y mantenía la espalda recta. Intentaba tener un rostro frío, pero Morag vio que aún le quedaban restos de la rabia sentida horas antes.

El propio Rowan también entró en el círculo y sacó una cinta para atar las manos de ambos. Morag tragó saliva, pues tendría que tocarlo, y eso suponía romper su propio juramento que se había hecho años atrás en el que se dijo que jamás dejaría que un hombre volviera a tocarla. Así había sido, incluso Rob y Nathan habían mantenido las distancias para evitar rozarla. Y ahora… tendría que tocar a Sloan Chattan por primera vez.

—Para comenzar el ritual, debéis daros las manos.

Morag había llegado a rezar para que no pidiera eso, sin embargo, era algo fundamental en esa clase de boda. Vio que Sloan levantaba las suyas sin perder detalle de sus movimientos. La joven lo miró un instante y, de repente, se sintió pequeña nuevamente. Le habría gustado que su madre le diera un abrazo antes de iniciar esa ceremonia, pero no tenía a nadie en quien apoyarse.

Los ojos grises del guerrero percibieron su duda y frunció el ceño, gesto que provocó que Morag finalmente elevara sus manos. Había esperado frialdad, desgana o indiferencia, pero lo que nunca habría aguardado era el poderoso calor, seguridad y pasión que parecía desbordarse de las manos del guerrero. Estaban tan calientes que Morag necesitó elevar la mirada de nuevo hacia él para confirmar que, efectivamente, se trataba de Sloan y no de otra persona. ¿Cómo era posible que un hombre como él poseyera tanto calor en las manos? De repente, y sin saber por qué, el nerviosismo que sentía en su estómago se calmó; sus miedos internos desaparecieron y ese mismo calor logró conseguir que su alma por fin se sintiera protegida después de tantos años.

Y eso no le gustó. Antes de que Rowan comenzara a hablar, Morag retiró las manos y se soltó de Sloan con un respingo. Los ojos de este la miraron de nuevo, intentando comprender qué demonios estaba pensando para actuar así. Y al ver que todos la estaban mirando, esperando algunas palabras por su parte, volvió a levantar las manos para evitar dar explicaciones.

Y entonces, ese maldito calor volvió a rodearla de nuevo. Pero apenas tuvo tiempo para pensar en lo que estaba sucediendo. Rápidamente, Rowan levantó la cinta con la que ataría sus manos y los envolvió con ella.

—Hoy estamos aquí para ver vuestra unión en sagrado matrimonio celta, que durará un año y un día. A partir de este momento, juraréis compartir las alegrías de la vida y las tristezas con la persona que tenéis enfrente. Durante un año y un día, compartiréis las cargas del otro para que vuestros espíritus puedan sanar unidos y crecer en esta bonita unión. Asimismo, a partir de este día adquirís el compromiso de compartir con vuestra pareja los anhelos y los sueños y si, en algún momento, el calor de la rabia se apodera de vosotros, tendréis el deber de templarlo con la fortaleza de esta unión para honrar el espíritu de vuestra pareja.

Rowan tragó saliva mientras miraba fijamente a su hermano, que estaba más tenso que nunca.

—¿Estáis ambos de acuerdo con este juramento?

Tanto Sloan como Morag lo miraron fijamente. ¿De acuerdo? ¡Jamás!, les habría gustado responder. Sin embargo, ambos sabían que no tenían otra opción.

—En las Highlands, el juramento de un guerrero se toma muy en serio —murmuró Rowan.

Ambos contrayentes chasquearon la lengua al mismo tiempo, sorprendiendo al otro por su sincronicidad de movimientos. Y a pesar de que lo único que deseaban era que aquella ceremonia terminara cuanto antes, acabaron asintiendo.

—Sí, aceptamos el juramento —respondieron al unísono, provocando la risa de Arran y Kester, a quienes miraron con ganas de arrancarles la cabeza.

—De la misma forma que vuestras manos están unidas en este instante, vuestra vida y vuestro espíritu queda unido durante un año y un día, pero,

primero, cada uno de vosotros tiene que pronunciar los votos.

Sloan agachó la mirada fugazmente cuando sintió que la rabia volvía a formarse en el centro de su pecho. Le había costado horrores darle la mano a la joven MacBean, especialmente al sentir en su propia piel el terciopelo de sus manos. Había esperado unas manos callosas, típicas de un guerrero y, sin embargo, se había topado con algo tan suave que le provocó una inmensa sorpresa.

En el momento en el que el guerrero levantó de nuevo la mirada a esos ojos verdes, rechinó los dientes. Clavó su mirada en ella y, sin achantarse, comenzó a hablar con voz demasiado ronca:

—Morag MacBean… —se escuchó raro a sí mismo al pronunciar su nombre—, a partir de este momento, eres sangre de mi sangre y hueso de mi hueso. Te… entregaré mi cuerpo para que ambos formemos una sola unidad de vida. Te entregaré también mi espíritu para que nuestro ser esté completo. No puedes poseerme porque soy dueño de mi esencia, pero mientras nuestros deseos ardan al unísono, te ofreceré todo lo que nazca de mí. Tampoco puedes gobernarme porque mi espíritu carece de cadenas o juramentos impuestos, pero si caminas a mi lado, te demostraré mi inagotable fuente de lealtad.

A medida que hablaba, el tono de voz de Sloan se tornó más seguro, incluso adquirió cierto color oscuro que logró envolver a Morag, impidiéndole apartar la mirada, sobre todo, cuando sintió que todo el fuego de su interior se posaba en sus mejillas. Habría dado uno de sus brazos para tener barba como Sloan y así esconder su sonrojo bajo ella.

Morag carraspeó y miró a Rowan en el momento en el que la voz de Sloan calló.

—Ahora los tuyos.

Y a pesar de que sentía que su garganta se había quedado atascada, Morag repitió las mismas palabras que el guerrero mientras lo miraba a los ojos, sintiendo que cada sílaba que pronunciaba era una sentencia no solo para su vida, sino también para su alma, que quedaba atada a Sloan durante un año.

—Y ahora que habéis pronunciado vuestros votos —siguió Rowan—, doy por finalizado este ritual en el que vuestra vida queda atada al otro durante un tiempo determinado. Ahora pertenecéis al otro. Debéis cuidarlo como si fuerais vosotros mismos. Bendita sea esta unión. Espero que seáis

felices.

A medida que pronunciaba aquellas palabras, Rowan desató el nudo de la cinta y liberó las manos de ambos, que, a pesar de estar libres, se quedaron unidas unos segundos más mientras intentaban asimilar que ya eran marido y mujer.

Sloan fue el primero en apartarse y dar un paso atrás, gesto que rápidamente imitó Morag, que sentía la cabeza embotada. A su alrededor, se desató la alegría a pesar de que era una simple boda de conveniencia. Pero todos los demás intentaron aparentar calma y alegría para que no se sintieran tan mal.

Y ese mismo entusiasmo se dispersó por el salón más grande del castillo para la celebración de la unión. Los guerreros de clan fueron invitados a la fiesta y todos bebieron y disfrutaron al ritmo de la música mientras Morag intentaba perderse en una de las esquinas rezando para ser invisible a los demás. Se había alejado de Jacob, que había ido a hablar con Rowan sobre lo ocurrido en los últimos meses y, aunque Sloan estaba al lado de su hermano, no podía concentrarse bien en la conversación.

Desde su posición vio sola a Morag. La joven bebía lentamente de su copa mientras perdía la mirada entre los demás. Se notaba a leguas que estaba realmente incómoda, pero no estaba dispuesto a acercarse a ella para intentar integrarla. Ella misma se había refugiado en un lugar con cierta oscuridad y poco frecuentado, por lo que solo podía dejarla allí, pero sus ojos la buscaban continuamente.

La joven se apoyó contra la pared más cercana y se miró las manos con gesto aburrido. Le habría gustado desaparecer de allí y no volver jamás, pero ahora ese castillo era su hogar… Aquella gente era su familia y Sloan… era su esposo. Maldito fuera. Qué mal sonaba en su mente, y mucho peor en sus labios.

Pero lo que menos le gustaba de todo lo que había ocurrido durante ese día fue el calor que sintió al tocarlo. ¿Desde cuándo una persona tan fría y antipática como él era capaz de poseer tanto calor en sus manos? Nunca había conocido a una persona así, y jamás habría creído que Sloan Chattan tenía dentro de él semejante fuego. Durante el resto de la tarde se dedicó a golpearse mentalmente por poseer la capacidad de leer el alma de las personas. Había conocido a tanta gente en su niñez con almas tan negras que había aprendido a confiar en las personas correctas y, a pesar de todo,

Sloan le había demostrado con ese simple gesto que no era un hombre cualquiera y que sus juramentos se los tomaba muy en serio.

Morag suspiró y se cruzó de brazos. Estaba deseando que la fiesta llegara a su fin. ¿Hasta cuándo pensaban estar bebiendo y comiendo? Ella solo deseaba escuchar el silencio y descansar. Dormir para siempre y no despertar jamás de esa pesadilla. Bueno, sí, despertar cuando ya hubiera pasado el año y el día.

—No eres una mujer a la que le gusten las fiestas…

La voz de Gillian Comyn llegó hasta ella y giró la cabeza en su dirección. La mujer le sonreía con amabilidad para intentar integrarla en la familia. Lo sabía. Lo había leído en sus ojos desde que había preparado el bonito círculo de rosas para llevar a cabo la ceremonia. La primera vez que la vio la juzgó mal por ser una enemiga más de su clan, pero la mujer le estaba demostrando que una parte de ella podía confiar y abrirse para conocerla más.

—La verdad es que ni me gustan las fiestas ni tener a tanta gente a mi alrededor —respondió—. Prefiero la soledad.

Gillian torció la cabeza.

—La soledad durante unos instantes está bien porque nos ayuda a encontrarnos con nosotros mismos, pero cuando pasas demasiado tiempo solo, acabas por perder la razón.

—Tal vez yo la perdí hace tiempo…

La esposa del laird se apoyó en la pared, imitando su gesto, algo que no pasó desapercibido a Morag.

—Aquella primera reunión a la que acudía con mi padre me llamaste la atención. Y debo reconocer que me sigues provocando el mismo sentimiento.

—No tengo mucho que ofrecer, más que mi brazo y mi espada.

—Creo que te equivocas. Todo el mundo tiene elementos que ofrecer. Otra cosa es que prefieras esconderlas.

Morag la miró a los ojos y se sintió incómoda, por lo que apartó la mirada rápidamente.

—No creo que podáis conocerme mucho durante un año.

—Insultas mi inteligencia, Morag MacBean —le dijo Gillian con una sonrisa—. Soy muy observadora.

—¿Y qué puedes decir de mí hasta ahora? Apenas me conoces.

—Podría sorprenderte…

—Inténtalo.

Ambas mujeres se sostuvieron la mirada, hasta que Gillian la apartó con una sonrisa.

—Lo que pienso es que una mujer con el corazón tan duro como tú y una armadura invisible como la que llevas ha tenido que sufrir mucho como para soportar el peso de su propia vida. El sufrimiento es el único que nos dibuja esa coraza a nuestro alrededor.

—Yo no llevo coraza. Soy así —respondió Morag ligeramente nerviosa ante el acierto de la esposa del laird y su ya cuñada.

—Y ese sufrimiento ha debido de ser aún mayor si haces todo lo posible para convencer a una persona de que no es cierto que la llevas. No voy a preguntarte sobre tu vida, Morag. Eso te pertenece a ti. Incluso pienso lo mismo que tú de Sloan. No es muy agradable que digamos y reconozco que yo tendría tu misma cara si me viera obligada a casarme con él.

Morag la observó antes de lanzar un resoplo y mirar hacia otro lado.

—Gracias por tus ánimos —dijo con tono irónico.

Gillian esbozó una sonrisa.

—He considerado que era peor mentirte.

Morag acabó sonriendo al tiempo que negaba con la cabeza y ponía los ojos en blanco. La joven dudó mucho sobre sus siguientes palabras, pero su boca habló antes de que pudiera pensárselo más.

—¿Cómo es estar casada con un Chattan?

—Supongo que depende del Chattan al que te refieras porque son muy diferentes entre sí. Pero sí puedo decirte que he cambiado la opinión que tenía de ellos cuando vivía en mi clan, excepto de Sloan, lo siento. Espero que le des caña…

Morag sonrió de lado y asintió.

—Eso no lo dudes. No será un año tranquilo para él.

Gillian rio por lo bajo.

—Auguro que seremos buenas amigas.

—Si odias a Sloan tanto como yo, seguramente lo seremos.

Ambas rieron y Morag no pudo evitar desviar su atención hacia el objeto de su ira, que las observaba con el ceño fruncido en ese instante.

Sloan apretaba con tanta fuerza la copa que estaba a punto de romperla.

—Ya sé que no es tu mejor día, pero ¿qué te pasa ahora?

El aludido miró a Rowan y después señaló con la cabeza hacia Gillian y Morag.

—Míralas cómo ríen. Seguro que están planeando cómo matarme.

Rowan intentó no reír.

—Eres un malpensado. Gillian solo intenta ser amable con ella.

Sloan lo miró mal de soslayo.

—No tengas tanta buena fe con tu esposa. Me odia.

Rowan torció el gesto y chasqueó la lengua.

—Reconoce que no te has ganado el afecto de Gillian en ningún momento.

—¿En ningún momento? Te recuerdo que si sigue viva es gracias a mí.

—Se lo vas a recordar siempre, ¿verdad?

Sloan esbozó media sonrisa.

—Toda la vida.

Rowan rodó los ojos y suspiró, dándole una sonora palmada en la espalda.

—No te hagas mala sangre e intenta integrar en ti tu nuevo estatus de casado.

—Qué mal suena eso…

—Pues no te queda tan mal.

Sloan lo miró de reojo.

—Tú también me odias, ¿verdad?

Rowan se encogió de hombros.

—Te quiero como hermano que eres, Sloan, pero reconoce que eres un

hombre muy difícil.

El aludido tragó saliva y sus hombros bajaron, derrotados, antes de añadir:

—Si hubieras vivido lo mismo que yo con seis años, también te habrías convertido en acero tan duro que ni el fuego podría remodelarte.

Rowan estuvo a punto de atragantarse con el vino. Miró a su hermano con los ojos muy abiertos. Era la primera vez en su vida que le nombraba lo sucedido, y le había sorprendido tanto que se había quedado sin habla.

—No fue tu culpa, Sloan.

—Esa es tu opinión. No la mía.

CAPÍTULO 4

Morag había perdido la cuenta de las horas que habían pasado desde que la boda se celebró en el patio del castillo, pero para ella ya parecía tener fin. Tras muchas horas desaparecido entre los Chattan, Jacob se había acercado a ella para despedirse y confirmarle su marcha inmediatamente. Y a pesar de que sabía que ese momento llegaría en cualquier momento del día, Morag no quería que su laird se marchara de allí aún. De hecho, preferiría que se quedara junto a ella el resto del año que le quedaba por vivir en ese clan. No deseaba quedarse sola entre enemigos que, aunque le habían jurado que iban a tratarla como a una más, temía que finalmente le ocurriera lo mismo que hacía trece años. No se fiaba de los Chattan de la misma manera que no podía fiarse del resto de clanes.

Y, sin embargo, había algo dentro de ella que le decía que esa gente no era del todo como ella había imaginado toda la vida.

Morag suspiró a medida que avanzaba por el pasillo junto a Jacob. Lo hacía despacio, para alargar ese momento todo lo que estuviera en su mano, pero sabía que llegarían a la salida del castillo en cuestión de segundos.

—Dile a Nathan que lo siento —fue lo primero que dijo la joven cuando vio la puerta de salida a unos metros.

Jacob la miró con gesto que le indicaba que, claramente, no la entendía.

—¿Por qué?

—Le prometí que volvería, pero no va a poder ser…

—Que hayas tenido que casarte con Chattan y este sea tu hogar durante un año no quiere decir que no puedas venir a visitarnos.

Morag se encogió de hombros.

—No será lo mismo. Ya lo sabes.

Jacob suspiró y sus pies se quedaron quietos en medio del pasillo.

—Nadie conoce a Nathan mejor que yo. Sé que mi decisión le dolerá, pero nunca dejará de quererte. Habéis crecido como hermanos.

Morag sonrió y asintió.

—Igualmente, quiero que le pidas perdón en mi nombre.

—Lo haré, si así te quedas más tranquila. Y en cuanto llegue, ordenaré

que empaquen tus cosas y las envíen al castillo.

—Gracias.

Ambos pensaban que estaban despidiéndose en soledad, pero cerca de ellos, aunque en un discreto escondite, se encontraba Sloan, que no había podido evitar seguirlos para intentar descubrir si conspiraban contra ellos desde dentro. Sin embargo, desde donde se encontraba apenas podía escuchar unas palabras con claridad, pues sabía que, si se acercaba demasiado, llegaría a ser visto por ellos.

—Pero no quiero que nuestra despedida esté colmada de desesperación, amargura y frialdad, Morag. Sabes que te quiero como a una hija y si he hecho esto por ti no ha sido para traicionarte, sino por el clan.

Morag intentó restarle importancia, pero Jacob levantó una mano para evitar que lo cortara.

—Te conozco y sé que piensas que esto es una traición por mi parte, pero jamás te dejaría en manos de alguien que pudiera hacerte el mismo daño que él. A pesar de nuestra enemistad con los Chattan y la guerra que hemos pasado, sé que son hombres de honor y jamás te harían lo mismo. Te respetarán. De verdad quieren llegar al origen de todo esto para terminar de una vez por todas con esta guerra. Yo también pienso que hay algo extraño. ¿Cómo es posible que nosotros no hayamos atacado a nadie, pero sí nos culpen de ello? Los Comyn y los Chattan habrán pasado por lo mismo y, para colmo, han matado al laird de uno de los clanes. Todo esto es demasiado raro y debemos unirnos para luchar contra ese mal que pulula por nuestras tierras.

—Pero podríamos habernos unido igualmente sin un matrimonio.

Jacob dejó escapar una carcajada.

—Sabes tan bien como yo que nadie nos creería si no hay algo tan sagrado, como un matrimonio, delante. Ya has visto que nuestra palabra no valía para nada. Por eso, me vi obligado a ceder tu mano.

Morag desvió la mirada. Se sentía realmente enfadada con todo eso y, a pesar de haber tenido toda la tarde para asimilarlo, aún no se había molestado en hacer nada para cambiar de pensamientos. Por ello, Jacob se acercó a ella y puso las manos sobre sus hombros para llamar su atención. Y solo siguió hablando cuando la mirada de Morag estuvo puesta sobre él.

—Pero tú no solo eres una pieza de intercambio, Morag. Tú eres algo más. Eres mi guerrera más avispada. Eres inteligente, fuerte y valiente. No solo te quiero aquí como esposa de Sloan, te quiero aquí como mis ojos y mi boca. Deseo que los ayudes a investigar sobre lo que está pasando. Cuéntales todo lo que ha ocurrido en nuestro clan desde que empezó todo, pero también escúchalos. Poned vuestras ideas en común para intentar averiguar algo. Ten paciencia con ellos y ojos por cualquier esquina. Haz caso a tu corazón y si alguien te da mala espina, cuídate.

Morag asintió. En ese instante, su corazón era un hervidero de sentimientos. Temía por los meses que estaban por venir, pero también por su propia vida. ¿Y si hacía algo mal que pudiera llevar a su clan a la ruina? ¿Y si fallaba a su laird y no lograba descubrir al culpable antes de que este matara a otro jefe de clan como al Comyn?

La joven intentó mostrar seguridad a pesar de que sentía que sus piernas comenzaban a temblar de auténtico nerviosismo.

—Pero, sobre todo, ten algo en cuenta. Y es que te quiero de vuelta en el clan. Haz lo que consideres que tienes que hacer, pero vive. No quiero encontrarte de nuevo como aquel día.

Morag sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Tenía la impresión de que se estaba despidiendo de Jacob, algo que no pudo hacer con su verdadero padre. Y eso le causaba demasiadas emociones que no sabía cómo gestionar o expresar.

Para sorpresa de la joven, Jacob la abrazó y, aunque no pudo reaccionar con rapidez, se obligó a devolvérselo. Hacía tanto tiempo que alguien no la abrazaba que tenía la impresión de que no sabía cómo hacerlo. No obstante, lo que sintió con ese abrazo fue tan profundo que se juró a sí misma encontrar al culpable de todo aquello y hacerle pagar por el daño provocado.

—Te juro por mi vida, mi honor y mis ancestros que solucionaremos esto, Jacob.

—Ten paciencia con tu esposo —le repitió— y llegaréis a cualquier lugar donde os propongáis.

A pesar de que Morag puso los ojos en blanco al escuchar sus primeras palabras, acabó asintiendo y prometiendo tener paciencia.

—Me pides demasiado —dijo igualmente.

—Te pido lo que sé que puedes darme, Morag. Eres muy grande, pero aún te crees pequeña.

La joven frunció el ceño, incapaz de encontrar palabras con las que rebatir las de su jefe de clan, y se quedó en medio del pasillo viendo cómo Jacob se alejaba hacia la puerta de salida para montar sobre su caballo y regresar a su clan. Morag caminó lentamente hacia la jamba de la puerta y desde allí lo vio dirigirse hacia Rowan. No sabía en qué momento de la tarde el laird Chattan había abandonado el salón donde se celebraba la boda, pero ya tenía todo preparado para la marcha de Jacob. Los vio darse la mano y despedirse. Y cuando su laird cruzó el portón con el caballo a galope, Morag sintió el peso de la soledad más fuerte que nunca.

La joven se sentía incapaz de moverse de allí para ir a algún lado, aunque fuera a una pequeña sala donde serenarse, pero cuando vio que Rowan ponía rumbo de nuevo al interior del castillo, se obligó a reaccionar y se encaminó hacia algún lugar donde poder encontrar a una sirvienta para pedirle algo.

Desconocía el castillo en su totalidad. Ni siquiera sabía hacia dónde se dirigía cuando, tras abrir una puerta, se dio de bruces con las cocinas y algunas de las sirvientas allí presentes. Al verla llegar, se sorprendieron y Morag no pudo evitar sentirse incómoda.

—Lo siento. He llegado aquí sin saber realmente hacia dónde iba. Me he perdido.

Una de las sirvientas le sonrió y se acercó a ella, haciendo rápidamente una reverencia.

—Mi nombre es Faith. No pasa nada, señora. El castillo es bastante grande y, si no lo conoces bien, es fácil perderse.

Morag sonrió.

—Te pediría que no me llames “señora”. Simplemente, soy Morag.

—Pero sois la esposa de Sloan.

—Tan solo por un año, así que podéis tutearme y llamarme por mi nombre. La otra forma es demasiado seria para dirigirse a mí. No estoy acostumbrada.

—De acuerdo. Así se hará.

Faith la miró con verdadera curiosidad y le devolvió la sonrisa.

—¿Necesitas algo?

—Sí. Estoy muy cansada y me gustaría saber cuál es mi dormitorio. De igual forma, quisiera tomar un baño. Esta mañana llegué de mi clan y no me ha dado tiempo a quitarme el polvo y el barro del camino.

—De acuerdo. Enviaré a algún sirviente con una bañera y agua caliente al dormitorio.

Morag asintió, incómoda ante lo que también le gustaría pedirle.

—También hay algo… Solo he venido con esta ropa y no tengo nada limpio para ponerme, ni tampoco para dormir. ¿Hay algún pantalón y camisa vieja que podáis prestarme? Al igual que un camisón…

Faith sonrió y asintió.

—Sí, aunque no es ropa vieja. Cora, la hermana de Sloan, es también una… guerrera y viste de la misma forma que tú. Le pediré ropa y estoy segura de que estará encantada de cedértela.

—Gracias. Y ahora me gustaría saber cuál es mi dormitorio. Si alguna de vosotras pudiera acompañarme…

Una de las allí presentes se acercó a ella con una sonrisa y le pidió que la siguiera. En el momento en el que salió de las cocinas y se dirigió hacia su dormitorio, Morag fue más consciente de que aquel castillo sería su hogar durante un año, y no estaba segura de estar a la altura de ello.

Al cabo de media hora, Morag se encontraba dándose un baño en el dormitorio que le habían asignado. Apenas había dirigido una mirada rápida a su alrededor cuando entró en el cuarto, pues se encontraba tan cansada y con los nervios aún a flor de piel que no logró reparar en que había ya un baúl con ropa a los pies de la cama y que el olor de la estancia indicaba que, claramente, ya estaba siendo ocupada con anterioridad.

Sin embargo, Morag esperó sentada a los pies de la cama a que llevaran la bañera y el agua. Y en el momento en el que por fin tuvo todo en su haber, se desnudó por completo y dejó su ropa sucia tirada a un lado de la bañera. El agua caliente parecía llamarla con intensidad y se metió rápidamente, disfrutando del calor mientras dejaba que este penetrara en su piel y relajara los músculos de su cuerpo.

Inconscientemente, dejó escapar un gemido de placer cuando el agua

cubrió su cuerpo y apoyó la cabeza sobre el borde para dejar pasar el tiempo. Era el único momento del día que pasaría sola después de todo lo ocurrido, y necesitaba asimilar todo ese día, aunque sabía que iba a costarle mucho.

Mientras había esperado la bañera con el agua, le habían llevado ropa limpia de Cora, como pantalones, camisas y un par de camisones para dormir. Todo bien guardado en un pequeño baúl, así que deseó que Jacob le enviara cuanto antes su propia ropa para poder devolverle la suya a Cora. Apenas la conocía y no quería que pensara que había llegado al castillo para quedarse con su ropa. La había observado en la distancia. Durante la ceremonia y la fiesta se había mantenido cerca de su madre, con la cual ella apenas había hablado, y muy cerca de ellas se encontraba siempre uno de los guerreros del clan, como si se tratara de una especie de protector. Había logrado atisbar miradas de odio y decepción entre ellos, por lo que necesitaba saber qué relación los unía. Se había propuesto conocer todo de esa familia y así descartarlos finalmente como enemigos. Y a partir de ese momento, podría investigar junto a ellos a los demás clanes.

Morag tenía la determinación de llegar al fondo de todo y encontrar al culpable. Y, por Dios, que le haría pagar por todas las muertes injustas de los MacBean durante la guerra y también en los ataques que claramente sufrían en los límites con otros clanes.

Aunque le había costado mucho aceptar su nueva situación, y aún no lo había hecho del todo, Morag sabía que era la mejor indicada para estar allí y luchar codo con codo con los Chattan, pues su escasa paciencia no le habría dejado descansar en paz desde su clan sin estar al frente en la batalla.

Al cabo de unos minutos, mientras frotaba su cuerpo, la joven suspiró. Si en algún momento de la noche alguien le preguntaba cómo se sentía, no estaba segura de poder responder con claridad. Por un lado, sentía rabia. Habría dado uno de sus brazos para estar casada con otro de los Chattan que no fuera Sloan. Por otro, sentía que este necesitaba a alguien como ella para hacer desaparecer su maldito orgullo. Pero también había incomodidad en su interior. Nunca se había separado de los MacBean, por lo que comunicarse con personas diferentes a los que le inspiraban confianza era algo que le hacía dudar de sí misma.

Pero el peor de todos esos sentimientos no era ni más ni menos que el miedo. Le había costado admitirlo, y jamás lo diría en alto, pero sentía

verdadero terror después de más de trece años sin volver a sentirlo. Desde que se había convertido en una guerrera de los MacBean no había tenido miedo a la muerte, pero en el momento en el que supo que iba a pasar un año en ese lugar el miedo le atenazó la garganta. No estaba segura de ser capaz de demostrar su valía entre toda esa gente que se iba a dedicar a observarla y, tal vez, criticarla. En su clan nunca habían dudado de su lealtad ni de su valía, pero los Chattan no la conocían. Y el hecho de temer fallarse a sí misma la hacía temblar de miedo.

A pesar de esto, Morag se repitió que ella podía con eso y que ayudaría a los Chattan a descubrir la verdad, aunque perdiera su vida en el intento. No se quedaría de brazos cruzados viendo cómo otros se arriesgaban y ella se quedaba tras las puertas. No. Ella era una guerrera y estaba dispuesta a lo que fuera para llegar al final.

Cuando por fin su cuerpo quedó limpio del polvo del camino, Morag se levantó de la bañera y envolvió su cuerpo con una toalla. Se dirigió a un pequeño tocador con un espejo y comenzó a desenredar su cabello. Sonrió con tristeza al recordar la infinidad de veces que su madre la peinaba y le recordaba que una señorita siempre debía llevar el pelo recogido en una trenza o coleta, pues ella siempre había deseado llevarlo suelto.

Sin embargo, cuando fue secuestrada y obligada a prostituirse, siempre le recogían el pelo para que los hombres que yacían con ella pudieran ver con claridad su rostro. Aquel peinado era algo que había odiado hasta la saciedad, por lo que, tras sobrevivir, decidió que no iba a recogérselo nunca más. Además, los mechones de pelo nunca la habían molestado mientras entrenaba o luchaba.

En el momento en el que terminó de peinarse, se detuvo un instante a mirarse en el espejo. Se veía extraña ante este. Casada. No podía creer que estuviera casada. Era una palabra que había odiado desde hacía tiempo y que siempre pensó que nunca estaría ligada a ella. Pero el destino parecía tener otros planes. Morag suspiró largamente. Se sintió rara, diferente, como si el hecho de haberse casado la hubiera cambiado de alguna manera. Pero sabía que no era así. La joven negó repetidas veces con la cabeza. Se dijo que eran imaginaciones suyas y que seguía igual que siempre.

Morag giró ligeramente su cuerpo y miró su hombro en el espejo. Allí la marca que le habían hecho nada más llegar al burdel. Sabía que nunca se borraría y que seguiría allí como un recordatorio de esa infame etapa de su

vida. Aquella marca siempre le recordaría que, durante dos años, no fue dueña ni de su destino ni de su cuerpo. Había sido marcada como ganado y, a pesar del paso de los años, Morag aún recordaba el olor a carne quemada y el dolor que le produjo aquel hierro ardiente contra su piel.

Aún se sorprendía al ver la serenidad que ella misma había mostrado en las últimas reuniones al enfrentarse cara a cara con el hombre que le había hecho aquello. Sabía que no mucha gente podría aguantar una sola mirada de alguien como él y que lo enfrentaría en el primer encuentro. No obstante, Morag había logrado actuar con frialdad, algo que aún le impresionaba.

Y mientras la joven miraba la cicatriz de su hombro y recordaba al hombre que se la hizo, la puerta del dormitorio se abrió de golpe, sobresaltándola. Morag se giró rápidamente para dirigirse hacia su espada, temerosa de ser el centro de un ataque. Sin embargo, se quedó de piedra al ver que la persona que cerraba la puerta tras él en ese instante no era otro más que su marido.

Y el terror dio paso a la ira.

Olvidando que estaba desnuda y tan solo cubierta con una toalla, Morag dio un paso hacia Sloan, que la miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios haces aquí? ¡Fuera!

El guerrero torció el gesto y chasqueó la lengua.

—Este es mi dormitorio.

La sorpresa de Morag fue mayúscula.

—¿Qué? Pensaba que me habían dado uno diferente.

Dio un paso hacia atrás, incapaz de creerlo.

—¿Vamos a dormir juntos?

Sloan arqueó una ceja al tiempo que se dirigía hacia la cama para sentarse en el borde del colchón.

—No sé si recuerdas que nos hemos casado hace unas horas… —dijo con tono irónico.

Morag resopló y apretó la toalla contra su cuerpo, temerosa de que se escurriera y la dejara completamente desnuda ante él.

—Claro que lo recuerdo, por desgracia…

Se mostraba tan sorprendida que no estaba segura de que las palabras

salieran de su boca formando frases con sentido.

—Quiero otro dormitorio donde no tenga que aguantarte —exigió.

Sloan fingió pensarlo.

—Lamento decepcionarte, pero dormiremos juntos.

Morag rugió de rabia.

—No pienso yacer contigo.

—He dicho dormir —la corrigió con tono hiriente—, no yacer.

Morag se acercó a él y clavó su mirada en sus ojos. Durante unos segundos, ambos se mantuvieron en silencio y se retaron con la mirada, jurando sin palabras que ninguno iba a ceder.

—Eres un maleducado.

Sloan gruñó.

—Y tú un incordio.

Morag apretó los puños con fuerza y rechinó los dientes. De haber tenido algo duro cerca de ella se lo habría tirado a la cabeza para hacerlo entrar en razón.

—Vete hasta que al menos me ponga el camisón.

Sloan negó con la cabeza. En ningún momento del día había pensado que estar casado con ella le iba a causar tanta gracia, especialmente al ver la rojez de sus mejillas por la vergüenza.

—No pienso irme de mi dormitorio. Vete tú.

—¡Estoy desnuda!

Sloan se encogió de hombros.

—No es mi problema. De todas formas, una MacBean no es el objeto de deseo de un Chattan, por lo que no pasa nada si alguien del clan te ve desnuda por los pasillos.

Morag dejó escapar una expresión de incredulidad. Lo miró largamente y deseó tener el coraje suficiente para, efectivamente, salir desnuda de ese dormitorio, pero nadie más había vuelto a verla sin ropa en trece años. Y no iba a comenzar ese día.

—Eres un maldito ser despreciable al que, seguramente, nadie de por aquí le tenga demasiada estima…

Sloan alzó los ojos hacia ella y, sin dejar de mirarla, comenzó a quitarse las botas.

—Por mucho que me insultes, no voy a marcharme.

Morag resopló y le dio la espalda para acercarse al camisón, que se había quedado a un lado de la bañera. En ese instante, Sloan frunció el ceño, pues la cicatriz de su hombro quedó expuesta ante él. Supo sin dudarlo que no era una simple cicatriz que le hubiera causado la hoja de una espada. Al contrario, era la cicatriz de un quemado. La habían quemado y le habían provocado una cicatriz demasiado fea en el hombro. Y a pesar de que se había jurado ignorarla, su boca lo traicionó y no pudo evitar preguntarle:

—¿Quién te hizo esa marca?

El guerrero vio el sobresalto de la joven, que se giró nuevamente hacia él mientras apretaba la toalla y el camisón con fuerza contra ella. En sus ojos verdes se dibujó una expresión de nerviosismo que era demasiado evidente, aunque intentara disimularla, y Sloan llegó a la conclusión de que no se lo había hecho de forma accidental.

—¿Y a ti qué demonios te importa? —preguntó Morag sin poder evitar que el nerviosismo se reflejara en un tono de voz ligeramente tembloroso.

El guerrero frunció aún más el ceño y siguió preguntando incisivamente.

—Es la marca de una herradura al rojo vivo.

Morag se alejó de él y rodeó la cama para dirigirse hacia el otro lado. Por primera vez desde que la conocía, Sloan vio que la joven apartaba su mirada para evitar mirarlo a los ojos.

—Pues si ya lo sabes, no preguntes.

Y dedicándole una mirada por encima de su hombro, le dijo:

—Y no me mires mientras me pongo el camisón.

En ese instante, Sloan se obligó a reaccionar como solía hacerlo con ella, por lo que resopló con fuerza al tiempo que volvía a darle la espalda.

—Tranquila. No pareces tan atractiva como para atraer mi atención.

Desde su posición, Sloan escuchó el silencio que se hizo tras sus palabras. Los brazos de la joven se habían quedado completamente quietos, aunque logró reaccionar rápidamente y el sonido de la ropa volvió a escucharse en la habitación.

—¿Tú te has mirado en un espejo? Supongo que lo romperías con esa cara avinagrada…

Sloan le respondió con un gruñido y, rápidamente, el silencio se hizo a su alrededor. No obstante, no duró demasiado, pues la lengua viperina del guerrero volvió a hacerlo hablar:

—Te he visto hablando con tu laird.

Morag arqueó una ceja y se giró hacia él cuando tuvo el camisón puesto.

—No creo que eso sea una información demasiado relevante. Como tú has dicho, es mi laird y, simplemente, me estaba despidiendo de él.

—Ahora, y por un año, tu laird es mi hermano Rowan —le dijo mirándola a los ojos.

—No te equivoques, Chattan. Mi lealtad siempre estará con los MacBean, pero tranquilo, me ha pedido que no te mate y tenga paciencia contigo. Como si fueras un niño pequeño…

El guerrero frunció el ceño y resopló.

—¿Qué? ¿De verdad te ha pedido eso?

—Claro, así que puedes estar seguro, mientras no me toques, el filo de mi espada no irá dirigido contra ti. Aunque no estoy segura de que tú hagas lo mismo.

—Hoy he hecho un juramento —le recordó.

Morag clavó su mirada en él mientras se arropaba.

—Pues espero que lo cumplas.

Era ya más de media noche cuando Sloan resopló por enésima vez. Aún no había podido dormir desde que se acostó y no porque no estuviera cansado, sino porque su ya esposa no dejaba de dar patadas y hablar cosas ininteligibles desde que se había quedado completamente dormida.

Desde el momento en el que él también se tumbó a su lado, Sloan había hecho todo lo posible para mantenerse alejado de ella, por lo que a cada instante estaba a punto de caerse de la cama para no rozarla. Al cabo de unos minutos había sentido que la joven se relajaba y se quedaba completamente dormida. Y, aunque pensó que la noche sería tranquila después de haberse dormido, nada más lejos de la realidad. Morag no había

dejado de moverse y decir cosas que realmente no lograba entender. La joven se movía tanto que ya le había propinado varias patadas en las piernas y no sabía cómo colocarse en la cama para evitar ser atacado por ella y para no caerse estrepitosamente al suelo.

Durante unos instantes, llegó a pensar que lo mejor era levantarse y dormir en el sofá que había frente a la chimenea, pero su orgullo se lo impidió y se dijo que iba a quedarse allí costara lo que costara. Pero ya le estaban comenzando a doler las piernas con tanto golpe.

Había intentado entender algo de lo que la joven decía entre sueños, pero no lograba vocalizar nada. Sin embargo, sí que parecía estar viviendo un auténtico infierno en sueños.

En un momento dado, Sloan se sentó en la cama y apoyó la espalda contra el respaldo de esta. Se cruzó de brazos, incómodo y enfadado por ser casi expulsado de su propia cama y dirigió su mirada iracunda hacia Morag. La joven no dejaba de moverse, incluso había apartado las sábanas hacia su cintura, por lo que vio con claridad cómo subía y bajaba su pecho con auténtico terror.

El guerrero frunció el ceño, preguntándose qué demonios estaba soñando para que su cuerpo ni siquiera descansara. En sus facciones podía leerse claramente el terror y no pudo evitar preguntarse si su sueño tenía algo que ver con aquella cicatriz que tenía en su hombro. Le había causado realmente impresión ver algo así, pues jamás había vislumbrado la cicatriz de un quemado sobre la piel de una mujer, y menos uno que indicara que había sido marcada como el ganado. Ese quemado no era de un fuego del que la joven hubiera escapado y tan solo le hubiera quedado esa cicatriz. Era algo peor, algo que llamó poderosamente su atención y, por primera vez en su vida, despertó su curiosidad.

Se dijo que no podía pasarse el resto de la noche observándola y, sin embargo, no podía dejar de hacerlo. Incluso en medio de una pesadilla, el rostro de Morag estaba más relajado que de costumbre, provocando que el interés de Sloan sobre ella aumentara. No la conocía absolutamente de nada. Tan solo se habían visto dos veces y había acabado casado con ella, por lo que lo único que sabía de la joven era lo que había visto en las reuniones. Pero algo en su interior le decía que había una historia detrás de ella, que no era solo lo que dejaba ver a los demás. Y en lugar de provocarle más rechazo, activó su curiosidad.

El guerrero chasqueó la lengua, contrariado. No soportaba que aquella mujer despertara cualquier otro sentimiento que no fuera odio. Pero no podía evitarlo. Hasta esa misma noche la había visto como un maldito incordio que no soportaba, pero cuando entró en el dormitorio dispuesto a acostarse y descansar, no imaginaba que se la iba a encontrar completamente desnuda, tan solo tapada por una simple toalla que, aunque ella no lo sabía, dejaba entrever más de lo que deseaba.

No la había visto como una mujer, sino como una guerrera fría y asesina. Pero esa noche había descubierto su parte femenina y, para sufrimiento suyo, había sentido cómo lo golpeaba en el estómago con fuerza. Había tenido que obligarse a sí mismo a apartar la mirada para evitar que lo descubriera mirándola más tiempo del necesario. Se había obligado también a mostrarle su odio una vez más. Se habría incluso sacado los ojos para demostrarle que nunca la había visto como una mujer. Y, sin embargo, estaba seguro de que en todas esas ocasiones iba a perder irremediablemente.

El guerrero dejó escapar un resoplo y apretó los puños contra los costados. Al ver que Morag seguía dando vueltas de un lado a otro, chistó suavemente para que se despertara, aunque con ello supusiera que iniciarían una nueva guerra. No obstante, la joven no logró calmarse.

—Dean, no me dejes sola… —dijo la joven en ese preciso instante.

Sloan se sobresaltó y miró sus ojos, pensando que estaba despierta y que le hablaba de alguna manera, pero no era así. Morag seguía durmiendo y acababa de pronunciar las únicas palabras inteligibles de toda la noche. ¿A quién se refería? ¿Y a quién se estaba dirigiendo? ¿Tal vez un prometido? La curiosidad despertó poco a poco en el cuerpo del guerrero, preguntándose qué había sido de su vida antes de acabar allí casada con él.

En un momento dado, Sloan se dijo que debía dejar de mirarla. Sin embargo, no podía. Algo extraño en su interior le impedía moverse de la cama para alejarse de ella. Pero lo peor de todo llegó cuando alargó una mano para despertarla y ella lo aferró con fuerza. Instantáneamente, la calma pareció llegar al cuerpo de Morag, que se quedó completamente callada y tranquila.

Sloan abrió los ojos desmesuradamente e intentó apartar la mano para evitar tocarla. Estaba seguro que si Kester o Arran lo vieran en esa tesitura, se burlarían de él al no poder soltarse, pues la joven apretaba con tanta

fuerza que no podía hacerlo sin despertarla sobresaltada, y tampoco quería asustarla, pues estaba seguro de que se ganaría un golpe por su parte.

El guerrero resopló con fuerza y gruñó por lo bajo una maldición en gaélico. Por ello, acabó tumbándose de nuevo en la cama e inspirando con fuerza para serenarse, pues estaba seguro de que iba a echar a volar de auténtica rabia si no se tranquilizaba.

No pudo evitar girar la cabeza en dirección a Morag. ¿Cómo era posible que se hubiera calmado tan solo con el tacto de su mano? La odió por ello. La aborrecía despierta y también dormida. Sin lugar a dudas, esa maldita mujer se había cruzado en su camino para amargarle la vida aún más, pero no se sentía con la suficiente frialdad como para despertarla y gritarle que no lo tocara. Ahora que estaba calmada, el rostro de Morag era realmente hermoso. ¿Cómo era posible que cambiara tanto su expresión despierta a dormida? Parecía ser una persona completamente diferente, casi angelical. Así dormida, no quedaba absolutamente nada de la guerrera fría y tensa que él conocía.

Suspiró nuevamente y puso su mano libre bajo su nuca. Estaba seguro de que no iba a dormir nada lo que quedaba de noche, por lo que, añadido al odio que sentía hacia ella por motivos obvios, ahora debía añadir el de no dejarlo dormir tranquilo.

Sloan intentó poner su mente en blanco y, al cabo de una hora, cuando ya había perdido la esperanza de recuperar su mano durante el sueño, cayó rendido por fin al cansancio.

CAPÍTULO 5

Al despertar, Morag tenía la impresión de que estaba siendo aplastada por algo que desconocía. No era la primera vez que le ocurría, ya que el perro de Nathan solía encontrar la manera de entrar en su dormitorio y acostarse junto a ella. En muchas ocasiones, sobre ella. Y antes de que su mente pudiera pensar en otra posibilidad, Morag dedujo que, de nuevo, había penetrado en su habitación y se había acostado sobre su cuerpo, aplastándola ligeramente.

Morag respiró hondo y apenas pudo lograr llenar su pecho de aire. Por ello, se obligó a despertar completamente y expulsar al perro de Nathan de allí antes de que este le arrebatara el aliento.

La joven abrió los ojos lentamente y se dijo que estos le estaban jugando una mala pasada cuando no logró reconocer absolutamente nada de lo que había en el techo. Aquella lámpara de hierro con velas no estaba en su dormitorio mientras que la chimenea se encontraba en el lado opuesto a donde ella la recordaba. Y, de repente, su mente le trajo los últimos recuerdos del día anterior. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al ser consciente de que no estaba en su dormitorio y que no podía ser el perro de Nathan el que la estaba aplastando en ese instante.

Con los ojos muy abiertos, Morag giró la cabeza hacia un lado y se quedó petrificada. De su boca escapó una expresión de sorpresa que apenas logró escucharse, mientras que seguía observando el rostro dormido de Sloan a solo unos milímetros de ella. De hecho, cuando se giró, su nariz rozó la del guerrero, que no se había percatado de lo cerca que se encontraba.

Su mente le gritaba a Morag que debía apartarlo de un empujón, pero su cuerpo no respondía a sus ruegos. Tenía el corazón tan acelerado que incluso su respiración también se intensificó. Durante trece años, no había dejado que un solo hombre volviera a acercarse a ella a esa escasa distancia. Desde entonces había logrado sentir auténtico asco y, si alguno osaba a propasarse con ella, le propinaba un puñetazo para que se alejara inmediatamente. Y, sin embargo, en ese instante no era capaz. No por el miedo que le habían generado sus vivencias, sino por algo muy diferente que no lograba entender.

Se obligó a apartar la mirada del guerrero y la bajó hacia su cuerpo. Apartó ligeramente las sábanas para comprobar que el peso que sentía

desde que había despertado era el del cuerpo de Sloan, que estaba casi encima de ella. El guerrero pasaba una pierna sobre las suyas, impidiéndole moverlas. Por otro lado, uno de sus brazos la estrechaba contra sí, tocando su cintura con suavidad.

Morag sintió un nudo en su garganta frente a lo que sintió en ese instante. Desvió su mirada de nuevo hacia Sloan y lo vio descansar tranquilo. Su respiración era suave y la expresión de su rostro era claramente dulce. Demasiado dulce. Por primera vez en su vida no lo veía con el ceño fruncido, ni siquiera con el cuerpo contraído y tenso que solía mostrar a cada momento. Era una persona más que no tenía que fingir ser otra cosa en ese instante. Y de no ser porque se trataba de un enemigo para ella Morag habría esbozado una sonrisa ante el cambio que mostraba el guerrero. Con ese gesto suave, parecía haber rejuvenecido diez años, incluso pudo verlo casi como un niño. Pero su orgullo la enfureció al ver que estaba comenzando a tener ternura por esa visión.

Por ese motivo, Morag se movió con rapidez para apartarse. ¿En qué momento de su existencia se había atrevido a sentir un poco de ternura por ese hombre? Había perdido el juicio completamente. Debía seguir viéndolo como lo que era, un enemigo. Morag se golpeó mentalmente. Por Dios, llevaba casada un solo día con él y lo había visto con otros ojos. La joven fingió una arcada de asco mientras se sentaba en la cama con gesto enfurecido y movimientos tan fuertes que logró despertar de golpe a Sloan.

—¿Qué demonios haces? —preguntó el guerrero con voz aún ronca por el sueño.

Morag hizo todo lo posible para darle la espalda, pero su propio cuerpo la traicionó y giró la cabeza en su dirección, gesto del que se arrepentiría toda su vida. La imagen imponente de Sloan, ahora sí, con el ceño fruncido, el pelo revuelto y los ojos aún somnolientos no podría olvidarla jamás. Eso sin contar con que se había incorporado en la cama y la sábana ya no le cubría el pecho desnudo. La noche anterior apenas reparó en su cuerpo cuando se metió en la cama, pero ahora no podía ignorarlo. Por desgracia, había visto el cuerpo desnudo de muchos hombres, pero, sin lugar a dudas, ninguno poseía la fuerza e imponencia que Sloan mostraba ahora.

—¿Qué haces tú, maldita sea? —se obligó a responder con la boca seca, volviendo a mirar hacia adelante para evitar seguir viendo su cuerpo desnudo—. Me estabas abrazando y te dije que no me tocaras. Tienes suerte

de que no te clave mi daga.

Sloan frunció el ceño y vio que la joven comenzaba a vestirse, dándole la espalda.

—¿Yo? —preguntó, indignado—. Mentira. Jamás haría tal cosa.

Morag resopló cuando se levantó ligeramente para ponerse el pantalón.

—Pues apenas podía respirar, así que no vuelvas a hacerlo.

Sloan gruñó y apartó las sábanas de su cuerpo para comenzar a vestirse él también. De repente, el ambiente en el dormitorio se había vuelto irrespirable. Solo recordaba que estaba teniendo el primer sueño agradable de toda su vida y que se había despertado de golpe, provocando que su corazón se exaltara y regresara a la realidad para volver a ser el hombre frío que siempre era.

—Más quisieras que te tocase.

La joven dejó escapar una exclamación de indignación y lo miró, pero este ya le daba la espalda mientras se vestía.

—Más quisieras tú tocar a alguien como yo.

El guerrero gruñó algo ininteligible, pero su orgullo le impidió preguntarle para que lo repitiera. En su lugar, lo insultó en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que pudiera escucharla.

—A lo mejor es que deseas que te toque y lo escondes tras esas palabras de odio fingido.

—Te aseguro que mi odio no es fingido, Chattan. Y claro que sí. Desearía que me tocaras únicamente para tener un motivo con el que cortarte la mano después de que lo hicieras.

Sloan se levantó, enfadado, tan solo con la camisa puesta, que apenas tapaba sus piernas. Sin embargo, Morag se obligó a mantener la mirada sobre sus ojos, orgullosa y retadora. Lo vio arrugar la frente y apretar los labios, haciendo que estos dibujaran una fina línea.

—Yo lo que deseo es que no hagas tanto ruido al dormir.

Morag frunció el ceño al escuchar esas palabras. Lo vio preparar el kilt en el suelo para ponérselo y, a pesar de que ese movimiento hizo que partes de su cuerpo quedaran expuestas, la joven no desvió la mirada. No estaba segura de si esas palabras se trataban de una pura y simple mentira o si

tenían algo de razón.

—Yo no hago ruido —dijo con tono calmado.

Sloan levantó ligeramente la mirada y torció la cabeza.

—No has dejado de gemir durante gran parte de la noche. Y también has hablado.

Morag apretó los puños y resopló. Sin embargo, algo dentro de ella se removió y dio un paso atrás, como si, poniendo algo más de distancia entre ellos, pudiera protegerse.

—Mentira.

—¿Quién es Dean? —preguntó Sloan mientras terminaba de ponerse el kilt y lo abrochaba a su cadera.

Para él había sido una simple cuestión que intentó poner por delante de la curiosidad que surgió la noche anterior sobre ella. Sin embargo, para Morag había sido un golpe demasiado bajo. No podía ser verdad. Sloan no podía saber quién era ella, su familia o lo que había sido de su vida antes de pertenecer a los MacBean. Muy pocas personas lo sabían a su alrededor y estaba segura de que jamás la traicionarían al ir contándolo.

Su corazón se exaltó y su rostro se quedó pálido, gesto que no pasó desapercibido para Sloan, que comenzó a colgarse el cinto de la cadera mientras no perdía movimiento alguno de la joven. Vio su palidez y casi el temblor que surgió en sus manos. La vio construir de nuevo una fachada delante de ella, un poderoso muro que sería muy complicado escalar en algún momento de su existencia. Pero Sloan se recordó que debía darle exactamente igual. No obstante, su orgullo y la inquina que le tenía a la joven desde el primer momento en que la vio lo obligaron a seguir preguntando:

—¿Era tu prometido?

Morag apretó los puños y se colgó la espada a la cadera con la intención de acabar la conversación en ese preciso instante. El recuerdo de su familia la volvía débil, y eso era algo que no le gustaba. Por eso, le respondió:

—No era nadie.

A pesar de que Morag pensaba que Sloan iba a olvidar ese nombre y se marcharía, dejándola sola, estaba muy equivocada, pues siguió hablando incisivamente:

—Seguro que se quedará triste al saber que no volverás hasta dentro de un año.

Morag resopló y no pudo evitar alzar la voz.

—¡Ya está bien! —exclamó con fuego reflejado en sus ojos—. No vuelvas a nombrarlo.

Sloan dejó escapar una risa lacerante.

—¿Tanto te molesta no casarte con él?

Morag lanzó un rugido de rabia y tomó entre sus manos una de sus dagas. Corrió hacia él y lo empujó contra la pared más cercana. Llevaba el odio impreso en sus ojos y su rostro. La joven apoyó el filo de la daga en el cuello de Sloan, que mantuvo una expresión serena, aunque retadora al mismo tiempo.

—Te he dicho que no volvieras a nombrarlo.

—¿Qué hay de malo en ello? —preguntó el guerrero, ganándose un pequeño corte cuando Morag apretó aún más la punta contra su cuello.

—A los muertos hay que respetarlos —respondió entre dientes, reprimiendo el deseo de clavarle la daga y acabar con ese matrimonio de una vez por todas—. Y no era mi prometido. Era mi hermano.

Morag tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para apartar la daga de su cuello y alejarse de él. Había deseado clavársela con todas sus fuerzas, pero sabía que no tendría tiempo para salir viva de allí. Eso sin contar con que llevaría la guerra a las puertas de su clan. Sintiendo cómo las lágrimas subían a sus ojos, Morag se alejó de él y volvió a guardar la daga en su bota, intentando ignorar la expresión estupefacta de Sloan.

Este no había esperado aquella respuesta, sino una muy diferente. Algo en su interior le había dicho que ese tal Dean era el prometido de la joven y, a pesar de que no había querido casarse con ella, ni pasar un año a su lado, no había podido evitar sentirse celoso de la vida que Morag pudiera haber llevado antes de casarse con él.

Sin embargo, cuando escuchó que era su hermano, se golpeó mentalmente por su lengua incisiva y, a veces, venenosa. Por ello, se dijo que debía hacer algo para intentar arreglar aquello antes de que pudiera llevar a su clan a un problema aún mayor. Pero cuando abrió la boca para pedirle disculpas, Morag ya estaba junto a la puerta y con el pomo en la

mano. La vio abrirla con gesto iracundo y cerró tras ella con un sonoro portazo.

En ese instante, Sloan dejó escapar un largo y profundo suspiro. Se llevó una mano al rostro y se atusó las sienes. Había comenzado a dolerle la cabeza, y sabía que no solo se debía a que se había despertado de golpe. Había visto su dolor escondido tras el fuego de sus ojos; un profundo dolor que aún no había sabido manejar. Dedujo que tal vez por eso llevaba semejante coraza en el pecho y que era imposible atravesar. Igual que él.

—Maldita sea… —murmuró Sloan dejándose caer sobre la cama y apoyando los codos en los muslos.

Era la primera vez en su vida que, de verdad, sentía arrepentimiento por hacer algo mal. En los últimos meses, le había hablado realmente mal a su cuñada, había tratado con desprecio a mucha gente y nunca se había preocupado por los sentimientos de nadie. Sin embargo, algo en su interior le dijo que esa muchacha guardaba un profundo dolor; el mismo dolor que él también sentía desde pequeño y que aún no había podido gestionar.

Y en ese instante se dijo que se encontraba entre el odio que le provocaba Morag por razones obvias desde que se conocían, pero también con culpa. Y eso sí que no sabía cómo gestionarlo.

De repente, la curiosidad que había sentido durante la noche hacia ella, comenzó a tomar forma. Una parte de él deseaba conocerla, pero otra muy distinta no estaba dispuesta a preguntar ni una sola vez más. Había visto la determinación en sus ojos. Sabía que lo habría matado de no ser porque su laird le había pedido paciencia.

Y antes de que esa maraña de sentimientos lo envolviera y se hiciera con él, Sloan se obligó a reaccionar y a salir de allí con la intención de convocar a su familia. Si habían aceptado su boda con esa joven para estrechar lazos no iba a dejar pasar el tiempo sin saber realmente a qué se enfrentaban.

Amelia se encontraba observando con atención el rostro de su segundo hijo, provocando que Sloan se sintiera incómodo bajo su atenta mirada. Toda la familia, incluida Morag, se encontraba en un salón del castillo para hablar de lo que los había llevado a estar todos allí reunidos: la guerra entre los clanes.

Sin embargo, la mirada de Amelia no estaba sobre Sloan únicamente para

ver su reacción a la conversación, sino para intentar entender la expresión extraña de su rostro. Nada más entrar en el salón lo había visto dirigirse a un punto alejado de todos para evitar rozarse con nadie, mientras que Morag se había dirigido al punto opuesto. Apenas se habían mirado, ni mucho menos dirigido la palabra. Pero era la primera vez en su vida que veía una expresión así en el rostro de Sloan. Y era realmente raro, ya que él siempre se mantenía hierático ante cualquier situación.

En un momento dado, Sloan clavó también su mirada en ella y entrecerró los ojos:

—¿Necesita algo, madre? —le preguntó, cansado de sus miradas inquisidoras.

—No, nada, hijo. ¿Todo bien?

—Todo lo bien que se puede estar después de casarte con tu enemiga.

Ignoró el resoplo de Morag desde el otro extremo del salón. Sin embargo, no pudo evitar mirarla cuando la joven se adelantó y posó sus ojos sobre Rowan, que se mantenía en un discreto segundo plano. La joven se cruzó de brazos y abrió ligeramente las piernas, mostrando una pose entre orgullosa y curiosa. La incomodidad estaba reflejada en su rostro, pero parecía ignorarla por completo.

Rowan le devolvió la mirada y carraspeó.

—Puedes sentarte en unos de los sillones…

—Prefiero estar de pie. Gracias. ¿Qué información tenemos sobre todo lo que está pasando?

Antes de que Rowan pudiera responder, Arran dejó escapar una risa.

—Vaya, eres directa, ¿eh?

Morag lo encaró.

—No he venido aquí a perder el tiempo y coser. Soy una guerrera y quiero saber qué está pasando en este clan para determinar si es lo mismo que ocurre en el mío. Y si todo esto lo descubrimos antes del año que me queda por vivir aquí, mucho mejor.

Su mirada la traicionó y, a medida que pronunciaba las últimas palabras, se dirigieron hacia Sloan, que no tardó en aceptar el reto y frunció el ceño.

—Cierto, ¿qué tal la noche de bodas?

Kester sabía que arriesgaba su propia vida al pronunciar aquella pregunta, sin embargo, la curiosidad pudo con él antes de que su propia madre le diera un manotazo en la pierna para llamar su atención.

Morag lo miró y rechinó los dientes.

—¿Nunca han intentado cortarte la lengua?

Kester sonrió y se encogió de hombros.

—Un marido intentó una vez cortarme las pelotas, pero no es algo para contar ahora mismo…

La propia Cora lanzó una exclamación de auténtico asco.

—Oh, por Dios. ¿Por qué demonios cuentas eso ahora?

—Me parecía un dato interesante sobre mi vida. Pero, tranquila, hermanita, ya me callo.

Rowan puso los ojos en blanco y se pasó una mano por el rostro, cansado.

—Respondiendo a tu pregunta, hay muchas cosas que sabemos y es el motivo por el que convocamos al resto de clanes.

—Si yo fuera tú, no le contaría toda la verdad —lo cortó Sloan.

Los ojos de Morag refulgieron de odio, pero se mantuvo callada y esperó a que Rowan continuara.

—Su laird nos ofreció su mano como muestra de su inocencia, al igual que los Ross con Alasdair.

Su hermano resopló, pero se mantuvo callado y con los brazos cruzados, como muestra de incomodidad ante la presencia de Morag entre su familia.

—Te haré un resumen —le dijo Rowan a la joven recién llegada—. Desde que empezó la guerra siempre hemos pensado que todos los clanes estaban implicados en esta espiral de muerte y destrucción entre nosotros. Sin embargo, muchos de vosotros nos culpabais de haberos atacado, algo que nosotros jamás hemos hecho.

—Nosotros tampoco hemos atacado a nadie.

Rowan asintió.

—Eso mismo es lo que el laird Comyn aseguraba una vez más en la última reunión. Sin embargo, se nos ocurrió traer a Gillian aquí como muestra de su inocencia para evitar que nos siguieran atacando. Sin embargo, todo siguió igual. Por ello, Comyn me cedió la mano de Gillian

como muestra de su inocencia. A partir de ahí, ambos clanes nos unimos para llegar al fondo de todo esto. Desde entonces, tanto unos como otros pensamos que hay alguien detrás de los ataques que quiere llevarnos a la guerra de nuevo y que se esfuerza demasiado para que todos los clanes pensemos que los demás están implicados.

Gillian asintió y tomó la palabra:

—Incluso durante un tiempo llegamos a pensar que se trataba de un clan ajeno a la guerra que deseaba ver cómo nos matábamos los unos a los otros. Sin embargo, cuando mataron a mi padre, se dirigía aquí para confesarnos que había descubierto al culpable.

—¿Y quién es?

Rowan chasqueó la lengua.

—Las heridas que le provocaron le impidieron decírnoslo antes de morir. Sin embargo, sí confesó que se trataba de uno de los lairds implicados en la guerra.

—Somos siete clanes —dijo Morag con el rostro contraído por la concentración—. Vosotros dos no lo sois y os aseguro que los MacBean tampoco. Por lo tanto, tres menos en los que pensar.

—Y no olvidéis a los Ross, que enviarán a su hija para… casarnos —dijo Alasdair casi incapaz de pronunciar la última palabra.

Morag asintió, incómoda.

—Entonces, somos cuatro clanes que se han unido mostrando su inocencia. Por lo tanto, quedan otros tres que podrían ser los culpables de todo.

—Exacto.

—Los ataques que ha sufrido mi clan han sido bastante fuertes y salvajes. Mucha gente ha muerto y nunca nadie ha logrado verles la cara o los colores de sus ropas.

—Esos ataques los llevan a cabo mercenarios —dijo Sloan.

Morag no pudo evitar mirarlo a pesar de que se había prometido ignorarlo por completo. Tragó saliva al hacerlo y recordó de nuevo el episodio ocurrido en su dormitorio antes de salir de allí.

—El cerco que hay ahora entre nosotros es muy estrecho. No podemos

ignorar a los Gunn, MacGillivray o Urqhart. No me fío de ninguno de ellos.

—Nosotros tampoco. Por lo que tenemos que hacer algo para intentar descubrirlos. Estoy seguro de que llegarán a hacer algo que los delate.

Morag suspiró y miró a Rowan largamente antes de responder:

—¿Y qué habéis pensado hacer?

—Si te digo la verdad, nuestro plan llegaba únicamente a la reunión. Esperábamos descubrir algo en ella.

Morag arqueó una ceja y caminó por el salón con gesto meditativo.

—Te hemos contado todo, pero tú apenas has dicho nada… —la acusó Sloan.

La joven lo miró entornando los ojos.

—¿Y eso me hace culpable de algo? —le preguntó con tono adusto—. Tan solo he contado lo de los ataques a mi clan porque es la única información que puedo aportar. Nosotros no hemos llegado tan lejos como vosotros, así que espero que tu duda sobre Jacob se desvanezca de una vez por todas de la misma forma que lo tuve que hacer yo ayer tras casarme contigo.

Morag se adelantó y se acercó a él.

—Que no se te olvide esto: si he dormido junto al que consideraba mi enemigo es porque tal vez me he visto obligada a cambiar lo que pensaba de vosotros. Y supongo que he acertado.

—No sé si considerarlo como un insulto o darte las gracias —respondió Sloan.

—Haz lo que quieras. No me importa.

Morag suspiró y volvió a encarar al resto de los Chattan.

—Yo sí quiero agradecer que no pienses que somos enemigos —intervino Amelia—. Es muy amable por tu parte. Solo queremos solucionar todo esto.

Morag asintió con respeto.

—Después de escucharos, me surgen muchas dudas, pero hay una en especial que no puedo quedármela para mí.

—Hazla —dijo Rowan.

—Si hay solo una persona detrás de todo esto es porque realmente busca

algo. No creo que únicamente quiera ver cómo los demás clanes nos matamos entre sí porque no tendría demasiado sentido. Entonces, supongo que habrá algo más profundo que lo ha llevado a declarar la guerra a los demás clanes.

Cora tragó saliva y asintió.

—Tienes razón. Hay algo que mi hermano Rowan aún no te ha contado.

—Y tal vez debería seguir así —la cortó Sloan.

Cora miró a su hermano y negó con la cabeza.

—Si nos va a ayudar, debe conocer toda la verdad.

—¿A qué te refieres?

—A que ese laird, sea quien sea, tiene un objetivo en mente y nos envió a todos a la guerra para disimularlo y acercarse a ese propósito.

Morag frunció el ceño.

—¿Y qué es lo que busca?

Cora se levantó de su asiento y se acercó a ella:

—A mí.

Morag se quedó petrificada ante esa revelación. No pudo evitar dar un paso atrás, como si la hubiera golpeado con sus palabras, y la miró entrecerrando los ojos, incapaz de comprender qué demonios podía querer de esa joven. Dejó escapar una exclamación de sorpresa y miró a los demás con la esperanza de que contradijeran a la que era su cuñada, pero sus rostros estaban tan serios que le confirmaron que así era. Morag no se había dado cuenta de que había abierto la boca, pero se había quedado callada, incapaz de decir nada.

Necesitó unos momentos para asimilar aquella información, y cuando creyó que estaba preparada, preguntó:

—¿A ti? ¿Por qué? Siempre he escuchado que se suelen atacar los clanes por odio, por conseguir tierras o ganado… pero ¿una mujer?

Cora asintió y suspiró:

—Al parecer, hay una profecía que dice que yo voy a acabar con ese clan. Por eso, quieren conseguirme y matarme.

Morag arqueó una ceja ante la simpleza de ese motivo.

—Es broma, ¿no?

—¿Tenemos cara de bromear? —preguntó Sloan.

La joven lo miró con odio en los ojos, pero rápidamente volvió a observar a Cora, aún sorprendida.

—Lo siento, es que me parece algo tan extraño que me cuesta aceptarlo. ¿De verdad nos han llevado a todos a la guerra tan solo para acercarse a vosotros y secuestrarte? ¿Todo por una tontería como una profecía? Es que es de locos…

Morag no podía creer lo que había escuchado. La joven se paseaba de un lado a otro del salón intentando comprender ese motivo.

—¿Tú no crees en profecías? —preguntó Sloan.

Morag paró en medio del salón y lo miró.

—Claro que no. Solo creo en lo que hay delante de mí. Todo se puede cambiar, incluso el destino, si tomamos la decisión correcta. Qué tontería, por favor. ¿Y esa persona no se ha dado cuenta de que tal vez con llevarnos a la guerra es cuando tú vas a protegerte y lo vas a matar? Si se hubiera quedado de brazos cruzados, puede que tú ni siquiera supieras que existe…

Cora asintió.

—En eso tienes razón, pero ya no se puede hacer nada. Por ese motivo, Alasdair es mi protector y mis hermanos intentan averiguar quién es.

Morag la miró con cierta lástima. Sin embargo, las siguientes palabras de la joven la hicieron sonreír.

—Si te atreves a volver a mirarme con pena, pienso obligarte a que me devuelvas toda la ropa que te he prestado. Y si caminas desnuda por el castillo, será tu puñetero problema.

A pesar de que Amalia la reprendió por sus palabras, Morag se acercó a ella con una sonrisa y puso una mano sobre su hombro.

—Te conozco desde ayer, Cora, pero voy a hacer lo que esté en mi mano para ayudarte. Ya no solo por ti, sino por toda esa gente que ha muerto estos años por la locura de una persona.

Su cuñada sonrió y asintió, agradecida.

—Ahora que ya sé toda esta información, tal vez hay un plan que se pueda llevar a cabo. Es algo que… bueno, había pensado hacer en varias

ocasiones, pero nunca he encontrado la oportunidad de comunicárselo a Jacob porque sabía que iba a negarse en rotundo.

—Tal vez nosotros hagamos lo mismo.

Morag resopló y miró a Sloan.

—¿Alguna vez vas a dejar de poner en duda mi entrenamiento y mi inteligencia? Vosotros mismos habéis dicho que no teníais nada…

El aludido rechinó los dientes, especialmente cuando Rowan le dio la razón a Morag.

—Tiene razón. Podemos escucharla y determinar si es una locura o lo llevamos a cabo, Sloan. No podemos seguir de brazos cruzados mientras los demás mueren y la vida de Cora sigue en peligro.

El guerrero le sostuvo la mirada y acabó asintiendo en silencio, prometiéndole la guerra a Morag cuando estuvieran solos.

—Ilumínanos, querida esposa —acabó pidiendo.

—Siempre he pensado que lo mejor para conocer a tu enemigo es unirte a él. Lógicamente, no están las cosas para ir pidiendo más matrimonios, así que el plan sería… cabalgar hasta tierras enemigas y meternos en su castillo.

Sloan se quedó de piedra, aunque no pudo evitar dejar escapar un resoplo. Los gemelos se quedaron tan sorprendidos como él, mientras que Cora y Amelia se miraron entre ellas. Por su parte, Alasdair y Rowan se miraron a los ojos. El segundo pidió opinión al primero y, por la expresión que puso Alasdair, llegó a la conclusión de que tal vez no era el plan más absurdo del mundo.

—Ya sé que es una locura —siguió comentando Morag, aunque Sloan la cortó.

—Ahora entiendo por qué nunca se lo has contado a Jacob. Es un completo suicidio.

La voz del guerrero rompió el silencio en el que se había sumido el salón. Morag se acercó a él.

—Si se hace bien, no debería ocurrir nada.

—Pero ¿cómo va a salir bien meterte entre enemigos? Podrían matar a cualquiera de los guerreros que vaya a esa misión.

—Iré yo, por supuesto.

—¡Podrían matarte a ti!

—¿Eso no sería un alivio para ti? —preguntó la joven.

Sloan se quedó sin hablar durante unos segundos, hasta que acabó gruñendo.

—Claro que sí, pero me molestaría bastante que lo hicieran ellos en lugar de ser yo quien apriete tu cuello.

Morag frunció el ceño.

—Eso sin contar con que van a reconocerte.

La joven puso los ojos en blanco.

—A mí solo me han visto un par de veces y te aseguro que puedo pasar desapercibida si me lo planteo.

—Me niego. Es una locura. Rowan…

El laird Chattan observó a su hermano y meditó unos instantes sobre el plan de la joven, que se giró hacia él esperando una respuesta.

—Es cierto, Morag. Es una completa locura.

La joven abrió la boca para añadir algo más, pero Rowan levantó una mano para cortarla.

—Sin embargo, tenemos que hacer locuras para acabar con esto de una vez por todas. Si ese desgraciado ha perdido el juicio, debemos ponernos a su nivel para pensar como él. Buen trabajo, muchacha. Irás a esa misión.

—¿Qué? —exclamó Sloan—. ¡No puedes permitirlo! Me niego, Rowan.

—Ahora Morag es una guerrera de nuestro clan. Será enviada a esa misión.

—También es mi esposa y puedo negarme.

—Ningún hombre sobre la faz de la Tierra tiene poder alguno sobre mí, Sloan —dijo la joven con tono oscuro, acercándose a él lentamente—. Espero que sea la primera y última vez que te atreves a hacer uso de tu título como esposo porque, la próxima vez que lo intentes, te cortaré la lengua. Soy una mujer libre, y como tal, decido sobre mi vida. Y si muero en esta misión yo seré la única responsable. De todas formas, no creo que mucha gente llore mi pérdida.

Con gesto serio, Morag se giró hacia Rowan.

—Tan solo te pido una cosa, cuñado.

—Adelante.

—Que nadie sepa cuál es el plan. Solo tú conocerás los pormenores.

Desde su posición, Sloan se adelantó y se puso al lado de la joven, dispuesto a quejarse, mirando directamente a su hermano.

—Está bien, Morag —sentenció Rowan, sabiendo que iba a ganarse la ira de su hermano—. Así se hará, pero Sloan irá contigo.

CAPÍTULO 6

Morag era consciente de que estaba siendo perseguida por el pasillo, pero decidió ignorarlo por completo, de la misma forma que él había hecho con ella en otras ocasiones. No quería hablar con él, ni mucho menos discutir, pero sabía que iba a tener que enfrentarse a esa conversación tarde o temprano. Y Sloan estaba dispuesto a que fuera más temprano que tarde.

La joven dejó escapar un suspiro y lo miró mal cuando el guerrero la tomó del brazo y la obligó a pararse en medio del pasillo. Rápidamente, se deshizo de su tacto y lo miró a los ojos. Tenía la impresión de que, de repente, la luz en el pasillo había menguado claramente y que una poderosa oscuridad los envolvió, aunque a Morag no le asustaba lo que el guerrero desprendía.

—Si no te importa, tengo cosas que hacer antes de marcharme.

Sloan arqueó una ceja y resopló. Miró a un lado y a otro del pasillo y abrió una puerta para obligarla a entrar en la estancia. A pesar de que podría haberse negado, Morag le dio la oportunidad de hablar, aunque sin perder la compostura y el semblante serio.

—¿Marcharte? ¿Eres consciente de que tu plan nos puede poner en peligro a todos?

Morag puso los ojos en blanco.

—Eres muy dramático, Chattan. No es para tanto.

Sloan se acercó a ella y la señaló con un dedo.

—No voy a permitir que arrastres a mi familia a tu terreno.

La joven dejó escapar una risa amarga.

—No los he arrastrado a nada. Si no lo recuerdas, me he ofrecido yo para ir.

Sloan dio otro paso más hacia ella, pero Morag se quedó parada en el sitio, retándolo.

—Y me has obligado a ir contigo.

La joven arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—No te he obligado a nada. Puedo ir sola. No hace falta que me acompañes.

Sloan le respondió con un gruñido antes de añadir:

—No voy a dejar que vayas sola.

—¿Acaso no me crees capaz de hacerlo?

—No es eso.

—¿Entonces?

Sloan rechinó los dientes y acortó la poca distancia que le quedaba para alcanzar a Morag. Se quedaron tan pegados que sus cuerpos se rozaron y, aunque la parte más rota de la joven le gritó que se apartara y no lo dejara que la tocara jamás, otra parte aún desconocida le impidió moverse. Tan solo se quedó en el sitio clavando su mirada en él, esperando a que hablara.

—Eres mi esposa —sentenció.

Morag dejó escapar una exclamación.

—No tienes obligaciones conmigo.

Sloan entrecerró los ojos.

—Te equivocas.

No sabía qué era, pero algo dentro del cuerpo de Morag se sobresaltó con aquellas palabras. Jamás nadie le había dejado claro de esa forma que pertenecía a algo, que no estaba sola y que no hacía falta que se sacrificara en soledad, como si no le importara a nadie. Tal vez ese matrimonio era una pantomima para todos, incluso para ella, pero esas palabras de Sloan provocaron que Morag sintiera, por primera vez en mucho tiempo, que no estaba sola.

Lo notó como un fuerte golpe en el estómago, como un empujón contra la pared, como si la tierra hubiera temblado bajo sus pies, y al ser la primera vez que sentía algo así, no supo cómo gestionarlo. Se quedó callada durante unos segundos mientras lo observaba. La verdadera Morag habría respondido pronto, incluso lo habría golpeado para quitarlo de su camino, pero la incomodidad que le produjo saber que había alguien dispuesto a ayudarla, aunque solo fuera por su propio juramento obligado, la dejó petrificada.

—Te van a reconocer —siguió Sloan al ver que se quedaba callada mirándolo.

Morag se obligó a reaccionar y esbozó una sonrisa de autosuficiencia.

—Lidiaré con ello, aunque no lo creo. Sin embargo, a ti sí van a reconocerte. No puedes venir conmigo, o al menos, no deberías entrar en el castillo.

—Me parece que has perdido el juicio si crees que me voy a quedar fuera mientras tú entras.

—¿Crees que será entrar y salir en unos minutos? Hay que hacerlo bien, Chattan, o entonces sí que tendremos problemas con nuestros enemigos.

El guerrero dio un paso atrás, aunque no apartó la mirada.

—Veo que lo tienes todo muy bien estudiado…

—No sé si es un cumplido, pero gracias…

Morag sonrió ampliamente y Sloan no pudo evitar dirigir su mirada hacia sus labios. Era la primera vez que la veía sonreír de forma genuina, sin un comentario mordaz detrás. Por ello, sintió ese gesto como un poderoso golpe en las entrañas. Sabía que no debía mirarla, ni siquiera a los ojos, pero no podía evitar seguir comiéndose con la vista la sonrisa de sus labios. Ese simple gesto provocó que la expresión de su rostro cambiara, al igual que le había sucedido mientras dormía, y le dolió terriblemente en lo más profundo del pecho.

—Ese mismo plan se lo quise ofrecer a Jacob, pero sabía que se negaría porque no querría que me internara en vuestro castillo. Y ahora mira…

Sloan se obligó a reaccionar y parpadeó varias veces.

—¿Quisiste venir aquí?

—De hecho, erais los primeros en mi lista. Nunca me habéis gustado.

La joven sonrió de nuevo.

—Tal vez no estaba equivocada en ciertas cosas…

Sloan abrió la boca para hablar, pero la joven lo cortó.

—Chattan, tengo valentía de sobra para internarme en cualquier castillo enemigo.

—¿Acaso no tienes miedo a morir?

La sonrisa de Morag se borró de golpe con aquella pregunta, pues era una que ella misma se había hecho con el paso de los años. Durante un tiempo deseó morir, incluso sintió un alivio cuando la golpearon hasta casi la muerte. Se habría reencontrado con su familia en el más allá, habría dejado

de estar sola y, lo más importante, ya no tendría miedo.

La joven carraspeó y dio un paso atrás, como si temiera que Sloan pudiera leer la realidad de sus pensamientos. Tragó saliva y se obligó a responder:

—Cuando lo único que te queda en la vida es una espada y tu fuerza, no tienes nada que perder y tu existencia deja de tener sentido —le dijo con gesto serio.

Sloan apretó los puños. Había visto claramente ese cambio en sus facciones. Desconocía qué le había ocurrido en la vida para no tener miedo a la muerte y para haber perdido el juicio completamente, y a medida que pasaban las horas y conocía algunos detalles, su curiosidad aumentaba. Tenía tan solo unos años menos que él y, sin embargo, tuvo la impresión de que el peso de su espalda era demasiado grande para alguien como ella. Por ello, intentó resarcirse de sus propias palabras de ese mismo día:

—Respecto a lo de tu hermano…

—No voy a hablarte de él —lo cortó rápidamente alejándose aún más del guerrero, como si temiera que pudiera hacerle daño.

—Está bien. Lo respeto.

Aquellas palabras volvieron a dejarla petrificada. Apenas lo conocía, pero sí lo suficiente como para saber que era un hombre que no se quedaba callado a la primera. Y, sin embargo, ahora mismo acababa de aceptar y respetar algo que ella misma le había dicho. Morag frunció el ceño. ¿Acaso Gillian tenía razón y los Chattan no era como ella siempre había pensado? Le dijo que había cambiado rápidamente de opinión respecto a ellos y ella tan solo llevaba allí un día y había descubierto ciertas cosas de Sloan que la habían dejado de piedra. Y esas dos frases no eran una excepción.

—¿Lo dices en serio? —aquellas palabras salieron de su boca casi sin pensar. Durante un segundo, creyó que se habían quedado en su mente, pero al ver la incomodidad de Sloan se dio cuenta de que había hecho la pregunta realmente.

—Claro —respondió bajando la voz, provocando que esta se enronqueciera más—, si no quieres hablar de ello, no voy a presionarte…

Morag entrecerró los ojos y lo miró en silencio durante unos segundos que al guerrero le parecieron eternos.

—Qué raro eres —acabó diciéndole.

Sloan sacudió los hombros como si intentara quitarse la incomodidad de encima, pero le respondió enseguida:

—Mira quién fue a hablar…

A pesar de que debía salir de allí y seguir odiándolo, una nueva sonrisa genuina apareció en sus labios.

—¿Sloan Chattan tiene un pequeño corazoncito?

El guerrero puso los ojos en blanco y renegó entre dientes.

—No lo creo —le respondió—. Eres la segunda mujer a la que me gustaría matar.

Morag lanzó una carcajada.

—Y ¿cuál es la primera?

—Gillian —sentenció con gesto serio, provocando la risa burlona de Morag.

Rowan se encontraba apoyado contra la mesa de su despacho mientras observaba a una serena Morag. Había pasado un día desde que la joven les había contado su plan y él mismo había aceptado y, a pesar de las continuas negativas de Sloan durante el día anterior, el laird Chattan estaba decidido a seguir adelante tal y como la joven le había pedido, aunque no entendiera por completo su decisión de mantener en secreto lo que ellos decidieran.

—Tu hermano ha intentado convencerte varias veces, ¿verdad?

La pregunta de Morag hizo que el guerrero asintiera ligeramente. La joven sonrió y cruzó las manos a la espalda. A pesar de encontrarse en un lugar solitario con Rowan y no haber jurado lealtad a los Chattan como guerrera, Morag lo respetaba y mantenía la postura típica guerrera con hombros cuadrados y mentón elevado, como si esperara una orden por parte del guerrero.

A Rowan no le pasaba desapercibida esa actitud, sin embargo, no quiso pedirle que se sentara o al menos se relajara ante él. La respetaba y ver ese mismo sentimiento en sus ojos llamó su atención.

Por primera vez desde que la conocía, se encontraba completamente solo frente a ella. Siempre había más gente alrededor, por lo que la atención de

Rowan se dividía entre unos y otros. No obstante, en ese momento no había nadie más y pudo observar a la joven guerrera. Aquellos ojos verdes lo miraban entre retadores y curiosos, sin embargo, ese orgullo que también mostraban le indicó que llevaría a Sloan a más de una discusión. La determinación en aquella mujer lo sorprendió, pues ni siquiera había logrado ver algo así en su propia esposa. Tenía la impresión de que esa muchacha parecía carecer de juicio, como si no hubiera nada en ella por lo que pelear y luchar, tan solo por el clan. Y en parte sintió lástima por Morag, pero hizo todo lo posible para que esa sensación no se le notara en los ojos o lo llevaría a una discusión con ella.

—Tú no quieres hablar conmigo y yo tampoco deseo estar aquí contigo. ¿Podríamos empezar ya la conversación?

Rowan arqueó una ceja ante las palabras tan directas de la joven. Nunca había conocido a nadie igual. Tal vez su hermana se le pareciera en algo, pero Cora siempre solía tratar con más respeto y cuidado a todo el mundo. Sin embargo, Morag no se mordía la lengua para evitar soltar lo primero que pasara por su mente. No le importaba caerle bien a él o a cualquier otra persona del clan. Y eso le gustaba, pues era exactamente igual que su hermano Sloan.

—Simplemente te observaba —fue sincero con ella.

—Ya me he dado cuenta. ¿Algo que objetar con lo que sea que hayas visto en mí?

—Sí, que esa lengua podría traerte problemas.

Morag sonrió y se encogió de hombros.

—No tengo miedo a morir.

—Pero podrías causarle problemas a tu laird.

—Jamás haría nada que pudiera herirlo a él o a cualquier miembro del clan MacBean.

—¿Aunque eso suponga que tú sí puedas morir?

—Repito que no me importa. Y no vamos a mantener esta conversación, por favor. Ya me preguntó tu querido hermano eso mismo.

Rowan entornó los ojos y sonrió brevemente.

—Está bien. Yo seré tan directo como tú. Tu plan me parece una maravilla teniendo en cuenta que no tenemos nada más en mente para

intentar descubrir lo que está pasando. Sin embargo, no puedo llevarle la contraria a Sloan respecto a lo que piensa: que es una locura. Es brillante, pero peligroso.

Morag asintió.

—Y te diré lo mismo que hace unos segundos: no tengo miedo a morir.

—Pero ese plan sí que podría llevar a los Chattan a una nueva guerra.

Morag suspiró.

—Y por ese motivo te pedí que nadie más supiera lo que vamos a hacer. Cuando una persona desconoce los planes de otra, la exime de cualquier culpabilidad.

—¿Y por qué querrías liberarnos de eso? Somos Chattan.

—Y enemigos de mi clan desde hace años —aseguró la joven—. Sin embargo, también sois ahora… mi familia. Juré que durante un año y un día estaría en ese clan como parte de él, así que también debo cuidaros y eximiros de algo que me puedo buscar yo por un error. Si alguien me descubre y me condena, juraré que no sabíais nada.

—Lo único malo de eso último que acabas de decir es que Sloan irá contigo y si tú fallas, él también será juzgado.

—Preferiría que no viniera. No nos aguantamos.

—Pero estáis casados.

—No me lo recuerdes.

Rowan se pasó las manos por el rostro. Aquella muchacha era tan testaruda como su hermano Sloan y, si uno y otro no aprendían a manejar su orgullo, sus vidas serían un infierno durante el resto del año que les quedaba juntos. Pero, si lograban domarlo, podrían formar una pareja perfecta.

—Morag, voy a decirte algo. Yo tampoco deseaba casarme con Gillian cuando Elijah Comyn lo propuso, de la misma forma que ella también me aborrecía porque había matado a su prometido. Sin embargo, tanto uno como otro sabíamos que no podíamos seguir odiándonos toda la vida. Debíamos ceder ambos para que la convivencia no fuera un infierno. Y ahora es la mujer más importante de mi vida.

—Si lo que pretendes es decirme que me enamore de tu hermano…

—No es eso —la cortó—. Lo que intento decirte es que, a veces, el odio

que hay entre los clanes nos ciega y no vemos lo que en realidad tenemos frente a nosotros. Te has casado con Sloan sin amarlo de la misma forma que él no te ama a ti, pero podríais intentar conoceros y aceptaros en lugar de rezumar odio el uno por el otro.

Morag arqueó una ceja.

—¿Has tenido esta misma conversación con él?

Rowan la miró fijamente.

—No, pero la tendré…

La joven sonrió y dejó su postura para pasearse por el despacho.

—O sea, no la vas a tener.

—Si de algo me caracterizo es de tener palabra, muchacha —le aseguró —. Hablaré con él para que no sea tan…

—¿Antipático?

Rowan esbozó una sonrisa.

—Exacto.

—Esa conversación no cambiará mi opinión sobre marchar sola a los clanes enemigos.

—Tampoco la mía. Ahora eres mi cuñada y, como tal, debo protegerte. Aunque sientas que no necesitas esa protección.

Morag respiró hondo y acabó asintiendo. Sabía que, si no aceptaba la presencia de Sloan en aquella misión, no habría misión y tendrían que volver al punto de partida. Por ello, tenía que ceder en ese sentido.

—De acuerdo. Acepto esa protección y acepto, aunque no mucho, la presencia de… Sloan.

Pronunciar su nombre le causó un escalofrío. No le gustaba llamarlo por su nombre, sino por su apellido, y necesitó carraspear para apartar la incomodidad de su pecho.

Rowan asintió.

—En el momento en el que ambos salgáis de estas cuatro paredes, deberéis protegeros el uno al otro.

—De acuerdo.

—Y también tendrás que contarle tú el plan.

Morag tragó saliva.

—Está bien.

—Si en algún momento Sloan estuviera en apuros…

—Lo intentaría salvar tan solo para no tener que hablar de él mientras explico su muerte.

Rowan desvió la mirada y escondió una sonrisa. Respiró hondo y volvió a posar su atención sobre la joven, cuya postura era más relajada.

—Nuestras dudas se posan sobre tres clanes diferentes: Urqhart, MacGillivray y Gunn. ¿A cuál querrías ir primero? Internarse en cualquiera de ellos es peligroso…

Morag asintió.

—Creo que lo mejor sería comenzar con los Gunn. Lo observé durante la reunión y apenas reparó en mi presencia. De hecho, creo que es el que menos me miró, por lo que podría ser más fácil llegar a su castillo y meternos en él.

—A Sloan lo reconocerán fácilmente porque ha discutido con su laird en varias ocasiones.

—Si hacemos lo que estoy pensando, será fácil engañarlos.

Rowan asintió.

—Está bien. Cuéntame.

Esa misma noche, mientras en el castillo comenzaba a descender el ruido y el silencio se iba abriendo paso para dar lugar a la noche, Gillian y Rowan se encontraban en su dormitorio para acostarse. Después de un día cargado de trabajo y sentimientos encontrados, Rowan no se sentía de humor para hablar, por lo que la propia Gillian lo miró por encima de su hombro mientras se quitaba la ropa.

Conocía a su esposo a la perfección, pero no era normal en él encontrarse tan metido en sus pensamientos, especialmente desde que las cosas entre ellos estaban solucionadas. Por ello, no pudo evitar arquear una ceja cuando lo vio dejar la ropa tirada a un lado y meterse entre las sábanas, dispuesto a dormir y a no hablar en lo que quedaba de noche.

Al ser consciente de su mirada, Rowan levantó sus ojos hacia ella y

suspiró.

—¿Puedo saber qué es lo que te tiene así?

El guerrero apoyó el cuerpo contra el respaldo de la cama y dejó caer la cabeza contra las frías piedras mientras observaba cómo su esposa se metía en la cama junto a él.

—He estado hablando con Morag sobre lo que van a hacer Sloan y ella.

—Y algo me dice que no me vas a contar absolutamente nada…

Rowan sonrió.

—He jurado que no diría nada a nadie para protegeros. Pienso lo mismo que ella, que cuanto menos sepáis, mejor. Sin embargo, hay algo que me preocupa de todo esto, y es el orgullo de ambos. Apenas se conocen y lo poco que he visto de ellos es que Sloan y Morag se odian. No sé si una misión así con el odio que se tienen acabará poniéndolos contra las cuerdas si algo va mal.

—Bueno, tal vez es muy pronto para enviar a Morag y Sloan a esa misión. Dales tiempo para que se conozcan más.

Rowan torció la cabeza.

—No sé si es la mejor opción. No podemos demorarnos mucho o podríamos sufrir otro ataque. No deseo que muera otro laird inocente, como tu padre.

Gillian asintió y suspiró mientras alargaba una mano para tomar la de Rowan.

—Yo también estoy deseando saber la verdad cuanto antes, pero Morag acaba de llegar al clan y ya quiere viajar hacia tierras enemigas. Creo que primero debe adaptarse a Sloan y este a ella. Si no se conocen, no pueden protegerse el uno al otro. Al menos, deberían esperar hasta que ese odio enfermizo entre ellos disminuya. De hecho, ni siquiera han llegado las pertenencias de Morag al castillo. Debería esperar. Dales una semana, Rowan.

El aludido suspiró. En una semana podían ocurrir infinidad de cosas en todos los clanes. Sin embargo, lo meditó y acabó aceptando.

—De acuerdo. Una semana para conocerse. Ni un día más. Pienso lo mismo que tú. Si se conocieran algo más, todo podría ser diferente.

—Ya verás como las cosas cambian entre ellos.

Rowan chasqueó la lengua.

—Tan solo hay un problema…

Gillian arrugó la frente.

—¿Cuál?

—Que hay que decirle a Morag que el viaje se retrasa. Y se lo dirás tú…

Cora había salido del castillo a hurtadillas con Nic a la hora del amanecer. Había aprovechado que Alasdair aún estaba durmiendo y no se había levantado para seguirla a todos lados. Habían pasado casi una veintena de días desde que Rowan le impuso como escolta a Alasdair y estaba a punto de perder el juicio por completo.

Durante todos esos días había sido realmente insoportable tener que estar a su lado, aguantarlo en todo momento y no poder ir a donde ella deseara. Y desde que se había enterado de que Alasdair iba a casarse, mucho peor. Quería que se marchara del castillo y se fuera a la casa que el antiguo laird Chattan, es decir, su padre, le había regalado a Alasdair para su cumpleaños. Siempre había dicho que el guerrero era como un hijo más, por lo que en esas celebraciones también lo incluía en sus regalos, algo que ella odiaba. En realidad, lo odiaba todo de él. Y cada vez lo soportaba menos. Era realmente un incordio tenerlo cerca de ella, aguantar sus resoplos, sus gruñidos, sus malos gestos, pero, sobre todo, los recuerdos que acudían a su mente.

Por eso, ese día se dijo que iba a engañarlo para intentar estar unos momentos a solas, sin su presencia y poder hablar tranquilamente con un amigo de verdad, alguien que sí la escuchaba cuando hablaba y que se había mantenido fiel a su amistad desde hacía muchos años: Nic.

Tras salir a hurtadillas del castillo y rezando mentalmente para que ninguno de sus hermanos los vieran atravesar la muralla, Nic y ella se alejaron hasta el lago cercano al castillo. Estaban realmente cerca de allí, por lo que, si alguien los atacaba, podrían pedir ayuda fácilmente, así que no se estaba arriesgando demasiado.

—Como el laird nos descubra aquí, me van a cortar las pelotas, Cora —le dijo Nic al tiempo que miraba de un lado a otro para comprobar que estaban

solos y no corrían peligro.

—Hemos tomado muchas precauciones para salir, Nic —respondió la joven—. Ni Alasdair ni nadie sabe que estamos aquí.

—¿Y si tu guardaespaldas se da cuenta de que no estás en tu dormitorio cuando vaya a buscarte?

—Pues que pierda el tiempo buscándome por todo el castillo.

Nic se carcajeó.

—De verdad que no entiendo qué demonios te pasa con Mackay. Salvo por su gesto serio, es un buen guerrero que siempre está dispuesto a ayudar a tu familia.

—No lo soporto. Ya está. Todos lo tratan como un hermano, pero no lleva mi sangre para tratarlo como tal. Ni siquiera es de nuestro clan. Es un Mackay, no un Chattan.

—Entre las filas de tu hermano los hay que pertenecieron a otro clan y fueron aceptados por tu padre.

—Sí, pero mi padre no le dedicó un hueco en su mesa como si fuera un hijo.

El tono cada vez más alto de la joven provocó que Nic levantara las manos en señal de paz, y solo en ese instante Cora se dio cuenta de que estaba dejándose llevar por el odio.

—Creo que es mejor dejar ese tema a un lado, Nic. No quiero hablar de Alasdair ahora que puedo estar unos minutos sin él.

Nic sonrió y se acercó a ella. El día había amanecido ligeramente lluvioso. Sobre ellos, el cielo gris había amenazado con descargar su ira y solo comenzó a llover cuando salieron por el portón. A pesar del tiempo, el viento del norte les había dado una tregua y podían disfrutar de un día tranquilo en ese sentido, pero Nic estaba seguro de que podría cambiar en cualquier momento.

Limpiándose una gota del rostro, miró a Cora. Llevaba enamorado de ella desde que era tan solo un niño y la veía correr de un lado a otro con una espada de madera entre sus manos. Y logró conquistarlo por completo cuando lo defendió de unos niños que eran mayores que él y que querían pegarle. Se enfrentó a ellos y, aunque acabó dando con sus huesos sobre el barro, aquella salvaje pelirroja se levantó con la ropa manchada y siguió

vociferando que, si volvían a meterse con él, se enfrentarían al clan entero.

Nic levantó una mano y acarició la mejilla de Cora. La joven se dejó querer por él. Lo quería muchísimo desde que tenía uso de razón. Habían sido muy amigos desde entonces y apenas se habían separado, pero desde que su madre había contado lo de su profecía y le habían impuesto la compañía de Alasdair, apenas había podido hablar con él.

—Hay algo que te ocurre desde hace tiempo, pero no sé qué es… —le dijo el guerrero.

Cora suspiró y lo abrazó, apoyando la cabeza en su hombro. Nadie más que ella sabía el peso que llevaba sobre sus hombros. Desde que había descubierto lo de la profecía sentía que aquella guerra, y todas sus muertes, eran culpa suya. Pensaba que nadie debía haber muerto por una nimiedad como aquella. Y lo peor de todo era que no podía hacer nada, pero tampoco contarlo. Deseaba poder decirle a Nic lo que pasaba por su mente, pero era algo familiar y nadie más podía saberlo, al menos de momento.

—Aún me duele la muerte de mi padre —le dijo una media verdad—. No puedo dejar de pensar en que estaría vivo de no ser por esta maldita guerra entre clanes.

Nic la rodeó con los brazos y apoyó la barbilla en su cabeza mientras miraba hacia el horizonte.

—Supongo que es un dolor que tarda mucho en desaparecer, pero debes centrarte en lo que te hace feliz.

—¿Consideras que estar todo el día acompañada me hace feliz? Creo que estoy perdiendo el juicio, Nic. Si digo tonterías sin sentido, quiero que me lo digas.

El guerrero rio y se apartó de ella.

—Eres una exagerada. Sigues siendo la misma.

Cora suspiró y levantó una mano para acariciar con cariño el brazo de Nic, sin embargo, una voz cercana la sobresaltó:

—Si lo deseáis, puedo traeros unas velas y unos trozos de pan para que paséis el día en completa felicidad.

Nic dio un paso atrás para alejarse de Cora y cerró los ojos un instante. Lo sabía. Sabía que iban a descubrirlos y rechinó los dientes. Estaba metido en problemas.

—Pues sí, podrías dejarnos solos, Mackay… —dijo Cora con gesto iracundo al ver que Alasdair se acercaba lentamente a ellos sin apartar la mirada enrabietada de Nic.

—O bien puedo partirte la cara, Nicolas, por haber sacado del castillo a mi protegida.

—Hablas de Cora como si fuera una niña, Mackay —respondió el aludido —, pero olvidas que es una gran guerrera y que puede defenderse ella misma si así lo desea.

—¿Te atreves a responderme?

Nic dio un paso hacia él, dispuesto a pelear si así lo deseaba.

—Me atrevo a lo que haga falta, Mackay, para defender a mi amiga. Ella no desea estar contigo.

—Son órdenes de su hermano. Yo tampoco deseo estar con ella.

—¡Pues lárgate! —exclamó la joven—. Ninguno de nosotros quiere respirar el aire del otro. Déjame en paz.

Solo entonces, la atención de Alasdair se dirigió completamente hacia ella. Sus ojos azules relampaguearon de nuevo tras haberlos visto abrazados, y no pudo evitar rechinar los dientes y apretar los puños.

—¿Eres consciente de que te estás jugando la vida aquí fuera por un par de arrumacos con Nicolas?

Cora se acercó a él con el rostro rojizo por la vergüenza.

—Debería darte igual con quién me abrazo. No tengo que darte explicaciones.

Alasdair se acercó más a ella, quedándose a solo un metro de distancia.

—Soy tu protector desde que tu hermano así lo decidió, así que sí me importa dónde te encuentras en cada momento. Mi deber es seguirte allá donde vayas.

—Si estás cerca, no puedo hablar tranquilamente con Nic.

Alasdair miró al guerrero de reojo.

—Tampoco te pierdes tanto…

Nic se adelantó para responderle, pero Alasdair clavó su mirada azul en él y le dijo:

—Déjame a solas con ella ahora mismo o acabaré por contarle a Rowan que has sacado a su hermana del castillo.

—¡No me ha sacado nadie! —exclamó Cora, pero Alasdair la ignoró.

—Vete ahora o tendrás muchos problemas…

Nic dudó un instante, pero a una mirada de Cora, acabó asintiendo y se marchó de allí rápidamente, dejándolos solos. En el momento en el que Nic se perdió y Alasdair supo que no los escucharía, se giró hacia Cora y clavó su mirada en ella. La joven elevó el mentón con orgullo y se cruzó de brazos.

—No sé cómo pretendes que no te trate como una niña si te comportas como tal.

Aquel golpe bajo para Cora provocó que diera un paso hacia atrás. Rápidamente, sintió que se le hacía un nudo en la garganta y que las lágrimas amenazaban con acudir a sus ojos, pero logró contenerse y mantener la compostura.

—No me comporto como una niña. Estoy harta de que sigáis pensando que no soy capaz de protegerme a mí misma. Mi padre me entrenó hace años y he demostrado que soy buena luchadora. Eres tú quien sigue pensando que aún tengo doce años.

Alasdair apretó los puños, gesto que no pasó desapercibido a Cora, que resopló.

—Pero, claro, tú siempre me verás como una niña pequeña. Ni enfrentándome yo sola a mil ejércitos lograrías verme como la mujer que soy. Tal vez es más mujer esa Ross con la que te vas a casar. Deberías estar preparando tu boda…

Alasdair arqueó una ceja.

—Así que es eso lo que te pasa… Te molesta que me case…

Cora resopló.

—Tu vida me importa bastante poco.

—Pues a mí la tuya sí me importa porque si mueres bajo mi protección, tu hermano podría expulsarme del castillo.

—Tal vez es lo que busco.

Alasdair se acercó a ella rápidamente y clavó sus ojos azules en sus

esmeraldas.

—Tal vez es lo que jamás vas a conseguir. No pienso despegarme de ti, ni pienso perderte de vista. Voy a ser tu maldita sombra mientras dure esta guerra. Y, te guste o no, tendrás que soportarme.

A medida que hablaba, el propio Alasdair no se había dado cuenta de que se había acercado demasiado a Cora. Tanto que su nariz rozó la de la joven. Estaban a solo unos centímetros de distancia y ni uno ni otro quiso moverse. Los ojos del guerrero lo traicionaron y se dirigieron hacia la boca de Cora, que mostraba un gracioso mohín enfadado. Y cuando fue consciente de que había perdido el juicio, se alejó de ella y, sin mirarla, le ordenó:

—Vuelve ahora mismo al castillo o tendré que pedirle a Rowan que no te deje salir ni al patio a entrenar…

Justo antes del anochecer de ese mismo día, Gillian buscó a Morag por todo el castillo. Apenas la había visto durante el día y las dos veces que habían estado juntas comiendo no había podido hablar con ella sobre su marcha del castillo.

Por ello, cuando por fin el día estaba a punto de finalizar y sabía que Morag había estado preparando alforjas para su marcha, Gillian se dijo que debía frenarla en seco durante unos días mientras Sloan y ella se conocían algo más.

La encontró en la salida del castillo, viendo cómo los guerreros hacían un pequeño entrenamiento antes de marcharse a dormir.

—Estos días has estado ocupada y apenas hemos podido hablar… —comenzó Gillian cuando la vio apoyada en la jamba de la ventana.

Morag se giró hacia ella. Había esperado que nadie la molestara, pues se había pasado todo el día rodeada de gente y aún no se sentía realmente cómoda entre ellos.

—He estado muy ocupada pensando en lo que tengo que hacer en el castillo Gunn.

—No voy a preguntarte sobre eso porque ya me dijo Rowan que no queréis que sepamos nada, pero voy a serte clara y directa sobre algo que sí sé.

Morag arqueó una ceja. Aunque Gillian siempre se mostraba atenta y respetuosa con ella, a la joven le estaba costando mucho no verla como una enemiga. Sin embargo, esperó a que hablara nuevamente.

—Le he pedido a Rowan una semana para que os marchéis.

La expresión de Morag cambió radicalmente, pasando de curiosa a iracunda en un par de segundos.

—¿Perdona? ¿Por qué? No hay motivo alguno para esperar tanto.

—De hecho, hay dos motivos, Morag. Uno de ellos es que aún no tienes todas tus cosas en el castillo y, si te vas ya, llegarán cuando tú no estés.

—No es un motivo de peso.

Gillian se cruzó de brazos y elevó el mentón.

—El segundo motivo sí lo tiene… Sloan y tú acabáis de casaros y apenas os conocéis.

Morag entornó los ojos y se cruzó de brazos.

—No entiendo a dónde quieres llegar exactamente.

—A que para que una misión como esa funcione, los dos guerreros que vayan a ella deben conocerse para saber sus puntos débiles y fuertes, así como intentar adivinar cuál va a ser el siguiente movimiento sin que ni uno ni otro diga nada.

—¿Me estás pidiendo que pase más tiempo con Sloan del que soy capaz de soportar?

—Es que es algo que tenéis que hacer, Morag. ¿De verdad crees que la misión va a salir bien si entre los dos os seguís considerando enemigos?

Morag prefirió no responder a esa cuestión.

—Pienso que dos personas que se conocen bien sabrán proteger al otro y luchar junto a él. Si os odiáis, al final uno de vosotros dejará atrás al otro. Y no queremos que nadie muera.

—Me pides un imposible.

—Yo lo hice con Rowan. Ya te conté que cambié mi forma de pensar respecto a él. Si yo lo hice, tú también puedes.

—Lo veo imposible.

—No lo es —insistió Gillian—. Yo tampoco querría estar con Sloan más

tiempo del necesario, pero si la misión lo requiere, lo haría. De hecho, le debo mi vida y aún no se la he pagado…

La esposa del laird sonrió.

—Solo una semana, Morag. Tan solo debéis esperar una semana y podréis marchar. Conoceos bien y deja de verlo como a un enemigo. Ya no lo es…

Morag tragó saliva y miró de nuevo hacia el patio sembrado de guerreros en sus últimos momentos de entreno. Entre ellos se encontraba Sloan, acompañado del resto de sus hermanos, incluida Cora. Suspiró e intentó verlo en ese momento como un guerrero más que jamás había sido su enemigo. Y no lo logró.

Suspiró y volvió a mirar a Gillian.

—Solo una semana. Si en una semana no hemos conseguido vernos como compañeros y no como enemigos, me marcharé yo sola.

Gillian tragó saliva y asintió. Sabía que si respondía afirmativamente a ese ruego iba a meterse en un problema, pues debía hablarlo primero con Rowan. No obstante, acabó asintiendo y le dijo:

—Trato hecho.

Morag sonrió de lado.

—Jamás imaginé que haría un trato con una Comyn.

Gillian le devolvió el gesto.

—Yo tampoco pensé que podría considerar a una MacBean como amiga.

Sus palabras la dejaron asombrada y Morag no supo qué responder. La vio marcharse y desvió la mirada. No estaba acostumbrada a ese trato tan… cercano de personas ajenas a su familia, por lo que le costaba mucho gestionarlo. La joven se apoyó de nuevo contra la jamba de la ventana y miró directamente a Sloan desde la distancia, enfadada:

—Quieren que nos conozcamos, ¿no? Te vas a cagar…

CAPÍTULO 7

Antes de que Sloan regresara al castillo después de terminar el entrenamiento ligero de esa noche, Morag se dirigió hacia el dormitorio. Estaba realmente enfadada por el retraso en el viaje. Tenía la esperanza de que cuanto antes se marchara y descubriera quién era el culpable, antes podría romper el matrimonio y regresar a su hogar. Ni ella deseaba estar en ese castillo, ni Sloan la quería a su lado. Por eso, cuanto antes se fuera, mejor.

En el momento en el que llegó a la habitación, Morag dejó escapar un rugido contenido hasta entonces. De la misma forma que Gillian la había tratado con respeto, Morag había decidido devolvérselo, pero no estaba de acuerdo con esa idea de esperar. ¿De verdad pensaban que durante esa semana Sloan y ella iban a enterrar el hacha de guerra? Morag seguía pensando que, aunque no se conocieran, la misión podría salir igualmente bien. Y lo peor de todo era que ahora le tocaba a ella mantener una conversación con el guerrero para comunicárselo.

La joven renegó entre dientes. No quería hablar con él, pues sabía que no era la mejor conversadora de ese momento.

Morag caminó de un lado a otro del dormitorio, pensando en las diferentes formas de comunicarle a Sloan la decisión de Gillian, pero ninguna le gustaba demasiado porque implicaba mantener una conversación con él. La joven acabó gruñendo para sí y se quedó parada junto a la ventana, desde donde apenas podía ver los movimientos del patio debido a la oscuridad. Su vista se alzó más allá y deseó ver de nuevo su castillo. Se preguntó si Nathan ya sabría que ella se había casado con Sloan y quiso saber qué pensaba de eso.

Morag suspiró y se llevó las manos a las sienes. Las masajeó lentamente e intentó no pensar en nada durante unos segundos. Su vida había cambiado tanto en tan poco tiempo que no había tenido ni un solo instante en el que intentar comprender lo que había sucedido. Sabía que su cuerpo había vuelto a entrar en modo supervivencia. Ya no vivía tranquila en su hogar, rodeada de personas que la respetaban y la amaban. Ahora estaba entre los que había considero enemigos desde hacía años. Y aunque intentaran mostrarle amabilidad, sentía que no podía fiarse del todo. La vida le había enseñado a base de golpes y siempre le costaba cambiar, a pesar de que

Gillian le había pedido que dejara sus diferencias con Sloan a un lado para intentar que la convivencia fuera más tranquila.

Morag apretó los puños. Esos cambios nunca le habían gustado. Le recordaban a lo que le sucedió con diez años y, por ello, siempre le costaba aceptarlos. Pero sabía que tenía que cambiar y no mostrarse tan tensa. Durante unos minutos, se repitió que debía relajarse y que tenía que cambiar su visión sobre los Chattan. Si Gillian había podido hacerlo, ella también.

—No tengas miedo, Morag —dijo entre dientes para sí—. Entierra ese sentimiento de una maldita vez…

Pero no podía. Era el sentimiento más arraigado en su interior. Desde que era pequeña y sus padres habían muerto, había sentido tal pavor en su vida que no era capaz de quitárselo a pesar del paso del tiempo y de la seguridad que le ofrecía el castillo MacBean. De hecho, había sido el miedo quien la había obligado a seguir adelante, a dejar el juicio a un lado y mostrarse completamente enloquecida en algunas ocasiones. Morag sabía que no tenía término medio, pero tenía que encontrarlo si quería seguir viviendo en un mundo de locos.

Morag se sobresaltó cuando la puerta se abrió. Estaba tan metida en sus pensamientos que no había escuchado el golpeteo de las botas de Sloan dirigiéndose al dormitorio. El guerrero le dedicó una simple mirada al entrar y después se dirigió hacia la chimenea, ignorándola por completo y sin dirigirle la palabra.

Morag apretó los labios y miró de nuevo por la ventana. Recordó la conversación mantenida con Gillian y la petición de esta para que cediera. Odiaba tener que ser ella la que diera el primer paso para un acercamiento, pero cuanto antes lo hiciera, tal vez antes podría volver a su vida. Morag respiró hondo y se armó de valor para girarse hacia Sloan y carraspear antes de hablar. El guerrero tan solo giró levemente la cabeza y la miró por encima de su hombro, gesto que enfureció a Morag y estuvo a punto de dar marcha atrás con su intención. Pero se obligó de nuevo:

—No nos marcharemos a tierras Gunn hasta dentro de una semana.

Entonces sí, Sloan se giró por completo hacia ella. En su rostro había una expresión de incredulidad y sorpresa, pero la joven se limitó a encogerse de hombros.

—¿Por qué?

—Gentileza de tu cuñada favorita…

Sloan gruñó y se dirigió hacia la jofaina para echar agua y lavarse.

—Esa Comyn me la tiene jurada.

—Y ahora también a mí porque me obliga a conocerte.

La mano de Sloan, que estaba llenando la palangana, se quedó completamente quieta y la miró por encima del hombro.

—¿A conocerme? ¿A qué te refieres? Ya nos conocemos.

Morag se cruzó de brazos y se adelantó para mirarlo a la cara. Se apoyó contra la puerta de la habitación y observó cómo se quitaba la camisa para lavarse. Rápidamente, Morag se obligó a mirar hacia otro lado, pero sus ojos la traicionaron cuando se elevaron hacia el amplio y musculoso pecho de Sloan. Necesitó tragar saliva antes de responder:

—A que Gillian piensa que, si vamos a ir a una misión juntos, debemos prepararnos y conocernos, así sabremos los puntos fuertes y débiles de cada uno.

—Yo no tengo puntos débiles —respondió Sloan rápidamente mientras comenzaba a lavarse.

Morag arqueó una ceja y esbozó una sonrisa.

—Y, por lo que veo, ego tampoco… —dijo ella con tono irónico.

Sloan la miró de reojo con mala cara.

—Yo conozco un punto débil tuyo, y es que eres un maldito incordio —le respondió a su vez.

Morag se acercó a él lentamente, quedándose a escasos centímetros de la mesa donde el guerrero se estaba lavando.

—Y tú un gilipollas.

Sloan dejó el agua y se acercó a ella lentamente, ignorando las gotas que caían al suelo y lo mojaban. Morag podría haberse alejado de él, pero su cuerpo se quedó quieto ante la visión del pecho desnudo. Hasta entonces, cualquier cuerpo desnudo de un hombre le había provocado ansiedad y asco, pero, no sabía por qué el de Sloan llamaba poderosamente su atención. Aunque era su enemigo, lo encontraba casi perfecto, muy protector… un lugar donde sentirse segura. Y no le gustaba. No quería

depender de nadie para sentirse segura y, aun así, sabía que su niña herida necesitaba algo así.

Sloan apoyó una mano sobre la pared, justo al lado de la cabeza de Morag. Su cuerpo mojado rozó la ropa de la joven, pero esa no se inmutó, sino que mantuvo el mentón altivo y los ojos clavados en él.

—Voy a amargarte lo que queda de año.

Morag arqueó una ceja y dejó escapar una risa irónica.

—Tranquilo, ya estoy amargada. No creo que pueda estarlo más.

—No te soporto…

Sloan intentó marcharse para seguir lavándose, pero Morag se recordó de nuevo aquella conversación con Gillian y, chasqueando la lengua, alargó una mano para agarrar su brazo. Al instante, sintió una corriente entre sus dedos, pero se obligó a dejar la mano donde estaba. Sloan miró allá donde su piel podía sentir el calor de los dedos de Morag y, después, levantó la mirada hacia ella lentamente.

—Tu cuñada tal vez tenga razón y debemos conocernos.

Sloan frunció el ceño.

—A qué te refieres.

Morag tragó saliva.

—A que quiero saber si eres un buen guerrero con el que poder contar si la cosa se pone fea.

Sloan resopló y se soltó de su mano, indignado.

—Soy uno de los mejores del clan.

—Esas son tus palabras, Chattan, pero yo no te he visto luchar.

—¡Pero si estabas observando el entrenamiento de hace un rato!

Morag hizo un gesto gracioso al tiempo que resoplaba.

—Eso era una mierda, Chattan. Yo hablo de un combate de verdad, donde te golpeas y hieres de verdad.

—No tengo que demostrarte nada.

Morag suspiró y se alejó de él unos pasos.

—Está bien. Le pediré a Rowan que sea Kester quien me acompañe.

Sloan se acercó a ella nuevamente y la aferró del brazo para aproximarla

a él.

—Ni se te ocurra. Soy yo quien irá contigo al castillo Gunn, aunque no me queráis contar aún cuál es el maldito plan.

—Pues entonces debemos conocernos un poco. ¿No crees?

Sloan la soltó y se cruzó de brazos. Su pecho brilló cuando la luz del fuego le dio de lleno en la piel y Morag tuvo que desviar la mirada.

—¿Qué propones, incordio?

—Un combate entre tú y yo. Sin piedad.

Sloan arqueó ambas cejas, sorprendido.

—Rowan lo va a parar antes de que podamos darnos el primer puñetazo. No consentirá que nos golpeemos. Ya le pasó a Cora y Alasdair, y su castigo fue más una humillación que un escarmiento.

—Pues lo haremos fuera del castillo…

—Van a sospechar si nos ven salir.

Morag puso los ojos en blanco y dio un paso atrás.

—No haces más que poner trabas a lo que te digo, Chattan. Saltémonos las normas por un día, por Dios, que no te vas a morir por hacerlo… Diremos que vamos a pasear.

Sloan resopló.

—Eso no es creíble con nosotros. No somos un matrimonio enamorado.

—Sí, teniendo en cuenta que necesito conocer estas tierras lo que queda de año. Y lo de que no estás enamorado de mí no lo digas tan alto. Podrías acabar rendido a mis pies…

Morag le guiñó un ojo y le sonrió al tiempo que el rostro de Sloan se enrojecía de rabia.

—Está bien —acabó diciendo el guerrero entre dientes—. Hay un lago cerca, así que iremos ahí.

—A primera hora —le indicó Morag con media sonrisa mirándolo de arriba abajo—. Es una hora perfecta para hacerte morder el polvo, querido esposo.

Sloan entrecerró los ojos y se acercó peligrosamente a ella. Sin embargo, Morag se mantuvo en el sitio y elevó el mentón con orgullo, retándolo a que

le llevara la contraria, incluso para que se atreviera a comenzar la pelea en ese preciso momento.

El guerrero se quedó quieto a solo unos centímetros de ella. La miró a los ojos y descubrió pequeñas motas marrones que salpicaban las esmeraldas de sus ojos. Por otro lado, las pecas que surcaban su rostro también parecieron retarlo, provocando que algo extraño dentro de él despertara y, de repente, sintiera unas ansias incontrolables de besarla para borrar de su rostro esa expresión.

—No estés tan segura de ti misma, MacBean. Pienso aprovechar la oportunidad para azotar tu trasero tan fuerte que tendrás la marca lo que queda de año.

Morag sonrió de lado y, aunque su mente le gritaba una y otra vez que se apartara de él para evitar verse envuelta en su olor, siguió retándolo con la diversión dibujada en sus ojos. Se dijo que, a pesar de que odiaba ese matrimonio, tal vez podría darse la oportunidad de disfrutar a costa de enfurecer al guerrero.

—No te vengas tan arriba, Chattan, porque golpearé tus pelotas tan fuerte que parecerán cascabeles.

Sloan resopló y dio un paso atrás.

—¿Nunca te han enseñado modales?

Morag se encogió de hombros, restándole importancia.

—Mi madre lo intentó, pero la vida me obligó a olvidarlos.

La joven lo rodeó para irse hacia la cama y acostarse de una vez por todas. Tenía que descansar para estar totalmente despierta y atenta al día siguiente durante la pelea contra Sloan. Este la recorrió con la mirada y Morag sintió sobre ella su mirada. Por ello, sonrió ampliamente justo cuando llegó junto a la cama y cogió el camisón entre sus manos. Mirándolo por encima de su hombro, le espetó:

—¡No me mires el culo, Chattan, que ya sé que lo tengo perfecto!

Sloan dio gracias por que la joven estuviera de espaldas y no viera su sobresalto. ¿Cómo era posible que se hubiera dado cuenta de que le estaba mirando el trasero? Durante unos instantes, había perdido el juicio y se había dicho a sí mismo que nunca había visto un trasero tan bien formado como el suyo. Por Dios bendito, ¿en qué momento pensó que su enemiga,

aquella mujer a la que tanto odiaba, tenía un trasero perfecto?

Sloan resopló y negó repetidas veces con la cabeza. Rodeó la cama sin mirarla y se dispuso a terminar de lavarse y acostarse. No quería volver a cruzar ni una sola palabra con ella. Odiaba su orgullo y su lengua malhablada y viperina, pero por Dios que no podía negar que esa muchacha había provocado que su vida tuviera algo de acción e interés, aunque prefería morir antes que reconocer eso.

Al día siguiente, ambos se levantaron al amanecer con la intención de marchar cuanto antes al lago a pelear. Aunque intentaba fingir lo contrario, Morag realmente se sentía ligeramente nerviosa. Había deseado ese momento desde el primer instante en el que Sloan se cruzó en su camino durante la primera reunión a la que ella asistió y habían intercambiado algunas palabras. En ese momento, le daba la espalda a Sloan, que resoplaba a ratos, provocándole una sonrisa de autosuficiencia.

Y mientras uno y otro se vestían, metidos en sus propios pensamientos, ninguno tenía el valor de dirigirle la palabra al otro. Cada uno pensaba en la forma más humillante de hacer morder el polvo al otro, pues ninguno estaba dispuesto a dejarse vencer.

Morag se levantó de la cama al mismo tiempo que lo hizo Sloan para colgarse la espada en la cadera. Y, sincronizándose, se dirigieron a la puerta al mismo tiempo. El guerrero resopló y renegó entre dientes, dejándola pasar primero, aunque Morag lo miró por encima de su hombro.

—Puedes estar tranquila, MacBean, aún no voy a darte con mi espada en el trasero —murmuró entre dientes.

Morag sonrió y dirigió su mirada hacia el frente mientras bajaba por las escaleras.

—Más quisieras tú tocar mi culo, aunque sea con una espada…

Sloan la paró en mitad de las escaleras y la aprisionó contra la balaustrada. La joven lo encaró con seriedad y esperó a que dijera algo:

—MacBean, si yo tocara tu querido trasero con mis expertas manos, ibas a acabar suplicando para que jamás dejara de hacerlo.

Morag arqueó una ceja y lo miró de arriba abajo. Estaba tan cerca que podía ver con claridad el acero de sus ojos, lo podía oler y casi impregnarse

de la oscuridad que rezumaba por cada poro de su piel. Porque Sloan Chattan no solo era fachada que mostraba ante todos, era lo más parecido a un lobo con el que se había encontrado nunca. No era un hombre como los que se habían cruzado en su camino cuando la apresaron con diez años. Era muy diferente. A pesar de todo, la había tratado con respeto. Con odio, sí, pero con sumo respeto. Y eso era algo que Morag había valorado desde que revivió en el clan MacBean. Y ella siempre deseaba el peligro que trasmitía un lobo como él, pues lograba hacer que las partes muertas de su alma revivieran momentáneamente.

—Lo que suplicaría sería una palangana para vomitar, Chattan —le dijo acercando sus labios a los del guerrero.

Era la primera vez en su vida que se atrevía a acortar la distancia con un hombre. Siempre los había rechazado y repudiado. Ninguno, aunque le mostrara respeto, la habían logrado incitar a acercarse de semejante manera, pues era un simple gesto que siempre le había provocado asco y miedo. Sin embargo, con él no le ocurría. Cuando él se acercaba no notaba ese asco que pensó en un primer momento, por lo que no le importaba ser ella quien acortara la distancia con él.

—Tal vez seas tú quien acabe suplicando por mí… —susurró tan cerca de sus labios que llegó a rozarlos sin querer.

En ese momento, un ruido procedente del pasillo, cerca de ellos, sobresaltó a Morag, que intentó apartarse, pero Sloan la retuvo unos segundos más a pesar de su negativa. Acortando la distancia con ella, notó su tensión y sonrió contra su oreja. Morag sintió el aliento del guerrero contra la piel de su cuello, y estuvo a punto de renegar cuando su cuerpo la traicionó y se erizó el vello de su piel.

—No estoy hecho para arrodillarme y suplicar. Estoy hecho para vencer.

—¿Todo bien?

La voz de Rowan los sobresaltó a los dos. Rápidamente, como movido por un resorte, Sloan se alejó de Morag y carraspeó, incómodo, al ver la mirada de curiosidad que mostraba su hermano tras haberlos visto demasiado unidos en mitad de las escaleras.

Morag necesitó respirar hondo para recomponer los nervios que se habían instalado en su estómago después de sentirlo tan cerca de ella. Había logrado exaltar cada centímetro de su piel y lo odiaba por ello.

Se limitó a asentir brevemente mientras Rowan los observaba. A su lado, Sloan llevó las manos a la espalda con tranquilidad y comenzó a descender nuevamente por las escaleras. Si el guerrero pretendía desestabilizarla antes de su pelea, lo había conseguido. Y maldito fuera por ello.

Morag se obligó a descender también las escaleras y miró a Rowan intentando aparentar normalidad.

—Claro que sí, hermano —dijo Sloan—. Todo bien. ¿Qué haces levantado tan temprano?

Rowan frunció el ceño ante la fugaz amabilidad y tranquilidad de Sloan. Sin embargo, se dijo que era mejor no intervenir.

—Tenía que hacer algo que no me dio tiempo anoche. ¿Venís a desayunar?

Sloan carraspeó, incómodo.

—No, mejor después.

Sin embargo, su hermano insistió.

—Venga. Por lo que me han dicho, los demás están también levantados ya.

Y aunque Morag miró a Sloan para que volviera a negarse, este acabó asintiendo y siguiendo a Rowan hacia el salón para desayunar. Finalmente, la joven rodó los ojos mientras los seguía también.

—Gillian me acaba de comentar que vais a esperar una semana para marchar hacia tierras Gunn —fue lo primero que dijo Amelia después de que todos estuvieran sentados.

—Tu nuera no me ha dado muchas opciones —fue la respuesta de Morag.

—Eres muy directa —respondió la aludida.

Morag miró a Gillian de reojo.

—De nada vale callarse lo que uno piensa…

La joven pensó que la respuesta vendría de la esposa del laird, pero fue del propio Sloan.

—A veces no pasa nada por hacerlo.

Morag clavó su mirada en él por encima de la cuchara que estaba a punto de llevar a su boca.

—De ahí las enfermedades… —respondió antes de degustar la avena.

Kester y Arran se miraron entre sí y sonrieron, aunque prefirieron callarse un comentario, pues la tensión entre Morag y Sloan era más que evidente.

—Pienso que de nada sirve esperar a marcharnos. El plan puede salir igual de bien o mal tanto si nos conocemos como si no.

—Así que el motivo por el que no os marcháis ya es porque tenéis que conoceros… —señaló Alasdair, sorprendido.

—Mi querida cuñada Gillian ha decidido que es mejor hacernos perder el tiempo —apuntó Sloan.

Amelia sonrió e intentó calmar los ánimos.

—Bueno, tal vez tenga razón. Si vais a ir a una misión juntos no podéis ir con ese odio entre vosotros porque acabaréis muertos; si no por el enemigo, por vosotros mismos. Debéis conoceros y calmar las aguas.

Arran lanzó una carcajada y miró a Morag y Sloan alternativamente.

—La mejor manera para conocerse es en el catre.

Sloan entornó los ojos.

—Da gracias a que está madre delante. Si no, te partiría la boca.

—Mira… en eso estamos de acuerdo —murmuró Morag dándole la razón a Sloan.

—Por algo se empieza —dijo Gillian con una sonrisa.

Morag intentó no dirigir los ojos hacia ella, pues la mirada que le habría dirigido no sería especialmente amigable. Por ello, llevó sus ojos hacia su plato y dejó que la conversación tomara otro camino.

—¿Alguien sabe algo de los Ross? —preguntó Amelia.

—Aún no han enviado a su hija. Supongo que tendrá que llegar a su clan, comunicárselo, dejar que acepte su decisión y, después, enviarla junto a todas sus cosas. Puede que tarden alrededor de una semana o más en llegar.

—¿La boda se celebraría enseguida? —preguntó Gillian.

Rowan negó con la cabeza.

—Creo que ahí voy a hacer uso de tus mismas palabras: Alasdair y ella deben conocerse.

Al otro extremo de la mesa, el aludido carraspeó, incómodo, mientras

Cora le sostenía la mirada con el rostro totalmente pálido.

—Si de mí dependiera, tardaría una eternidad en llegar —renegó Alasdair dejando la cuchara sobre el plato.

A partir de ese momento, la conversación giró en torno a esa nueva boda en el clan mientras Morag no perdía atención a los protagonistas. Por un lado, se fijó en la mirada enrabietada de Alasdair, que apretaba con tanta fuerza los cubiertos que la joven estaba segura de que iba a torcerlos y romperlos. La tensión en el ambiente creció irremediablemente, y esta vez nada tenía que ver con ella. Desde su asiento, Morag apenas podía ver a Cora, ya que Kester se encontraba en medio, pero cada vez que podía dirigía la mirada hacia ella y la vio extremadamente pálida. La joven hermana Chattan ni siquiera desayunaba. Se encontraba con la cabeza gacha y las únicas veces que se permitía levantar la mirada hacia Alasdair eran para lanzarle dagas con los ojos.

No era la primera vez que Morag vio ese comportamiento, y no había tenido oportunidad para preguntar. Por ello, se juró que le preguntaría a Sloan cuando salieran de allí como un modo de acercar posturas entre ellos y dejar a un lado el odio.

Levantó la mirada cuando sintió sobre ella el peso de unos ojos. Se cruzó con los de Sloan, que, para su sorpresa, no pudo evitar sonreír ante la idea que cruzaba por su mente. Morag sabía que estaba pensando en lo que iba a pasar entre ellos al salir de allí y estaba segura de que deseaba marcharse cuanto antes para hacerle morder el polvo. Pero ella no iba a dejarse vencer fácilmente.

Morag le devolvió la sonrisa, ajena a que la mirada inquisitiva de Rowan estaba puesta sobre ellos. Los miraba alternativamente y algo en su interior se encendió al pensar que estaban tramando algo que él desconocía. El laird entornó los ojos y se dijo que iba a descubrirlo cuanto antes, pues las miradas de ambos decían más que sus labios.

Morag y Sloan dieron por finalizado el desayuno poco después. Se despidieron de los demás con gesto serio, pero el hecho de que ambos se fueran juntos y no separados como esperaba, causó sorpresa y curiosidad a Rowan, que se mantuvo sentado en la silla intentando fingir que seguía la conversación del resto de sus hermanos y su madre.

Por su parte, Morag y Sloan caminaron lentamente hacia la salida del castillo en completo silencio. La primera sonreía enigmáticamente, mientras que el segundo no podía evitar sentir cierto placer ante la idea de luchar contra ella.

No obstante, a medida que cruzaban el patio del castillo, Morag no pudo evitar dirigirse a él, pues la curiosidad podía con ella. Se había propuesto conocer en profundidad a los Chattan para evitar que pudieran atacarla si se atrevían a traicionarlos, y el comportamiento de la hermana pequeña de la familia llamó su atención:

—¿Puedo preguntarte una cosa?

En ese instante, que estaban atravesando el portón de la muralla, Sloan se quedó parado y la miró como si, de repente, le hubieran salido dos cabezas:

—¿Qué miras?

—Es que me sorprende que me preguntes eso. Tú no eres así.

Morag se sintió incómoda.

—Yo puedo ser como quiera, Chattan. Y esta vez he intentado ser amable.

—La amabilidad tampoco forma parte de tu carácter.

Morag resopló.

—Bueno, ¿puedo hacerte la pregunta o no? No me gusta perder el tiempo.

Sloan dejó escapar una risa y continuó caminando.

—De acuerdo, querida esposa… —dijo irónicamente—. No me mires así. Yo también puedo ser amable si me lo propongo.

Morag arqueó una ceja.

—¿Y alguna vez te ha salido?

—Jamás…

La joven sonrió y negó con la cabeza, siguiéndolo hacia el lago del que le habló para comenzar la pelea.

—He notado que Cora parece estar enfadada con Alasdair. ¿A qué se debe?

Sloan sonrió de lado y torció la cabeza.

—Me temo que eso se lo tienes que preguntar a ella. Nadie sabe qué pasó entre ellos cuando Cora era pequeña, pero no se soportan desde que yo

recuerdo. Creo que a Cora no le gustó que mi padre lo tratara como un hijo más y siente celos, pero esa es mi opinión, no la de ella.

—¿Y tu madre nunca ha intentado mediar?

—¿Tú qué crees? Lo lleva haciendo muchísimos años, pero Cora no parece estar por la labor. Odia a Alasdair, y él a ella, especialmente desde que tiene que ser su sombra. La verdad es que creo que no fue la mejor decisión que Rowan ha tenido. Podría haber protegido a Cora de otra manera o tal vez poniendo a Arran o Kester en el lugar de Alasdair.

—O podría haberte puesto a ti.

Sloan chasqueó la lengua.

—Si me hubiera puesto a mí, no podríamos haber venido a luchar.

—Si lo hubiera hecho, no tendría que aguantarte mucho tiempo.

—Y, sin embargo, me estás dando conversación.

Morag se encogió de hombros.

—No te quejes. Al menos aún no te he insultado.

Sloan sonrió sin darse cuenta de que en los últimos días estaba sonriendo más que en los últimos años.

—Cierto, una pena. Te has ablandado. ¿No estarás asustada?

—¿De ti? Antes prefiero que me maten y me echen a los cerdos…

El guerrero desenvainó la espada cuando llegó junto al lago. No estaba allí para perder el tiempo, así que se preparó para luchar. Morag hizo lo propio y se alejó unos pasos de él. Ambos caminaron en círculo midiendo las fuerzas del otro. Morag podía sentir cómo corría la excitación por su cuerpo. Había esperado semanas para enfrentarse así a él, y ahora que se había convertido en su marido no iba a desaprovechar la oportunidad.

Por su lado, Sloan también sentía que se le erizaba la piel. La había odiado desde su primer enfrentamiento en aquella reunión y había soñado infinidad de veces con hacérselo pagar. Ahora la tenía frente a él y no tendría piedad de ella. Lógicamente, no la mataría, pero si su espada rozaba alguna parte de su cuerpo no iba a arrepentirse, pues sabía que Morag iba a hacer lo mismo.

—Tu hermano el gracioso ha dicho que el mejor lugar para que dos personas se conozcan es en una cama. Yo digo que para que dos guerreros

lleguen a ese nivel de conocimiento, lo mejor es luchar.

—Pues espero que hayas venido preparada, MacBean, porque no pienso ser misericorde contigo.

—Te daré cierta ventaja, Chattan. Se te ve asustado…

Inmediatamente, el rostro de Sloan se tornó rojo por la ira. El guerrero rugió de auténtica rabia y se lanzó contra ella con la espada en alto. El sonido del choque del acero rompió el silencio a su alrededor, provocando que una bandada de pájaros huyera despavorido después de que la tranquilidad de ese lugar se viera afectada por aquella pelea.

Morag logró desviar la hoja de la espada de Sloan hacia un lado, dejando desprotegido uno de los flancos del guerrero, donde logró asestarle un puñetazo. Este gruñó de dolor y se alejó un par de pasos de ella, que sonrió brevemente mientras lo observaba.

—¿Te has cansado ya, Chattan? —se burló Morag.

Sloan entrecerró los ojos.

—Me parece que uno de tus puntos débiles es el orgullo, MacBean.

—Confundes orgullo con seguridad en mí misma.

—Das por hecho que vas a vencer.

—Jamás empiezo una pelea si pienso que no voy a ganarla.

Sloan caminó en círculos y Morag lo siguió sin perder de vista cada movimiento, tanto de pies como de manos.

—Entonces, en eso estamos de acuerdo, MacBean. Yo tampoco pienso perder.

Morag sonrió de lado e hizo un movimiento de muñeca con la espada. Después, clavó con fuerza los talones en el suelo, dobló ligeramente las rodillas y aferró el arma con ambas manos. Sloan se lanzó contra ella una vez más. Ninguno de ellos era consciente de su alrededor, sino que toda la concentración y el interés de ambos se encontraba en el oponente. Tanto uno como otro demostraron que eran realmente diestros con la espada y que no estaban dispuestos a perder.

En un momento dado, Morag dejó desprotegido su flanco derecho y Sloan lo aprovechó para clavarle la punta de su bota. La joven lanzó un gruñido de rabia cuando se vio impulsada hacia atrás. Perdió el equilibrio y

cayó de bruces al suelo. Sin perder tiempo en quejas, rodó sobre sí misma al ver que Sloan se lanzaba contra ella a pesar de que estaba en el suelo, se puso de pie enseguida y paró la estocada del guerrero al tiempo que levantaba también la pierna y le daba un puntapié.

Sloan gruñó, pero no se movió. Las espadas de ambos se mantenían la una contra la otra. El guerrero imprimía toda su fuerza en intentar aplastar a Morag con ella, pero la joven lograba detener el filo con firmeza. Los rostros de ambos se quedaron a pocos centímetros, mirándose, retándose y jurándose ser inmisericordes.

—Deberías preguntarte si de verdad estás preparada para una misión como esa.

Morag frunció el ceño. No iba a dejarse engañar por sus palabras. Sabía lo que pretendía: desestabilizarla emocionalmente. Ya se encontraba preparada. A pesar de que se conocían poco, algo le decía que Sloan iba a jugar sucio, pero ella aguantaría. Durante dos años de su vida había aguantado gritos, maltratos, insultos y vejaciones, por lo que nada de lo que pudiera decirle iba a desestabilizarla, pues no sería peor que eso.

—Deberías planteártelo tú, Chattan —comenzó diciendo—, porque no todo el mundo tiene los cojones que hay que tener para adentrarse en un castillo enemigo sin la protección de un ejército de hombres detrás.

Sloan rugió de rabia y la empujó lejos de él.

—¿Y tú sí los tienes?

—He pasado por cosas peores en mi vida. Fingir ser alguien para internarme entre enemigos es una de las cosas más fáciles que he hecho.

Sloan la miró de arriba abajo y la atacó de nuevo. Se lanzó contra ella con la espada en alto, y solo cuando la joven logró parar varias de sus estocadas, se atrevió a decir:

—Pareces muy segura de que será fácil.

—Prefiero pensar que será fácil antes que difícil. Si no, no lo haría.

Morag se lanzó contra él para evitar seguir hablando y cuando llegó frente a él y bajó la espada para atacarlo, el guerrero se movió rápido y no solo desvió la espada de la joven, sino que logró asestarle un fuerte puñetazo en la cara.

Morag se vio impulsada de nuevo hacia atrás, dejando escapar un gruñido

de dolor. El labio comenzó a palpitarle con fuerza y rápidamente sintió la sangre deslizándose por su barbilla. Vio que Sloan sonreía y se golpeó mentalmente por no haber podido descubrir antes su siguiente movimiento.

—Vaya, parece que sangras, MacBean…

Morag se limpió la sangre del labio y volvió a la carga. Corrió hacia él de frente, pero cuando estaba a punto de llegar a él, dio una vuelta sobre sí misma, dejándose llevar hacia la izquierda del guerrero, hizo un arco perfecto con la espada y le abrió un tajo en el costado.

El gruñido de dolor de Sloan rompió el silencio a su alrededor. Morag dio un paso atrás y dejó que mirara la herida. Esta sonreía ampliamente a pesar del dolor de su labio, y le dijo:

—Vaya, parece que sangras, Chattan —le devolvió la joven sus mismas palabras.

Sloan miró la sangre de su mano tras tocar la herida, levantó la mirada hacia ella y, con un rugido de rabia, se lanzó hacia Morag, pero esta vez sin la espada en alto. De hecho, cuando llegó junto a ella la tiró a un lado, se agachó ligeramente y la aferró con fuerza de la cintura, movimiento que Morag no esperaba en absoluto.

La joven abrió mucho los ojos al ver que Sloan la levantaba del suelo y la empujaba hacia atrás con fuerza. De su garganta se escapó una exclamación de dolor cuando sintió que su cuerpo chocaba irremediablemente contra el suelo y que toda la musculatura de Sloan la aplastaba con su peso.

El guerrero aprovechó el breve momento de confusión y dolor de Morag para aprisionar sus muñecas con fuerza y elevarlas por encima de su cabeza. Rápidamente, bajó la cabeza y le sonrió.

—Vaya, señora Chattan, está usted un poco atrapada.

Morag abrió los ojos y clavó toda su ira en él.

—Mi apellido es MacBean. Jamás seré una Chattan.

Sloan ladeó la cabeza y sonrió al tiempo que recorría su cuerpo con la mirada.

—Da igual cómo quieras apellidarte. Lo importante es que te he vencido en unos minutos.

Morag intentó soltar sus muñecas con todas sus fuerzas, provocando la risa de Sloan, que acercó aún más su rostro.

—No puedes contra mí.

—No estés tan seguro de ello, Chattan.

Lanzando un rugido de rabia, Morag movió con rapidez su cabeza para propinarle un cabezazo al guerrero. Inmediatamente, de la nariz de este comenzó a salir sangre al tiempo que Sloan lanzaba improperios por el dolor. Morag lo empujó hacia un lado, pero cuando intentó escapar, la férrea mano de Sloan le atrapó un pie y la arrastró hacia él. Morag logró asestarle una patada, pero el guerrero no la soltó. Por ello, la joven giró sobre sí misma y le lanzó un puñetazo.

Al lograr soltarse por fin, Morag rodó hacia un lado e intentó levantarse para correr hacia su espada de nuevo. Sin embargo, Sloan se movió rápido, ignorando el dolor de su nariz y se lanzó contra su espalda, desestabilizándola y haciéndola caer de nuevo contra el suelo.

Morag gruñó cuando su mejilla chocó contra una piedra, y cuando intentó quitarse el peso de Sloan, no pudo, pues este se encontraba sentado sobre su trasero y le había doblado el brazo derecho en un doloroso ángulo. Al mismo tiempo, había pasado su propio brazo por el cuello de la joven para aferrarle la barbilla y elevarle la cabeza.

—A ver si así puedes volver a darme otro cabezazo, MacBean —le dijo junto al oído.

—Tal vez os apetecería dármelo a mí…

Tanto uno como otro abrió los ojos desmesuradamente. Rápidamente, Sloan soltó a Morag y se puso en pie, ayudando incluso a la joven a que lo hiciera. Sin embargo, esta enseguida le apartó las manos. Se giraron hacia un lado, donde la voz de Rowan se había escuchado suavemente, pero con un tono peligroso que claramente mostraba su enfado, y lo vieron de brazos cruzados mirándolos con ojos acusadores.

—Rowan, esto no es lo que parece… —comenzó diciendo Sloan.

El aludido arqueó una ceja.

—¿Y qué es lo que parece?

—Que nos estábamos matando…

El laird se aproximó a ellos mientras Morag intentaba detener la sangre de su labio. Sloan hacía lo propio con su nariz y ambos se miraron entre ellos durante apenas un segundo, sabiendo que se habían metido en un buen

lío.

—¿Y no es eso lo que estabais haciendo? Porque si no es así, voy a empezar a pensar que sois imbéciles.

Morag carraspeó y dio un paso al frente.

—Hemos hecho esto para conocernos.

Los pasos de Rowan se detuvieron de golpe y clavó su mirada en Morag, que se sintió incómoda.

—No estoy seguro de querer seguir escuchándoos, porque a cada palabra que sale de vuestra boca, más me reafirmo en que sois imbéciles. ¿Desde cuándo dos personas se pelean de esa manera para conocerse?

Sloan carraspeó y bajó la mano, pues la sangre de su nariz estaba comenzando a menguar.

—Tu esposa nos ha obligado a conocernos para que todo salga bien en tierras Gunn. Por ello, lo mejor para que dos guerreros se conozcan es luchar.

Rowan miró a un lado y a otro del lago y sintió un escalofrío. No le gustaba que nadie de su familia estuviera fuera de los muros sin protección alguna, y menos en ese estado.

—Este no es lugar para hablar. Vamos a mi despacho.

Morag intentó detenerlo.

—Solo ha sido una pelea sin importancia.

—¡A mi despacho, ya!

CAPÍTULO 8

Rowan no dejaba de mirarlos alternativamente desde que los tres entraron en el despacho de este para hablar sobre lo que había sucedido junto al lago. Pero lo peor no había sido esa mirada, sino las del resto del clan cuando cruzaron el portón y los vieron sangrar, la ropa manchada de barro y la expresión de sus rostros, sabedores de que Rowan les iba a dar la charla de su vida.

—La verdad es que estoy dudando ahora mismo sobre si de verdad merecéis esa espada que cuelga de vuestra cadera. Sinceramente, creo que merecéis más el juguete de un niño recién nacido.

Tanto Sloan como Morag se miraron de reojo y fruncieron el ceño. Ninguno fue capaz de rebatir las palabras del laird, pues ambos sabían que, dijeran lo que dijeran en ese momento, Rowan los iba a amonestar.

El guerrero se apoyó contra la mesa de su despacho y cruzó los brazos a la altura de su pecho. Por primera vez desde que lo conocía, Morag vio cómo la oscuridad se cernía no solo sobre él, sino también alrededor de ellos e intentaba hacer una lucha contra la que ya desprendía Sloan con su fiero carácter. Este miraba a su hermano mayor con firmeza, mostrándole que no estaba arrepentido de lo que había hecho. Por eso, la propia Morag también mostró un rostro orgulloso que hizo arquear una ceja al propio Rowan.

—Tan solo unos días después de vuestra boda y ya habéis intentado mataros en medio del bosque… —comenzó diciendo con un tono que intentó ser calmado.

Morag abrió la boca para replicar, pero el propio Rowan levantó una mano para callarla, provocando una sonrisa en Sloan, que se borró cuando su hermano lo miró de reojo.

—Ha sido culpa de ella —murmuró el segundo al mando del clan.

Morag abrió la boca, atónita ante su acusación.

—¿Qué dices? ¡Estabas de acuerdo con esa pelea!

Sloan se giró hacia ella y la miró con gesto adusto.

—Fue idea tuya ir al lago a luchar para conocernos.

—Esa maldita idea fue de la esposa de tu hermano. Y somos guerreros,

por eso debemos conocernos en la lucha.

—Te dije que nos iban a descubrir.

—¡Cobarde!

Rowan los miraba alternativamente en silencio, dejando que contendieran lo que tenían que batallar, pues no iba a dejar que ese comportamiento siguiera entre esas cuatro paredes.

—Una persona que dice la verdad no es un cobarde. Fue tu maldita idea.

—Podrías al menos reconocer que te gustó y que estabas de acuerdo con golpearnos sin piedad. Estabas deseando luchar contra mí.

—Oh, por favor, tú también querías golpearme, MacBean.

—¡Desde el primer día que te conocí! —admitió la joven—. Pero al menos yo no señalo a otros. Admito mis culpas.

Sloan abrió la boca para responder, pero Rowan se puso en pie y gritó:

—¡Ya está bien! Me habéis cansado con vuestra pelea de niños. ¿Os habéis escuchado? Es lo que parecéis: niños peleando por un maldito dulce.

Tanto Morag como Sloan volvieron a girarse hacia el laird y, sincronizadamente, llevaron las manos a la espalda al tiempo que cuadraban sus hombros. Ese gesto no pasó desapercibido a Rowan, que estuvo a punto de esbozar una sonrisa tras comprobar que eran exactamente iguales.

—Me parece que no sois conscientes de lo que habéis hecho. Estáis casados, por Dios. ¿De verdad pensabais que era una buena idea hacer algo así? Y después de haberlo comprobado con mis propios ojos, sí, estoy muy de acuerdo con mi esposa en su decisión. Claro que tenéis que conoceros, pero no en la lucha, sino como personas y como marido y mujer, que es lo que sois, aunque os pese.

Rowan se acercó a ellos y los miró alternativamente.

—Espero que este disparate no vuelva a producirse o tendré que tomar otras medidas y apartaros directamente de los planes del clan.

Sloan abrió los ojos desmesuradamente, mientras que Morag desvió la cabeza hacia otro lado para que Rowan no viera su expresión.

—A partir de este momento, la tregua entre vosotros es inmediata. No volveréis a pelear y os vais a respetar. Por ello, pasaréis tiempo juntos en la zona de las mazmorras para ordenar lo que hay en las diferentes estancias

de ese pasillo.

Tanto uno como otro frunció el ceño y rechinó los dientes.

—Preferiría no tener que hacer eso —dijo Sloan en apenas un murmullo iracundo.

—Eso es trabajo de sirvientes —apostilló Morag.

Rowan se encogió de hombros.

—Ahora será el vuestro.

Morag abrió la boca para decir algo más, pero Sloan lanzó un gruñido de rabia y se giró para marcharse, dejándolos solos.

Rowan suspiró y se paró una mano por el rostro, cansado.

—Ya sé que estar casado con alguien a quien consideras un enemigo es lo peor del mundo. A mí me pasó con Gillian, y acabé enamorándome.

Morag dio un paso atrás, como si la hubiera golpeado con sus palabras.

—Hablas de un sentimiento que no está dentro de mí. No voy a enamorarme de tu hermano.

Rowan dejó escapar un suspiro.

—Yo no he dicho eso.

—Lo ibas a acabar insinuando. Y no te lo permitiré.

Rowan arqueó una ceja. Era la primera persona, desde que era laird, que le hablaba de esa manera. Eso sin contar con Gillian, que se había enfrentado a él desde el primer momento. Sin embargo, a ella le perdonó cualquier palabra más alta de lo normal porque estaba obsesionado con ella desde el primer momento. Por ello, podía considerar a Morag la única persona que había tenido el coraje o la sinrazón suficiente como para enfrentarse a él de esa manera.

—Únicamente estoy aquí como muestra de inocencia de los MacBean en la guerra, no es un matrimonio para estrechar lazos ni para hacer amistades. Y mucho menos para enamorarse. Mi misión es descubrir qué está pasando en los clanes. El amor no forma ni ha formado parte de mi vida.

La seguridad con la que la joven pronunció aquellas palabras sorprendió a Rowan. En sus ojos verdes vio algo extraño, una especie de dolor tatuado en el alma, como si nada ni nadie pudiera curarlo y hacerlo desaparecer. Esa joven parecía haber pasado un infierno en su vida, pues ella misma

consideraba que no tenía la capacidad de amar, y le sorprendió que fuera tan firme en eso. Y, durante un instante, se vio reflejado en esos mismos ojos.

—Eso pensaba yo antes de conocer a Gillian. El amor es un sentimiento que no podemos manejar a nuestro antojo. Llega cuando menos lo esperas y te enamoras de quien crees que debes odiar.

Morag tragó saliva cuando sintió que una sensación extraña se posaba en su garganta, impidiéndole respirar con normalidad.

—Esa es tu experiencia y tu percepción, pero yo no soy tú, Rowan Chattan. No has estado jamás en mis zapatos ni tienes idea alguna de lo que he vivido.

—En eso tienes razón, Morag. Pero eres demasiado fría y pareces haber sufrido tanto que no puedo evitar asemejarte a Sloan. Todo puede pasar.

—No lo creo —aseguró con firmeza la joven.

Rowan suspiró y dio un paso más hacia ella.

—Poseéis el mismo fuego.

Morag volvió a negar con la cabeza.

—En esto te equivocas. Yo no soy fuego, soy hielo…

Rowan sonrió de lado.

—Todo el mundo tiene un corazón.

Morag sonrió amargamente.

—Sí, pero el mío está lleno de espinas.

El guerrero la miró fijamente antes de añadir:

—Sloan tiene arrestos suficientes como para clavarse todas en las manos para llegar a ti.

Morag apretó los puños. No deseaba tener esa conversación con él. Ni con él ni con nadie. Ella era incapaz de amar, y menos a un Chattan.

—Mis espinas tienen veneno —sentenció antes de girarse y dejarlo solo de nuevo.

Cuando Morag cerró la puerta del despacho tras de sí, se encontraba temblando incontrolablemente. No le importaba que la reprendieran por lo que había hecho en el lago o por cualquier otro motivo, pero no podía soportar que le hablaran de amor. Ella no tenía de eso ni en su corazón ni en

ninguna otra parte de su cuerpo. El amor hacía demasiado tiempo que había muerto en su pecho. Lo había quemado el fuego de otras personas, dejándola con el frío más abrumador que había sentido jamás. Sabía que nunca más volvería a sentir el calor de un abrazo o un beso. Nunca volvería a sentirse plenamente segura. Nunca volvería a dormir tranquila… No obstante, podía lidiar con todo eso. Sin embargo, con lo que no podía lidiar ni gestionar era con lo que había sentido en el lago.

Durante la pelea, cuando Sloan la había tirado al suelo y le había aprisionado las manos había vuelto a sentir el fuego y el calor que corrían por la sangre del guerrero. Sloan le había demostrado que tenía algo en su interior que era más que la frialdad o crueldad que podía demostrar. Y a pesar de los golpes y las malas palabras que se habían dedicado, Morag había logrado sentir algo diferente, algo que no podía explicar, algo que era realmente peligroso y no desearía jamás.

La joven suspiró en mitad del pasillo. Sus pasos resonaban en la soledad de este mientras caminaba sin un rumbo fijo. No sabía a dónde dirigirse, pero necesitaba ir a algún lugar donde pudiera curarse la herida que le había hecho Sloan en el labio, con la esperanza de que el dolor de la cura lograra hacerle olvidar la conversación que había mantenido con el laird hacía unos segundos.

Por ello, con paso firme, se dirigió hacia las cocinas. Estaba segura de que allí podrían indicarle dónde tenían paños limpios con los que curar su herida. En el camino, se encontró con varios sirvientes que la saludaron con respeto, hasta que vieron su rostro y la miraron con los ojos muy abiertos, sorprendidos de su estado. Sin embargo, Morag siguió caminando hacia el frente, intentando ignorar sus miradas curiosas.

Cuando llegó a la puerta de las cocinas, la abrió de golpe y entró casi sin mirar a ningún lugar. No obstante, cuando esta se cerró tras ella fue consciente de que no había ningún sirviente y que las únicas personas que había allí eran Gillian y su querido y amado esposo. Pero lo peor no era que Sloan estuviera allí, sino que se había quitado la camisa y se encontraba semidesnudo, mostrando la fortaleza de su pecho sin un ápice de vergüenza.

Morag resopló e intentó marcharse, pero la voz de la esposa del laird la detuvo.

—¿A ti también te ha tirado un caballo?

La joven la miró enarcando una ceja y sin saber qué responder. Durante un segundo, Morag miró a Sloan, que apartó la mirada hacia sus manos, interesado por el estado de sus uñas. Morag se dio cuenta de que el guerrero le había mentido a Gillian, por lo que no estaba dispuesta a darle la razón.

—¿Eso es lo que te ha contado mi querido esposo?

Sloan gruñó, mostrándole los dientes, y clavó su mirada en ella. Por su parte, Gillian dejó el trapo sobre la mesa y se levantó de la silla.

—Sí, me ha dicho que lo ha tirado un caballo justo cuando tenía la daga en la mano, y se ha cortado.

Morag miró a Sloan con gesto irónico.

—Vaya… una pena que ese caballo no te la haya clavado directamente.

Sloan apoyó las manos sobre las piernas.

—Una pena que a ti no te haya dejado sin dientes, esposa.

Morag sonrió como pudo.

—Incluso sin dientes seguiría teniendo mi increíble encanto…

Gillian se cruzó de brazos y los miró alternativamente.

—¿Rowan ha visto esto?

Sloan puso los ojos en blanco.

—Ya nos ha dado una charla, Comyn, así que haz el favor de dejarnos en paz.

Morag miró a la esposa del laird y le dijo:

—Exacto. Solo venía a preguntar dónde hay algo para curar mi herida.

Gillian sonrió y miró fugazmente a Sloan.

—En esta mesa hay lo que necesitas. Y te va a curar él.

Tanto Morag como Sloan la miraron como si, de repente, le hubieran salido dos cabezas. Y comenzaron a negar.

—No pienso dejar que me cure el labio la misma persona que me lo ha abierto.

—Pues lamento decepcionarte, pero, o lo hace Sloan o esconderé todo lo necesario para curar.

—Prefiero curarme sola.

Gillian negó con la cabeza.

—Os curaréis mutuamente y lo haréis con cuidado.

Con gesto enfadado, Gillian se marchó de allí, dejándolos con la palabra en la boca. En el momento en el que ambos se quedaron solos, intentaron no dirigirse la palabra, ni siquiera se miraban.

Morag estaba deseando que alguien más entrara en las cocinas para evitar esa incomodidad que había surgido cuando Gillian salió por la puerta. Sin embargo, no escuchaba ni un solo paso en el pasillo que indicara que alguien se aproximaba a las cocinas. Dejando escapar un largo suspiro, Morag caminó con paso cansado hacia la mesa y se dejó caer en la silla frente a Sloan, intentando ignorar el cuerpo semidesnudo de su esposo.

En ese momento, el guerrero levantó la mirada hacia ella y ambos la sostuvieron durante unos segundos, hasta que Morag se inclinó hacia adelante para tomar entre sus manos uno de los trapos limpios que había sobre la mesa. Rápidamente, Sloan se lo quitó de las manos, provocando un gruñido de la joven.

—No es la primera herida que me curo. Déjame hacerlo.

—Gillian ha dicho que nos curemos las heridas.

Morag lo miró enarcando una ceja.

—¿Perdona? ¿Ahora quieres curarme? Te ha golpeado muy fuerte ese caballo imaginario…

Sloan intentó ocultar una sonrisa, pero Morag la vio a la perfección, aunque no dijo nada.

—Si lo hago es porque no deseo más problemas ni con Rowan ni con Gillian. Bastante tenemos ya con limpiar la zona de las mazmorras… No sabes cómo está…

—Podríamos negarnos y saltarnos el castigo… No somos niños.

Sloan la miró al tiempo que apoyaba el codo en la mesa y se inclinaba hacia ella.

—Ya has visto lo que ha pasado por saltarnos las normas, como dijiste. Si volvemos a hacerlo, Rowan es capaz de expulsarnos del clan durante un mes…

—¿Nunca te has saltado una orden?

Sloan frunció el ceño.

—Nunca.

—¿Ni siquiera por alguna mujer del pueblo a la que quisieras ir a ver?

—Nunca he querido ir a ver una mujer del pueblo. Y no, tampoco me he saltado una orden para irme de putas.

Morag sonrió y bajó la cabeza.

—Yo no he dicho nada de eso.

—Pero lo has pensado…

—Tú no sabes lo que pienso…

—Lo intuyo…

Morag arqueó una ceja y resopló al tiempo que extendía la mano para pedirle el trapo.

—Yo me curo lo mío y tú lo tuyo, pero, si quieres, podemos decirle a Gillian que nos hemos curado con mimo y amor.

—No se lo va a creer.

Morag puso los ojos en blanco.

—¿Acaso te hace ilusión curarme?

Sloan se encogió de hombros.

—Tal vez deseo ver tus expresiones de dolor.

La joven lo miró en silencio durante unos segundos.

—Está bien, pero si no lo haces con cuidado, pienso abrir aún más tu herida del costado…

Sloan mojó el paño en el cuenco que había dejado Gillian en el centro de la mesa. No sabía qué contenía exactamente, pero le había explicado que era algo para limpiar la herida. Tenía la impresión de que olía ligeramente a lavanda, pero no lograba adivinar qué era.

El guerrero miró a Morag a los ojos cuando esta inclinó el cuerpo hacia adelante y le mostró el rostro. Sus ojos grises recorrieron despacio sus facciones, hasta detenerse en la herida del labio. Era demasiado profunda y tenía la impresión de que había estado a punto de rajarle por completo la boca.

Durante un segundo, sus ojos aprovecharon que Morag se encontraba

esperando con la mirada puesta sobre la pared para observarla. Vio que tenía una mano sobre la rodilla y apretaba con tanta fuerza los dedos que estos se le habían puesto blancos. Por otro lado, la tensión que desprendía llegaba hasta él, pues Morag estaba tan cerca de él en ese momento que podía olerla.

Su ropa manchada de barro estuvo a punto de sacarle una sonrisa, pero logró esconderla a tiempo para no ser descubierto. Había luchado bien. Nunca lo reconocería, pero lo había hecho realmente bien. Y cuando sintió su cuerpo bajo el suyo y le levantó las manos por encima de la cabeza…

Sloan bajó la mirada y pasó la lengua por sus labios. Se movió ligeramente en la silla para acercarse más a ella y, durante un segundo, se golpeó mentalmente por no haberle hecho caso y que cada uno se curara sus propias heridas.

—¿Qué estás mirando?

La voz de Morag lo sobresaltó y dirigió el acero de sus ojos hacia ella. Descubrió que lo estaba observando, y estuvo a punto de gruñir entre dientes al ser consciente de que había sido sorprendido.

—La herida —dijo al cabo de unos segundos.

Morag entrecerró los ojos.

—La herida la tengo en la cara, no más abajo.

Sloan imitó su gesto.

—Solo miraba que no tuvieras alguna más —mintió, rezando para que sus palabras fueran aceptadas y sonaran creíbles.

Morag lo miró de arriba abajo, retirando al instante la mirada, pues había olvidado su pecho desnudo.

—Mentiroso… —murmuró—. Tú sabes las heridas que me has hecho.

Sloan apoyó el paño en el labio de la joven, que siseó ligeramente. Vio cómo apretaba los puños con fuerza y él mismo tragó saliva, incómodo.

—Solo comprobaba. Nada más. Es una pena no haberte logrado abrir alguna herida con la espada. Habría sido más divertido.

Morag lo miró de reojo con una ceja arqueada mientras el guerrero seguía curándole el labio. Sin embargo, la joven levantó una mano y le tomó la muñeca para apartarla ligeramente y así poder responderle con libertad.

—Si tu hermano no hubiera aparecido, te habría cortado las pelotas.

—Eso si hubieras podido escapar de mí, porque te tenía bien agarrada.

Morag resopló, sin soltarle la muñeca.

—¿A eso lo llamas agarrar bien? De no ser porque tu hermano ha interrumpido, te habría golpeado para liberarme.

Sloan frunció el ceño.

—¿Qué dices? Sabes que yo estaba ganando terreno. No podrías vencerme.

—Llevábamos la misma ventaja, Chattan.

Ambos se sostuvieron la mirada.

—Debe de ser muy duro haber encontrado alguien que por fin te gane en un combate, MacBean —se burló Sloan.

—¿Sí? No lo veo…

—Reconoce que te he golpeado bien.

Morag entornó los ojos con una sonrisa burlona en los labios.

—Soy la primera mujer en abrirte una herida, ¿eh? —le dijo ignorando sus palabras—. Eso debe de ser muy duro para ti.

—Al final te he golpeado en el trasero, MacBean —Sloan se acercó más a ella—. Y no sabes lo que he disfrutado.

—No tanto como yo viéndote gruñir de dolor. Deberíamos repetirlo, Chattan.

Sloan sonrió.

—Cuando quieras.

Morag le devolvió la sonrisa y, durante unos segundos, todo a su alrededor pareció desparecer para ellos. No escuchaban el sonido de nada más fuera de allí, ni siquiera eran conscientes de que se habían acercado aún más entre ellos sin dejar de mirarse a los ojos. Morag nunca había dejado que nadie se le acercara tanto, pero con él parecía no darse cuenta de ello. A veces, sentía que la oscuridad que rezumaba Sloan, además de su fuerza y el acero de sus ojos, la atrapaban en una especie de red de la que no podía escapar.

Inconscientemente, Sloan miró a sus labios. Aún podía sentir los dedos de

la joven atrapando su muñeca y, en lugar de apartarlos de un tirón, sintió que no le molestaban. Al contrario, ese momento le parecía uno de los más excitantes de su vida. Sin embargo, rápidamente se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer y se apartó de ella con un carraspeo.

—Para ello debemos dejar pasar un tiempo o Rowan nos volverá a castigar como a niños pequeños.

Morag parpadeó varias veces hasta que fue consciente de que había estado a punto de besarse con Sloan. Lo había sentido. Se habían quedado a escasos centímetros el uno del otro y había visto claramente las intenciones del guerrero. Y cuando este se alejó de ella, notó la incomodidad cuando él mismo se dio cuenta de ello.

La joven lo miró unos segundos antes de darse cuenta de que Sloan había retomado la conversación como si nada hubiera pasado. Por ello, se obligó a hacer lo mismo.

—Supongo que debo darte la razón.

Morag soltó la muñeca del guerrero, que siguió haciendo el trabajo que Gillian les había encargado. La joven intentó que no se reflejasen en su rostro o en su cuerpo las sensaciones que Sloan le provocaba ahora que la tocaba. Y a pesar de que lo hacía con ese trapo, no era inmune a sus dedos. Le sorprendió descubrir el tacto con el que el guerrero la curaba. No lo hacía de forma salvaje o sin cuidado. Al contrario, lo hacía con prudencia y consideración, y eso la ponía nerviosa, pues casi prefería al guerrero salvaje que no tenía piedad de ella, ya que de ese hombre podía esperar cualquier cosa. De esa versión de Sloan no sabía realmente qué esperar.

Por su parte, el guerrero no hacía más que reprenderse a sí mismo mentalmente por haber estado a punto de besarla. No se había dado ni cuenta de que se había ido acercando a ella mientras se miraban. Tan solo había sido consciente cuando vio demasiado cerca de él las motas de otro color en el verde de sus ojos. Y, de no haberse dado cuenta a tiempo de que se había acercado a ella, la habría besado. ¡Besado, por Dios! ¡A ese maldito incordio! Continuó limpiando la herida, haciéndolo con cuidado, más del que su mente le gritaba que tuviera. Y cuando su mirada se posó sobre la pequeña cicatriz de su barbilla, la cual había visto ya en otras ocasiones, no pudo callar por más tiempo:

—¿Cómo te hiciste esa marca?

Los ojos de Morag se dirigieron directamente a él y Sloan se arrepintió de esa pregunta instantáneamente. La conocía y sabía que le iba a responder con alguna expresión malhumorada para que no volviera a preguntar nada más. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula cuando la joven sonrió y le dijo:

—Una pelea con Nathan.

—¿El primogénito de MacBean? —preguntó Sloan.

Morag asintió sin perder la sonrisa y, durante un instante, Sloan deseó que alguien más sonriera al acordarse de él.

—Sí, me lo hizo poco después de llegar al clan MacBean.

Morag se dio cuenta de que había hablado de más cuando ya era tarde. En el rostro de Sloan se dibujó una expresión de sorpresa. La miró durante unos segundos, intentando comprender lo que había dicho, pero acabó preguntando:

—¿No eras una MacBean?

—Yo no he dicho esas palabras.

—Las has insinuado.

Morag tragó saliva y se encogió de hombros, dejándose caer contra el respaldo de la silla, pues Sloan ya había terminado de limpiar su herida. Le sostuvo la mirada durante unos segundos más hasta que acabó dibujando una sonrisa amarga.

—¿Eso qué más da ahora?

—Solo me interesaba por ti —admitió Sloan—. Tal vez Gillian se ha empeñado tanto en que nos conozcamos que puede que haya sentido curiosidad momentáneamente.

Morag sonrió de lado.

—La curiosidad puede ser peligrosa.

—Ya te conozco luchando. No temo por mi vida…

La joven dejó escapar una carcajada y lo miró con la sonrisa aún en los labios, sin saber que ese simple gesto provocó que Sloan se perdiera en la belleza que su rostro mostraba en ese instante. No estaba seguro de que Morag fuera consciente de su belleza, pero el guerrero acababa de darse cuenta de que, cuando la joven sonreía y se mostraba tal y como era, sin

protección ante ella, brillaba demasiado.

—Entonces, según tú, ¿el siguiente paso es mantener una conversación sobre lo que ha sucedido en nuestra vida? Al final, le vas a hacer caso a Gillian…

Sloan parpadeó varias veces para apartar sus ojos de ella. Dejó el trapo sobre la mesa y carraspeó antes de responder:

—Te lo he dicho, solo era curiosidad.

—Pues yo te he contado algo sobre mí y tú no has contado nada.

—Pregunta cuando quieras…

Morag arqueó una ceja y lo miró como si, de repente, le hubieran salido dos cabezas.

—¿Eres consciente de lo que acabas de decir?

La joven se inclinó de nuevo hacia adelante y, sin pensar, lo tomó de la barbilla y fingió buscar heridas en su cabeza.

—¿Te he golpeado muy fuerte?

Sloan dejó que lo tocara y la miró a los ojos. El brillo divertido que mostraba Morag en ese momento era realmente llamativo. Nada tenía que ver con la fachada fría y salvaje que solía dejar ver, y lo estaba atrapando por completo, ya que, junto a esa belleza, hacían de la joven una mujer realmente hermosa.

—Tal vez ha sido eso.

Morag le siguió la broma.

—Pues deberías mirártelo.

Morag lo soltó y volvió a dejarse caer contra la silla. De repente, entre ellos parecía haber una especie de extraña amistad, como si la guerra anterior entre ellos no existiera. Y, aunque no pretendía reconocerlo jamás, le agradaba esa sensación.

Sloan desvió la mirada, incómodo, y señaló hacia el resto de trapos limpios.

—Vete, si quieres, ya termino yo de curarme.

Morag intentó negarse.

—Gillian ha dicho…

—Si viene y me descubre solo le diré que te encontrabas mal por un golpe en la cabeza.

Morag frunció el ceño.

—¿Estás seguro? No me importa hacerlo.

Sloan arqueó una ceja.

—¿Acaso estás deseando tocar mi increíble pecho?

La joven rodó los ojos y se levantó casi de un salto, provocando que Sloan sonriera ligeramente.

—No quiero tener pesadillas… Hazlo tú.

El guerrero asintió y la observó hasta que la joven desapareció por la puerta. Aquella conversación le había dejado una sensación demasiado extraña. Era la primera vez que hablaban entre sí con bromas y con el hacha de guerra enterrado. Se habían respetado y había dejado caer ligeramente las barreras entre ellos. Reconoció que nunca había mantenido una conversación con una mujer. Jamás se había peleado ni bromeado con una en tan corto espacio de tiempo. Y, para su sorpresa, le estaba gustando demasiado.

Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordarla y acabó negando con la cabeza al tiempo que cogía un trapo limpio para comenzar a curar su herida. Hasta entonces, había pensado que Morag era un problema porque no quería una mujer a su lado. Pero después de conocerla durante varios días estaba comenzando a disfrutarlo. Y eso no podía ser bueno. Nada bueno.

CAPÍTULO 9

Al día siguiente, justo después del desayuno, Sloan y Morag intentaron escapar del castigo que Rowan les había impuesto. Fueron los primeros en dejar sus asientos en el gran salón e intentaron marcharse cada uno por su lado, pero Rowan los detuvo justo en la puerta:

—Supongo que vais hacia el pasillo de las mazmorras.

Sloan apretó los puños y se giró lentamente hacia su hermano. Morag puso los ojos en blanco e imitó al guerrero. Todos fueron conscientes de la sincronicidad entre ellos, excepto ellos dos, cuya atención estaba puesta únicamente en escapar.

—¿No puedes simplemente olvidar eso, Rowan? —preguntó Sloan—. No volveremos a pelear entre nosotros. De hecho, incluso hemos mantenido una conversación normal.

—Y no nos hemos insultado —lo secundó Morag.

Rowan negó con la cabeza.

—Rara es la vez en la que doy una orden y después me arrepiento de ello. Y esta no es esa ocasión. Debéis limpiar toda esa zona, y no admito ni una sola queja. Así que, vamos. Ese es el único lugar donde quiero veros.

Sloan entornó los ojos.

—Disfrutas con esto, ¿verdad?

—A veces creo, Sloan, que piensas que te odio.

—¿Y no lo haces?

—Al contrario. Deseo que seas feliz de una vez por todas y que alguien pueda procurarte la felicidad que ninguno de esta familia hemos sabido darte.

Morag miró de reojo a su esposo. El rostro de este se había quedado blanco. Por primera vez desde que lo conocía, lo vio quedarse sin palabras. Incluso tuvo la impresión de que tragaba saliva con fuerza. Se preguntó qué le había pasado en la vida para que Rowan le dijera aquellas palabras y no pudo evitar sorprenderse al ver que simplemente se limitaba a asentir y abandonaba el salón sin mirar atrás.

Sorprendida por ese gesto que rozaba la sumisión, Morag carraspeó y dejó también el salón tras despedirse de ellos. En silencio, lo siguió por el

pasillo y apretó el paso para ponerse a su lado, aunque lo hizo en silencio. De reojo, a veces lo miraba sin dejar de preguntarse cosas sobre él. Morag sabía que su propio carácter se había forjado a raíz de lo que había pasado con sus padres. Sin embargo, desconocía qué había pasado con Sloan. Las palabras de Rowan le habían abierto la mente respecto al guerrero y ahora no dejaba de hacerse preguntas sobre él.

Tras su extraña conversación del día anterior mientras la curaba, Morag había sentido infinidad de cosas muy diferentes a lo que había sentido por Sloan hasta ese momento. Durante unos instantes, había llegado a verlo como un potencial amigo, un verdadero compañero con el que poder hablar y vivir una vida a su lado. En pocos días, había conocido una parte desconocida de Sloan, y se preguntó si su propia familia lo había visto sonreír así alguna vez en su vida.

—No tengo ganas de hablar…

La voz del guerrero sonó con demasiada potencia en medio de ese silencioso pasillo que atravesaban. Y Morag iba tan metida en sus propios pensamientos que no pudo evitar sobresaltarse. Al verlo, Sloan la miró y ella simplemente se limitó a encogerse de hombros.

—Yo no he dicho nada.

—Piensas demasiado alto.

Morag arqueó una ceja.

—¿Tú qué sabrás lo que pienso?

—Cuando piensas demasiado te muerdes el labio inferior.

Morag se quedó parada en medio del pasillo e hizo un gracioso mohín con la boca.

—¿Cómo dices?

—Que te muerdes el labio cuando piensas —repitió el guerrero sin dejar de caminar.

Enseguida, Morag corrió hacia él y paró cuando se puso a su altura.

—¿Cómo sabes eso?

—Soy muy observador.

—Yo no hago eso.

Sloan sonrió.

—Lo haces de forma inconsciente. Si estás pensando algo, es normal que no te des cuenta de que lo haces.

—Pero si hace solo unos días que me conoces un poco más. ¿Cuándo te has dado cuenta de ello?

Sloan la miró de reojo y giró en la esquina que ya los llevaba hacia el pasillo de las mazmorras.

—En la reunión junto a los clanes. No dejabas de observar a todos y de morderte el labio mientras mirabas hacia la mesa. Después, levantabas la mirada, los observabas de nuevo y volvías a morderte el labio.

Morag lo agarró del brazo y lo obligó a parar.

—¿Tanto me miraste durante la reunión?

—Ya te he dicho que soy muy observador —dijo con incomodidad—. No me hace falta observar tanto a las personas.

La joven acabó esbozando una sonrisa pícara.

—¿Y por qué querías observarme? No me digas que te gusté…

Sloan puso los ojos en blanco y comenzó a caminar de nuevo.

—Buscaba la forma de echarte del castillo cuanto antes.

Morag chasqueó la lengua y le dio un codazo en las costillas con una sonrisa burlona en los labios.

—Pues no te salió muy bien, Chattan. El destino está en tu contra…

—Eres un maldito incordio, MacBean.

—Sí, pero un incordio al que te gusta mirar…

Sloan resopló y se quedó callado. Paró frente a una puerta y Morag no pudo evitar chocarse contra él, pues se movió tan deprisa que no le dio tiempo a parar. La joven levantó las manos en señal de paz y esperó a que abriera.

—No esperes ver una simple habitación desordenada. Aquí hay mucha suciedad…

Morag sonrió y se cruzó de brazos.

—Te sorprendería ver mi habitación cuando tenía doce años… —respondió la joven sin poder evitar acordarse del burdel en el que la obligaron a trabajar.

Sloan abrió y dejó que el aire viciado de dentro saliera unos instantes. Morag arrugó el rostro y miró con curiosidad hacia el interior de la estancia que debían limpiar durante ese día. Después, enarcó una ceja y miró a Sloan.

—Sois unos guarros, Chattan. ¿Cómo dejáis esto así?

Su esposo la miró durante unos segundos, pero no le respondió. Él también sintió el mismo asco. Después de eso, le pediría a Rowan que alguien fuera a esa zona del castillo y acondicionara todo para evitar que la enfermedad pululara por el castillo.

La primera en entrar fue Morag, que se cruzó de brazos y miró a su alrededor. Después, quitó el cinto de su cadera y dio una palmada.

—Bueno… cuanto antes empecemos, antes terminaremos…

Sloan suspiró y la imitó, dejando su espada al lado de la de la joven. Se remangó y comenzó a recoger mientras murmuraba maldiciones para sí por ese trabajo.

Morag hizo lo mismo en el otro extremo de la sala. Ambos se mantenían en completo silencio, sin hablar entre ellos y sin intención de mantener una conversación amigable. Estaban iracundos por tener que realizar ese trabajo, por lo que cada uno de adentró en sus propios pensamientos.

En un momento dado, Morag lanzó una exclamación de dolor que llamó la atención de Sloan. Este, rápidamente, se puso en pie y se acercó a ella.

—¡Ah, maldita sea!

—¿Qué pasa?

—Me he cortado con esto…

Morag levantó un escudo roto y arqueó una ceja.

—¿A quién se le ocurrió la genial idea de guardar esto?

—Son los escudos de los muertos en la última batalla.

Morag resopló y lo tiró a un lado para después mirar el corte en su antebrazo. Sloan le agarró la mano y miró el corte.

—Parece superficial.

—Entonces muy bien, ¿no? Podré seguir alegrando tu existencia.

Sloan levantó la mirada y puso los ojos en blanco. La soltó y regresó donde se encontraba, provocando la risa de la joven, que siguió con su

trabajo. Ambos sabían que iba a ser un día largo, muy largo. Y también que iban a pasar demasiado tiempo juntos.

Estaba anocheciendo cuando Sloan y Morag habían terminado de limpiar una de las estancias que había en el pasillo de las mazmorras y tanto uno como otro se había pasado el día rezando para que el castigo de Rowan llegara hasta el final de ese día y no continuara por más tiempo.

Se habían separado en cuanto habían terminado el trabajo. Apenas habían salido de allí más que para tomar algo al mediodía y el resto de la tarde habían estado juntos de nuevo. Y a pesar de que habían mantenido alguna que otra conversación sin importancia, apenas se dirigieron la palabra durante el resto de la tarde, por lo que, si los demás pretendían que se conocieran, ellos nos estaban por la labor en ese momento.

Morag recorrió a solas los pasillos del castillo. Necesitaba un momento para ella después de pasarse todo el día junto a Sloan. No estaba acostumbrada a estar en compañía durante tanto tiempo. Desde que sus padres fueron asesinados y ella fue llevada al burdel, siempre había estado vigilada, por lo que desde que se encontraba en el clan MacBean había hecho todo lo posible por pasar tiempo sola. Nathan no lo entendía por completo, pero ella no podía soportar estar en compañía durante tantas horas. Por ello, después de dejar a Sloan en uno de los pasillos, se dirigió hacia la puerta de salida.

Estar encerrada en una habitación durante horas, limpiándola y sin apenas ver el cielo le parecía abrumador. Necesitaba sentir el viento en la cara, moverse, ver cosas nuevas… Lo que fuera para intentar olvidar ese maldito y agotador día.

En el momento en el que el viento del anochecer le dio en el rostro, Morag esbozó una sonrisa. A su alrededor, los guerreros y sirvientes llevaban a cabo sus quehaceres antes de acabar el día, pero había demasiada gente para su gusto. Por ello, la joven se dirigió hacia el portón de salida. Recordó el lago en el que se había peleado con Sloan y quería darse un baño para quitarse el polvo del cuerpo e intentar enfriar su mente después de pasarse todo el día junto a Sloan, pensando cosas sobre él.

La joven suspiró largamente a medida que se aproximaba al portón y Kester le sonrió de forma irónica.

—¿Qué tal el día, cuñada? ¿Habéis dejado limpia esa habitación?

Morag clavó su mirada en él y paró junto al guerrero mientras otro, cuyo nombre desconocía, también la observaba.

—Muy bien, por supuesto. ¿Y tú qué tal, cuñado? Me sorprende que aún no te hayan dejado sin dientes por gracioso.

Kester lanzó una carcajada y se encogió de hombros.

—Bueno, perdería mi encanto.

—Te equivocas, cuñado —siguió Morag con una sonrisa—. Con los dientes rotos ibas a ser muy gracioso cada vez que abrieras la boca. Cuando quieras, podemos probar.

Kester movió la mano.

—No hace falta, prefiero no probar. Así me ha ido bien.

—Pues si quieres que te vaya mejor abre el portón y déjame salir, que me apetece dar un paseo.

Kester frunció el ceño.

—Está anocheciendo.

—¿Y? Para mí no es un problema.

—Para Sloan tal vez sí lo es.

Morag resopló.

—Me he pasado todo el maldito día con él. ¿De verdad crees que le puede preocupar dónde me encuentro?

—¿Y a dónde quieres ir?

—¿Es necesario que te lo diga? —Kester asintió—. Voy al lago a darme un maldito baño. ¿Tal vez quieres venir a mirar?

Kester silbó y levantó las manos.

—En ese caso, sí perdería mi dentadura.

—Pues abre ya de una maldita vez o subiré a la muralla y saltaré desde ahí. Y sabes que soy capaz de hacerlo…

Kester le dio la orden al guerrero que había a su lado y, mientras abría el portón, Kester se cruzó de brazos y miró a Morag de arriba abajo.

—¿En tu clan hay más mujeres como tú?

Morag chasqueó la lengua.

—Lo siento, soy única. Pero cuando pase un año y tu hermano y yo ya no estemos juntos, puedes pedir mi mano. Estaré encantada de negártela y partirte la boca por tremendo atrevimiento.

—No me des ideas…

Morag le guiñó un ojo y atravesó la muralla. Cuando se encontró a varios metros de distancia, se permitió borrar la sonrisa e inspirar con fuerza. Sentía que le costaba demasiada energía hablar con gente y, en ese momento, en el que estaba cansada después de todo el día limpiando, Morag logró relajarse. Fue algo instantáneo. Ahora que sentía que los Chattan se quedaban atrás y podía estar realmente sola consigo misma, Morag logró cierto sentimiento de paz.

Echaba terriblemente de menos su hogar, aunque lograba disimularlo a la perfección. Intentaba no pensar en lo que había perdido al quedarse allí, pero en su interior deseaba regresar para sentirse entre personas que la aceptaban como era. No obstante, mientras caminaba hacia el lago, se dijo que había descubierto algo que le había cambiado la mentalidad por completo, tal y como le había comentado Gillian en más de una ocasión. La visión que tenía de los Chattan era muy diferente a lo que ella había visto. Siempre había creído que eran unos salvajes que no trataban bien a las personas, que no mostraban respeto y que no valoraban la vida ni nada que hubiera a su alrededor. Sin embargo, los había observado minuciosamente y había descubierto que estaba equivocada. Su intuición la había engañado en todo momento. Pero los Chattan la habían tratado con respeto, educación, le habían incluso prestado su ropa, y aunque Rowan la había castigado junto a Sloan, Morag sabía que lo hacía tan solo para que la guerra entre ellos no se extendiera al resto del castillo. Querían que se respetaran y aceptaran que estaban casados, no querían amargarle la vida o castigarla. Esa era una de las cosas que había pensado a lo largo de ese día, pero no se había atrevido a ponerlo en palabras frente a Sloan.

A pesar de que habían empezado realmente mal, habían mantenido varias conversaciones en la que se habían respetado, incluso lo había visto sonreír, algo que Morag dudaba que su familia viera muy a menudo. Algo le decía que el guerrero guardaba una herida aún sin curar en su pecho y que, por ese motivo, su carácter era así de agrio, tal y como le pasaba a ella. Se había propuesto entenderlo y respetarlo para evitar más conflictos, pero no quería

decírselo a Sloan, al menos de momento, ya que no estaba segura de que el guerrero estuviera de acuerdo con enterrar el hacha de guerra.

Morag sonrió cuando llegó junto al agua y recordó su pelea con él en ese mismo lugar. Era una de las pocas veces que había disfrutado de algo en la vida desde que perdió a sus padres. Ese simple momento le había hecho revivir, como si hasta entonces hubiera estado muerta. Era algo que le había costado reconocerse a sí misma, pero era cierto. Se había sentido tan bien y llena de vida que, durante esos momentos, el peso de su espalda y su pecho había desaparecido por completo.

Morag se tocó ligeramente el labio. Aún lo tenía hinchado y le dolía ligeramente, pero sería capaz de volver a pelear con él tan solo para volver a sentirse viva, aunque después se ganara otro castigo. No le importaría, pues la liberación de su espalda compensaría lo demás.

La joven miró al cielo e intentó no pensar en Sloan en ese momento. Se preguntó si sería verdad lo que le contaron cuando era pequeña y sus padres estaban en algún lugar, esperándola, observándola y admirándola. Siempre había sentido el asombro de Jacob, pero no sabía qué pensarían sus padres y sus hermanos al verla como guerrera.

Morag cerró los ojos un instante, mientras se quitaba la ropa para meterse en el agua fría. Se sentía tremendamente sola, sin nadie con quien compartir sus cuitas y temores, porque, aunque era una guerrera, el terror aún seguía en su cuerpo, y no podía compartirlo con nadie. Eso la quemaba por dentro y agotaba, pero no podía hacer nada, tan solo soportarlo de la mejor manera posible y seguir su vida.

Morag siseó cuando tocó el agua con el pie. Estaba realmente fría, pero se dijo que sería algo bueno para intentar olvidar todo durante unos minutos mientras se abrazaba mentalmente para no sentirse tan sola.

Sloan salió al patio después de haberse bebido tres copas de vino para templar los nervios. Haber pasado todo el día junto a Morag lo había desestabilizado y necesitaba volver a serenarse.

El guerrero respiró hondo y paseó por el patio lentamente. Después de pasarte todo el día encerrado, tenía necesidad de salir de allí, correr, gritar… cualquier cosa para despejarse.

En ese momento, vio a Kester dejando su puesto junto al portón para

acercarse a él con una sonrisa burlona. Sloan resopló y levantó una mano.

—Si vienes a burlarte, has de saber que pienso partirte la cara…

Kester sonrió y se encogió de hombros.

—Me arriesgaré. Sé que en el fondo me quieres.

—Claro que sí, por debajo de muchas capas de barro…

Su hermano rio.

—Sabes bromear… Vaya, eso es nuevo. ¿Te lo ha enseñado tu querida y amable esposa?

Sloan frunció el ceño, ya que no deseaba que en ese momento le recordaran a Morag.

—No me la nombres. Ya he pasado el día con ella…

Kester se encogió de hombros.

—Entonces, supongo que no querrás saber que ha salido del castillo…

Sloan se tensó de golpe nuevamente. Miró a Kester para comprobar que no era una broma, y al ver la verdad en su rostro, se preocupó. ¿Qué demonios hacía ella fuera del castillo sin protección? ¿Habría quedado allí con alguien de su clan? Numerosas preguntas se agolpaban en su mente, aunque no estaba seguro de querer descubrir las respuestas.

—¿Ha salido fuera de la muralla?

Kester asintió, provocando en él un sentimiento de ira, rabia y frustración.

—¿A dónde?

Su hermano sonrió enigmáticamente.

—La verdad es que no le he preguntado —mintió descaradamente—. Admiro mucho mi belleza como para jugármela con ella.

Sloan lo agarró de la camisa y lo acercó a él.

—No la admirarás tanto si te la juegas conmigo —lo amenazó con un puño en alto—. ¿Dónde está?

—Creo recordar que mencionó el lago… —admitió Kester soltándose de su hermano y colocando su ropa.

Sloan gruñó entre dientes.

—¿Y por qué demonios no la habéis detenido? Sabes que es peligroso salir del castillo.

Kester se cruzó de brazos por encima del pecho.

—Creo que son más peligrosos los puños de tu esposa. De todas formas, te digo que ha ido al lago. No te ha abandonado si es lo que temes.

Sloan maldijo entre dientes y caminó hacia el portón, ignorando la sonrisa burlona de Kester. Este lo siguió y, cuando su hermano atravesó la muralla, su compañero lo miró con una ceja enarcada.

—Te van a cortar el cuello, Kester.

El aludido lo miró con una sonrisa y le dio una palmada en la espalda.

—Estoy deseando ver enamorado a Sloan para reírme de él toda la vida. No pienso desaprovechar ni una sola oportunidad.

Por su parte, Sloan caminaba con prisa, dispuesto a volver a desenvainar su espada y luchar contra Morag cuando la viera junto al lago. Pensaba hacerle ver como fuera que era un peligro salir sola del castillo después de tantos ataques. Su mente era un hervidero de ideas para hacerle pagar por su salida casi nocturna. Apenas quedaban unos rayos de luz en el cielo, por lo que estar fuera del castillo a esa hora del día era aún más peligroso.

Sin embargo, no estaba preparado para lo que vieron sus ojos. Antes de llegar al lago creyó escuchar un canturreo, por lo que redujo la fuerza de sus pasos y comenzó a caminar de forma más lenta y serena. Su rostro se arrugó mientras el canturreo seguía llegando hasta él. El guerrero se escondió entre unos matorrales cuando llegó junto al lago y lo que vio provocó que sus ojos se abrieran desmesuradamente.

A pesar de la poca claridad del día sobre sus cabezas, Sloan logró ver que Morag se había desnudado en la orilla, donde descansaba su ropa, y se estaba bañando en el agua del lago. El guerrero necesitó tragar saliva varias veces, incrédulo ante lo que estaba viendo. Sabía que tenía que marcharse de allí y amonestarla cuando volviera al castillo, pero sus pies se negaron a obedecer. Al igual que sus ojos, que no podían apartar la mirada del cuerpo desnudo de Morag mientras la luz de la luna le daba de lleno en el agua que la cubría.

Morag aún no lo había visto, y Sloan estaba seguro de que iba a declararle una nueva guerra si lo descubría allí oculto entre unos matorrales, pero no podía dejar de mirarla. Era realmente hermosa. Ya la había considero bonita antes, pero desnuda era una auténtica diosa griega, una ninfa del agua que parecía haberlo embrujado en el momento en el que posó

su mirada sobre ella.

Sloan deslizó sus ojos por su cuerpo. El pelo mojado se le pegaba a la espalda, pero no impedía que pudiera ver la palidez de su piel, que brillaba con el agua. Morag movía los brazos sobre el agua mientras seguía canturreando. Era la primera vez que Sloan la escuchaba cantar y lo hacía realmente bien. Pero también era la primera vez que la veía tranquila, disfrutando. Algo que jamás creyó que podría ver en ella. La vio sumergir la cabeza y, cuando salió del agua nuevamente, le pareció algo realmente espectacular. Durante unos instantes, la luz de la luna reflejó mejor en su espalda y cuando Morag apartó su pelo, logró ver varias cicatrices en su cuerpo.

Sloan frunció el ceño. Parecían ser cicatrices que reflejaban una herida profunda del pasado, incluso tenía más que él. Y en ese momento volvieron a surgir dudas sobre su vida antes de llegar ahí.

Sin pensar realmente en lo que estaba haciendo, Sloan comenzó a aproximarse a la orilla del lago, saliendo de su escondite. Lo hizo lentamente, disfrutando de cada centímetro de piel que la joven mostraba en ese instante. Sin saber por qué, ese momento de Morag sola y desnuda en el lago le pareció realmente excitante, y que ese sentimiento lo provocara la que debía ser su enemiga lo enfurecía aún más. Pero no podía evitarlo. Sus pies pararon en la orilla justo cuando Morag se giró hacia él canturreando con los brazos por encima de su cabeza.

Sloan intentó que su mirada no bajara del rostro de Morag, pero sus pechos respingones lo llamaron de forma insistente. En ese instante, el corazón del guerrero se paró frente a tanta belleza, pero también el de Morag, al ser consciente de que no estaba sola en el lago.

La joven se sobresaltó. Durante unos segundos, debido a la oscuridad, no logró reconocer a la figura que había en la orilla del lago. No obstante, entornó los ojos y lo divisó enseguida. Morag lanzó una exclamación de sorpresa y bajó rápidamente los brazos para taparse los pechos.

El propio Sloan también se sobresaltó al saberse sorprendido, y a pesar de que lo primero que pensó fue en regresar al castillo, se dijo que no estaba dispuesto a huir de allí como un maldito cobarde.

—¿Se puede saber qué demonios haces tú aquí? —preguntó Morag.

—¿Yo? ¿Qué haces tú? Deberías haberte quedado en la seguridad del

castillo en lugar de haber salido a estas horas.

Morag intentó cubrir su cuerpo con el agua, pero sabía que era tarde y que Sloan la había visto totalmente desnuda. Dio gracias a la oscuridad por que esta no descubriera sus mejillas rojas, ya que sentía verdadera vergüenza ante la idea de que Sloan la viera desnuda.

—Simplemente, quería bañarme tranquila después de haber pasado todo el maldito día a tu lado…

—No puedes estar aquí sola después de los ataques que hemos tenido.

Morag resopló.

—Siempre he estado sola, Chattan. No necesito a nadie.

—Eso será en tu clan. Aquí tenemos unas normas.

—Claro que sí —dijo con tono irónico—. Las normas son las que ha impuesto Gillian al obligarnos a estar juntos, pero yo solo quería un instante de soledad alejada del ruido del castillo. No he hecho nada malo ni he intentado escapar.

—¡Podrían atacarte!

—¡Eso podrías haberlo hecho tú! —le espetó la joven—. ¿Qué demonios hacías ahí parado mirando?

Sloan dio un paso atrás, como si lo hubiera golpeado. Apretó los puños con fuerza y agradeció mentalmente que tan solo estuviera la luz de la luna, pues se habría sonrojado al ser descubierto. Por ello, decidió mentir descaradamente.

—¡No te estaba observando! Si he venido aquí es para bañarme yo también.

Los ojos de Morag se abrieron desmesuradamente y comenzó a negar con la cabeza, especialmente al ver que las manos de Sloan se dirigían hacia el cinto colgado de su cadera.

—¡Ni se te ocurra, Chattan! —vociferó la joven metiéndose aún más en el agua.

Pero Sloan no le hizo caso. Siguió desnudándose y dejando la ropa justo al lado de la de Morag, que resoplaba desde el agua.

—¡Márchate y déjame sola!

El guerrero la miró sin dejar de quitarse la ropa y cuando estuvo por fin

desnudo, comenzó a meterse dentro del agua. Los ojos de Morag se desorbitaron y, rápidamente, desvió la mirada hacia otro lugar para evitar mirarlo a él. Pero ya era demasiado tarde. Durante unos instantes, la luz de la luna había dado de lleno en el cuerpo de Sloan, provocando que este se viera a la perfección pese a la oscuridad.

Hacía demasiados años que no había vuelto a ver desnudo a un hombre. Y en realidad esa no era la primera vez que veía a Sloan sin ropa, pues en su dormitorio había podido verlo más de una vez, pero nunca había posado su mirada más de lo necesario. Sin embargo, en ese momento, bajo la luz de la luna y después de pasar todo el día junto a él sin discutir, veía a Sloan de una manera diferente. Morag se dijo que lo que le ocurría era que estaba cansada y que por ello miraba al guerrero de esa forma. Sin embargo, sabía que no era así. Lo había visto… atractivo.

Morag le dio la espalda y escuchó cómo chapoteaba en el agua mientras se metía en ella. La joven renegó entre dientes y siguió cubriendo sus pechos con sus manos.

—¿Por qué no te bañas en una bañera normal y me dejas sola?

Lo escuchó reír al tiempo que la onda que provocó en el agua llegaba a ella.

—Por el mismo motivo que tú. También quería estar solo.

Morag desvió la cabeza hacia él y lo vio acercarse completamente cubierto por el agua.

—Pero si estoy aquí, no estás solo. Y yo tampoco.

Sloan se encogió de hombros.

—No me molesta tu presencia.

—Pues a mí la tuya, sí.

El guerrero se detuvo y la miró. Desde esa distancia, y con la luz de la luna, las pecas de Morag eran más evidentes que durante el día. Esta le devolvió la mirada y sintió que su corazón se aceleraba. Era la primera vez que veía el rostro al completo de Sloan, pues tras meterse bajo el agua, su pelo se había apartado de la cara. Tan solo le quedaba la barba, que ocultaba su boca, pero, en ese momento, la oscuridad que siempre había manado del guerrero pareció resurgir, envolviéndolos como una especie de niebla.

Morag no sintió miedo, pero sí curiosidad. ¿Qué demonios tenía Sloan

que lo hacía tan misterioso? Ella lo veía como un guerrero cualquiera, pero parecía haber algo en su interior que lo hacía diferente. ¿Era realmente así o simplemente había hecho caso a Gillian y lo veía distinto que en días anteriores? Incluso en ese instante no sabía cuántos días llevaba en el castillo. Parecía que había pasado una eternidad desde que Jacob la dejó allí y la obligó a casarse con él, como si hubieran pasado los meses y ella no se hubiera dado cuenta.

Ni siquiera en ese momento era consciente del paso de los minutos. Tenía la impresión de que todo se había detenido, incluso los diferentes sonidos que había escuchado antes de que Sloan llegara.

Ambos se miraban con una mezcla de curiosidad e irritación.

—La última vez que estuvimos aquí, mordiste el polvo, MacBean.

Morag arqueó una ceja.

—Creo que tu cicatriz del costado te recuerda que no te fuiste de rositas…

—¿Cuándo vas a reconocer que te vencí?

—Nunca, porque no es verdad.

—Incluso aquí en el agua podría vencerte.

Morag lo miró con una expresión incrédula. Por ello, le tiró agua a los ojos y nadó hacia la orilla. Sin embargo, no llegó demasiado lejos, ya que rápidamente sintió unas manos en la cintura que tiraban de ella hacia atrás. Morag dejó escapar una exclamación de sorpresa e intentó desasirse de ellas.

Pero su sorpresa fue mayúscula cuando sintió contra su espalda el poderoso pecho de Sloan. Y no solo eso, durante un instante, el miembro de este rozó su trasero y, al contrario de lo que habría esperado, no se asustó. Sin embargo, tampoco quiso quedarse más tiempo del deseado para comprobarlo de nuevo.

—¡Suéltame!

Pero los brazos de Sloan la rodeaban y este la obligó a girarse, quedándose a escasos milímetros de su rostro. Sus pechos flotaban sobre el agua, contra el de Sloan, que la miraba directamente a los ojos.

—Tú me has echado agua y yo te he atrapado. Siempre gano.

La voz del guerrero sonó como un susurro y Morag no encontró su propia voz dentro de su cuerpo, como si la hubiera abandonado, como si ya no pudiera volver a hablar jamás. Los ojos negros de Sloan la atraparon y no podía dejar de mirarlo. El aliento de este calentaba su rostro, que había comenzado a sentir frío debido al viento que se había levantado segundos antes.

Morag intentó que su cuerpo no temblara, aunque sabía que no lo hacía por el frío, sino por lo que Sloan le provocaba. Y sabía que eso estaba mal. La joven se repitió varias veces que debía salir de allí cuanto antes y regresar al castillo, pero su cuerpo no reaccionaba. Se encontraba entre los brazos de Sloan y no podía moverse. Las manos de este se encontraban apoyadas en su cintura, aportando calor allí donde estaban posadas.

Y cuando se preguntó qué iba a hacer para escapar de allí, Sloan acortó la distancia y la besó. Morag se sobresaltó, ya que no se habría esperado ese movimiento jamás. El guerrero la estrechó contra él con una suavidad que la sorprendió y ella, en lugar de apartarse como sabía que debía hacer, abrió ligeramente la boca para devolverle el beso.

En un primer momento, este fue casto, dado casi con miedo, pero cuando Sloan vio que Morag abría la boca, profundizó aún más. Sus manos se deslizaron ligeramente por la espalda desnuda de la joven. La atrajo más hacia él con cuidado al tiempo que la penetraba con la lengua.

Morag sabía que debía golpearlo y apartarlo de ella. Pero se dejó llevar por la suavidad que demostraban sus manos en ese momento. Inconscientemente, deslizó las suyas por el brazo del guerrero, hasta su cuello, donde se aferró con fuerza al tiempo que lo besaba con la misma pasión que Sloan le demostraba.

El guerrero devoró su boca, incapaz de parar, mientras Morag sentía que había dejado de tocar el agua y volaba a través de la campiña escocesa. Por primera vez en su vida no sentía miedo al ser tocada y besada por un hombre. Desde aquel último día en las tierras del hombre que mató a sus padres no había vuelto a dejar que ningún otro la besara, la tocara, ni siquiera dejó que la rozaran a propósito. Pero con Sloan… era diferente. Era su maldito enemigo y, aun así, sentía tal excitación en ese instante que lo único que deseaba su cuerpo era rodearlo con las piernas y entregarse a él. Sin lugar a dudas, había perdido la cordura por completo. Aquello debía de ser un sueño o una pesadilla, no lo sabía con exactitud, pero no podía dejar

de tocar sus fuertes hombros.

Pero en el momento en el que sintió contra su vientre el miembro erecto de Sloan, algo dentro de ella se puso en alerta y se sobresaltó. El auténtico terror, el peor sentimiento que había experimentado en toda su vida, resurgió con fuerza y le hizo temer ya no solo por su vida, sino también por su alma. El recuerdo de numerosas manos en su cuerpo se abrió paso y obligó a Sloan a separarse.

Morag lo miró con los ojos muy abiertos, incapaz de creer lo que acababa de hacer. Sentía que temblaba, pero ni siquiera era capaz de sentir el frío de la noche. Temblaba por todo el maldito daño que le habían hecho a lo largo de dos años todos aquellos hombres con los que se había visto obligada a yacer. Temblaba por lo que había sufrido, pero también por lo que podría sufrir junto a él. Temblaba porque no había sido capaz de curar aquella maldita herida. Temblaba porque sabía que estaba rota por dentro y nadie, ni siquiera Sloan, podría reparar.

—Esto no ha pasado —susurró la joven con lágrimas en los ojos.

Y aunque intentó ocultarlas, no pudo evitar que rodaran libres por sus mejillas. Sloan las vio y frunció el ceño. Se acercó a ella, pero Morag dio un paso atrás con el rostro totalmente horrorizado, por lo que el guerrero se quedó quieto para evitar asustarla más.

Y, sin añadir nada, Morag se giró y salió corriendo del agua. Se vistió en cuestión de segundos y lo dejó completamente solo con más preguntas que respuestas.

CAPÍTULO 10

Cora acarició con cariño la cabeza de su caballo, al que aprovechó para cepillar y cuidar ahora que no había nadie más en las caballerizas. Había aprovechado un instante de despiste de Alasdair para escapar de él y poder estar sola. La joven sentía que estaba más aislada que nunca. A pesar de la compañía de Alasdair y sus continuas peleas, pues pasaban todo el día juntos, tenía la impresión de que nadie la escuchaba, de que nadie se daba cuenta de que estaba mal… Y Cora sentía que quería gritar, hablar con alguien que de verdad la escuchara, alguien que la abrazara, que la hiciera sentir viva. Pero tenía la impresión de que estaba muerta, que nada tenía sentido en su vida y que, si ese enemigo oculto quería matarla, le haría un completo favor, pues no quería seguir luchando y viendo cómo todo el mundo a su alrededor seguía sufriendo.

Cora lanzó un suspiro y dejó que el animal pusiera su cabeza contra ella. Si en ese instante no hubiera nadie en el portón, lo abriría y cabalgaría fuera de esos muros para no regresar jamás. Su ansiedad no mejoraba y, de hecho, esa falta de aliento le ocurría con más asiduidad y no sabía qué hacer para sentirse mejor. A veces, lo único que deseaba era dejarse atrapar y que todo acabara de una vez por todas. Pero Rowan la perseguiría y no la dejaría hacer algo así, por lo que tenía las manos atadas.

Y para colmo, en unos días o un par de semanas llegaría la esposa de Alasdair. ¿Cómo iba a soportar su presencia si él tenía que estar junto a ella para protegerla? Se negaba a aceptar ese cambio en su vida. No quería verlo junto a ella, ni siquiera quería verlo a él, así que se dijo que lo mejor tal vez era abandonar el castillo para siempre.

—Sabía que eres escurridiza, pero no tanto…

Su voz… Aquella voz que llevaba años escuchando entre los muros de su hogar y que aún la sobresaltaba cada vez que la escuchaba, aunque no se dirigiera a ella. Lo odiaba por ello. Y se odiaba también a sí misma por lo ocurrido años atrás.

Cora cerró los ojos unos instantes y después giró la cabeza en su dirección. Alasdair se acercaba a ella con las manos atrás y porte orgulloso. Su rostro estaba serio y sus ojos parecían relampaguear de auténtica rabia. Tenía la mirada fija sobre la joven y, a pesar de su silencio, sus ojos amenazaban con una nueva pelea, algo que Cora no deseaba en ese

momento.

—Estoy en el castillo, así que no hace falta que pases tanto tiempo conmigo. Aquí no va a pasar nada.

La voz de Cora sonó ligeramente cansada. Era la primera vez en su vida que se había saltado un entrenamiento y una comida, pero solo deseaba desaparecer y que nadie pusiera sus ojos sobre ella. Tenía tanto peso sobre su espalda que estaba segura de que iba a caer en cualquier momento. Y lo peor de todo eran sus sueños. Todas las noches soñaba que algo sucedía en el castillo y que, por su culpa, seguía muriendo gente. Siempre había pensado que no había que hacer mucho caso a los sueños, pero no podía más.

Alasdair frunció el ceño al verla tan decaída. La mano que acariciaba el caballo parecía cansada, derrotada, y Cora Chattan no se amilanaba nunca por nada. Sin embargo, su orgullo le impidió preguntarle. Sus pies lo llevaron hasta ella, quedándose parado a escasos centímetros de la joven para que sintiera su presencia y no lo ignorara. Estaba tan cerca que Cora lo rozó cuando se movió ligeramente, pero no lo miró.

—Tu hermano me ha ordenado que esté siempre contigo.

Cora hizo un gesto, contrariada, y lo encaró por fin.

—Tú y yo sabemos que esto es una tontería. Estamos en el interior del castillo y Rowan apenas me deja salir de él. Aquí no hay peligro alguno, así que no hace falta que nos obligue a estar juntos a cada instante. Además, sé defenderme. Te recuerdo lo que ocurrió el día en el que hirieron a Sloan cuando atacaron el castillo.

—Lo que tu hermano quiere es protegerte incluso de quien pueda entrar sin permiso. Aún no sabemos quién atacó a Gillian cerca de las mazmorras.

Cora resopló.

—Siempre llevo cuidado allá donde voy, y nunca estoy en lugares poco transitados.

—No me importa. Mi deber es protegerte.

La joven lo miró y acabó suspirando, girándose de nuevo hacia el caballo.

—Haz lo que quieras. Da igual.

Cora podía sentir la mirada de Alasdair en su espalda. Esta quemaba como el fuego, por lo que la joven estuvo a punto de sonreír con tristeza, ya

que una mirada de Alasdair le hacía más daño que cualquier clan enemigo.

La joven siguió cepillando su caballo e intentó ignorar la presencia del guerrero, pero le resultaba imposible, pues este no dejaba de observarla. Cora lo miró por encima del hombro y descubrió su mirada azulada fija sobre ella, intentando adivinar qué le pasaba.

—¿No tienes nada mejor que hacer que mirarme?

—Intentado adivinar qué te pasa —admitió.

Cora sonrió con tristeza y se encogió de hombros.

—¿Y eso qué más da? Nadie se da cuenta de lo que me pasa.

—Yo sí lo hago…

Cora tragó saliva y volvió a mirarlo.

—Creo que deberías ir pensando en cómo quieres que sea tu boda.

Alasdair apretó los puños.

—No quiero hablar de esa boda.

—No he dicho que hablemos de ella, sino que vayas pensando en los detalles de esta.

—Tampoco me importan los detalles.

—Entonces puedes seguir ahí parado mirándome —le espetó la joven con mala cara.

El caballo de Cora se movió, quejándose de la fuerza que empleaba la joven en el cepillado. Esta paró unos segundos para respirar cuando su pecho comenzó a ahogarla. Otra vez aquella maldita sensación, y no estaba dispuesta a mostrar debilidad ante Alasdair, no esa vez. Sin embargo, aquella sensación no la dejaba tranquila. Intentaba cepillar al animal aparentando calma, pero su pecho subía y bajaba cada vez con más rapidez. Cora se obligó a rodear al caballo para que Alasdair no viera el estado en el que se encontraba. Su mente la traicionaba una y otra vez, diciéndole que la boda de Alasdair, la de Sloan y la de Rowan se habían llevado a cabo por su maldita culpa. Y, aunque intentaba encerrar ese pensamiento, no podía.

En un momento dado, Cora cerró los ojos y apretó los puños contra el animal. Desde su posición, el guerrero no la vería, por lo que tendría unos segundos para tranquilizarse. No podía caer en ese mismo pozo al que se veía arrastrada cada vez que se sentía mal. No obstante, no podía evitarlo.

—¿Vas a tardar mucho en cepillar tu caballo? Me gustaría ir a hablar con Rowan.

La voz de Alasdair al otro lado del animal la sobresaltó. Cora abrió los ojos y levantó la cabeza. Intentó aparentar calma, pero no estaba segura de haberlo conseguido tras ver la expresión extraña en los ojos del guerrero, que la observaba con interés y curiosidad.

—Estoy terminando. Si quieres, puedes irte.

—No me iré sin ti, Cora.

Fueron solo unas palabras, pero sonaron tan poderosas que el cepillo escapó de entre los dedos de la joven y dio de bruces contra el suelo. Rápidamente, se obligó a reaccionar. Se agachó a recogerlo y lo dejó donde lo había encontrado. Tras esto, y con la respiración ligeramente más calmada, volvió a meter en la cuadra a su caballo y comenzó a caminar hacia la salida mostrando orgullo para evitar que el agujero de su pecho pudiera verse a simple vista.

—Vamos, no querrás hacer esperar a tu amigo…

Alasdair se quedó parado en el sitio durante unos segundos, hasta que acabó suspirando y la siguió hacia el exterior de las caballerizas. Habría prefiero mil veces una batalla como la última entre los clanes o incluso un ataque al castillo, cualquier cosa para evitar tener que aguantar a Cora y estar obligado a seguirla a todas horas día tras día.

Dos días después del beso que Sloan le había dado en el lago, el guerrero se había alejado por completo de ella. La ignoraba a todas horas y apenas le dirigía la palabra, algo que Morag agradecía enormemente. Sin embargo, y a pesar de todo, la joven no podía dejar de pensar en el beso del otro día. Su cuerpo aún temblaba al pensar en las fuertes manos de Sloan recorriendo su cintura mientras la apretaba contra él, completamente desnudo, al igual que ella.

Sabía que debía olvidar esa imagen y ese beso para siempre, pero algo dentro de ella no podía hacerlo. Desconocía por qué, pero parecía estar atrapada en ese pensamiento. Y lo peor de todo eran las miradas de odio que le dedicaba Sloan desde entonces. La escasa complicidad que habían logrado desapareció después de eso, regresando la guerra entre ellos que creyó haber derrocado tal y como le pidió Gillian.

Sin embargo, Morag sentía que no podía aguantar más. A pesar de que creía que el castigo por la pelea del lago había llegado a su fin el primer día, todavía seguían limpiando habitaciones que parecían haber sido dormitorios de ratas durante años. Pero Morag podía soportar el olor, la suciedad e incluso las ratas. Lo que ya no podía aguantar era la incomodidad surgida entre Sloan y ella. La joven no había hecho referencia al beso en ningún momento, pero la mirada del guerrero se lo recordaba a cada instante, como si la culpara de ello a pesar de que había sido él quien la había atrapado y besado.

Por ello, cuando salió de las cocinas tras beber agua, una vez acabó su trabajo cerca de las mazmorras, Morag se dijo que estaba cansada de aguantarlo y le pediría a Rowan que dejara de castigarlos más como a niños pequeños o enviaría una carta a su laird para que pusiera medios entre ellos.

Caminó con paso decidido hacia el despacho de Rowan con la esperanza de conseguir algo. Sin embargo, tras llamar a la puerta y darle paso el laird, se topó directamente con la mirada de Sloan, que se encontraba en medio del despacho con gesto iracundo. Sin embargo, el guerrero se mantuvo en silencio, aunque con la mirada puesta en ella.

Morag se quedó petrificada, incapaz de moverse y de encontrar su voz en su propia garganta. Los segundos pasaron y se obligó a reaccionar, por lo que elevó la mirada hacia Rowan, que se encontraba frente a su hermano y la observaba con atención.

—¿Ocurre algo? —preguntó este.

Morag carraspeó y se movió ligeramente.

—Solo quería hablar contigo de algo, pero veo que estás ocupado.

La joven se giró con intención de marcharse, pero la voz de Rowan la interrumpió.

—Imagino que vienes a pedirme lo mismo que Sloan —Morag lo miró arqueando una ceja—, que olvide el castigo que os impuse.

Morag habría dado uno de sus dedos tan solo para llevarle la contraria a Sloan, sin embargo, no podía negarse. Acabó asintiendo y se acercó a él.

—El hecho de que estéis limpiando esa zona del castillo no solo se debe al castigo, sino para que os conozcáis mejor.

Morag puso los ojos en blanco al tiempo que Sloan resoplaba, iracundo.

—En lo único en lo que los dos estamos de acuerdo es en que no queremos conocernos —comenzó diciendo la joven.

—Al menos estáis de acuerdo en algo —la cortó Rowan, provocando que ambos se enfurecieran—. Te diré lo mismo que a Sloan. Vuestro matrimonio no se trata solo de una alianza entre nuestros clanes, sino en algo que va más allá: los Chattan y los MacBean queremos solucionar esto y debemos investigar sobre lo que está pasando. Si entre nosotros no se curan las heridas del pasado, solo conseguiremos muerte. Y si vosotros no sois capaces de dejar a un lado vuestra propia guerra, no solo fracasará vuestro matrimonio, sino también nuestros planes y puede que muramos alguno de nosotros.

Morag agachó la mirada, incapaz de seguir sosteniéndosela. Por su parte, Sloan llevó las manos a la espalda y suspiró mirando a Rowan y a Morag alternativamente. Se tomó unos instantes para observarla. No había podido dejar de hacerlo durante esos dos malditos días. Ni siquiera había podido quitársela de la cabeza en ningún instante. Morag se había metido en lo más profundo de su mente para castigarlo y recordarle que se había dejado llevar por el deseo y la había besado. ¿En qué momento perdió el juicio aquella noche? Él jamás habría hecho algo así con nadie, y menos con ella. ¿Por qué había tenido que besarla?

—Tanto un clan como otro tenemos el mismo fin: descubrir quién nos ha hecho sufrir y quién va a por Cora.

La voz de Rowan sobresaltó a Sloan, que se había quedado embrujado por la presencia de Morag a su lado. La joven evitaba mirarlo y la incomodidad en ella era más que evidente, pero él no podía hacer nada. Deseó poder viajar al pasado para cambiar lo que había hecho, pero el recuerdo de ese maldito beso lo perseguiría por siempre.

—Por ello, os pido que cambiéis de una vez por el bien de nuestros planes. Pero no solo por eso, sino también por vosotros. Estáis incómodos todo el rato, no os miráis y parecéis a punto de iniciar una guerra entre vosotros en cualquier momento. Y eso no acabará bien. Mi matrimonio con Gillian no empezó bien. Nos odiábamos, pero logramos cambiar la visión que teníamos el uno del otro.

—Y ahora os amáis… —terminó Morag por él con tono irónico—. Ya me lo has contado.

Sloan la miró de reojo y no pudo evitar que asomara una sonrisa en sus labios, aunque apenas se vio gracias a la barba.

—Pues si no queréis que os lo cuente de nuevo, espero ver un acercamiento entre vosotros antes de que marchéis a las tierras de los Gunn o tendré que enviar a otros en vuestro puesto.

Morag alzó la mirada de nuevo hacia él y abrió mucho los ojos. Jamás permitiría que alguien que no fuera ella llevara a cabo el plan que había ideado. Ni tampoco podría soportar tener que quedarse en el castillo sin hacer nada.

—Conozco a Sloan y sé por qué es así. A ti no te conozco, pero supongo que te ha ocurrido algo en la vida para ser así.

—No sabes nada de mí —lo cortó rápidamente Morag.

Rowan la miró largamente.

—Y no intento saberlo —le aseguró—. Pero todo el mundo tenemos secretos que nos hacen ser así. Tan solo tenéis que cambiar para aceptaros el uno al otro.

Morag llevó su mirada hacia su derecha, donde se encontraba Sloan, y lo observó unos instantes. Sabía que Rowan tenía razón, pero su orgullo le impedía dársela. Por eso, acabó asintiendo, prometiendo con la mirada intentar cambiar para evitar que la misión entre los dos clanes fuera un desastre.

A su lado, Sloan hizo lo mismo a regañadientes. Ninguno realmente quería hacer eso, pues suponía volver a hablar entre ellos después del beso, pero debían aceptarlo por el bien de todos.

—Mañana pensaré en el último castigo para vosotros. Y espero, de verdad, que sea el último. Si las cosas no van bien entre vosotros después de eso, no iréis a tierras Gunn.

Morag apretó los puños y asintió levemente. Tras eso, le dirigió una mirada a Sloan antes de dar media vuelta y regresar por donde había venido. No estaba segura de que fuera a salir bien ese último intento, pero lo que sí tenía claro era que el destino se estaba riendo de ella una vez más. Y esta vez iba a quemarse con fuego…

Morag se juró que no iba a empezar a cambiar hasta el día siguiente. Por

ello, la noche anterior había estado igualmente fría con Sloan. Sin embargo, al amanecer, tenía un importante papel por delante: dejar a un lado el orgullo y volver a dirigirle la palabra a Sloan después de lo ocurrido en el lago. ¿Cómo iba a mirarlo a la cara después de haberse dejado llevar por sus caricias? Seguramente, pensaba que ella era una libertina que se dejaba tocar por cualquiera, algo que no era cierto. Pero se dijo que eso no debía importarle y que tenía que seguir adelante para ayudar a su laird.

Y mientras se vestía ese día al amanecer, Morag giró la cabeza hacia el lado contrario de la cama. Sloan le estaba dando la espalda en ese momento, ya que se estaba calzando las botas. Intentó verlo como un hombre cualquiera, nada que ver con el odio que se tenían, pues solo así podrían intentar mantener una relación cordial.

—¿Por qué me miras tanto? —la pregunta de Sloan la sobresaltó y giró la cabeza hacia el frente, evitando mirarlo. Sin embargo, ella no era una mujer cobarde, por lo que no admitió ese gesto.

Morag se levantó y se giró hacia él para encararlo.

—Te estás calzando las botas. ¿Cómo sabes que te estaba mirando?

Sloan suspiró y se levantó para coger el cinto, que reposaba sobre uno de los sillones frente a la chimenea.

—Siempre haces ruido mientras te vistes, y ahora estabas en silencio.

Morag frunció el ceño y se cruzó de brazos, incómoda.

—No sabía que eras tan observador.

Sloan clavó su mirada de acero en ella, provocando el mismo nerviosismo que aquella noche en el lago.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes.

Morag tragó saliva. No sabía a qué se refería, pero una parte de ella, la más curiosa de todas, deseó saber más sobre él. Sin embargo, se mantuvo en silencio y lo imitó, colgando la espada de su cadera.

—¿Bajas a desayunar? —preguntó el guerrero acercándose a la puerta.

Morag lo miró, extrañada, y no pudo evitar esbozar una leve sonrisa.

—¿Me vas a esperar para bajar al salón?

Sloan se encogió de hombros.

—Supongo que esto forma parte del juramento que le hice ayer a Rowan.

Ya me he hecho a la idea de que vamos a ir a tierras Gunn, así que prefiero que no me cambien los planes.

Morag se acercó a él y soltó una risotada.

—Está bien. A mí también me molesta que me los cambien.

Sloan asintió y le señaló la puerta para que saliera ella primero del dormitorio. Pero Morag le respondió con una ceja enarcada y una sonrisa ya más relajada.

—Te ha faltado abrirme la puerta para terminar de ser caballeroso del todo, pero te lo perdono porque supongo que no estás acostumbrado a ello.

Sloan resopló y, sin esperar a que ella diera un paso más hacia la puerta, se lanzó contra ella, la abrió y salió él primero, ganándose una carcajada de Morag mientras él apretaba los puños con fuerza al tiempo que caminaba hacia las escaleras. Rápidamente, la joven se puso a su altura y lo miró.

—Pero gracias de todas formas, Sloan.

Los pies del guerrero se quedaron pegado al suelo al escuchar su nombre en los labios de Morag. Esta lo miró de forma incómoda al ver su reacción y vio su arrepentimiento reflejado en los ojos.

—¿Por qué me has llamado así?

—Es tu nombre —respondió ella con simpleza—. Pero si quieres, puedo seguir llamándote por el apellido. No obstante, sois tantos Chattan que tal vez Kester se piense que lo llamo a él…

Sloan carraspeó y asintió.

—Está bien, Mo… Morag.

La joven sonrió, intentando contener la carcajada que tenía en la punta de la lengua, y le dio una palmada en la espalda.

—Te ha costado, ¿eh? Ahora que ya nos llamamos por el nombre, ¿podemos decir que esta amistad es para toda la vida?

—Más quisieras, MacBean.

Ella le respondió con una carcajada.

—No pasa nada por pronunciar mi nombre, Sloan. Es diferente al nombre del demonio.

El guerrero ladeó la cabeza y la miró de soslayo mientras seguían su camino hacia el salón para desayunar.

—Para mí tenéis la misma maldad. No, peor, tú eres un incordio al que tengo que aguantar durante un año.

—Este va a ser el mejor año de tu vida, Sloan Chattan.

El guerrero le respondió con un gruñido, pero ella se limitó a sonreír. Aquel primer contacto después de su beso había ido mejor de lo que esperaba y, al contrario de lo que pensaba, ninguno había hecho referencia a lo ocurrido aquella noche, como si eso no hubiera pasado jamás.

Con gestó ya más relajado, ambos entraron en el salón, y las expresiones de sus rostros lograron ganarse las miradas de los demás. Ignorándolos, tanto uno como otro se dirigió hacia su silla y se dejaron caer sobre ella. Comenzaron a llenar sus platos, pues los demás ya habían comenzado a desayunar, y escucharon las conversaciones en completo silencio mientras degustaban la avena con leche.

En ningún momento, volvieron a hablar entre ellos, pero la incomodidad que siempre reflejaban parecía haber descendido ligeramente.

Cuando estaban a punto de terminar el desayuno, Rowan se aclaró la garganta y miró a Sloan.

—Como os dije ayer, hoy será el último día que paséis limpiando, y espero que las cosas entre vosotros no vuelvan al punto de aquella pelea en el lago.

—Ya te hemos dicho que no, Rowan —respondió Sloan con gesto serio.

—Espero que así sea porque hoy limpiaréis las celdas de las mazmorras.

Morag se atragantó con la avena de tal manera que necesitó la ayuda de Arran, que estaba sentando a su lado, para darle pequeños golpes en la espalda. Cuando por fin terminó de toser, levantó la mirada hacia Sloan, cuyos ojos estaban clavados como dos puñales en Rowan. Lo vio apretar con fuerza la cuchara y se preguntó si sería capaz de tirarle el tazón a la cara.

—Estás de broma, ¿no? —preguntó Sloan cuando encontró de nuevo la voz.

—Eso es una asquerosidad —lo secundó Morag.

Rowan negó con la cabeza, pero no logró decir nada, sino que Sloan se le adelantó de nuevo.

—Eso no es un castigo, es una venganza por lo que le dije a Gillian hace

tiempo…

Morag lo miró y arqueó una ceja sin comprender.

—¿Qué hiciste? —preguntó.

Sloan la miró fugazmente.

—Mentir.

—Eso no es cierto, Sloan. No es una venganza, y sabes que te debo la vida de mi esposa.

Sloan dio un manotazo sobre la mesa.

—Pues entonces ya está pagada con creces la pelea del otro día.

Gillian carraspeó e intervino por primera vez.

—Solo es una forma de que os conozcáis y paséis tiempo juntos.

—Ya nos conocemos —le aseguró Morag—. Y hemos enterrado el hacha de guerra.

—No lo suficiente —respondió Gillian, provocando que Morag la observara con una expresión irónica en el rostro—. Debéis tener plena confianza el uno en el otro. Ya hemos perdido a un laird, no queremos perder a más gente de nuestros clanes. Podríais morir.

Morag arrugó la frente.

—Eso lo dices porque no me conoces. Yo nunca fallo a mi laird.

—Me alegra tener a alguien así en mis filas.

La joven desvió la mirada hacia él y entornó los ojos.

—Me refería a Jacob, no a ti —le aseguró.

Rowan clavó su mirada de acero en ella y Morag sintió un profundo frío cuando una silenciosa oscuridad se cernió sobre ella.

—Ahora formas parte de esta familia. Tu laird soy yo, y ordeno que limpiéis eso.

Minutos después, Sloan y Morag se dirigían a las mazmorras para limpiar las celdas. Cada uno iba metido en sus pensamientos, pero había varias preguntas que pendían de la cabeza de la joven y no pudo callar por más tiempo. Miró de reojo a Sloan y, con un gesto divertido dibujado en los ojos, le preguntó:

—¿Qué le hiciste a Gillian? Has hablado de venganza…

El guerrero se encogió de hombros.

—Le mentí sobre el verdadero motivo por el que Rowan se acercaba a ella. Le dije que era para sacarle información sobre su clan.

—¿Y no era así?

Sloan arrugó el rostro.

—No. Se acercaba porque la… amaba.

Morag rio al escuchar el tono con el que el guerrero había pronunciado la última palabra.

—¿Y qué fue lo que pasó después de mentirle?

—Envenenó la comida.

Los pies de Morag pararon en medio del pasillo. En su rostro se dibujaba una expresión de sorpresa y, en parte, admiración. Después, lanzó una carcajada.

—¿Gillian os envenenó? ¿Lo dices en serio?

Sloan arrugó el rostro.

—No tiene gracia.

—Para mí sí.

—Mis hermanos y mi madre vomitaron hasta la primera leche que tomaron en su vida…

Morag se acercó a él y le dio un suave golpe en el hombro.

—¿Tú también vomitaste?

—No. Rowan y yo estábamos hablando y no llegamos a probar la comida.

Morag sonrió ampliamente.

—Vaya… Podría haberme librado del matrimonio…

Sloan la miró de reojo cuando llegaron frente a la puerta de las mazmorras.

—Ninguno murió, así que no pienses en pedirle a Gillian que vuelva a envenenarnos…

Morag le guiñó un ojo.

—Solo le pediría que lo hiciera contigo. Pero puedes estar tranquilo porque mi relación con ella no es la mejor.

—No es fácil llevarse bien con Gillian —terció Sloan.

—Especialmente teniendo en cuenta que aún la consideras tu enemiga a pesar de que ella se empeña en que nosotros no lo seamos…

—Me temo que en eso debo darte la razón.

Morag le sonrió y fue la primera en comenzar a descender las escaleras de las mazmorras. Ignoró por completo el fétido olor que ascendía por ellas, siendo este aún peor que el resto de habitaciones que habían tenido que limpiar. Sin embargo, no pudo ignorar el sentimiento que le produjo entrar en una mazmorra. Las manos amenazaron con temblarle y su mente estuvo a punto de llevarle recuerdos que creía enterrados para siempre. Por ello, se centró en la limpieza e incluso intentó darle conversación a Sloan mientras comenzaban a recoger.

—¿Habéis usado este sitio como matanza de animales en lugar de mazmorra? Está muy sucio.

Sloan arqueó una ceja cuando levantó un trapo viejo y mugriento del suelo y la miró con el asco reflejado en su rostro.

—Si te digo la verdad, hace mucho tiempo que no se utiliza esta zona, pero parece que alguien hubiera usado las mazmorras para sacrificar animales o como urinarios.

—Entonces, mejor no preguntaré qué son esas manchas de la pared.

—Mejor no…

Morag comenzó a quitar varios cubos que había en las diferentes mazmorras. Los apiló a un lado de las escaleras y siguió limpiando. Por su parte, Sloan usaba un viejo cepillo para quitar del suelo la suciedad al tiempo que intentaba aguantar las ganas de vomitar por el asco que le producía toda esa suciedad.

—No pienso perdonarle esto a Rowan —murmuró más para sí que para Morag. No obstante, la joven lo escuchó gracias al eco del lugar.

—La verdad es que tu hermano parece una persona inteligente, pero tampoco es objeto de mi devoción. Así que, si en algún momento buscas vengarte de él por esto, cuenta conmigo…

Sloan levantó la mirada hacia ella y sonrió ligeramente bajo la barba.

—¿Ahora quieres hacer un equipo?

Morag le devolvió la mirada y se encogió de hombros con una sonrisa en los labios.

—Si es para molestar a Rowan o Gillian, sí.

Sloan no pudo evitar sonreír, pero desvió la mirada para que la joven no lo viera.

—Cada día que pasa y te conozco más, pienso que estás loca…

—Ni confirmo ni desmiento…

Morag observó su espalda y no pudo evitar sonrojarse al pensar en que había tocado aquellos músculos desnudos con sus propias manos y que se había dejado llevar por lo que sus labios le habían hecho sentir. ¿Estaba loca como él decía? Sí, claramente, pues nunca había dejado que un hombre la tocara, y menos aún la besara.

La joven carraspeó y siguió recogiendo y limpiando.

A partir de ahí, la mañana fue pasando más deprisa de lo que pensaban. En un principio, habían creído que el tiempo pasaría más lento y que apenas les daría tiempo a recoger y limpiar. No obstante, no fue así, puesto que las celdas no estaban tan sucias como pensaban en un primer momento.

La conversación entre ellos fue mínima en algunos instantes, mientras que en otros comenzó a ser más relajada que en otras ocasiones. Ninguno mencionó el beso, aunque tanto uno como otro no lograba olvidarlo. Actuaban como si eso no hubiera ocurrido nunca, pero el control de sus movimientos cuando se encontraban cerca era diferente.

—¿Te importaría ayudarme con esto? —preguntó Morag cuando ya estaban terminando—. Es demasiado pesado y debo colocarlo en una esquina de la celda.

Sloan la miró desde el estrecho pasillo que había en medio y asintió. Entró en la celda y se agachó junto a ella. Se preguntó qué haría un yunque como ese metido en un lugar así, pero tampoco quiso saber la respuesta, por lo que ayudó a Morag a levantarlo y a llevarlo, como le pidió, a una esquina de la celda.

Cuando Morag se levantó, con una expresión de agradecimiento en los ojos, no fue consciente de un pequeño clavo que sobresalía de la pared, por lo que acabó rajando su camisa.

—¡Oh, mierda! —murmuró la joven mirando su camisa rota—. Cora me va a matar por romperla.

Sloan, que se había quedado embobado con la mirada que le había dirigido la joven al incorporarse, reaccionó ligeramente tarde. Llevó su mirada hacia la camisa rota y volvió a ver el quemado que Morag tenía en el hombro. Ya lo había visto en otras ocasiones, y no podía evitar preguntarse a qué se debía esa fea cicatriz.

Al ver que Sloan no le respondía, Morag levantó la mirada y descubrió que los ojos del guerrero se encontraban sobre su quemadura. Con gesto incómodo, Morag la tapó y dio un paso atrás, provocando que Sloan lanzara un gruñido y levantara la mirada de nuevo hacia ella.

—¿Siempre eres así de antipático?

Sloan arqueó una ceja.

—Tú tampoco eres cordial todas las horas del día…

Morag puso los brazos en jarras y clavó su mirada en él.

—Has gruñido como un animal tan solo porque me he roto la camisa.

Sloan estuvo a punto de decirle que realmente lo había hecho por la cicatriz que ella tenía en su hombro, pero se mantuvo callado. Prefería que pensara que lo hacía por su relación con ella y no por lo que despertaba en él.

—Tampoco hay que darle mucha importancia a eso…

Morag abrió la boca para responder, pero el sonido de la puerta de las mazmorras al abrirse llamó la atención de ambos. No esperaban que alguien se presentara allí mientras estaban ellos, ya que los habían dejado en paz los días anteriores y no los habían molestado. Pero cuando el rostro de Kester apareció en el pasillo, fuera de la celda, con una sonrisa en los labios y un gesto de diversión dibujado en el rostro, tanto Morag como Sloan lanzaron un resoplo al mismo tiempo.

Kester rio por lo bajo y se apoyó en los barrotes de la celda mientras los miraba fuera de ella.

—¿Os lo estáis pasando bien?

—Kester, ¿por qué no te vas y nos dejas en paz?

El aludido se encogió de hombros y se posicionó justo a la salida de la

celda para evitar que estos salieran de ella. Se apoyó de nuevo en los barrotes y se cruzó de brazos.

—Me parece más divertido ver cómo trabajáis.

—Pues podrías remangarte y ayudar —intervino Morag señalando a su alrededor.

Kester miró la celda y puso una mueca de asco.

—Te agradezco la invitación, cuñada, pero prefiero vigilar en la muralla.

Sloan frunció el ceño.

—Entonces, vete. Llegas tarde.

Kester sonrió y los miró alternativamente.

—Se os ve demasiado incómodos. ¿Todo bien entre vosotros?

—Estoy entre seguir limpiando y sacarte las entrañas —dijo Morag.

—Sigue limpiando entonces… —apostilló Kester sin perder la sonrisa.

El guerrero se apartó de los barrotes y, con un movimiento rápido, cerró la puerta de la celda, dejándolos encerrados. Puso un candado a la misma justo cuando Sloan se lanzó contra la puerta para intentar abrirla. Pero Kester dio un paso atrás antes de que la garra de su hermano pudiera aferrar su camisa.

—¿Se puede saber qué demonios haces, Kester? Abre la puta puerta.

Su hermano y se encogió de hombros.

—Primero tendría que saber dónde está la llave…

Morag se quedó paralizada en el sitio tras escuchar el sonido de la puerta al cerrarse y dejarla encerrada. Vio que Sloan intentaba arrancar literalmente los barrotes con sus manos para poder salir de allí mientras Kester los miraba con una sonrisa de autosuficiencia.

—Abre ahora mismo o el menor de tus problemas será esa maldita llave…

—Venga, es para que os conozcáis mejor… Palabras de Rowan.

Morag frunció el ceño y, lentamente, incapaz de contener lo que sentía en ese momento, con los recuerdos instalados en su mente, le preguntó:

—¿Rowan ha ordenado esto?

La joven se dijo que, si era así, le enviaría una carta a su laird para

declararles la guerra a los Chattan por dejarla encerrada en una mazmorra.

—No, pero yo creo que es la mejor forma de conocer a una persona cuando no quieres hacerlo en una cama.

Morag resopló e intentó abrir los barrotes. Se obligó a reaccionar en lugar de quedarse parada, asustada, asolada por pensamientos que no había vuelto a tener hacía más de diez años.

Intentó que su rostro no mostrara el pánico que sentía en su pecho, pero, por la mirada de Sloan, sabía que estaba errando completamente.

—Abre la maldita celda, Kester Chattan —ordenó la joven con manos temblorosas.

Sloan miró a su hermano, pero lo vio negar con la cabeza y una sonrisa en los labios.

—Espero que os conozcáis ya de una vez… —les dijo antes de correr hacia las escaleras y dejarlos encerrados en la celda.

En ese instante, de la garganta de Morag escapó una exclamación horrorizada. La joven intentó abrir por todos los medios, usando sus propias manos y el peso de su cuerpo para abrir los barrotes, pero estaban en perfecto estado y no se movieron ni un solo milímetro.

Morag lanzó un rugido y apoyó la cabeza entre los barrotes mientras su respiración se aceleraba con rapidez. Los recuerdos se apiñaban en su mente y comenzó a agobiarse. Aún recordaba sus propios gritos, su pánico, su pesar y su incertidumbre por el futuro. Y todos ellos se agolparon en su mente, asfixiándola.

—El muy cabrón no nos va a sacar pronto… —murmuró Sloan cerca de ella.

El guerrero giró la cabeza hacia la joven cuando no obtuvo respuesta alguna por su parte. La vio completamente pálida, con los ojos desorbitados y la respiración tan acelerada que parecía estar a punto de desmayarse.

Con el ceño fruncido, Sloan se acercó a ella despacio, incapaz de ignorar también su cicatriz del hombro. Era la primera vez que la veía perder la compostura y olvidar la calma. Por ello, no podía apartarse de ella sin intentar ayudarla. Algo en su pecho despertó ternura hacia ella y, para su sorpresa, deseó abrazarla, aportarle algo de paz para que aquella extraña expresión desapareciera de su rostro.

Sloan levantó una mano y la posó sobre su brazo con cuidado. Sin embargo, Morag, que se encontraba tan absorta en sus pensamientos que apenas podía salir de ellos, lo interpretó como algo malo, igual que cuando la tocaban años atrás. Se apartó de él soltando un grito y lo miró con los ojos aún muy abiertos.

—¡No me toques! —chilló, desesperada.

Al instante, Sloan dio un paso atrás y levantó las manos en señal de paz. Él mismo se sorprendió de la calma que logró tener en ese instante, ya que, en otra ocasión le habría respondido con malas palabras y gestos. Sin embargo, algo en su interior le dijo que Morag necesitaba calma en ese instante, no guerra. Una extraña sensación de protección despertó dentro de él, deseando acunarla en ese instante, pues no era una guerrera allí encerrada, sino una mujer que había sufrido mucho antes de llegar allí.

—Tranquila, Morag, no voy a hacerte daño —le dijo con suavidad—. Solo intentaba calmarte.

En el rostro ovalado de la joven se dibujó una expresión que no había visto jamás. Vio claramente el trauma de Morag en él. Había algo que le había dolido terriblemente y que le había causado un daño irreparable que había surgido al verse encerrada en la mazmorra. Más preguntas sobre ella aparecieron en su mente, pero no se atrevió a formular ninguna en ese momento.

Desde el otro lado de la celda, donde había intentado refugiarse, Morag observó a Sloan y la tranquilidad en su rostro. Todo su cuerpo temblaba de auténtico terror al estar encerrada allí, pero se obligó a calmarse. Había perdido por completo la calma y seguridad en sí misma que solía mostrar siempre, y su esposo la miraba con curiosidad incapaz de contener.

—¿Por qué demonios ha hecho esto? —preguntó intentando ocultar el temblor de su voz.

Sloan siguió mirándola, sin parpadear.

—No lo sé, pero, conociéndolo, nos dejará aquí un buen rato.

—Lo pienso rajar de arriba abajo en cuanto lo vea…

Sloan arqueó una ceja. Esa Morag se parecía más a la que él conocía. Sin embargo, había algo en ella que le impedía verla del todo.

—Ponte en la fila… —le dijo el guerrero entre dientes.

Morag no respondió, sino que necesitó apoyarse contra la pared y se dejó caer lentamente hasta el suelo con la mirada perdida. Desde su posición, Sloan no dejaba de observarla y también se deslizó hasta el suelo intentando comprender qué le había pasado para comportarse así y perder la compostura por primera vez desde que la conocía. Había tantas preguntas sobre ella en su mente que era incapaz de contenerse, pero sabía que no podía formularlas mientras siguieran atrapados en la celda.

Sí se detuvo a observarla. Sloan no perdió detalle de cada movimiento que Morag hacía desde el otro lado de la celda. La dejó pensar en silencio, no quiso agobiarla con palabras, pero, desde donde se encontraba, tenía la imperiosa necesidad de acunarla entre sus brazos. Vio su vulnerabilidad, y no le gustó. Tal vez en otro momento desde que la conocía se habría burlado de ella, pero no ahora, pues había despertado en él sentimientos que no creía que existían, ya que nunca los había experimentado. Y eso lo enfurecía.

Morag, por su parte, se retorcía las manos con tanta fuerza que le dolían los dedos, pero no podía parar. Tenía la sensación de que ese simple movimiento era lo único que la calmaba en parte, y que, si no lo hacía, acabaría ahogándose en su propio nerviosismo.

Los gritos de las que habían sido sus compañeras aún resonaban en su mente. Las escuchaba pedir clemencia, pan, agua, un lugar donde hacer sus necesidades sin que nadie las viera… Y solo recibían silencio. Poco a poco, las sacaron de las celdas y la fueron dejando sola. Desde allí había escuchado sus gritos fuera de las mazmorras y, después, un fuerte olor a carne quemada llegaba hasta ella. Había visto eso infinidad de veces y, cuando le tocó a ella, Morag se hizo aguas menores encima.

Aún recordaba esa sensación del líquido caliente recorriendo sus piernas, su propio olor a carne quemada, sus gritos y las risas de los guerreros de ese maldito clan.

Morag no pudo evitar cerrar los ojos y clavarse las uñas en las manos. Quería sentir dolor físico para ignorar el dolor del alma. Nunca había logrado superarlo y sabía que no podría. La joven sintió un ligero alivio cuando las uñas estuvieron a punto de atravesarle la piel, pero no pudo evitar sobresaltarse en el momento en el que la voz de Sloan llegó a ella.

—Si sigues así, vas a acabar sangrando…

Fue una voz suave, nada que ver con lo que ella estaba acostumbrada, pero al desconocer que el guerrero la estaba observando, se asustó. Morag abrió los ojos y los clavó en Sloan. Este se encontraba en el otro extremo de la celda y la miraba con gesto sereno, calmado, algo extraño en él, pues ni siquiera tenía el ceño fruncido.

Morag se obligó a tragar saliva y a dejar de clavarse las uñas para aparentar una calma que estaba muy lejos de conseguir.

—Espero que no se te ocurra pensar que he tenido miedo al quedarnos encerrados…

Sloan arqueó una ceja. Aquel vano intento por aparentar la frialdad de siempre estuvo a punto de hacerlo sonreír.

—¿Miedo, tú? —preguntó fingiendo sorpresa para que la joven se sintiera relajada.

El propio Sloan se sorprendió de sí mismo. Nunca se había atrevido a hacer algo así por nadie, ni siquiera por él mismo. Quiso aparentar calma y le habló de esa manera para que Morag volviera a recuperar la confianza en sí misma. Sin embargo, la joven no le respondió de inmediato, sino que se limitó a mirarlo largamente en silencio. Sloan le sostuvo la mirada como siempre había hecho, pues sabía que, si la apartaba, Morag sentiría que tenía lástima por ella.

Al cabo de un rato, la joven suspiró y apartó la mirada, llevándola de nuevo hacia sus manos. Vio que la señal de sus uñas seguía en el mismo lugar y cerró los ojos antes de atreverse a confesar algo que sabía que no debía, pero que no quiso guardar para sí:

—Cuando tenía diez años, acabé en una celda como esta —su voz fue un susurro, como una confesión que no quería que fuera escuchada por nadie.

Sin embargo, Sloan la escuchó y dibujó una expresión de sorpresa.

—¿Con diez años? —Morag asintió—. ¿A quién mataste?

Morag tragó saliva y desvió ligeramente la mirada, incapaz de sostenerla. Sabía que había hablado demasiado y que vendrían preguntas, pero ya no había marcha atrás.

—A nadie —respondió.

Sloan frunció el ceño, sin comprender.

—¿Qué delito cometiste?

—Vivir en la frontera de mi clan.

Morag levantó la mirada hacia Sloan y lo vio callado, esperando que continuara. Y, por alguna extraña razón, algo dentro de ella comenzó a sentir paz cuando empezó a hablar.

—Yo no soy una MacBean de sangre. Lo soy por juramento.

Sloan asintió.

—Mi verdadero clan, el de mi sangre, es el MacRae, pero me arrancaron de los brazos de mi clan a los diez años cuando atacaron la frontera donde vivíamos y mataron a mis padres.

Morag tragó saliva y lo miró durante un segundo. Lo había hecho para comprobar si había diversión o burla en sus ojos, pero la miraba más serio que nunca, completamente atento a sus palabras. Y eso lo honró a pesar de haber sido enemigos acérrimos.

—Mi madre me pidió que me escondiera en un armario de mi habitación. Escuché cómo los mataron y… el silencio que quedó después. Luego escuché a los culpables pulular por mi casa, hasta que entraron a mi dormitorio. Comprobaron que había alguien más en la casa y me encontraron en el armario… Creía que me iban a matar como al resto de mi familia, pero los planes de ese hombre fueron otros.

Morag suspiró. Necesitó unos segundos para ordenar sus pensamientos e intentar no dejarse arrastrar al abismo por ellos.

—Ya has visto varias veces la cicatriz del quemado en mi hombro…

La joven lo miró y lo vio asentir. Apretó los dientes y no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas que se obligó a no derramar.

—Me marcaron como a un animal.

—¿Para qué? —preguntó el guerrero.

Morag resopló.

—¿Qué más da eso ahora?

La joven lo miró y no pudo evitar arrepentirse de sus palabras. Él tan solo le había preguntado para comprenderla y ella le había respondido de la peor manera posible para protegerse, pues era su parte más vulnerable.

Morag acabó suspirando y lo miró a los ojos.

—Lo siento. No he debido responderte así.

En los ojos de Sloan se dibujó una expresión de sorpresa. Era la primera vez que le pedía disculpas por hablarle mal, y no pudo evitar que se le reflejara en la cara.

—Era lo que hacían a las mujeres o niñas antes de venderlas.

Sloan frunció el ceño. No estaba seguro de querer conocer la respuesta. Sin embargo, su boca se adelantó a sus pensamientos.

—¿Vender, a quién?

—A la dueña de un burdel —respondió Morag.

El guerrero se quedó petrificado. Durante un segundo, creyó haber escuchado mal, pero al mirarla a la cara y ver el dolor reflejado en sus ojos, supo que era totalmente cierto. ¿De verdad fue vendida a un burdel con tan solo diez años? ¿Qué clase de mente enferma haría eso con una niña? Ahora entendía el motivo por el que lo rechazaba de esa manera. Estaba seguro de que había acabado en manos de hombres enfermos que la habían usado como una muñeca, provocando que Morag sintiera rechazo por todos los hombres, incluido él. Recordó las lágrimas de sus ojos cuando la besó en el lago y al comprender el motivo sintió que se le caía el alma a los pies.

Por fin descubría lo que había provocado que Morag fuera una guerrera fría, implacable y que siempre mostraba dureza ante todo. Ella no había nacido así. La habían obligado a convertirse en eso para sobrevivir.

—¿Vas a juzgarme? —preguntó Morag ante su silencio.

Sloan la miró de nuevo y rechinó los dientes. ¿Juzgarla por haber sido vendida? ¿Qué clase de hombre pensaba que era? Él jamás haría algo así. Al contrario, admiraba su capacidad para sobrevivir y continuar con su vida, intentando seguir adelante, algo que él nunca había conseguido después de lo que le ocurrió a él.

—Jamás te juzgaría por algo así, Morag —dijo con voz firme.

La joven asintió, agradeciéndole el gesto, y sonrió de forma tímida. Era la primera vez que se abría ante alguien y contaba algo tan íntimo como aquello, por lo que no sabía qué hacer a continuación.

—Gracias.

Sloan se encogió de hombros.

—No tienes por qué dármelas.

Morag se quedó quieta, mirándolo, incapaz de creer su comportamiento ante algo así. Pensó que llegaría a burlarse o a pronunciar algún comentario hiriente para hacerle daño y, sin embargo, estaba aún por soltar algo que provocó que la dejaría sin palabras:

—Siento mucho que hayas tenido que vivir eso.

Los ojos de Morag se abrieron desmesuradamente. Se quedó quieta, observándolo, incapaz de creer que Sloan acabara de decir eso. El guerrero le devolvió la mirada, que estaba cargada de preguntas, pero no de comentarios hirientes. La joven tragó saliva ruidosamente, sentía que se le había secado la garganta. Y no sabía cómo continuar.

—Puedes preguntar lo que quieras. No me importa hablar de eso.

—No quiero que vuelvas a recordar algo que te sigue haciendo daño tan solo para saciar mi curiosidad.

—No me hace daño —mintió descaradamente.

Sloan arqueó una ceja.

—A mí no me engañas…

—¿Qué opinas de ello? —acabó preguntándole.

—¿De verdad quieres saber mi opinión?

Morag asintió.

—No voy a dártela. Tan solo quiero que me digas quién coño es el hijo de la gran puta que te obligó a vender tu cuerpo.

CAPÍTULO 11

Mientras Sloan y Morag seguían encerrados en las mazmorras, tras horas allí, la familia Chattan se reunió para cenar. Todas las sillas estaban ocupadas, excepto la del recién estrenado matrimonio. No obstante, en los últimos días habían llegado tarde a todas las comidas, por lo que Rowan no los echó de menos en un principio.

Los sirvientes se encontraban dejando la comida en el centro de la mesa para que ellos comenzaran a llenar sus platos, pero Amelia se quedó mirando fijamente las sillas vacías.

—¿Dónde se encuentran Sloan y Morag?

Todas las miradas se dirigieron hacia donde debían estar sentados, pero ninguno se sorprendió al no verlos allí, excepto Arran y Kester, que se miraron entre ellos más serios de lo normal.

—Tal vez se les ha hecho tarde con la limpieza de las mazmorras —sugirió Cora.

Sin embargo, los gemelos sabían que no era así. Kester entornó los ojos, escudriñando a Arran.

—Los has sacado, ¿no? —acabó preguntándole.

—¿De dónde? —preguntó Gillian, interesada.

Tanto Arran como Kester la miraron de reojo. Sin embargo, no querían meter a más gente en aquella conversación sin saber exactamente qué había pasado.

—Eras tú quien debías sacarlos —dijo Arran.

Kester lanzó un resoplo.

—¿Qué? —preguntó a su gemelo, enfadado—. ¡Quedamos en que lo harías tú!

Arran puso los ojos en blanco.

—Yo te di la idea. Eras tú quien la llevaría a cabo.

—¡Claro! Yo me ocupaba de dejarlos allí —dijo Kester—. Y tú los sacarías.

—Venga ya, hermano. ¿De verdad no los has sacado?

Kester frunció el ceño y abrió la boca para responder, pero el fuerte

manotazo de Rowan sobre la mesa lo cortó de golpe. Los gemelos miraron a su hermano mayor con gesto ligeramente arrepentido, sabiendo que se iban a ganar la peor de las reprimendas de toda su vida.

—¿Podemos saber el resto de la familia qué está pasando? ¿Y dónde están Sloan y Morag?

Arran carraspeó y comenzó a hablar.

—Se nos ocurrió una idea para que se conocieran mejor. Era lo que queríais, ¿no?

El guerrero esbozó una sonrisa incómoda, que borró cuando vio palpitar la vena del cuello de Rowan.

—Bueno… qué mejor que encerrarlos para que se conocieran mejor… Así hablarían entre ellos.

Gillian dejó escapar una exclamación de sorpresa, al igual que Amelia, que estaba estupefacta. Cora miró a sus hermanos con una ceja enarcada, incrédula. Alasdair se llevó una mano a las sienes mientras que Rowan lanzaba miradas a ambos hermanos, incapaz de creer lo que acababa de confesar.

—¿Me estás diciendo que los habéis encerrado en las mazmorras para que hablen entre ellos?

Kester y Arran se miraron de soslayo antes de asentir.

—Pero ¿en qué maldito momento pensasteis que era una genialidad ese absurdo plan?

—Es que estos días no parecía mejorar su relación —intentó explicar Kester con gesto arrepentido, pero sin borrar el brillo de sus ojos.

Rowan gruñó y los miró.

—Debería encerraros durante un mes por vuestra genial idea. —Miró a su amigo y le dijo—: Alasdair, ve a sacarlos de allí, si es que no se han matado ya.

Cuando el guerrero se levantó y salió del salón, Cora miró a los gemelos alternativamente.

—Sloan os va a romper todos los huesos.

Arran la miró de reojo.

—Gracias por los ánimos, hermana —le dijo con ironía.

Cora se encogió de hombros y llenó su cuchara de comida.

—De nada.

Sloan y Morag se habían pasado gran parte de la tarde hablando sobre lo que la joven le había contado. El guerrero aún seguía estupefacto por todo lo que le había contado Morag sobre su vida. Descubrió que había sido una existencia realmente dura y le había hecho entender, con sus palabras, el porqué de su carácter tan frío y calculador. Sin embargo, aún no había querido contarle quién le había hecho todo eso.

—Supongo que jamás pensaste que ibas a casarte con una puta —La voz de la joven rompió el silencio en el que se había sumido para meterse en sus propios pensamientos.

Sloan levantó la mirada y frunció el ceño.

—¿Cómo dices? —preguntó, sorprendido.

Morag se encogió de hombros.

—Los que son como tú siempre aspiran a casarse con alguien de más categoría.

Sloan dejó escapar un gruñido.

—A lo que yo aspiraba era a no casarse, simplemente, ni contigo ni con nadie.

Y un sentimiento de rabia aumentó en su pecho ante sus palabras.

—Además, ¿por qué dices eso de más categoría?

Morag sonrió con tristeza.

—Una prostituta es lo más bajo de la sociedad.

Sloan la miró apretando los puños con fuerza.

—No eres una puta. Te obligaron a serlo, es muy diferente.

—Te equivocas. Fue mi cuerpo el que usaron.

Sloan se inclinó hacia adelante, enfadado, para intentar que sus palabras adquirieran un tono más agresivo.

—Te usaron, Morag. Te marcaron como un puto ganado y te obligaron a ello siendo una niña.

La mirada de acero de Sloan se clavó en ella con tanta fuerza que la

propia joven sintió una punzada en el pecho.

—Y, aun así, sacaste fuerzas para seguir adelante. No me extraña que te convirtieras en una guerrera. Eres admirable.

Desde el otro lado de la celda, Morag se quedó estupefacta por sus palabras. ¿El que le había hablado era Sloan? ¿De verdad era el mismo guerrero con el que se había peleado y arrastrado por el suelo como auténticos enemigos? ¿Era el mismo hombre a quien había insultado y de quien también había recibido insultos? No podía creerlo. Nunca se había atrevido a contar lo que le había pasado por miedo al juicio. Y, sin saber por qué, lo había hecho con Sloan, su enemigo, su marido, su incordio, como él la llamaba. Pero, a pesar de lo que esperaba en un principio, se mostraba iracundo ante lo que le había sucedido, la defendía e incluso se había atrevido a decirle que la admiraba.

Durante unos segundos de silencio, en los que ambos se miraron, Morag se preguntó si tal vez Sloan tenía fiebre y por eso había dicho aquellas palabras que jamás habría esperado de él. Sin embargo, se veía sano y bien, totalmente cuerdo.

La joven desconocía que sus ojos lo observaban de forma extraña, por lo que Sloan arqueó una ceja y acabó preguntándole:

—¿Por qué me miras así?

—Porque eres la primera persona que me ha dicho que soy admirable —respondió ella sin parpadear.

Desde su posición, Sloan se incomodó y volvió a apoyar la espalda contra la pared, como si así pudiera refugiarse y no mostrar de sí más de lo que debía. Se dijo que se había dejado llevar por la rabia y sus pensamientos y tal vez no había actuado como se esperaba de él: con frialdad. Sin embargo, no había podido aguantar lo que le produjo la historia de Morag. Desde ese momento, la veía desde una perspectiva diferente. Para él, era una mujer distinta; sí, admirable; una mujer que había logrado hacerse a sí misma sin ayuda de nadie y que había logrado vivir sobrellevando la carga de su espalda, algo que él jamás había logrado.

—Pues no te acostumbres, MacBean —le dijo entre dientes volviendo a llamarla por su apellido.

Morag sonrió ampliamente. En sus ojos se vio reflejado un brillo especial que estuvo a punto de cautivar a Sloan, dejándolo completamente

embobado. Y necesitó toda su fuerza de voluntad para no embrujarse por ella.

—Así que Sloan Chattan tiene un corazoncito…

Sloan entornó los ojos y apretó los labios, formando una fina línea con ellos.

—Si te burlas, te arrancaré el tuyo para dárselo a los cerdos…

Morag lanzó una carcajada que llenó el espacio de toda la mazmorra, hasta que calló y lo miró de nuevo.

—Gracias.

Sloan se incomodó ante esa simple palabra. No estaba acostumbrado a que nadie le agradeciera nada, por lo que no sabía cómo encajarlo. Se encogió de hombros, restándole importancia y apartó ligeramente la mirada. Y al ver su incomodidad, Morag no pudo evitar añadir:

—Nunca imaginé que alguien como tú aceptaría mi historia.

Sloan se retorció las manos.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —preguntó el guerrero, incapaz de soportar por más tiempo la perturbación que sentía en ese instante.

Morag sonrió de nuevo.

—¿Para conocernos más? Es lo que quiere Kester…

Sloan gruñó.

—Le voy a arrancar los ojos en cuanto lo vea…

—Yo me pido el corazón.

La joven le guiñó un ojo cuando Sloan la miró, y este no pudo evitar esbozar una sonrisa.

En ese momento, los goznes de la puerta de las mazmorras chirriaron, indicando que alguien se acercaba para liberarlos. Al pensar que se trataba de Kester, ambos se pusieron en pie para recibirlo con insultos, pero fue la mirada azul de Alasdair la que apareció con gesto ligeramente preocupado.

Al instante, este los miró, sorprendido. El guerrero se apoyó en los barrotes e intentó adivinar qué había pasado allí para que estuvieran tan tranquilos en lugar de haberse peleado. Incluso los observó de arriba abajo, esperando ver una herida. Y tan solo descubrió la camisa rota de Morag, aunque parecía haberse roto de forma fortuita, no en una pelea.

Alasdair arqueó una ceja y sonrió ligeramente.

—De camino hacia aquí, pensaba que iba a encontrarme con una carnicería y os veo hablar tranquilamente, y lo peor de todo es que he visto la sombra de una sonrisa en vuestro rostro.

Sloan lo miró desde el otro lado de la reja mientras Alasdair cogía la llave para abrir el candado.

—Estamos guardando las fuerzas para matar a Kester.

Alasdair sonrió ampliamente.

—Pues está cenando con los demás… por si queréis ir.

Morag se acercó a él y lo miró con una expresión divertida en el rostro.

—Buscas sangre, ¿verdad?

Alasdair se encogió de hombros.

—Si es la de Kester, siempre.

Los tres salieron de las mazmorras. Morag se sentía tan cansada que ni siquiera tenía hambre. A pesar de la insistencia de Sloan y Alasdair para que comiera algo, Morag se negó y les comunicó que prefería marcharse a descansar. Por ello, tomó otro camino diferente al suyo después de despedirse de ellos.

A pesar de lo que había sucedido entre ellos en los días anteriores, Morag no pudo evitar lanzar una última mirada hacia Sloan. Lo descubrió observándola mientras también se alejaba. Aquella mirada fue fugaz, pero fue suficiente para ver el respeto y la admiración que había despertado en el guerrero con su historia.

Morag tuvo que apartar la mirada, ya que sintió que se sonrojaba bajo los ojos de Sloan. Subió las escaleras que la llevaban hacia su dormitorio sin poder dejar de pensar en lo que había pasado ese día. Sin lugar a dudas, había sido el más extraño de toda su vida, pero también el más liberador. Había contado su historia, todo lo que había sufrido y vivido y no había encontrado juicio por parte del guerrero. Al contrario, halló comprensión.

A pesar de que le había pedido el nombre de la persona que le había hecho eso, no quiso decirle nada, ya que temía que las reuniones entre clanes a partir de ese momento se hicieran aún más peligrosas.

Cuando Morag entró en el dormitorio, se apoyó contra la puerta y suspiró.

Siempre le había gustado tener un momento de soledad para ella, y después de pasar todo el día junto a Sloan, trabajando y después hablando, sentía que necesitaba ese momento para ella. Aún le temblaban las manos y las piernas. Su cuerpo estaba asolado por los nervios y el miedo, pero también por la vulnerabilidad que despertó en ella al contar su verdad ante Sloan. Ahora el guerrero tenía en sus manos el arma definitiva para acabar con ella, tan solo le quedaba rezar para que no se atreviera a usarla.

En la última mirada que le había dedicado al despedirse, vio el alma real de Sloan. Algo en su interior le dijo que él tenía su propia guerra interna que no se atrevía a contar y que, por ello, lograba comprender la suya. Pero ella nunca se atrevería a preguntarle qué le había ocurrido para convertirse en ese hombre frío y cruel, pues debía ser él quien tomara la iniciativa.

Arrastrando los pies por el cansancio, Morag se acercó a la palangana y la jofaina para lavarse. Quería meterse cuanto antes en la cama y descansar de una vez por todas después de un día realmente complicado y difícil. Tardó unos minutos en hacerlo, se desvistió y se tumbó sobre la cama unos segundos totalmente desnuda para disfrutar de la suavidad de las sábanas contra su piel.

Cerró los ojos unos instantes con la promesa de levantarse de nuevo para ponerse el camisón. Sin embargo, el cansancio pudo con ella antes de que pudiera hacerlo y se quedó completamente dormida con las sábanas arropando su cuerpo desnudo.

Sloan le pidió a Rowan hablar con él después de llegar al salón, donde estaban terminando de cenar y tras ver que Kester y Arran habían abandonado la estancia para evitar una pelea con él.

Ni siquiera tenía hambre. Tan solo quería hablar con él, pedirle que dejara de una vez los castigos y poder salir cuanto antes a tierras Gunn. Y a pesar de que esperaba que fueran al despacho de este a hablar, el propio Rowan le pidió hacerlo en el salón, obligando a Sloan a comer algo.

—¿Has comido mucho al mediodía?

Su hermano gruñó entre dientes y negó en voz baja.

—Pues cena. Diría que estás más delgado.

Sloan se sentó a su lado y gruñó.

—Eso es por los disgustos que me dais.

Rowan le dio una palmada en la espalda y sonrió.

—De eso quería hablarte ahora que todos se han marchado.

—Tenías que haber obligado a Kester a quedarse aquí. Le debo un puñetazo.

—Siento mucho lo que tanto Kester como Arran os han hecho. No deberían haberos encerrado.

Sloan gruñó mientras se llenaba el plato de comida.

—No eres tú quien tiene que dar la cara.

Rowan ladeó la cabeza.

—Ya, pero no quiero que te ensañes con él. Morag y tú no volveréis a trabajar así. Parte de la culpa es mía.

Sloan se quedó quieto, con la cuchara a medio camino de su boca, y levantó la mirada a él. El recuerdo de todo lo que había pasado a lo largo del día acudió a su mente y supo que se había reflejado en su rostro cuando Rowan entornó los ojos, interesado en él.

Sloan miró su cuchara y se la llevó a la boca, disimulando, pero ya era tarde.

—¿Ha pasado algo entre Morag y tú?

Su hermano carraspeó y negó con la cabeza.

—Nada —respondió, nervioso—. ¿Qué iba a pasar?

Pero Rowan lo conocía a la perfección y lo observó intentando adivinar sus pensamientos. Sin embargo, Sloan había sido siempre tan hermético que nunca había logrado adivinar nada sobre él.

—¿Os habéis peleado de nuevo?

Sloan lo miró.

—¡No! Hemos hablado, nada más. Queríais que nos conociéramos, ¿no? Eso hemos hecho.

—¿Y por qué te pones tan nervioso?

Sloan apretó la cuchara entre sus dedos.

—Yo no estoy nervioso.

Rowan arqueó una ceja y acabó suspirando. Sabía que insistirle a Sloan

era una misión imposible, por lo que intentó cambiar de tema.

—Bueno, me alegra ver que habéis empezado a entenderos.

Su hermano se encogió de hombros.

—Espero que las cosas de Morag lleguen en los próximos días y por fin podáis marcharos. No quiero perder más tiempo.

—Yo tampoco. Es una sensación horrible estar en manos de alguien que desconocemos.

Rowan asintió y se levantó de su asiento.

—Gillian me está esperando. Nos vemos mañana.

Sloan asintió y se quedó solo en el gran salón. Esa sala tan grande y vacía le produjo algo extraño en su pecho. Haber hablado con Morag sobre la vida de esta le hizo recordar la suya propia y al encontrarse allí solo, todo lo que había sentido a lo largo de sus años de vida cayó sobre él como una losa. Sloan sintió un nudo en la garganta. La soledad que había sentido desde aquel fatídico día se hizo más visible, pero lo peor de todo llegó cuando estaba a punto de terminar su cena, cuando un relámpago iluminó el salón, seguido de un poderoso trueno que lo sobresaltó.

Las manos comenzaron a temblarle y un nudo se instaló en su garganta, cerrándosela por completo, amenazando con ahogarle. El guerrero esperó a que el sonido, que aún retumbaba entre las cuatro paredes, desapareciera, pero a ese trueno le siguieron varios más, por lo que dejó caer la cuchara sobre el plato y salió del salón rumbo a su dormitorio.

Por el pasillo vacío, sus pasos resonaban con fuerza, pero lo hicieron mucho más los sonidos que traían la tormenta que se había desatado fuera de allí. Sloan se sobresaltó cuando un trueno retumbó por el pasillo, y sus pies se quedaron quietos en medio del pasillo. Su cuerpo temblaba y los recuerdos se acumulaban en su mente, impidiéndole seguir adelante. La respiración se le aceleró y apretó los puños en el momento en el que un relámpago iluminó el pasillo. La culpa lo asoló de nuevo, ahogándolo, y se obligó a seguir adelante intentando ignorar ese maldito recuerdo de su vida que lo acompañaría por siempre.

Sloan subió hasta su dormitorio y cuando llegó a él, se apoyó contra la puerta cerrada. Pensaba que encontraría a Morag aún despierta, pero el bulto en la cama y la suave respiración le indicaron que la joven se

encontraba dormida, algo que agradeció, ya que no soportaría que lo viera en ese estado.

El guerrero apoyó la cabeza contra la puerta y respiró hondo. Agradeció la compañía de Morag en ese momento, aunque ella no fuera consciente de ello. Después se acercó hasta la chimenea y se obligó a pensar en otra cosa, en otros momentos de la vida, pero no encontró ningún recuerdo feliz al que agarrarse. Para su sorpresa, y colmo de todos los colmos, Sloan se descubrió recordando la pelea con Morag junto al lago. Por primera vez en su vida, había disfrutado de verdad de algo tan cotidiano como un entrenamiento. Se había divertido, aunque se hubiera ganado después una herida y un castigo. No le importó. Y ese simple recuerdo, logró calmar sus nervios.

Tras eso, su mente lo llevó de nuevo al lago, casi de noche, donde descubrió a Morag bañándose desnuda. Lo que había sentido allí lo había descolocado por completo. Verla bajo la luz de la luna, canturreando, desnuda y tranquila fue lo más erótico que había experimentado nunca. Y bañarse junto a ella, a pesar de la rabia de la joven, había sido espectacular. Pero lo mejor fue besarla. Sentir la piel de la joven contra la suya, erizada, temblorosa… le había despertado algo que nadie más había conseguido. Y eso, junto con la tormenta del exterior, lo paralizaba.

Haber descubierto la historia de su vida lo había enfurecido. ¿Qué clase de desgraciado se atrevía a hacerle eso a una niña? Desde la chimenea, Sloan giró la cabeza hacia la cama. Las sábanas cubrían el cuerpo de Morag y apenas le veía la cabeza. Y la descubrió teniendo una pesadilla. La joven tenía el ceño fruncido y se movía de un lado a otro. Y no le extrañó que tuviera esas pesadillas. Cualquier persona que hubiera vivido lo mismo que ella no solo habría tenido pesadillas, sino que habría optado por abandonar este mundo, tal y como él había pensado en más de una ocasión.

Pero allí estaba ella, fuerte, sobreviviendo a una vida que tal vez no le correspondía. El destino la había obligado a dar tumbos de un clan a otro, para toparse finalmente con él y verse obligada a casarse. Jamás se le habría pasado por la cabeza forzarla a cumplir con sus obligaciones maritales, y menos después de lo que había descubierto.

Sloan chasqueó la lengua cuando Morag comenzó a gemir en sueños. Sin lugar a dudas, estaba teniendo una pesadilla. En ella llamaba a su madre y a su padre, y Sloan no podía aguantar por más tiempo.

Se acercó a la cama y la observó desde los pies de esta. Una parte de él le pedía que la despertara y así poner fin a su sufrimiento en sueños. Sin embargo, la había visto realmente cansada y no quería molestarla. Casi podía sentir el miedo que irradiaba Morag desde su sueño. Su rostro se arrugó, horrorizado. Le habría gustado saber qué estaba viendo para llegar a ese estado de nerviosismo.

El guerrero apretó los puños y, lentamente, se acercó al lado libre de la cama. No perdía de vista a Morag, que se movía de un lado a otro, logrando apartar ligeramente las sábanas. En ese instante, Sloan se quedó petrificado. Su esposa no se había puesto el camisón, por lo que, al retirar las sábanas, parte de su cuerpo desnudo quedó al descubierto. El corazón de Sloan se sobresaltó al ver sus pechos. Rápidamente, se obligó a mirar hacia otro lado, pero ya era tarde. Había grabado en su mente la belleza de estos y sabía que tardaría mucho en olvidarlos.

Sloan tragó saliva y se sentó en el lado contrario a donde estaba Morag. Se desnudó y se metió en la cama. No solo se arropó él, sino que también hizo lo mismo con la joven para evitar seguir viendo su preciosa piel desnuda. Y al comprobar que seguía quejándose en medio de una pesadilla, Sloan hizo lo único que se le ocurrió.

Cuando él era pequeño y tenía miedo, su madre le solía cantar una nana para tranquilizarlo. Nadie se había enterado nunca de esos miedos, pues su madre le juró que no se lo diría a nadie, por lo que no sabía si sus hermanos conocían esa nana. Enseguida, el guerrero comenzó a tararear esa misma canción que su madre le cantaba. Comenzó con voz muy baja, temiendo despertarla y sentirse humillado, pero poco a poco ganó confianza y la cantó en voz más alta.

No supo si era por la canción o por su voz, pero Morag comenzó a tranquilizarse en sueños. Sloan se sentía ridículo cantando. Era la primera vez que lo hacía y ver que estaba consiguiendo el mismo efecto que solía tener con él, lo tranquilizó también. Este se llevó las manos a la nuca y siguió tarareando. Se acomodó mirando hacia arriba y dejó que la canción continuara sosegando el sueño de Morag. Sin embargo, en un momento dado, la joven se giró hacia él y lo abrazó, poniendo su cabeza en su amplio pecho desnudo.

Sloan abrió los ojos desmesuradamente, horrorizado. No podía creer lo que Morag acababa de hacer, pero lo más sorprendente no fue eso, sino que

se tranquilizó totalmente y dejó de gemir en sueños. Esta se acomodó y lo estrechó contra ella, provocando que los ojos de Sloan se abrieran aún más. Se preguntó qué debía hacer en ese instante. Se dijo que tal vez debía moverse para despertarla y que se alejara de él, sin embargo, en el centro de su pecho sintió algo extraño. Una sensación de calma despertó en él, tranquilizando también su cuerpo, por lo que se quedó completamente quieto, esperando a que Morag se moviera y dejara de tocarlo.

No obstante, el tiempo fue pasando y la joven no se movía. Sloan bajó la mirada hacia su pecho y la vio descansar sosegadamente. Este chasqueó la lengua, contrariado, pero una idea cruzó por su mente en ese instante. Dejó de aprisionar sus manos bajo su nuca y lentamente, sin movimientos bruscos, las llevó hacia Morag. El guerrero la estrechó entre sus brazos. Era la primera vez que abrazaba así a una mujer, ya que nunca había tenido la necesidad de hacerlo y poder sentirla apoyada en su pecho mientras él la rodeaba era una extraña sensación que le agradó.

Respiró hondo y dejó pasar el tiempo. Se dijo que serían solo unos segundos, pero el cansancio también pudo con él y se quedó completamente dormido con la barbilla apoyada en la cabeza de Morag.

CAPÍTULO 12

Días después, la relación entre ellos había cambiado tan radicalmente que todos en el castillo lo notaron. El primero en hacerlo fue el propio Rowan, que había observado a la pareja cada vez que se cruzaba con ellos. Los había visto hablar, incluso caminar por los pasillos y dirigirse miradas mientras comían. Sin embargo, sus percepciones se las guardó para sí en lugar de comentarlas con nadie más, ni siquiera con Gillian.

Pero con el paso de esos días, todos lo habían notado. Incluso Sloan y Morag a veces se descubrían mirándose o buscándose de alguna manera. Parte de las barreras que había entre ellos desde que se conocían habían desaparecido por completo, dejando que la cordialidad y una incipiente amistad surgiera entre ellos.

Sin embargo, esos nuevos sentimientos se vieron ligeramente opacados con la llegada de Nathan MacBean, el hijo de Jacob, con las pertenencias de Morag. Tanto Sloan como la joven se encontraban entrenando en el patio cuando el portón se abrió, dando paso al segundo al mando del clan MacBean.

Puesto que Morag apenas tenía pertenencias, había podido llevarlas en varias alforjas en el caballo en lugar de necesitar una carreta, lo cual facilitó el transporte de las mismas.

En uno de los movimientos de Morag mientras entrenaba, creyó ver de soslayo una cara conocida que echaba terriblemente de menos, por lo que le pidió a Sloan parar un segundo y así girarse hacia el recién llegado. Al reconocer aquella sonrisa aún en el caballo, Morag lanzó un grito de júbilo.

—¡Nathan! —vociferó corriendo hacia él.

El guerrero descendió del caballo y la estrechó entre sus brazos mientras Sloan envainaba la espada con el ceño fruncido y sin quitarle la mirada al recién llegado. ¿Cómo se atrevía ese guerrero a abrazar así a una mujer casada? Sloan apretó los puños alrededor de la empuñadura de la espada, incapaz de aguantar los celos que, de repente, aparecieron en el centro de su pecho. Después, se golpeó mentalmente, pues se dijo que debía darle exactamente igual la relación de Morag con el hijo de Jacob MacBean, pero no podía evitarlo.

Se acercó a ellos lentamente, clavando la mirada en los ojos de Nathan,

que lo atisbó al segundo y rápidamente la soltó, incómodo por la mirada que le dirigía Sloan. Con ese mismo gesto, miró a su alrededor. No esperaba un buen recibimiento, pero tampoco sentirse como si se hubiera metido en un nido de serpientes.

Los guerreros Chattan se arremolinaron a su alrededor, provocando que la sensación de incomodidad fuera aún mayor.

Sloan estaba realmente tenso al ver que las manos de Nathan habían tocado la cintura de Morag, sin embargo, se mantuvo en silencio. Rápidamente, apareció Rowan para saludarlo, por lo que Sloan pudo mantenerse en un discreto segundo plano. Pero lo peor de todo fue ver que Morag no se separaba de él ni siquiera al ver que Rowan se acercaba para estrecharle la mano y darle la bienvenida.

—Me alegro de verte por estas tierras, MacBean.

Sloan miró de reojo a su hermano y estuvo a punto de chillar que le pidiera a Nathan que apartara las manos de Morag.

—El placer es mío, Chattan. La verdad es que ha sido un viaje tranquilo a pesar de que las cosas están bastante tensas.

Morag lo miró.

—¿No has visto nada raro?

—Si te digo la verdad, ni siquiera me he cruzado con nadie.

La joven le sonrió, provocando que Sloan no aguantara más y carraspeara para llamar la atención de todos. Rowan lo miró y lo presentó a Nathan.

—No sé si recuerdas a mi hermano Sloan.

Nathan sonrió de lado y le estrechó la mano. El joven torció la cabeza cuando sintió que Sloan apretaba demasiado sus dedos.

—Tu segundo al mando…

—Y esposo de la mujer a la que estás tocando ahora mismo…

Nathan apartó la mano de la cintura de Morag, que arqueó una ceja y se cruzó de brazos, sorprendida por las palabras de Sloan.

—Tranquilo, Chattan, no se me olvida que es tu esposa.

Sloan frunció el ceño aún más.

—Pues no lo parece…

—Creo que esta conversación no es necesaria —sugirió la joven.

Rowan ocultó una sonrisa. Era la primera vez que veía celos en los ojos de su hermano, y ver un sentimiento como ese, por simple que fuera, lo llenó de esperanza para que Sloan pudiera cambiar de carácter en algún momento de su existencia.

—Si lo deseas, MacBean, podemos entrar al castillo para tomar algo y que descanses.

Nathan chasqueó la lengua.

—Quisiera regresar cuanto antes.

Morag se quejó rápidamente, provocando que los celos de Sloan fueran en aumento.

—Ahora que estás aquí, no voy a permitir que te vayas sin hablar un rato.

—Tampoco tendréis mucho que contar —gruñó Sloan, provocando que la mirada de Nathan fuera dirigida hacia él.

Y al contrario de lo que esperaba el hermano de Rowan, el recién llegado asintió y aceptó.

—Está bien. Tomaré algo y me iré pronto. No quiero que tu esposo me arranque la cabeza.

—Podría hacerlo tan solo por ser un MacBean.

—Tendrías que hacer lo mismo conmigo —terció Morag retándolo con la mirada.

Sloan gruñó y dejó que fuera Rowan quien los guiara hacia un salón. Por nada del mundo dejaría a solas a Morag y Nathan. Ver que la relación que tenían entre ellos era tan estrecha le provocaba celos. Sí, celos. Nunca lo reconocería, pero no era capaz de soportar la enorme cantidad de sonrisas que Morag le dedicaba.

Al cabo de unos minutos, todos se encontraban en el despacho de Rowan para hablar sobre la situación en los clanes.

—Ahora que estás aquí, te quiero preguntar por tu clan. ¿Cómo están las cosas?

Nathan se sentó junto a Morag, que lo escuchó atentamente. Sloan se había sentado justo enfrente de esta, pues Nathan le quitó el sitio cuando se sentó, por lo que le dedicó infinidad de miradas iracundas.

—Hemos tenido algunos ataques, pero nada grave. Parece que las cosas están más calmadas.

Rowan miró a Sloan de reojo, que no pudo evitar resoplar.

—Tal y como pasó en el clan Comyn cuando Gillian llegó al castillo.

—Sea quien sea ese desgraciado, nos quiere hacer creer que el culpable es aquel con el que llegamos a un acuerdo —lo secundó Sloan—. Seguramente, con los Ross pasará lo mismo cuando su hija llegue aquí.

—Entonces, solo nos quedan los Gunn, Urqhart y MacGillivray —dijo Morag.

Sloan asintió.

—Podríamos engañarlos para ver cómo reaccionan —dijo Nathan.

Morag sonrió y miró a Sloan, que tuvo que hacer acopio de todo su mal carácter para evitar devolverle la sonrisa delante de Nathan.

—Nosotros ya tenemos un plan.

—¿Se lo vas a contar? —gruñó Sloan.

Morag puso los ojos en blanco.

—Nathan es como mi hermano.

Al decir aquellas palabras, el rostro de Sloan pareció relajarse, aunque hizo todo lo posible para que no se notara.

—Yo también pienso que puede ser buena idea. Para que estéis preparados…

Sloan miró de reojo a Rowan por no estar de acuerdo con él, sin embargo, se mantuvo en silencio y dejó que los demás hablaran.

—Sloan y yo vamos a ir a tierras Gunn para internarnos en su castillo —le informó Morag.

Nathan la miró con una ceja enarcada y acabó entornando los ojos.

—Creo que no te sigo… ¿A qué te refieres con internaros?

—A que nos vamos a hacer pasar por lo que sea para meternos en el castillo y poder recorrerlo con libertad. Solo así podremos buscar papeles que los incriminen.

El hijo de Jacob MacBean la miró largamente en silencio, hasta que cerró los ojos un momento y acabó preguntándole.

—¿Te has vuelto loca, Morag?

—Vaya, no soy el primero que lo piensa… —ironizó Sloan.

Pero Morag lo ignoró y siguió mirando a Nathan.

—Es la única manera de descubrir lo que está pasando.

—¿Y si los Gunn no son culpables, irás a tierras MacGillivray?

—A donde haga falta.

—¿Y si os descubren?

—No lo harán.

Nathan se puso en pie.

—Morag, te han visto en las reuniones. Y a él también. No pasáis desapercibidos, por Dios.

—Haremos lo que sea para que nadie nos reconozca.

—Cuando mi padre sepa eso…

—Dile que iré a avisarlo en cuanto sepa algo de los Gunn. Estará al tanto de todo.

—No me das ninguna opción para convencerte.

Morag se acercó a él con un suspiro.

—Es que no me vas a convencer.

Nathan miró a Rowan y vio la determinación en sus ojos. Después, dirigió su mirada a Sloan y en aquellos ojos como el acero vio la protección que Morag necesitaba en aquella misión. Descubrió la oscuridad que habitaba en el interior del guerrero y sabía que iba a protegerla en todo momento de cualquier enemigo. Y Nathan solo necesitó eso para convencerse.

—Espero que sepas hacer bien tu trabajo, Chattan —le advirtió Nathan a Sloan.

El aludido arqueó una ceja.

—Noto cierta amenaza en tu tono, MacBean.

Nathan sonrió de lado.

—Es que es una amenaza. Me alegra ver que me has entendido.

Sloan se levantó de su asiento y se acercó a él peligrosamente, pero

Morag puso una mano en su pecho y lo paró al instante. El guerrero miró hacia el lugar donde reposaban los dedos de la joven y notó el calor a través de la ropa. Después la miró a los ojos y vio que esta negaba con la cabeza, pidiéndole paz. Por ello, decidió dar un paso atrás y lo retó con la mirada.

Pero Nathan dirigió su atención a Morag.

—Si te hacen algo, envía una misiva. Vendré con varios hombres a darles su merecido.

Morag sonrió, pero Rowan y Sloan carraspearon, incómodos.

—Los Chattan me tratan bien —le aseguró.

—Entonces, no tengo nada más que hacer aquí.

Morag lo abrazó, ignorando el siseo de Sloan.

—Ten mucho cuidado. No te fíes de nadie.

—Tranquila… Estaré bien.

Tras soltarla. Nathan se dirigió a Rowan para estrecharle la mano. Después, se despidió de Sloan con el mismo gesto, y sonrió cuando apretó con fuerza la mano contra el esposo de la joven, que gruñó por lo bajo al escuchar el crujido de su propia mano.

Después de la marcha de Nathan, Morag le pidió a Rowan hablar con él. Este asintió, pues sabía claramente lo que la joven deseaba. Y cuando le indicó el camino hacia el interior del castillo, Morag miró de reojo a Sloan. Suspiró y le pidió que también se uniera a la reunión. Desde un principio, y puesto que no se fiaba de nadie, había pensado en no contarle a Sloan el plan. Pero ahora que las cosas entre ellos estaban de otra manera, no podía dejarlo atrás.

El propio guerrero dibujó una expresión sorprendida al ver que la joven le pedía que los siguiera. Por ello, lo hizo sin rechistar, ya que deseaba también salir de allí cuanto antes y llevar a cabo el plan.

En unos minutos se encontraban sentados en uno de los salones pequeños que había cerca de la puerta de salida. Morag carraspeó y tragó saliva antes de hablar, pero fue Rowan quien se adelantó.

—Ya sé lo que me vas a decir.

—Dijiste que esperara a que mis cosas estuvieran aquí —dijo ella

igualmente—. Ya las ha traído Nathan. Y Sloan y yo nos hemos conocido. No podemos esperar más.

—Tiene razón —terció Sloan mirando a su hermano—. Puede que las cosas estén ahora más tranquilas en los clanes, pero tal vez después ataquen con más fuerza, que es lo que hicieron con el padre de Gillian.

Rowan asintió y miró fijamente a su hermano.

—¿Desde cuándo le das la razón a Morag?

La joven desvió el rostro para evitar que vieran su sonrisa. A su lado, Sloan gruñó.

—¿Desde cuándo te metes donde no te llaman? —fue la respuesta del guerrero.

Rowan bajó la mirada y observó sus propias manos.

—Me meto únicamente en la vida de aquellos que me importan. Si no fueras importante para mí, pasaría a tu lado sin tan siquiera mirarte.

Sloan tragó saliva y desvió su mirada, incapaz de sostenérsela. Rowan le había demostrado muchas veces que siempre estaba con él, que no era su enemigo y, sin embargo, Sloan nunca había podido abrirse y contarle que no era capaz de seguir adelante.

—Disculpa —susurró Sloan mirando al suelo.

Esa simple palabra provocó que Rowan lo mirara fijamente, aunque no podía ver con claridad su rostro, puesto que había desviado la cabeza. Era la primera vez que Sloan le pedía perdón por algo sin que nadie se lo hubiera impuesto anteriormente, como su madre. Por eso, le sorprendió ese cambio en él.

Morag los miraba alternativamente, también sorprendida por aquella palabra de Sloan, aunque prefirió no decir nada. Eso era algo que debían solucionar los hermanos, no ella. Por eso, se mantuvo en un segundo plano.

—Creo… —Rowan carraspeó— que lo primero que debéis hacer es hablar entre vosotros sobre la misión.

—Podemos hacerlo por el camino —respondió Morag—. De todas formas, sigo pensando que lo mejor es que vaya sola.

Sloan levantó la mirada hacia ella y la atravesó por completo.

—No voy a permitirlo.

—Yo paso desapercibida —insistió—. Tú, no.

—No sé si sabes que existen unas prendas que se llaman capas para poder ocultar tu rostro… —dijo Sloan con tono irónico.

Morag sonrió.

—¿Crees que con ella te harías invisible entre los muros de los Gunn?

—No, pero sí ocultaría mi identidad.

Ambos se sostuvieron la mirada y la joven acabó sonriendo ampliamente.

—Está bien. Acepto tu presencia con esa capa. De todas formas, sé que estos días te has vuelto dependiente de mi presencia y no podrías dormir bien.

Sloan arqueó una ceja al tiempo que Rowan se llevaba una mano al rostro para ocultar una sonrisa.

—Eres tú quien me abraza en sueños, incordio —le espetó Sloan.

La sonrisa de Morag se borró de golpe al hablar de algo así delante de Rowan. Sus mejillas se tiñeron de rojo y la vio apretar los puños con fuerza, como si estuviera a punto de saltar sobre él. Sin embargo, la joven se obligó a respirar hondo y a calmarse. Se dijo que ya se vengaría de él en algún momento, por lo que no se preocupó por contestarle.

—Creo que hay una forma muy fácil de meterse entre los muros del castillo Gunn —siguió la joven cuando volvió a encontrar su voz—. Podemos llegar a pedir trabajo como sirvientes. Sin embargo, tal vez puede ser muy extraño vernos llegar a los dos al mismo tiempo. Debería ser en días diferentes.

Sloan la escuchó atentamente, al igual que Rowan, que preguntó:

—¿Qué sugieres?

—Yo puedo ser la primera en aparecer en las puertas del castillo pidiendo ser sirvienta del mismo. Y una vez que esté dentro, puedo ir buscando evidencias de la implicación de los Gunn.

—¿De verdad crees que voy a dejar que entres sola en ese nido de ratas?

Morag miró a Sloan.

—Soy a la que menos conocen. No han visto mi rostro en profundidad. El tuyo, sí.

—Morag tiene razón. Pero es algo muy arriesgado. ¿Y si te descubren?

—Haré todo lo posible para evitar cruzarme con Luke Gunn o sus guerreros más cercanos a él. Y si me descubren, diré que me he escapado y negaré que estés implicado en el plan.

—A eso se le llama sacrificarse —la cortó Sloan.

—No me importa hacerlo por el bien de los míos —sentenció Morag.

—¿Por ese Nathan? —preguntó Sloan sin poder evitar sentir celos del hijo del laird MacBean.

—Por él y por muchos más —afirmó la joven.

Sloan suspiró.

—Es peligroso, pero si lo hacemos bien, podrá salir perfecto.

Morag arqueó una ceja y lo miró, sorprendida.

—Creo que no te comprendo. ¿Ahora me das la razón?

Sloan se encogió de hombros.

—Yo soy así…

La joven dejó escapar una risa.

—Mira que eres raro…

—¿Te has mirado a un espejo? Acabas de decir que te vas a internar tú sola en un castillo enemigo. Además de rara, estás loca.

Morag sonrió ampliamente.

—Reconoce que te gusta mi locura.

—Prefiero que los Gunn me saquen las entrañas. Gracias.

—Si sobro en la conversación, me gustaría saberlo… —intervino Rowan dejando caer la espalda contra el respaldo del sofá.

Morag lo miró como si acabara de darse cuenta de que estaba allí y le sonrió brevemente.

—Claro que no. Puedes divertirte.

—Ya lo hago. Tranquila.

Sloan resopló.

—Y una vez que obtengamos la información, ¿cómo saldremos del castillo? Tampoco será fácil.

—Pondremos alguna excusa que nos venga bien en ese momento…

—¿Y los caballos? No se pueden quedar libres.

—Buscaremos alguna cabaña abandonada cerca del castillo y los dejaremos ahí. Y también te quedarás con ellos hasta que sea el momento de penetrar entre los muros.

Sloan apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia adelante con la mirada fija en Morag.

—Pero yo no puedo quedarme ahí sin saber si te van bien las cosas.

—Me escaparé a verte por la noche y te contaré cómo está todo dentro del castillo.

El guerrero arrugó el rostro y entornó los ojos.

—Lo tienes todo pensado…

—No me gusta dejar ningún cabo suelto.

—¿Cómo es posible que seas tan buena estratega?

Morag se encogió de hombros.

—Cuando pasas por ciertas situaciones en la vida, te ves obligada a pensar en diferentes planteamientos para lo que viene después. Así, nada te sorprende porque ya estás preparada.

Sloan la miró durante unos segundos, antes de que la voz de Rowan se alzara de nuevo y lo obligara a mirarlo.

—Lo único que os diré es que tengáis cuidado. Poneos de acuerdo en todo y no os expongáis por orgullo.

Sloan y Morag asintieron en silencio.

Rowan dio una palmada y se levantó del sofá.

—Perfecto. Saldréis mañana.

Gillian sonrió cuando le tendió una alforja a Morag. En el rostro de esta se dibujó una expresión inquisidora y la esposa del laird se adelantó a contarle de lo que se trataba.

—Ya sabes que soy curandera y que uso muchos ungüentos para curar heridas. Vais a una misión muy difícil y puede que os hieran en algún momento. Si es así, tenéis varios botes y vendas con los que poder curaros.

Morag arqueó una ceja.

—Yo no sé para qué sirve cada cosa.

—Te lo he escrito en un papel y cuánto debes usar en cada momento. No te preocupes.

Morag asintió y esbozó una sonrisa.

—Gracias. Ya sé que nuestra relación no es como la típica que suelen tener las cuñadas, pero te agradezco el gesto que has tenido.

Gillian se encogió de hombros.

—Puede que nuestra relación ahora sea algo tirante, pero puedo entenderlo. Las cosas entre los clanes están bastante tensas y nadie confía en nadie. Pero ahora formas parte de la familia y, como tal, te aceptamos. Lo demás vendrá solo.

—Bueno, en nuestro caso, el tiempo se irá acortando. Ya queda menos para que Sloan y yo nos separemos.

—Nunca se sabe.

La sonrisa de Morag se tornó lívida e incómoda.

—Nos separaremos —le aseguró.

Gillian le puso una mano en el brazo y la apretó con cariño.

—¿Qué tal tu matrimonio con él?

—Como el primer día.

Gillian lanzó una carcajada.

—No lo creo. Os vais de misión, tengo la sensación de que la cosa ha mejorado.

—Y yo tengo la sensación de que, si no nos matan los Gunn, lo haremos nosotros tan solo para llevarnos la contraria.

—Lo que yo he visto estos días es algo diferente, Morag, aunque no lo quieras reconocer. Os toleráis.

La joven se encogió de hombros nuevamente.

—Supongo que lo hemos hecho únicamente por la misión, pero la guerra entre nosotros sigue latente. No perdemos la oportunidad de meternos el uno con el otro.

—Eso es lo que le da vida al matrimonio.

—O se la quita… Según se mire…

Gillian rio.

—Hacéis buena pareja. Sois muy parecidos.

Morag torció la cabeza, intentando no sonrojarse, pues el recuerdo del beso de Sloan aún estaba latente en su mente.

—Eso es lo que nos hace peligrosos.

—O perfectos para el otro.

Morag suspiró.

—Sé lo que me quieres decir, Gillian. No nos va a pasar como a Rowan y a ti. Yo no me voy a enamorar.

—Nunca se sabe.

—Yo sí lo sé —afirmó Morag—. Estoy muerta por dentro.

Gillian abrió la boca para seguir la conversación, pero la joven no quiso continuar y le dijo:

—Si me disculpas, tengo que ir a prepararme.

Al día siguiente, Sloan se preparó antes que la propia Morag. Salió del dormitorio casi sin mirarla y cuando la dejó sola, Morag se dirigió hacia el espejo. Tras vestirse, sabía que debía prepararse para evitar que la reconocieran. Por ello, tomó una de las dagas que llevaba guardada en las botas y comenzó a cortar su cabello. Este le llegaba hasta la cintura, por lo que lo dejó a la altura de los hombros. Su aspecto era algo que nunca le había importado, pero cuando cortó el primer mechón, no pudo evitar pensar en Sloan.

Morag se golpeó mentalmente por dirigir un pensamiento al guerrero sobre algo que solo le competía a ella misma. Se dijo que su nuevo aspecto debía importarle poco al guerrero. Y, de todas formas, su cabello crecería con el tiempo.

De igual modo, Morag tomó varios mechones de pelo y los cortó para tener flequillo. De esa manera, podría ocultar parcialmente su rostro y evitaría ser reconocida. Cuando terminó su trabajo, suspiró y se miró al espejo desde la distancia. Realmente, parecía otra persona. Su rostro parecía más redondo en lugar de ovalado e incluso sus ojos verdes se veían más grandes que antes. Se dijo que los Gunn no la reconocerían, así que sonrió

ampliamente.

Tras ello, cogió una pequeña caja que había visto la noche anterior en las cocinas y se dirigió hacia la chimenea. Esta se había apagado a lo largo de la noche, pero habían quedado las cenizas de los troncos quemados el día anterior. Llenó esa pequeña caja con cenizas para teñirse ligeramente el pelo y simular canas. Así, aparentaría más edad y nadie podría relacionarla ni con los Chattan ni con los MacBean. Se dijo que todo debía salir bien o su propio clan se vería afectado por una nueva guerra.

—No puedes fallar, Morag —se dijo en voz alta.

En una alforja, metió una falda que una de las sirvientas le había proporcionado para hacerse pasar por una de ellas a su llegada al castillo Gunn. Y cuando tuvo todo preparado, salió del dormitorio. Había esperado muchos días para marcharse y ahora que lo hacía no podía evitar sentirse ligeramente nerviosa.

Sabía que era una forma de demostrarle al mundo su valía, tanto a la gente de su clan como a los Chattan y, por ello, tenía la necesidad de no fallar. A medida que bajaba las escaleras, sus botas resonaban con fuerza en el pasillo. Si moría en esa misión, aceptaría la muerte con firmeza, pues su alma deseaba reencontrarse con su familia una vez más, y puede que solo así pudiera dejar de sentir dolor y miedo.

La joven se dirigió directamente al patio, ya que estaba segura de que Sloan la esperaba allí. Cuando salió al exterior, su capa ondeó ligeramente por el frío. Ese día había amanecido ligeramente fresco, pero también nublado. El cielo amenazaba lluvia, pero no le importaba mojarse por el camino.

Se fijó en que la familia Chattan se encontraba en el centro del mismo hablando con Sloan, que sujetaba las riendas de ambos caballos. Este se encontraba de espaldas a ella cuando Morag se acercó. Arran era quien hablaba en ese momento con Sloan y al verla llegar, su voz se entrecortó, sorprendido por el cambio en su imagen.

Curioso, Sloan se giró también y se quedó de piedra al verla llegar con el pelo más corto.

—¿Qué te has hecho?

El guerrero sintió su llegada como un fuerte puñetazo en el vientre. Los días anteriores había llegado a admirar su belleza salvaje, pero ese cambio

había provocado que el rostro de Morag se convirtiera en algo perfecto. Sloan se había quedado sin aliento al verla llegar y necesitó de varias respiraciones para sosegarse de nuevo y aparentar tranquilidad e indiferencia. Pero su boca lo traicionó al hablar.

—Te lo dije: puedo pasar desapercibida.

—Pero… te has cortado el pelo.

Morag se encogió de hombros.

—Crecerá de nuevo. Luke Gunn me ha visto sin flequillo, así que no me reconocerá de esta manera. Además, si esto te ha sorprendido, déjame decirte que también llevo ceniza para aplicarla en el pelo y aparentar más edad.

Kester la miró y no pudo evitar lanzar un silbido de admiración.

—Vaya, necesito a alguien tan inteligente como tú a mi lado.

Cora lo miró con una sonrisa.

—Ni aun así parecerías más listo…

Kester le hizo un gesto obsceno con el dedo y se apartó para dejar que Morag se acercara a Sloan. Este aún seguía anonadado por su presencia. Ese nuevo corte de pelo la hacía parecer más joven, más angelical, dejando a un lado su lado salvaje y guerrero. Y eso le cortaba el aliento.

Al ver que la joven se movía hacia su caballo, Sloan se obligó a reaccionar, pues temía haberse quedado embobado mirándola. Descubrió que su madre lo estaba mirando de una manera extraña con una sonrisa dibujada en los labios, pero no quiso saber a qué se debía ese gesto. Miró a Rowan y este le dio una palmada en la espalda.

—Tened mucho cuidado.

Sloan asintió.

—Sabes que siempre lo tengo.

—Y no paséis más tiempo del que debéis.

—Espero estar aquí para la boda de Alasdair.

El aludido arqueó una ceja.

—Entonces, tardad todo lo que queráis. Sin prisa… yo os esperaré para casarme.

Morag sonrió.

—Se te ve muy entusiasmado con esa boda.

—El mismo que vosotros tuvisteis con la vuestra.

Morag rio y montó sobre su caballo. Sloan la imitó.

—¿Preparada? —le preguntó el guerrero a la joven.

Esta sonrió y asintió.

—¿Y tú?

—Siempre estoy preparado para el peligro.

Morag le guiñó un ojo.

—Entonces, pon tu mirada en mi trasero y sígueme.

CAPÍTULO 13

Morag miró a Sloan en medio de la tormenta que se había desatado a última hora de la tarde. Durante el reto del día, apenas habían hablado más que un par de ocasiones mientras comían, pero después el guerrero se había sumido en el más absoluto e incómodo silencio, como si cabalgara solo y no la tuviera al lado. Después de todo lo que habían vivido y Sloan había descubierto de ella, Morag había llegado a pensar en que tal vez su relación pudiera ser más cordial. Sin embargo, durante ese día había descubierto que tal vez había cordialidad, pero la conversación no era uno de los puntos fuertes de Sloan.

Ambos se encontraban totalmente empapados y el frío había comenzado a penetrar por la ropa de ambos, no obstante, Sloan no parecía estar dispuesto a parar a pesar de que cada vez que se escuchaba un trueno a lo lejos, se sobresaltaba. Morag había estado a punto de hacerle una pregunta sobre eso, pero había optado por callar en lugar de echar más leña al fuego.

Los relámpagos caían lejos de ellos, pero Morag tenía la impresión de que se dirigían al epicentro de la tormenta. Y teniendo en cuenta que estaba a punto de anochecer, no estaba dispuesta a caer enferma durante esa misión.

—Me estás mirando —no fue una pregunta de Sloan, sino una afirmación.

—¿Eres consciente de que estamos empapados y que los caminos están totalmente embarrados? Eso sin contar con que casi es de noche y debemos parar.

Sloan la miró de soslayo y suspiró antes de mirar al cielo. En ese momento, un nuevo trueno sonó más cerca que antes y lo vio apretar la mandíbula con fuerza.

—Tardaremos más en llegar a tierras Gunn —sentenció con seriedad.

Morag arqueó una ceja y apartó el flequillo de sus ojos. El pelo se le pegaba al rostro y le molestaba, pero también la ropa. Nunca le había importado mojarse, pero tampoco podían llegar enfermos a tierras enemigas.

—Medio día más, Sloan, pero tú también sabes que no podemos seguir así. Acabaremos exhaustos.

Nada más salir del castillo, ambos habían hecho un plan de acción para llegar a tierras Gunn, por lo que sabían que tardarían un par de días en llegar a su destino. Sin embargo, si paraban durante la noche, los tiempos que habían planeado se iban a echar a perder.

Sloan suspiró. Morag tenía razón, pero le costaba un mundo dársela. Estaban completamente empapados y los caballos estaban cansados. Tenían que parar al menos hasta que dejara de llover con esa intensidad, pero ¿dónde?

—No hemos visto ninguna granja abandonada donde pasar la noche.

Morag puso los ojos en blanco.

—La encontraremos, pero debemos parar.

—Está bien —terminó aceptando—. Pasaremos la noche en un lugar cubierto, pero al amanecer saldremos de nuevo. Y me dará igual si llueve o nieva…

Morag sonrió de lado.

—Tú también estás deseando parar. No te gusta la tormenta.

Sloan la miró con el ceño fruncido, pero rápidamente apartó la mirada y la fijó en el frente.

—Eso no es cierto —mintió.

—Lo que tú digas…

Sumidos en el silencio, más de una hora después, cuando el cielo ya estaba cubierto de oscuridad, encontraron una vieja cabaña abandonada donde poder resguardarse de la lluvia no solo ellos, sino también los caballos.

Desmontaron y entraron en ella. Morag dejó escapar un suspiro de alivio cuando dejó de sentir la lluvia contra su rostro. Tenía el rostro y los músculos entumecidos por el frío, por lo que corrió hacia la chimenea para encenderla con los pocos troncos secos que había en un extremo de la misma.

—Debemos montar guardia durante la noche —dijo Sloan mientras se quitaba el manto que lo cubría—. Aunque sigamos en nuestras tierras, podrían atacarnos.

—Haré la primera guardia.

Lo vio arquear una ceja.

—¿No te fías de mí?

—Se te ve cansada. Te dormirás pronto.

Morag dejó escapar una risa.

—Mira, en mi clan he tenido que hacer guardias en lo alto de la muralla sin apenas haber dormido la noche anterior. Y te aseguro que he aguantado sin problemas.

—¿Quién me asegura que no te marcharás durante la noche y me dejarás solo?

—¿Acaso tienes miedo?

—¡No! —exclamó el guerrero—. Pero no has dejado de insistir en que podías ir sola a tierras Gunn. No me puedo fiar de ti.

Morag acabó suspirando.

—Te doy mi palabra de honor de que no te dejaré atrás, Sloan. Se supone que ahora somos un equipo y debemos confiar el uno en el otro.

Sloan tragó saliva ruidosamente. Era la segunda vez en su vida que alguien le decía aquellas mismas palabras y la primera vez que lo hicieron efectivamente lo dejaron solo de la peor manera posible. ¿Cómo podría confiar en su palabra?

—¿Qué ocurre? —preguntó Morag.

—Nada…

—Te has quedado pálido de repente.

Sloan carraspeó y se apartó de ella para atar a los caballos en el otro extremo de la cabaña.

—Será por un relámpago.

Morag frunció el ceño y lo siguió con la mirada. Había tantas cosas que desconocía de Sloan que cada vez sentía más curiosidad. Ella se había abierto a él, pero el guerrero no parecía tener intención de hacer lo mismo con ella. Era un hombre realmente enigmático que llamaba su atención desde el primer momento en que lo vio en aquella reunión. Por ese motivo, no había podido evitar meterse con él, pues tenía la imperiosa necesidad de descubrirlo. Y eso no le había gustado. Sin embargo, las cosas habían cambiado entre ellos y, durante un pequeño instante, había llegado a creer

que él también confiaría en ella.

Morag apartó la mirada y suspiró. Se agachó junto a la chimenea y encendió el fuego. A su espalda escuchaba el movimiento de Sloan junto a los caballos. Dedujo que estaba sacando algo de comida para cenar y recuperar fuerzas, pero lo escuchó gruñir por lo bajo cuando un poderoso trueno se escuchó justo sobre sus cabezas.

Morag giró la cabeza hacia él y lo vio apretar los puños y apoyar la cabeza contra su caballo. La joven frunció el ceño ante ese gesto que parecía dejar a un lado su orgullo y mostrar un Sloan diferente. Estaba tenso. Casi podía sentirlo desde el otro extremo de la cabaña, pero no podía hacer nada por él.

Y a pesar de que se dijo que no podía meterse, su boca se abrió para formular la pregunta que pendía sobre ella:

—¿Te da miedo la tormenta?

Fue una voz suave, pero lo sobresaltó tanto que Morag vio cómo sus hombros se sacudían. Rápidamente, lo vio cambiar de postura y cuadrar los hombros.

—Qué tontería… —lo escuchó decir.

No obstante, Morag no pudo evitar insistir.

—Estás raro desde que la tormenta…

—¡Déjalo ya! —exclamó cortándola de golpe cuando un nuevo trueno sonó más cerca.

La luz dentro de la cabaña aumentó cuando un relámpago cayó cerca de allí y Morag volvió la cabeza de nuevo hacia el fuego, quedándose completamente callada.

Por su parte, Sloan rechinó los dientes con tanta fuerza que estaba seguro de que iba a rompérselos él mismo. Apretó los puños contra sí, dándole aún la espalda a la joven, y suspiró al darse cuenta del error que acababa de cometer. Había vuelto a actuar como siempre cada vez que alguien intentaba abrir el tema de las tormentas. Era incapaz de hablar de algo así. Siempre se ponía nervioso y actuaba sin pensar. No quería hablar de ello. Jamás lo había hecho, pero algo en su interior le hizo romperse en mil pedazos en ese instante.

Morag le había contado su historia sin esperar nada a cambio. Él la había

escuchado y se dijo que era algo tan íntimo y tan duro que le debió de costar mucho a la joven poner en palabras su vida. Y, sin embargo, él sentía que no podía abrirse a nadie, ni siquiera a su familia. ¿Cómo iba a hacerlo con ella?

Sloan se giró y la miró por encima de su hombro. Morag se había quedado en completo silencio, ni siquiera se había atrevido a replicarle como siempre solía hacer. Sino que se había quedado quieta, mirando el fuego y Sloan sabía que le debía una auténtica disculpa.

Suspirando y con manos temblorosas ante la tormenta que había justo encima de ellos, agarró una alforja y se acercó a ella. La joven no lo miró cuando se sentó a su lado y, sin saber por qué, ese simple gesto le dolió terriblemente en lo más profundo de su ser.

Tragó saliva ruidosamente y clavó su mirada en ella, pero Morag fingió que no era consciente de que sus ojos como el acero estaban fijos sobre ella.

—Lo siento. No he debido hablarte así.

La vio encogerse de hombros con la mirada puesta sobre el fuego, y eso le dolió a él aún más. No sabía por qué, pero no quería que Morag se alejara de él ahora que la había conocido un poco más. Durante días, había deseado, casi rezado, para que la joven no se atreviera a mirarlo, pero, incluso así, Morag había logrado atravesar la coraza de su alma con su fuerte e impactante carácter.

—Me he metido donde no me han llamado. Ha sido culpa mía.

La respuesta de la joven, sin mirarlo, le hizo apretar los puños. Sloan retiró su mirada unos instantes y suspiró largamente, armándose de valor.

—Arran y Kester no son los únicos gemelos que tuvo mi madre —comenzó diciendo.

En ese instante, Morag sí lo miró, entre sorprendida y sin comprender lo que quería decir. La joven abrazó sus rodillas mientras lo miraba y dejaba que el calor del fuego secara su ropa y penetrara en sus músculos.

Sloan dudó y se miró las manos mientras un nudo en su garganta la impedía seguir hablando. Se movió, nervioso, y retorció sus manos con fuerza, como si quisiera olvidar aquellos recuerdos, pero sin poder conseguirlo.

Morag lo entendió. De la misma forma que a ella le había costado

contarle qué había sido de su vida, vio los mismos gestos en Sloan, por lo que sabía que lo que le carcomía la mente era algo verdaderamente doloroso.

—Mi madre tuvo otros dos gemelos después de tener a Rowan.

—¿Uno de ellos eres tú? —preguntó Morag con cuidado.

Sloan levantó la mirada hacia ella y apretó la mandíbula. Por primera vez en su vida hablaba de él, y para colmo, lo hacía con una mujer a la que había considerado su enemiga. Le pareció que el destino se burlaba de él, pero ahora que había empezado, sabía que no podía parar.

Sloan asintió.

—Craig era mi hermano…

—No tienes que contármelo si no quieres —le dijo Morag.

El guerrero levantó la mirada hacia ella y justo en ese momento no pudo evitar sobresaltarse cuando un nuevo trueno se escuchó sobre sus cabezas. Sloan cerró los ojos un instante y suspiró.

—Lo único que quiero pedirte es que, después de contártelo, jamás hables con mi familia de esto. Nunca lo he hablado con ellos.

Morag asintió con seriedad.

—Te juro por mi vida y por mi honor que no pienso contarle nada a nadie, Sloan.

El guerrero la miró unos segundos en silencio y asintió. Vio la verdad en sus ojos y ordenó sus pensamientos en su mente.

—Craig nació unos minutos antes que yo y siempre tiraba de mí para todo. Cuando éramos pequeños, nos parecíamos bastante a Arran y Kester. Éramos muy bromistas y siempre causábamos problemas en el castillo. Craig solía echarme la culpa de todo porque yo era el más pequeño y algo más callado que él, pero no me importaba que nos castigaran porque me lo pasaba muy bien con él.

Morag lo escuchaba atentamente, con el corazón ligeramente encogido ante lo que estaba a punto de contarle.

—Un día… —la voz de Sloan se entrecortó y Morag descubrió, durante unos instantes, que los ojos del guerrero se habían convertido en un mar de lágrimas.

Apartó la mirada para que la joven no lo viera. Arrugó el rostro y cerró los ojos unos instantes. El dolor de su pecho le impedía hablar y sentía que la garganta se le había cerrado por completo. Sintió que se asfixiaba y que no podía continuar, pero al cabo de unos instantes, notó los dedos de Morag sobre su antebrazo.

Rápidamente, giró la cabeza en su dirección y clavó su mirada en ella. La vio fruncir el ceño, preocupada, pero, al mismo tiempo, mostrándole su apoyo en ese momento. En cualquier otro momento, días antes, habría apartado su mano de él y se habría ido al otro extremo de la cabaña para evitar tocarla y respirar el mismo aire, pero en ese instante, sentía que Morag era el único apoyo moral que había tenido en su vida. Y eso lo instó a seguir adelante con su relato:

—Un día… cuando teníamos seis años, se desató una fuerte tormenta sobre el castillo. Y unos días antes, uno de los guerreros de mi padre me había contado una historia sobre un pequeño montículo que hay en la zona norte del castillo, en medio de un bosque. Me dijo que allí habían podido ver hadas los días de tormenta y yo sentí curiosidad.

Morag apretó los dedos alrededor de su antebrazo y Sloan, sin poder evitarlo, llevó su mano libre hacia ella y la estrechó, sin darle opción a alejarse.

—Como te he dicho, Craig era más valiente, pero ese día quise ser yo quien lo instara a ir al montículo a ver las hadas. Como estaba lloviendo con mucha intensidad, Craig no quiso en un principio, pero logré convencerlo, así que nos escapamos, aprovechando el cambio de guardia. Corrimos bajo la lluvia hasta el bosque del que me habían hablado y llegamos al lugar donde supuestamente habría hadas.

Morag sintió el temblor en el cuerpo de Sloan y vio cómo sus ojos volvían a llenarse de lágrimas no derramadas ni siquiera cuando era tan solo un niño. El guerrero sonrió amargamente mientras los recuerdos se apiñaban en su mente y la voz parecía volver a escapar de su garganta.

—Lógicamente, no vimos hadas. Craig quería regresar porque nuestra ropa se había mojado y nos ganaríamos una buena regañina, pero yo quise esperar. Durante un instante, me alejé de él creyendo haber visto una luz extraña en medio del bosque. Estaba seguro de que se trataba de un hada del bosque y lo dejé junto al montículo. Fueron solo unos malditos metros, pero eso me salvó la vida.

Una lágrima solitaria escapó de los ojos de Sloan, pero rápidamente la borró de un manotazo.

—Comenzó a llover más fuerte, hasta que un sonido atronador, se cernió sobre nosotros. Parecía que el cielo se había abierto y se derrumbaría sobre nuestras cabezas. Tronó demasiado fuerte. Desde entonces no he vuelto a escuchar algo así. Oí gritar a Craig, asustado. Desde donde yo estaba, me giré para verlo, pero justo en ese momento…

Sloan frunció el ceño, boqueó varias veces, incapaz de seguir adelante y, aunque no hubiera añadido nada más, Morag se imaginó lo que quería contarle.

—Justo en ese momento, un rayo cayó y le dio de lleno a Craig en el pecho.

Sloan apretó los dientes y apartó la cara.

—Fue tan potente que, a pesar de la distancia, me caí al suelo gritando. Nunca podré olvidar su rostro. Tenía los ojos tan abiertos que parecían salírsele de las cuencas. Se puso rígido y cayó al suelo. Cuando pude, me levanté y corrí hacia él, pero estaba muerto.

Morag vio cómo la boca del guerrero temblaba y parpadeaba varias veces para apartar las lágrimas de sus ojos.

—No fue tu culpa, Sloan.

Este sonrió amargamente.

—Todos decís lo mismo, pero no fue así. Fui yo quien lo animó a salir del castillo en medio de una tormenta. Era él quien quería volver y fui yo quien lo retuvo allí. Claro que fue culpa mía. Y jamás me lo perdonaré.

Sloan apartó la mirada y Morag se sintió terriblemente mal por él. Ahora entendía su fuerte carácter y su frialdad. ¿Cómo iba a perdonarle la vida a un enemigo si él era el primero que no podía perdonarse a sí mismo? La muerte de su hermano gemelo había sido algo fortuito; producto del destino cruel que había decidido arrebatarle la vida a un niño de tan solo seis años. Ahora entendía por qué lo asustaban las tormentas, por qué siempre estaba serio, no sonreía, mostraba antipatía por todo el mundo… Aquella tormenta le había arrebatado a su otra mitad; se había quedado cojo con solo seis años y no había logrado seguir adelante con esa pérdida.

Morag tragó saliva y lo miró fijamente. No podía verle la cara porque la

había girado. Por ello, apartó su mano del brazo del guerrero y la levantó. La apoyó en su barbilla y sintió cómo su barba le hacía cosquillas entre los dedos. Lentamente, lo obligó a girar la cabeza hacia ella para mirarlo a los ojos.

—Si en algún momento hubiera sentido que esa muerte era culpa tuya, te aseguro que no me habría cortado y te lo habría dicho. Pero la muerte de Craig se produjo por culpa de la tormenta. Tú no querías que pasara.

Los ojos de Sloan se inundaron de lágrimas y negó con la cabeza.

—Lo amaba con toda mi alma. Sentí en mi pecho un dolor muy fuerte cuando ese rayo lo golpeó. Fue como si también me hubiera golpeado a mí. Y después, la nada. Cuando lo enterramos, no sentí nada y no he vuelto a sentir absolutamente nada en toda mi puta vida.

El guerrero se tocó el pecho.

—Aquí quedó frío, soledad, amargura… No he vuelto a bromear, no he vuelto a sentir, ni tan siquiera pude llorar a mi padre cuando murió en la guerra. Estoy vacío.

Al contrario de lo que esperaba, Morag sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pues Sloan no solo se estaba describiendo a sí mismo, sino también a ella.

—Te comprendo perfectamente porque yo también me siento así, pero debes reconocer que no fue culpa tuya.

Sloan negó con la cabeza, pero la mano de Morag se mantuvo firme sobre su barbilla. El guerrero sentía el calor que emanaba de ella y parecía calentar su cuerpo por primera vez en su vida.

—No lo fue, Sloan. Y estoy segura de que allá donde esté tu hermano estará enfadado contigo, pero no por lo que tú piensas, sino porque sobreviviste y, aun así, no has sido capaz de vivir. Él murió, Sloan, pero tú seguiste vivo.

—Debí ser yo quien muriera ese día.

—Tu hermano te dio la mayor lección de tu vida —lo cortó—. Te repito: él murió, pero tú decidiste enterrarte con él aquel día en lugar de seguir viviendo. Nunca sabremos si nuestras almas deciden en qué momento se marchan de este mundo, pero lo que sí debemos tener claro es que, aunque muera la persona que hay a nuestro lado, nuestro destino es seguir viviendo.

No solo por nosotros, sino por él mismo. Si él no ha tenido la oportunidad de vivir, nosotros podemos vivir por los dos.

Morag no pudo evitar que una lágrima escapara de sus ojos. Jamás imaginó que la historia de Sloan pudiera tocar tan a fondo su corazón, pero no pudo evitarlo. Sentía su dolor en lo más profundo de su ser y no quería que siguiera sufriendo.

—Tienes que vivir, Sloan. Hazlo por Craig. Vive aquello que él jamás ha podido experimentar.

Sloan la miró largamente en silencio. Nunca habría imaginado que Morag intentaría animarlo y hacerle sentir mejor. Después de la guerra abierta que habían mantenido entre ellos, le resultaba extraño verla con ojos llorosos por su historia. Y eso provocó que algo en su pecho se rompiera. En ese momento, se sentía desnudo y no pudo evitar hacer lo primero que le vino a la mente tras escuchar sus últimas palabras.

Sloan elevó una mano y la posó sobre la mejilla de Morag. Temió que la joven se apartara de él, pero se mantuvo quieta, con la mirada puesta sobre él. Inconscientemente, la acarició y descubrió la suavidad en su piel, algo que nunca habría imaginado tratándose de Morag. Pero tenía la piel tan suave que necesitó acercarse más a ella. Y cuando se dio cuenta, se descubrió a sí mismo besando a la joven.

Lo hizo con suavidad, sin prisas, apenas rozando sus labios. Para su sorpresa, Morag no se apartó, sino que la descubrió devolviéndole el beso con la misma suavidad. Fuera de allí, el golpeteo de la lluvia chocaba contra el maltrecho tejado de la casa. Sin embargo, ninguno recordaba ya el motivo que los había llevado a esa cabaña abandonada. Sus mentes se encontraban imbuidas en aquella atmósfera que el propio guerrero había formado con su relato y el dolor de su alma.

Sloan sujetó con firmeza la nuca de la joven y la atrajo más hacia sí al tiempo que profundizó poco a poco el beso. La obligó a abrir más la boca para penetrarla con la lengua y sintió un escalofrío cuando Morag dejó escapar un gemido de placer al sentir la lengua del guerrero dentro de su boca.

Sin saber realmente si iba a ser rechazado por ella, Sloan acercó su cuerpo al de la joven y la tumbó suavemente en el suelo de la cabaña. Ninguno fue consciente del polvo de este, pues estaban tan metidos en su

nube de placer que jamás la habrían visto. Una de las manos de Morag ascendió por el pecho de Sloan hasta sus hombros, donde se aferró con fuerza, tirando de su camisa, como si tuviera miedo de que ese embrujo desapareciera de golpe, dejándola desnuda. No quería que Sloan se apartara. Por primera vez desde que lo conocía, quería sentirlo cerca, apretado contra ella, no lejos. Parecía que las barreras que siempre habían existido entre ellos se hubieran quedado fuera de la cabaña y en el interior únicamente se encontraban un hombre y una mujer dispuestos a ceder por primera vez en mucho tiempo.

La lluvia comenzó a filtrarse ligeramente por el tejado de la cabaña, golpeando el suelo con una insistencia que parecía casi hipnótica. El viento también silbaba entre algunas grietas de las paredes y el viejo tejado. De repente, en la cabaña el aire se volvió denso, cargado de una tensión que nada tenía que ver con la que ellos habían sentido a lo largo del poco tiempo que llevaban casados. Era algo muy diferente y a pesar de que existía la posibilidad de que todo pudiera estallar de nuevo, ninguno era consciente de ello.

El sonido de un trueno llenó la estancia y, por primera vez en su vida, Sloan no tembló ante la idea de que el rayo pudiera llegar a él como llegó con Craig. En ese momento, no existía el dolor para él, tan solo un pujante deseo que era incapaz de controlar. Y casi sonrió por lo irónico de la situación. Siempre había sido capaz de controlar absolutamente todo, pero en ese instante, lo veía imposible.

Morag abrió la boca para recibirlo una vez más, provocando que su deseo por ella aumentara. Le resultaba irónico que la hubiera odiado durante semanas y, de repente, la deseara con tanto ímpetu que era incapaz de controlar. Quería desnudarla, acariciarla, darle placer, devorarla… Lo deseaba todo de ella, y le sorprendió que Morag no lo hubiera rechazado de forma instantánea.

Sloan apoyó un codo en el suelo mientras seguía besándola. Con la mano libre, acariciaba la cintura de Morag, que se aferraba a sus hombros con firmeza y fuerza, tirando de él para acercarlo aún más. El guerrero no pudo evitar clavar suavemente los dedos en su cintura. No fue un gesto suave, fue un choque de realidad, una liberación de todo lo acumulado desde que la conocía: las discusiones, las miradas sostenidas, la rabia, los retos, la cercanía inevitable a la que se habían visto abocados con las órdenes de

Rowan para que se conocieran más… Todo eso acababa de explotar, provocando que de su cuerpo escapara un poderoso deseo que lo llevó a un punto en el que iba a perder por completo la cordura.

Mientras la tormenta rugía fuera de aquellos viejos muros, dentro de allí el mundo se reducía a ese contacto entre ellos. Incluso los caballos parecieron entender lo que estaba ocurriendo y no se movieron ni produjeron sonido alguno.

El beso se volvió más profundo, más urgente, como si ambos quisieran borrar la línea que siempre los había separado. Sus respiraciones se mezclaron, entrecortadas, mientras la distancia entre ellos desaparecía por completo cuando Sloan la cubrió con su cuerpo, aún vestido. Sin embargo, sus manos no tardaron en buscar los pliegues de la ropa de Morag, que gimió cuando las manos calientes de Sloan se toparon con la piel desnuda de su cintura.

No pudo evitar arquear la espalda, buscando ese contacto, ese mismo calor que la hacía elevarse hacia un inmenso placer que jamás había experimentado. Sentía en su interior un poderoso deseo que no podía reprimir. Era la primera vez en su vida que le ocurría algo así y sentía que estaba a punto de perder el norte por ello.

—No quiero que pienses que hago esto para aprovecharme de ti… —murmuró Sloan apartándose de ella.

Morag estuvo a punto de lanzar un quejido al ver que se alejaba de ella. La joven abrió los ojos al escucharlo hablar y clavó su mirada en él. Vio el deseo reflejado en aquella mirada como el acero, reluciendo gracias al fuego que había frente a ellos y sintió algo tan profundo y verdaderamente salvaje que no pudo pensar con claridad.

Aferrándolo con fuerza de su camisa, lo atrajo más hacia ella y le espetó:

—Cállate y bésame.

Sloan sonrió y obedeció sin rechistar. Volvió a descender la cabeza hacia ella y comenzó a desnudarla aún más, tirando su camisa a un lado y dejando libres sus pechos. Rápidamente, para hacerla sentir a gusto, el guerrero se quitó su propia camisa y la dejó junto a la de la joven, mostrando la amplitud de su pecho. Jamás en toda su vida había tenido la necesidad de sentirse deseado por una mujer, pero ahora que veía el deseo en los ojos de Morag se sintió pleno, a gusto consigo mismo, sin vergüenza alguna que

pudiera incomodarlo. Al contrario, se sintió poderoso, y también pudo notar el mismo sentimiento en Morag, que arañó su pecho antes de que volviera a besarla.

Ambos habían dejado de sentir el frío que les había provocado la lluvia y el viento de fuera para pasar a ser arrasados por un fuego incontrolable.

Morag siempre había sentido miedo de que un hombre la tocara, la besara y la desnudara, pero Sloan había conseguido que lo deseara hasta el punto de que su cuerpo comenzó a temblar. Lo necesitaba más y más a cada instante que pasaba entre sus brazos. Y cuando el guerrero desanudó el cortón de su pantalón y comenzó a bajarlo lentamente, no sintió miedo. Al contrario, lo que su cuerpo experimentó fue una necesidad de quitarse toda la ropa y dejar que el fuego de su cuerpo pudiera escapar de ella.

Sloan tiró los pantalones a un lado y él mismo se quitó el kilt, quedándose también completamente desnudo. Sin perder ni un instante, una de sus manos recorrió el cuerpo desnudo de Morag, sintiendo bajo la palma de su mano las cicatrices que le recordaron la dureza vivida años atrás y que estuvo a punto de arrebatarle la posibilidad de conocerla. Se detuvo en cada una de ellas, acariciándolas, aceptándolas con cariño, pues le recordaron que entre sus brazos no tenía a una mujer cualquiera, sino a una auténtica guerrera que, minutos antes, se había ganado su lealtad al mostrarle compasión por las experiencias de su vida.

Sloan mordió levemente sus labios, incapaz de contenerse por más tiempo. Sin embargo, no quería asustarla. Descendió hacia su cuello y lo devoró con ansia mientras su mano descendía hasta el epicentro del calor que manaba de Morag. La joven arqueó la espalda y gimió cuando sus juguetones dedos la acariciaron. Las manos de esta lo apretaron contra sí, clavando sus uñas en sus hombros, haciéndolo sonreír. Mordisqueó la base de su cuello y siguió acariciando su entrepierna. Sintió entre sus dedos el jugo que escapaba de su cuerpo y estuvo a punto de derramarse cuando Morag se entregó por completo a él en su primer orgasmo.

Su esposa lo atrajo hacia ella y gritó su nombre mientras su cuerpo amenazaba con colapsar debido al placer que sentía. Sloan gruñó cuando las uñas de Morag atravesaron ligeramente su piel, pero le causaron más placer que dolor. Cuando los temblores de la joven acabaron, la cubrió con su cuerpo. Sabía que él mismo ya goteaba por el placer que le produjo ver cómo Morag se entregaba completamente a él.

Tras ese movimiento, se separó ligeramente de ella y la miró a los ojos. Sonrió al ver la nube de placer que se reflejaba en los ojos de Morag, que intentaba sostenerle la mirada con el mismo arrojo de siempre.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó.

La joven asintió y levantó la cadera para demostrarle que no sentía miedo de él por todo lo que había pasado en su niñez. Y poco a poco, sin dejar de mirarla a los ojos, Sloan comenzó a penetrarla. Su cuerpo estaba totalmente contraído para evitar hacerle daño o asustarla. Y cuando sintió que estaba totalmente dentro de Morag, dejó escapar un gemido de placer. El guerrero cerró los ojos un instante para respirar hondo y volver a controlar su cuerpo. Cuando los abrió de nuevo, Morag lo acariciaba lentamente.

La respiración de Sloan era acelerada y notó que por su espalda caían algunas gotas de sudor. El guerrero descendió hasta la joven de nuevo y la besó, comenzando a moverse lentamente, arrancándole gemidos que él mismo bebía de su boca. La acarició lentamente, disfrutando de la suavidad de su piel en cada recodo de su cuerpo. Atrapó uno de sus pechos y pellizcó la cumbre de estos mientras la penetraba cada vez con más fuerza.

Los gemidos de ambos llenaron el espacio de la cabaña mientras los caballos eran los únicos espectadores de su unión, de la caída de sus barreras y del nacimiento de algo que ninguno podría controlar a partir de ese instante.

La cabeza de Morag cayó hacia atrás con un gemido cuando Sloan alcanzó el orgasmo y se derramó en su interior. Esta podía sentir los latidos del guerrero, pujando dentro de ella al tiempo que la propia Morag volvía a gritar por el placer que sentía.

Poco a poco, los cuerpos de ambos comenzaron a calmarse y, cuando Sloan creyó recuperar los movimientos de su cuerpo, salió de su interior y se tumbó a su lado, no sin antes agarrar el kilt para arroparlos a ambos. Atrajo a Morag hacia él, dejando que la cabeza de esta descansara sobre su pecho, y la abrazó. Por primera vez en su vida, Sloan sentía que el peso de su espalda, el mismo que lo asfixiaba, había desaparecido, dejándolo respirar más profundamente y provocando que su mente estuviera más ligera.

No sabía si era por las palabras de Morag o por haber puesto él mismo en palabras lo que había sucedido con Craig, pero Sloan tenía la impresión de

que había un rayo de esperanza en su vida.

—Puede que mañana nos arrepintamos de esto… —murmuró Morag, sacándolo de sus pensamientos.

Sloan sonrió y acarició la espalda de la joven bajo el manto del kilt.

—O puede que no. Mientras tanto, podemos regodearnos en el placer que hemos sentido.

Morag levantó la cabeza y lo miró con la diversión reflejada en sus ojos.

—¿Quién ha dicho que yo he sentido placer?

Sloan le devolvió la sonrisa.

—Tú con tus gemidos.

La joven pellizcó su pecho y volvió a dejar caer la cabeza sobre él. Por primera vez en su vida se sentía plena, feliz, con la sensación de que no debía estar en alerta, ya que no había peligro. Junto a Sloan nunca lo había sentido, pero ahora tenía la impresión de que simplemente su vida era perfecta.

Se sorprendió a sí misma poniendo los ojos en blanco. Nunca se habría imaginado que llegaría a algo así con Sloan, pero la atmósfera que se había creado a su alrededor después de conocer la historia del guerrero había provocado que perdiera el oremus. Sin embargo, no se arrepentía de nada.

Morag respiró hondo y dejó escapar el aire lentamente. Quería serenarse y, poco a poco, un poderoso sentimiento de cansancio la golpeó de lleno, provocando que sus ojos comenzaran a cerrarse y se quedara completamente dormida.

Sloan tardó un poco más en dejarse llevar por el sueño. Era tan fuerte lo que había sentido esa misma noche que tardaría años en olvidarlo. Su familia siempre le había insistido en que era algo bueno hablar de Craig, pero se había mantenido callado, sin encontrar nunca el momento perfecto para expresar lo que sentía a día de hoy y lo que sintió años atrás al verlo caer fulminado por el rayo. Sabía que su madre jamás lo había culpado, pero él siempre había sentido vergüenza al mirarla a la cara, pues sentía que por su culpa había perdido un hijo. Sin embargo, en ese instante, tenía la impresión de que todo era diferente.

Sloan bajó la mirada hacia Morag y sonrió de lado. Era incapaz de creer que lo hubiera escuchado atentamente y después lo hubiera dejado besarla.

Sin lugar a dudas, la esposa que le había tocado tener era un pozo de sorpresas. Pero lo que despertó en él esa noche era algo irreconocible para él. No podía ponerle un nombre exacto, pues no lo había sentido antes, pero le pareció agradable, aunque igualmente peligroso.

CAPÍTULO 14

Morag gimió de placer mientras se desperezaba en el suelo. Aún sentía sobre ella el manto del kilt que cubría su cuerpo desnudo y estiró los brazos por encima de su cabeza al tiempo que hacía lo mismo con sus pies. Sin embargo, a su lado, solo había frialdad.

Asustada, abrió los ojos de golpe y se encontró con la sombra de Sloan a su lado, que estaba terminando de vestirse. El guerrero sonrió señalando el manto.

—Me alegra ver que te has despertado porque necesito colgarlo de mi hombro…

La joven se incorporó sin poder evitar sentir vergüenza. Todos los recuerdos de la noche anterior acudieron a su mente, provocando un intenso sonrojo que hizo sonreír a Sloan. Morag se levantó rápidamente del suelo lanzando un gruñido mientras buscaba su ropa, que el guerrero había dejado preparada a un lado de ella.

—Amaneció hace un buen rato.

—¿Y por qué no me has despertado?

Sloan se encogió de hombros.

—Te veías cómoda y no quería molestarte.

Morag desvió su mirada, pero no pudo evitar preguntarle:

—¿Desde cuándo te ha importado molestarme?

El guerrero respondió con una risa.

—Desde ayer, pero a partir de este momento volveré a ser igual…

Morag lo miró y se sorprendió al ver que le guiñaba un ojo, divertido. Era la primera vez que lo veía tan relajado, disfrutando de un momento junto a ella y con la sensación de que no había preocupación en su camino, como si no se dirigieran hacia tierras enemigas ellos solos.

La joven no pudo evitar esbozar una sonrisa, que ocultó de la vista del guerrero. No había tenido tiempo de preguntarse cómo tendría que actuar al despertar después de entregarse a Sloan, pero él mismo le estaba haciendo fácil esa situación con un cambio radical de carácter que no supo cómo encajar.

—Respecto a lo que te conté ayer…

Sloan se había acercado a ella y la miraba desde su posición con cierta preocupación.

—No le diré nada a nadie.

El guerrero tragó saliva.

—¿Ni siquiera a mi familia? No quiero que sepan cómo me siento con lo de Craig.

—A ellos tampoco les contaré nada. Te lo juro por mi honor. Pero tal vez deberías hablar con alguno de ellos. Seguramente tu madre quiera saber…

La joven calló al ver que Sloan negaba con la cabeza.

—No… no me siento preparado para ello.

Morag asintió.

—De acuerdo. Pero puedes estar tranquilo. Nunca diré nada a nadie.

Sloan asintió y sonrió ligeramente.

—Gracias.

La joven se encogió de hombros, restándole importancia.

—No hay de qué. Si contarlo hace que sonrías más, me alegro. Te da cierto atractivo, pero tampoco mucho, ¿eh?

Sloan rio y la agarró del brazo para atraerla hacia él. La miró fijamente a esa corta distancia y acabó besándola, apretándola contra él.

—No te acostumbres a mis sonrisas, MacBean. Sabes que para ti siempre tengo mi peor expresión.

Morag sonrió contra sus labios y acarició su entrepierna por encima de su kilt.

—Eso habría que verlo, Chattan.

La joven le apartó las manos sin perder la sonrisa y se acercó a los caballos.

—Deberíamos comer algo antes de marcharnos. ¿Crees que podremos llegar al final del día?

Sloan negó con la cabeza.

—Tendremos que bordear aldeas para evitar ser vistos, eso sin contar con que los caminos estarán anegados de barro después de la tormenta. Ha

amanecido un día soleado, pero no creo que se sequen lo suficiente como para permitirnos cabalgar con rapidez. Llegaremos mañana.

Morag asintió.

—Entonces, aún nos queda un día para ultimar detalles del plan.

—Sigo pensando que es una completa locura que te internes en el castillo tú sola.

Morag puso los ojos en blanco.

—Yo voy a llamar menos la atención. Ya sé que los Gunn no parecen muy inteligentes, pero ¿no crees que es un poco raro que un sirviente tenga tus músculos?

—Tal vez sería un guerrero venido a menos…

Morag lanzó una carcajada.

—Creo que es menos humillante presentarte directamente a sus puertas y luchar contra todos ellos sin esconderte tras una identidad semejante.

—Está bien. Esto te lo concedo, pero quiero saber qué pasa dentro de los muros o entraré a buscarte.

Morag asintió, incómoda por la repentina preocupación de Sloan. Ambos se sentaron para desayunar algo antes de iniciar la marcha y la joven lo miró cuando sintió sus ojos sobre ella.

—¿Qué pasa?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Morag dudó, pero acabó asintiendo.

—¿Acaso no tienes miedo de lo que los Gunn puedan hacerte si te descubren?

La joven tragó saliva y se encogió de hombros. Sonrió tristemente y meditó la respuesta unos segundos.

—Cuando te ves sola, sin protección, sin familia, sin amigos… lo único que te queda es levantar tu espada y enfrentarte al mundo para demostrar quién eres y de qué estás hecha.

—Pero ahora no estás sola.

Morag lo miró fijamente, hasta que desvió la mirada sin perder esa sonrisa triste.

—Hemos sido enemigos hasta hace unos días.

—También soy tu esposo…

Morag lo miró con una expresión divertida.

—Entonces eres mi esposo y mi antiguo enemigo.

Sloan clavó su mirada de acero en ella y entornó los ojos, intentando atravesarla con ellos.

—Soy la única persona que tienes al lado ahora mismo y que está dispuesto a dar su vida para salvar la tuya si corres peligro.

El corazón de Morag se sobresaltó. La sonrisa irónica se borró de su rostro y lo miró de forma penetrante. ¿Había escuchado bien o tal vez los recuerdos de la noche anterior la habían hecho perder la cabeza?

—No digas tonterías —susurró sin poder dejar de mirarlo.

—Es la verdad. No son tonterías.

Morag tragó saliva, incapaz de poder pensar con su habitual rapidez.

—Nunca nadie me había dicho eso.

—Yo no soy como los demás. Ya lo sabes.

La firmeza con la que le habló Sloan le provocó un escalofrío. El guerrero acababa de darle, con unas simples palabras, la seguridad y protección que ella siempre había echado de menos y había tenido que forjarse a sí misma bajo capas de dureza.

Morag sintió que sus ojos amenazaban con llenarse de lágrimas. Por ello, desvió la mirada hacia la comida y sonrió ligeramente.

—Gracias.

—Ahora somos un equipo, ¿no? —fue la respuesta de Sloan.

Había sonado diferente, acogedor. Esas palabras sonaron como un aliento que siempre había deseado Morag desde que perdió a su familia. Nunca había logrado ser un equipo con los guerreros MacBean. La respetaban y aceptaban, sí, pero siempre se sintió extraña entre ellos. Con Sloan era diferente, pues él mismo también se sentía extraño entre su propia familia. Y Morag tuvo la sensación de que, efectivamente, eran un equipo. Y lo peor de todo fue darse cuenta de que lo habían sido desde la primera vez que se miraron a los ojos.

La llegada a los límites del castillo Gunn fue tal y como esperaban. El buen tiempo los había acompañado, pero los caminos se habían quedado embarrados tras la tormenta y, junto con el rodeo, pudieron llegar a su destino a primera hora del día siguiente.

La silueta del castillo se dibujó a casi una centena de metros, justo a la salida del bosque, pero Sloan y Morag se quedaron quietos, sin acercarse demasiado para evitar ser vistos. Sus ojos barrieron el pequeño bosque en el que se encontraban para comprobar que estaban solos y que ningún guerrero Gunn estaba cerca de allí.

—Está despejado —dijo Morag.

Sloan desmontó y agarró las riendas de ambos caballos para atarlos a un lado, lejos de donde vigilarían la entrada al castillo y la muralla. Mientras tanto, Morag, que había sacado ropa de sirvienta de sus alforjas, comenzó a vestirse con ella, por encima de su propia ropa, ya que no quería meterse en el castillo enemigo sin una sola arma encima. Disimuló la espada bajo la amplia falda y se colgó un manto del hombro. Le resultaba incómodo, pues hacía que sus movimientos fueran más limitados, pero debía parecer una auténtica sirvienta en busca de trabajo.

Cuando terminó de vestirse, se giró hacia Sloan. Se dio cuenta de que el guerrero se había quedado apartado, mirándola.

—¿Parezco una sirvienta?

Sloan asintió con la cabeza.

—Perfecta. Me sorprende que puedas esconder la espada bajo esas capas bajo la falda.

Morag sonrió.

—He pensado en todo…

—Ya lo veo —dijo al ver que abría una pequeña caja y extendía una pequeña capa de ceniza por su pelo para aparentar más edad.

En el momento en el que terminó, ambos se agacharon y observaron el castillo desde la distancia. Podían ver con claridad a los guerreros apostados en la muralla, que caminaban de un lado a otro de esta, vigilando para que nadie se atreviera a atacar el castillo.

—Son más de veinte… —dijo Sloan con cierta preocupación—. ¿Y si no sale bien?

Morag lo miró y vio el mismo miedo en sus ojos que mostró al hablar de Craig. A pesar de que durante el día anterior había parecido ser otro tras quitarse el peso de encima, Sloan volvía a mostrarse serio y preocupado ante la posibilidad de una muerte más que segura tras penetrar en tierras enemigas.

—Saldrá bien. Me pienso presentar como una viuda que necesita ganarse el pan para poder seguir adelante.

—¿Crees que te admitirán, así como así?

—En los castillos siempre se necesita a gente, ya sea para cocinar, limpiar, alimentar a los cerdos… Lo que sea.

Sloan arqueó una ceja.

—No te imagino alimentando a los cerdos.

La joven rio.

—Puedo con eso perfectamente. Si todo sale bien, tal vez en dos días tendremos la respuesta a la pregunta que nos ha traído aquí. Y si los Gunn son inocentes, tendremos que ir a los otros dos clanes.

Sloan asintió.

—De acuerdo. Yo me quedaré en el bosque a la espera de tus noticias. ¿Crees que podrás salir del castillo a medianoche para venir a informarme?

Morag arqueó una ceja.

—No insultes mi inteligencia. Claro que podré.

—¿Y los guardias de la muralla? Podrán verte… Tendrás que buscar alguna puerta por la que salir.

Morag lo miró con una sonrisa.

—Nada que una cuerda no pueda arreglar. Puedo descender por la muralla. Todos los castillos tienen una parte que no protegen porque lo ven innecesario.

—¿Qué parte de tu castillo es esa?

Morag le guiñó un ojo.

—A ti te lo voy a decir…

Sloan sonrió y la vio ponerse en pie mientras respiraba hondo.

—Será mejor que me vaya de una vez. No quiero perder más tiempo.

Sloan asintió y creyó que su corazón se le iba a salir por la boca al ver que Morag iba directa a la boca del lobo.

—Ten cuidado con Luke Gunn. Él te ha visto y podría recordarte.

—Evitaré mirarlo a la cara si nos cruzamos.

Sloan la vio moverse y apretó los puños cuando Morag se alejó con intención de aproximarse al castillo. El guerrero dio un par de pasos hacia ella y la agarró de la cintura para girarla. Esta lanzó una exclamación de sorpresa que fue acallada por los labios de Sloan. Morag se mostró sorprendida, pero le devolvió el beso. Después, se separaron y, con una sonrisa, la joven se alejó hacia el castillo Gunn.

Hizo todo lo posible para que las manos dejaran de temblarle. No porque tuviera miedo de enfrentarse ella sola a Luke Gunn y sus hombres, sino por lo que ese beso de Sloan había despertado en ella. Desde hacía dos días se sentía extraña. Se había entregado a él sin reservas y no había tenido tiempo a solas para pensar en lo que había hecho. Y aunque no se arrepentía de nada, no podía evitar sentirse extraña en su propia piel.

Nunca pensó que entregarse a un hombre podría ser tan placentero. Lo único que ella recordaba de los años en los que se vio obligada a prostituirse era el dolor en su cuerpo y la sensación de suciedad que le quedaba después de que los clientes se marcharan. Una suciedad que ni siquiera toda el agua del mundo podía quitarle. Y, sin embargo, con Sloan no había tenido esa sensación. Al contrario, casi podía sentir aún el deseo en lo más profundo de su ser. Sin embargo, no podía pensar en eso, sino que debía centrarse en el trabajo que tenía por delante.

Morag se encorvó ligeramente y cojeó al tiempo que agachaba la mirada y se acercaba al castillo tras salir de los límites del bosque. Sus ojos recorrían el páramo de un lado a otro, descubriendo a algunos aldeanos que se alejaban del castillo rumbo a sus hogares o sus trabajos.

En el momento en el que Morag llegó al portón de entrada fue interceptada por uno de los guerreros. La joven paró al instante, con la mirada pegada al suelo e intentando que el flequillo le tapara gran parte de la frente a pesar del viento que lo apartaba.

—¿A dónde crees que vas?

—Lamento interrumpiros de esta manera, pero hace poco mi marido fue asesinado por unos Chattan y no tengo para comer. Necesito trabajo, y estoy

segura de que aquí tenéis algo que pueda hacer. Sé coser, cocinar, limpiar… Lo que sea para ganarme el pan.

Morag levantó brevemente la mirada y vio que se trataba de un guerrero que parecía tener su edad. Era realmente atractivo, pero la miraba con tanto asco que Morag necesitó hacer acopio de su paciencia para no soltarle algún improperio de los suyos.

—Está bien. Ve a hablar con Ava. Ella es la ama de llaves del castillo y tal vez tenga algo para ti.

¿Así de fácil?, estuvo a punto de preguntar.

—Muchas gracias. No quiero importunar a nadie con mis cuitas, pero os agradezco mucho la oportunidad.

—No cantes victoria, aún no trabajas para el laird.

Morag asintió y entró en el patio al tiempo que llenaba su pecho de aire. Las manos le temblaban ligeramente, pero sabía que ya había hecho una de las cosas más difíciles. A pesar de mantener la cabeza ligeramente agachada, sus ojos no dejaban de moverse de un lado a otro. Vio a varios sirvientes en medio del patio sacando agua del pozo. Otros, limpiaban una zona de lo que parecían ser desperdicios. El mozo de cuadras se encontraba peinando un caballo mientras que los guerreros seguían vigilando el exterior de la fortaleza.

Morag buscó la parte trasera del castillo, donde estaría la cocina. Rodeó el castillo y no vio nada extraño que pudiera responder a sus preguntas sobre los Gunn. En el momento en el que penetró en las cocinas, esbozó una sonrisa amable.

—Buenos días. Lamento interrumpir. ¿Eres Ava?

Una de las mujeres que había allí, y que daba órdenes a diestro y siniestro, levantó la mirada hacia ella y asintió con seriedad.

—¿Quién me busca?

—Mi nombre es Evelyn MacRae —mintió usando el nombre de su madre —. Hace años me casé con un Gunn, pero lo han matado unos Chattan. Ahora no tengo nada para comer y necesito ganarme el pan. Quería saber si teníais algún trabajo para mí. Lo que sea…

El ama de llaves la miró de forma tan penetrante que Morag tragó saliva ruidosamente.

—¿Sabes coser?

—Sí, sé hacer muchas cosas.

—Perfecto porque nuestra costurera se ha puesto de parto y necesito a alguien que pueda coserle la ropa al laird o algunas sábanas rotas.

Morag asintió.

—Estaré encantada de hacerlo.

—No puedo darte mucho dinero, pero sí un techo y comida hasta que la costurera pueda incorporarse al trabajo. Después, te buscaré otro oficio.

—De acuerdo.

Ava señaló hacia una pequeña puerta que daba a las cocinas.

—En ese cuarto tenemos todo lo necesario para coser. Búscalo y ve al dormitorio del laird para coser unas sábanas. Es un roto pequeño, pero las quiero perfectas.

Morag asintió y agradeció mentalmente a su madre por el hecho de haberle enseñado a coser. No había vuelto a hacerlo desde que era una niña, pero estaba segura de que no lo había olvidado.

Con paso ligeramente cojo, Morag se acercó al cuarto que le habían indicado y cogió todo lo necesario. Después de eso, se dirigió nuevamente a Ava.

—¿Cuál es el dormitorio del laird?

—Tendrás que buscarte la vida tú sola entre estos muros porque no podemos llevarte de un lado a otro. Está en el piso superior. Búscalo.

Morag asintió obedientemente, pero en su interior sonreía de oreja a oreja, pues eso indicaba que tenía libertad de movimientos por todo el castillo.

Cuando salió de las cocinas y caminó por el extraño y desconocido pasillo, Morag abrió los ojos desmesuradamente. No podía creer la facilidad con la que había penetrado en el castillo Gunn. Ni siquiera parecían haber dudado de ella o de su palabra. Una sonrisa se dibujó en su rostro y caminó, normal, sin cojear y sin mirar al suelo. Sus ojos se dirigieron hacia cualquier recodo del castillo para intentar hacer averiguaciones. Cada estancia que veía abierta la miraba de reojo y la grababa en su mente para evitarla o buscarla cuando necesitara información.

Sin embargo, Ava acababa de hacerle el mayor regalo que pensaba. Le había ordenado ir a la alcoba que más deseaba para comenzar la búsqueda y a la que pensaba que tendría menos acceso.

La joven se equivocó en un par de ocasiones, provocando que gruñera para sí mientras apretaba con fuerza la caja con las agujas. Cuando Morag llegó a una esquina del castillo, se dio de bruces contra alguien. Rápidamente, abrió su boca para lanzar una queja, pero al ver que se trataba del propio Luke Gunn agachó rápidamente la mirada. Su corazón se aceleró y apretó con fuerza los puños.

—Ten cuidado, maldita sirvienta. ¿Es que no miras por dónde vas?

Morag rechinó los dientes.

—Lo siento mucho, mi laird. Soy nueva en el castillo y aún no lo conozco. Ando despistada intentando encontrar vuestro dormitorio. El ama de llaves me ha ordenado que os cosa las sábanas, pero no sé dónde ir.

El hombre tardó unos segundos en responder.

—¿Eres nueva? Tengo la impresión de que te conozco de algo.

Morag estuvo a punto de echarse a temblar, pero negó rápidamente con la cabeza.

—Acabo de llegar, de hecho. Tal vez nos hemos visto en la aldea. He venido muchas veces a visitar a algunos familiares.

Luke Gunn frunció el ceño, pero acabó asintiendo.

—Mi dormitorio es el primero que encontrarás al subir la escalinata. No tiene pérdida.

Morag asintió y se marchó sin mirar atrás. No quería permanecer allí más tiempo del necesario, por lo que casi se lanzó escaleras arriba cuando logró encontrarlas. Una vez en el piso superior, abrió con total libertad la puerta del dormitorio de Luke Gunn. Sonrió y cerró la puerta tras ella. No podía creer que la suerte estuviera de su parte, por lo que no podía perder tiempo.

Le sorprendió la escasa decoración de esa estancia para ser la habitación principal del laird. No sabía si Luke Gunn estaba casado, pero esa cama tan pequeña indicaba que no era un hombre que durmiera acompañado. Se lanzó hacia las sábanas para coserlas en cuestión de minutos, y así demorarse en buscar algo de información en los cajones de la mesa y el baúl.

A pesar de que no había vuelto a coser nada desde niña, tardó poco en coser las sábanas de la cama. Recogió todo y, sin soltar la caja de las agujas e hilos para usarla como excusa en caso de ser descubierta, Morag observó la habitación. Salvo la cama y la chimenea encendida, tan solo había una mesa y dos baúles. No había ni sofás ni sillones ni nada más donde poder guardar información comprometida. De hecho, parecía más el dormitorio de un sirviente que el del propio laird.

Morag se preguntó si tal vez los Gunn habían visto mermadas sus arcas con la guerra, ya que eso es lo único que explicaría el desgaste de todo. La joven abrió los cajones de la mesa, pero no encontró absolutamente nada. Tras esto, se lanzó hacia el baúl y, a pesar de rebuscar entre las ropas, que le causaron asco, no encontró nada.

Gruñendo por lo bajo, Morag incluso miró bajo la cama, pero no había nada. No sabía exactamente si los Gunn tenían alguna manía para guardar la documentación importante, pero estaba segura de que encontraría algo en el despacho del laird, el cual buscaría en cuanto llegara la noche.

No era un castillo demasiado amplio, por lo que se preguntó si tal vez podría irse de allí antes de lo esperado. La joven torció la cabeza, contrariada por esa primera búsqueda infructuosa. Y se obligó a salir de allí. Sabiendo que podría poner la excusa de la pérdida al no conocer el castillo y ser nueva, Morag caminó por el pasillo con todos los sentidos alerta. Tenía sus oídos atentos a cualquier ruido cercano, pero, en ese momento, no parecía haber nadie en el piso superior. Mirando a un lado y a otro, la joven se internó en varios dormitorios para buscar información, pero no logró encontrar nada que le sirviera.

Lo que sí le llamó la atención fue la decoración austera de todos lados. Tras comprobar el último de los dormitorios, Morag asomó la cabeza antes de salir de él y regresó por el mismo pasillo, dirigiéndose hacia las escaleras. Sabía que había perdido mucho tiempo en ese piso superior y que Ava, seguramente, la estaría buscando para darle más órdenes. Estaba segura de que iba a ganarse su primera regañina cuando, al llegar al final de las escaleras, se topó con el mismo guerrero que había visto en la entrada.

—Vaya, parece que te han cogido…

Morag tragó saliva y agachó la mirada.

—Sí, han sido muy amables al aceptarme aquí.

—Por cierto, mi nombre es Uriel.

Morag levantó la mirada y sonrió levemente.

—Mi nombre es Evelyn.

La joven observó que el guerrero la miraba fijamente y temió que pudiera descubrirla en ese instante.

—Espero que estés bien aquí, Evelyn. Perder a alguien a manos de los asquerosos Chattan debe de ser algo realmente difícil.

—Deberíamos matar a todo ese maldito clan… —sentenció recuperando el odio que sentía por todos ellos antes de casarse con Sloan.

Y a pesar de que había pasado poco tiempo, para ella parecía ser una eternidad, pues ese odio lo sentía como algo realmente lejano. Se sorprendió de sí misma al pensar en ellos con cariño, especialmente Sloan, cuyo rostro apareció en su mente en ese instante.

Vio sonreír a Uriel.

—Estoy de acuerdo contigo. Especialmente si esa idea viene de una mujer tan hermosa como tú. A pesar del paso de los años, sigues manteniendo tu belleza…

Morag estuvo a punto de fruncir el ceño por sus palabras, pero rápidamente recordó que había manchado su pelo con ceniza para aparentar tener canas. Por ello, le sonrió fingiendo timidez y apenas levantó la mirada hacia él, parpadeando varias veces.

—Muchas gracias. Eres un verdadero caballero.

Uriel inclinó la cabeza y siguió su camino. Cuando lo vio torcer en la última esquina, la sonrisa falsa de Morag desapareció y sacudió sus hombros para quitarse el asco de encima. No podía creer que todo lo que le dijera Sloan no le provocara ese sentimiento, mientras que, si lo hacían otras personas, le causaba auténticas arcadas.

Morag suspiró y regresó a las cocinas. Estaba segura de que le iba a caer una buena regañina por la tardanza, pero al menos había descubierto que en el piso superior ya no hacía falta buscar nada. Rezó para que tuviera libertad de movimientos en el resto del castillo, pero igualmente se recordó que tendría que esperar a la noche para poder caminar tranquilamente por ese piso inferior sin ser vista por nadie.

La noche estaba a punto de llegar cuando Sloan se había cansado de estar allí sentado mientras Morag lo había dejado solo esa misma mañana. No podía esperar por más tiempo allí, así que caminó hacia los límites del bosque por el lado este. Tenía que planear algo para meterse en el castillo sin ser descubierto, y no pudo creer que la suerte estuviera de su lado al ver a unos mercaderes que se acercaban por un estrecho sendero.

Durante el día, se había cambiado de ropa y había guardado su kilt en las alforjas para ponerse unos pantalones y la camisa sin manto. No podía vestir los colores de su clan mientras estuviera allí o sería descubierto y acusado de espía, llevando la guerra a las puertas de su hogar.

Y acercándose a ellos con una sonrisa amable para dejar a un lado la oscuridad y el miedo que solía provocar en la gente, les dijo:

—Buenas tardes, señores.

Los comerciantes pararon la carreta y lo miraron de arriba abajo.

—¿Eres un mercenario?

Sloan negó con la cabeza.

—¡No, por Dios! De hecho, unos malditos mercenarios fueron los que me robaron mi ropa y mi dinero. Necesito ganarme el pan de algunos días para sobrevivir y llegar al sur, que es donde vive mi familia.

—Pues sí que tienes camino por delante…

—¿Puedo saber hacia dónde os dirigís?

—Hacia el castillo del laird Gunn. Mañana habrá un mercado en el patio y queremos vender nuestra mercancía.

Sloan estuvo a punto de saltar de júbilo.

—¿Os hace falta alguien como ayudante? Os lo agradecería. Tengo fuerza y ganas de trabajar de sobra. Tan solo me falta el trabajo para ello. Soy un hombre de honor, os lo juro.

El guerrero pensó en lo irónica que parecía la última frase en ese instante, pues no era muy honorable cruzar tierras enemigas y penetrar en el castillo del enemigo mediante engaños.

—No lo habíamos pensado, la verdad, pero es cierto que necesitamos a alguien que esté pendiente de las manos de los aldeanos que se acerquen al castillo. No queremos que nos roben y tú impones mucho.

Sloan sonrió.

—Puedo pelear si hace falta.

El guerrero se habría arrodillado de auténtico placer al ver que asentían y lo aceptaban como ayudante. Estaba seguro de que Morag pondría el grito en el cielo al verlo aparecer, pero no estaba dispuesto a dejarla allí más tiempo del necesario. Debían marcharse de esas tierras antes de que alguien los reconociera, e iba a ayudarla a buscar, aunque fuera en el mismísimo infierno.

CAPÍTULO 15

Sloan se arrebujó bajo la capa a medida que se aproximaban al castillo. Su corazón palpitaba con fuerza ante la presencia de más de una veintena de guerreros del clan Gunn que no dejaban de observarlos. Rezó para que ninguno de ellos reconociera su anatomía, pues su rostro estaba oculto bajo la capucha de la capa, ya que había comenzado a llover.

Se preguntó dónde estaría Morag y si estaba bien. Estaba deseando penetrar en la fortaleza y buscarla para escapar de allí cuanto antes. Ese maldito plan ya le había parecido demasiado peligroso, pero ahora que estaba ante las puertas del enemigo, le parecía imposible salir de allí con vida. Sloan respiró hondo y evitó mostrarse sorprendido cuando les abrieron las puertas y los dejaron entrar.

Levantó su vista y descubrió que había varios puestos de comerciantes a un lado del patio, algo que explicó el motivo por el que había visto tanto movimiento en la distancia a lo largo de todo el día. Uno de los guerreros del clan los condujo hacia un extremo del patio y les pidió que montaran allí su puesto.

Sus acompañantes asintieron y Sloan los ayudó, pero con la mirada puesta en el resto del patio con la intención de saber algo de Morag, o al menos verla en la distancia. Sin embargo, mientras la noche se cernía sobre el castillo, ni la vio ni supo nada de ella, lo cual lo puso aún más nervioso de lo que ya estaba.

—¿Dónde dormiremos? —preguntó Sloan para intentar planear su entrada a la fortaleza.

—Debajo de la carreta —le informó uno de los comerciantes—. Por cierto, muchacho, no nos has dicho tu nombre.

Sloan sonrió con amabilidad.

—Mi nombre es Nicolas —mintió acordándose del guerrero tan cercano a su hermana Cora.

—Nosotros somos Zach y Andrew.

El guerrero asintió sin perder la sonrisa y sintió cómo le dolían las mejillas. Si Morag estuviera allí se reiría de él, ya que no estaba acostumbrado a sonreír durante tanto tiempo. No obstante, debía fingir un carácter muy diferente al suyo para evitar levantar sospechas sobre su

persona.

En el momento en el que el puesto se irguió y colocaron las joyas de madera que hacían esos dos comerciantes, Sloan suspiró y volvió a barrer el patio con la mirada. Siguió sin encontrar a Morag y su nerviosismo aumentó aún más.

—Te veo muy interesado en el castillo —dijo Zach.

Sloan se sobresaltó, aunque logró disimularlo bien. Se giró hacia él y se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—Siempre me ha llamado la atención la diferente forma de vida que separa un castillo de una aldea común.

El comerciante le dio una palmada en la espalda.

—Esta vida es muy diferente a la nuestra y no podemos aspirar a ella. Aquí o eres sirviente o eres guerrero. Nuestra vida es más interesante, yendo de un lado a otro y conociendo gente nueva, como tú.

Sloan asintió.

—Cierto. Y no os imagináis lo que os agradezco vuestra ayuda.

—Gracias a ti, Nicolas. Ahora, es mejor descansar.

Sloan asintió y los vio dirigirse hacia la carreta. Él hizo lo propio, pero sin perderse ni un solo detalle de lo que pasaba en el patio. El resto de comerciantes parecía querer descansar también, mientras que los guerreros Gunn hacían el cambio de guardia. La luz en el lugar era apenas visible, por lo que todo se estaba quedando a oscuras.

Sloan entornó los ojos para intentar ver algo en la oscuridad y observó a los guerreros de la muralla. Se dirigieron hacia un punto estratégico del castillo, mientras que otras zonas se quedaban libres de vigilancia. El guerrero estuvo a punto de esbozar una sonrisa, cuando descubrió que el camino hacia el castillo, desde donde él se encontraba, era de fácil acceso, pues allí no había guerreros. Calculó la distancia y vio que podía esconderse entre varias carretas viejas, rodear las caballerizas y correr hacia un extremo del castillo para ocultarse de la vista de todos.

El guerrero fingió tumbarse y quedarse dormido, pero sus ojos se quedaron abiertos mientras observaba el inmenso firmamento que se extendía sobre él. Sloan intentó relajarse, pues una de las cosas más difíciles había salido con extrema facilidad. Entrar en el castillo ocultando

su identidad era algo que le preocupaba inmensamente, pero ahora que estaba dentro casi no podía creerlo.

Dejó pasar el tiempo para que todos los comerciantes de su alrededor se quedaran completamente dormidos, pero no solo ellos. También esperó a que en el interior del castillo el laird y los sirvientes se hubieran ido a descansar para evitar encontrarse con alguno de ellos por el pasillo.

Mientras tanto, Sloan no pudo evitar pensar en Morag y en la intensa noche de pasión que habían vivido dos noches antes en la cabaña. Su memoria recorrió de nuevo el cuerpo de la joven, como si volviera a tocarla. La acarició, la besó en su mente y se descubrió deseándola intensamente. Desde su primer encuentro en aquella reunión hacía ya más de tres meses, se dijo que esa joven guerrera sería su enemiga para siempre. No obstante, no podía creer cómo habían cambiado las cosas entre ellos. Habían terminado aceptándose y considerándose un equipo que debía permanecer unido para esa misión, pero nunca pensó que podría llegar a desearla como dos noches antes. Al contarle su historia, había sentido tal liberación en el cuerpo que había necesitado besarla. A partir de ahí, no podía creer lo que había pasado entre ellos. La vio desinhibirse, entregarse sin reservas, pedirle más…

Una sonrisa se dibujó en sus labios frente a esos nuevos sentimientos hacia ella que aún no comprendía del todo y a los que no podía ponerles nombre. Se dijo que era cariño, amistad, compañerismo… pero nada más. En poco menos de un año estarían separados de nuevo y cada uno podría hacer la vida que quisiera. Sin embargo, no pudo evitar sentir celos ante la idea de que Morag volviera a su clan y se casara con algún guerrero MacBean.

Sloan frunció el ceño al pensar en eso, por lo que se obligó a centrarse en lo que tenía por delante esa misma noche. No estaba seguro de que al entrar pudiera encontrar a Morag, pero lo primero que tendría que hacer era encontrar el despacho de Luke Gunn y buscar entre los papeles para comprobar su implicación en la guerra.

Morag fingió que se marchaba a su habitación cuando todos los sirvientes lo hicieron. Durante todo el día, había aprovechado las idas y venidas en su nuevo trabajo para forjar un mapa mental de todo el castillo. Había observado a todos los sirvientes y le parecieron inocentes. Había hecho lo

mismo con los guerreros y, de no ser porque los consideraba enemigos, podría incluso haber hecho amistad con algunos de ellos, pues le parecieron amables y considerados. ¿Cómo era posible que alguien así pudiera llevar a la guerra a otros seis clanes tan solo por una premonición? A pesar de que habían pasado los días desde que se había enterado de todo, aún le parecía una tontería el motivo de esa guerra. Casi podía ver aún los ojos tristes de Cora respecto a esa situación y le sorprendió que aún no hubiera perdido el juicio por soportar el peso de tantas muertes.

Cuando el silencio en el castillo fue más que evidente, Morag se levantó de la cama. No se había quitado la ropa de trabajo, así que se limitó a abrir lentamente la puerta de su dormitorio. La suerte, una vez más, había estado de su parte al permitirle tener un dormitorio propio en un extremo donde dormían el resto de sirvientes del castillo. Si hubiera compartido habitación, tal vez habría tenido que dar demasiadas explicaciones.

Morag sacó la cabeza al pasillo para comprobar que no hubiera nadie y después salió. Gruñó por lo bajo cuando escuchó el sonido de los goznes de la puerta al cerrarse y caminó por el pasillo intentando hacer el menor ruido posible. Internamente, pensó en una posible excusa que darle a quien pudiera cruzarse, pero rezó mentalmente para que todo el mundo estuviera dormido.

Morag contuvo la respiración mientras doblaba las esquinas y se aproximaba a la zona que deseaba. Durante el día, había logrado internarse en varios salones con la esperanza de encontrar algo, pero no vio absolutamente nada. En más de una decena de ocasiones, había tenido que sonreír a varios sirvientes y poner la excusa de que no conocía el castillo para explicar el motivo de su tardanza o si la encontraban en algún lugar donde no debía estar.

Morag caminaba muy pegada a la pared, buscando posibles rincones para esconderse si escuchaba el sonido de algunas botas contra el suelo. Sin embargo, todo estaba completamente vacío. La joven sonrió al ver que, por una vez, la suerte seguía de su parte.

La oscuridad en los pasillos reinaba por encima de los escasos rayos de luz de las antorchas. Incluso la joven prefería caminar en la oscuridad a tener que hacerlo bajo la luz de la antorcha y poder ser vista por alguien. Caminó lentamente con la esperanza de encontrar algo y volver a tierras Chattan con información importante.

Morag asomó la cabeza en el último pasillo que le faltaba para llegar al despacho de Luke Gunn. Su corazón latía a tanta velocidad y tan fuerte que temía que alguien pudiera escucharlo y la descubriera. Casi voló hacia la puerta, la cual abrió lentamente, mirando primero si había alguien allí que pudiera verla. No obstante, estaba vacío.

La joven abrió mucho los ojos al descubrir que se trataba de la única estancia que sí tenía una rica decoración. La mesa principal estaba hecha de una madera oscura en la que habían tallado varias flores escocesas. Tres de las paredes estaban repletas de estanterías con libros, mientras que la cuarta, donde había una ventana, poseía un enorme escudo con el emblema de los Gunn. Morag torció la cabeza al verlo y renegó de ese clan, deseando volver al suyo, donde sentirse segura y a gusto.

Y en ese instante, la imagen de Sloan apareció en su mente. Al menos en un año no podría regresar a su hogar, pero, por un instante, había dudado sobre regresar o no, sorprendiéndose a sí misma por ese pensamiento. Sus ojos se abrieron desmesuradamente. Se reprendió a sí misma por pensar semejante locura y se dijo que debía ser la primera y última vez que se atreviera a pensar en algo así. Sloan sería su marido durante un año, pero después la devolvería a su clan. Y ella debía estar contenta por ello. No obstante, no pudo evitar sentir algo extraño en su pecho frente a esa posibilidad, ya que le produjo un vacío enorme.

Morag tragó saliva y sacudió la cabeza. Se dijo que no era momento de pensar en Sloan, sino que debía poner toda su atención en buscar algo que incriminara a los Gunn y poder apartar de su mira al resto de clanes. La joven se lanzó contra las estanterías y comenzó a buscar entre los libros con la esperanza de ver algún papel escondido entre ellos.

La joven desconocía cuánto tiempo había pasado cuando por fin logró terminar de examinar las estanterías. No había encontrado absolutamente nada, por lo que no pudo evitar torcer la cabeza, contrariada. Desde una de las esquinas del despacho, se giró y miró hacia la mesa. La única esperanza que le quedaba para descubrir algo se encontraba a dos metros de ella. Si ahí no encontraba algo, no sabía qué pensar de los Gunn.

Con paso lento, pero firme, Morag se dirigió hacia la mesa. Se inclinó para abrir el primero de los cajones. En él encontró varias misivas que pertenecían a unos familiares del laird, pero nada importante que reseñar. Chasqueando la lengua, contrariada, Morag las dejó caer y revisó el cajón

para comprobar que no tuviera un doble fondo. No obstante, no encontró nada.

La joven estaba a punto de perder la paciencia. Cerró los ojos unos instantes y dirigió su mano hacia el segundo cajón, sin embargo, un ruido extraño en el pasillo llamó poderosamente su atención.

Su corazón volvió a exaltarse y levantó la mirada hacia la puerta. Morag sintió cómo se le cortaba el aliento y corrió hacia la pared para esconderse detrás de la entrada. Rápidamente, levantó ligeramente su falda y agarró una de las dagas que guardaba entre sus botas. Si debía luchar contra alguien, lo haría sin dudarlo.

Esos escasos momentos parecieron horas para Morag. Esos sigilosos pasos se acercaban a ese despacho, pero antes abrieron una puerta cercana, como si buscaran algo. ¿Y si había algún traidor dentro de los muros del castillo Gunn? Si fuera así, tanto Sloan como ella corrían doble peligro metidos allí.

Cuando los pasos pararon justo tras la puerta, Morag contuvo el aliento. No quería hacer ruido alguno para evitar ser descubierta por la persona que había al otro lado. Aferró con fuerza la daga y se preparó para atacar. A través de la ventana no entraba ni un solo rayo de luz de luna, por lo que apenas podría ver más allá del candil que ella misma había encendido al entrar. Morag se golpeó a sí misma. No se había dado cuenta de que apagarlo antes de ponerse detrás de la puerta, por lo que podrían descubrirla allí metida.

El pomo de la puerta giró suavemente, intentando hacer el menor ruido posible. La joven se preparó para atacar. Tragó saliva y levantó el brazo a medida que la puerta se abría lentamente, como si la persona que había tras ella temiera ser descubierto. Durante un instante, Morag se preguntó si existía la posibilidad de que otros clanes hubieran pensado lo mismo que ella y se hubieran internado entre los muros de los Gunn. Si eso fuera posible, estaban perdidos. Al ver la sombra que se proyectó en el interior del despacho, Morag frunció el ceño.

Rápidamente, el cuerpo del recién llegado apareció en su punto de visión y, sin detenerse a comprobar quién era, se lanzó contra él. Morag dio un salto y se subió sobre su espalda. La joven lo escuchó gruñir al tiempo que se cerraba la puerta con un fuerte golpe cuando el hombre trastabilló y, con ella a la espalda, se vio impulsado hacia atrás.

Morag levantó la mano para apuñalarlo, pero él logró aferrarle la muñeca con fuerza y, doblándose sobre sí mismo, la lanzó por encima de su cabeza. Morag dejó escapar una exclamación de dolor cuando todo su cuerpo se dio de bruces contra el suelo.

Intentó reaccionar con rapidez, pero la sombra se cernió sobre ella y le agarró las muñecas, elevándolas por encima de su cabeza:

—¡Por Dios, Morag, soy yo!

La joven, que había comenzado a patalear, paró de golpe sus movimientos. A pesar de la casi oscuridad en el despacho, entornó los ojos y divisó el rostro de Sloan. Estaba tan sorprendida que se había quedado de piedra durante unos instantes, pues no podía creer que el guerrero estuviera allí.

—Pero ¿qué… demonios haces aquí? —preguntó con la respiración acelerada.

—He podido entrar en el castillo gracias a unos comerciantes, pero creo que no es momento de muchas explicaciones. La puerta se ha cerrado haciendo mucho ruido. No sabemos si alguien lo habrá escuchado…

Con gesto aún sorprendido, Morag vio cómo Sloan se levantaba, arrastrando con él a Morag. Ambos se pusieron en pie y el guerrero miró a un lado y a otro del despacho. No obstante, la mirada de ella estaba puesta sobre él.

—¿Has llegado hasta aquí sin que nadie te vea?

El guerrero suspiró y dibujó un gesto irónico.

—La seguridad en el castillo Gunn deja mucho que desear. Aquí se cuela cualquiera…

—¿Por qué no te has quedado fuera como habíamos pensado?

—Porque tú te estabas jugando la vida y no podía aguantar más ahí. Necesitaba saber si todo iba bien.

Morag lo miró unos instantes más, hasta que acabó sonriendo.

—¿Estabas preocupado por mí?

Sloan desvió la mirada, incómodo.

—No, pero me aburría y quería hacer algo. Cuanto antes terminemos esta maldita mierda, antes regresaremos a casa.

Morag arqueó una ceja y lo miró nuevamente mientras este observaba todo a su alrededor.

—¿Has dicho "a casa"?

—Sí. Y deja de perder el tiempo con preguntas que no nos llevan a nada, maldita sea. ¿Dónde hay que buscar?

Morag tardó varios segundos en reaccionar. Estaba tan sorprendida de esa nueva versión de Sloan que le costaba asimilarlo. Sin embargo, se obligó a reaccionar. Carraspeó y señaló hacia las estanterías.

—Ahí no hay nada, en los dormitorios tampoco y en los salones del castillo tampoco encontrarás nada.

Sloan arqueó ambas cejas.

—¿Has podido mirar todo eso?

—No he perdido el tiempo como tú en el bosque… —se burló.

Sloan le mostró los dientes y gruñó.

—He estado vigilando. No perdiendo el tiempo.

Morag le guiñó un ojo.

—Como sea… Es un castillo pequeño, así que no hay muchos lugares donde mirar. He buscado en el primer cajón de la mesa. Me quedan dos, así que podemos mirar ahí.

Sloan asintió y, juntos, se dirigieron hacia la mesa, pero unos pasos acelerados rompieron el silencio del pasillo y se acercaban rápidamente allí.

—Viene alguien —susurró Sloan.

El guerrero se agachó bajo la mesa. Alargó una mano y tiró de Morag hacia él, le puso una mano en la boca y otra en la cintura para atraerlo más a él, obligándola a pegar su espalda contra él. Instantes después, la puerta del despacho se abrió de golpe.

El corazón de ambos se aceleró, temiendo ser descubiertos.

—¿Lo has oído? Tal vez no ha sido aquí.

La voz de uno de los guerreros del clan rompió el silencio del pasillo. Tanto Sloan como Morag contenían la respiración bajo la mesa. Temían que esos guerreros se acercaran a ellos y los descubrieran en su escondite.

Morag podía sentir el calor que manaba de la mano que el guerrero tenía

en su cintura, pero aún más la que tapaba su boca. Esa misma mano era la que tanto placer le había dado y, unido al peligro que había a su alrededor en ese instante, Morag sintió que su cuerpo reaccionaba al contacto con Sloan. Cerró los ojos un instante e inconscientemente apretó los dedos alrededor de las piernas del guerrero, pues este la rodeaba con ellas, protegiéndola. Podía sentir bajo ellas la dureza de sus músculos, pero también toda la fuerza que proyectaba fuera de él. Sloan se encontraba tenso por ese momento y, a pesar de todo, Morag sintió que todo estaba bien, pues se encontraba a su lado. No sabía por qué demonios le ocurría eso con Sloan, pero era la primera vez que le pasaba con un hombre. Se sentía segura a su lado, protegida y notando cómo su alma entraba en un poderoso calor que no había tenido desde que era tan solo una niña. Parecía como si a su lado hubiera encontrado el fuego y el ardor con el que sosegar el dolor de su alma, y necesitó respirar hondo para asimilarlo.

El sonido de la puerta al cerrarse sobresaltó a Morag, ya que estaba tan metida en sus pensamientos que había olvidado por completo la presencia de los guerreros del clan Gunn. En ese instante, dejó escapar un largo suspiro al tiempo que Sloan apartaba su mano de la boca. Pudo sentir en su espalda que la tensión del guerrero disminuía. Incluso sus dedos dejaron de apretar su muslo. Notaba la respiración trabajosa de Sloan a su espalda y cuando intentó ponerse en pie, el guerrero la frenó de golpe.

—Espera unos minutos —susurró contra su oído—. Podrían volver…

Morag ignoró el escalofrío que le produjo la voz de Sloan tan cerca de ella. El aliento de este le había dado de lleno en su cuello, provocándole sensaciones tan extrañas que estuvo a punto de salir bajo la mesa tan solo para alejarse de eso tan fuerte que desconocía.

Ambos escucharon pasos alejándose de allí, al igual que las voces. Por ello, varios minutos después, cuando el silencio regresó de nuevo al castillo, salieron bajo la mesa y se miraron entre ellos.

—Estás pálido.

Sloan arqueó una ceja.

—Han estado a punto de descubrirnos... —gruñó.

Morag sonrió.

—No me digas que no ha sido excitante.

Sloan sonrió de lado.

—Me parece que lo que te ha excitado ha sido tenerme tan cerca…

La sonrisa de Morag desapareció de golpe. Se puso nerviosa de nuevo y carraspeó, incómoda.

—Ni en tus sueños, Chattan.

—En mis sueños no, pero quién me afirma que en tus sueños no te excitas con mi presencia…

Morag puso los ojos en blanco y miró hacia los cajones.

—Dejemos de perder el tiempo y busquemos algo que incrimine a los Gunn. Yo miraré en el segundo cajón. Tú, el tercero.

Sloan asintió sin dejar de mirarla, provocando que se pusiera aún más nerviosa. Ella hizo todo lo posible para ignorarlo y abrió el cajón, sacándolo de su hueco. Lo puso sobre la mesa mientras el guerrero hacía lo mismo con el otro. Ambos rebuscaron entre los diferentes papeles y cartas que había en el interior, hasta que Sloan se quedó paralizado ante una de ellas.

—Maldita sea… —murmuró.

Morag levantó la mirada de la carta que estaba leyendo y lo miró.

—¿Qué pasa?

Sloan dirigió sus ojos hacia ella.

—Hemos venido al lugar equivocado. Los Gunn no tienen nada que ver.

Morag frunció el ceño y se acercó a él para leer el papel.

—Se trata de una carta de Luke Gunn a Elijah Comyn.

—Sí, y no llegó a enviarla porque se enteró de la muerte de Comyn. Mira la fecha…

Morag asintió y echó un vistazo a Sloan, preocupada.

—Le decía que tenía ciertas reticencias hacia uno de los laird, pero no indica cuál de ellos.

Sloan siseó.

—No has leído toda la carta, ¿verdad?

Morag negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Lee la última frase…

Con gesto desconcertado, Morag bajó su mirada por las líneas de la misiva hasta la última, tras la que se quedó petrificada.

—"Jacob MacBean me parece un hombre cuyo carácter es muy extraño. Parece tan en paz consigo mismo que puede ser el culpable de todo esto" —leyó en alto con voz temblorosa—. Pero ¿quién se cree que es este gilipollas? Jacob no tiene nada que ver.

—El dueño de este castillo opina lo contrario. Y si te descubriera aquí, lo confirmaría.

Morag resopló y dejó caer la carta.

—¿Y si lo único que hace con esta misiva es poner el foco en Jacob, pero en realidad es él?

—¿No crees que eso es algo muy escabroso?

Morag arqueó una ceja.

—Todo en esta maldita guerra es turbio, Sloan. No sé quién coño querría llevar a siete clanes a la guerra tan solo para disimular mientras se acerca a una joven que no tiene culpa de nada tan solo porque un idiota ha tenido una visión de ella. Por Dios, todo esto es como un maldito teatro griego.

Morag rajó la carta que quería incriminar a Jacob bajo la atenta mirada de Sloan.

—¿Confías plenamente en tu laird? —le preguntó este.

La joven lo aferró de la camisa y lo atrajo hacia ella.

—Me salvó la vida cuando podría haber dejado que me comieran los cuervos. Es un hombre de honor. Lo conozco desde hace trece años y nunca ha hecho nada que pudiera romper la paz de nuestro clan. No vuelvas a preguntar algo así, Sloan, o volveré a desenterrar el hacha de guerra que tú y yo enterramos hace unos días. Y si lo hago, será para matarte.

Sloan le sostuvo la mirada en silencio y acabó resoplando.

—Primero, tendría que dejar que me mataras… Pero no estaba acusando a tu laird. Simplemente, preguntaba si confías en él. Y ahora que tenemos las cosas claras, ¿qué podemos pensar de Gunn?

—¿A parte de que es gilipollas? —El guerrero asintió—. Pues que hemos venido aquí para nada. Es inocente.

—Entonces, nos quedan los Urqhart y los MacGillivray.

—Debemos irnos de aquí cuanto antes.

Sloan la paró cuando la vio colocar el cajón en su sitio y miró hacia la puerta.

—Sí, pero no esta noche. Ya has visto que han escuchado el portazo de antes y puede que estén vigilando todo el castillo. Mañana habrá un mercado en el patio, por lo que seguramente vendrá la gente de la aldea y entrará y saldrá mucha gente. Podemos aprovechar un momento de despiste para escapar y no levantaremos sospechas.

—Pero tal vez es mejor hacerlo ahora. Estamos juntos. Mañana las sirvientas me buscarán para darme trabajos. Podemos escalar por la pared de la muralla.

Sloan arqueó una ceja.

—Preferiría no hacer algo que implique rompernos el cuello. Mañana no levantaremos sospechas, por Dios.

—¿Y qué hacemos el resto de la noche?

—¿Dormir? Cuando salgamos de aquí, puede que vean algo raro y debemos regresar a nuestras tierras lo antes posible, así que tenemos que descansar.

Morag bajó los hombros, derrotada.

—Está bien —cedió—. Pero no te acostumbres a que te dé la razón…

Sloan sonrió de lado.

—Ya buscaré la forma de que me des siempre la razón.

—Ni muerta… —murmuró la joven—. Regreso a mi dormitorio. Ten cuidado al salir.

Sloan asintió.

—Siempre lo tengo.

La joven se dirigió hacia la puerta y cuando levantó la mano para tocar el pomo, la voz de Sloan rompió el silencio.

—Ten cuidado en tus sueños. Podría aparecer yo para convertirlos en algo húmedo…

CAPÍTULO 16

Morag apenas había podido dormir después de lo ocurrido con Sloan en el despacho del laird Gunn. A pesar de que se había repetido hasta la saciedad que no debía pensar en él más de lo necesario, no podía parar de recordar sus manos y sus poderosos brazos. La había rodeado con ellos cuando los guerreros Gunn habían acudido al despacho del laird después de escuchar el portazo que ellos mismos dieron cuando Morag atacó a Sloan sin saber que era él. Y la sensación de protección que había sentido había sido tan intensa que algo dentro de ella había ardido por completo.

Siempre se había dicho que no necesitaba a nadie en su vida para sobrevivir, que había vivido cosas peores que una guerra y que la ayuda que pudiera recibir estaba de más. No obstante, y a pesar de su guerra inicial con él, con Sloan le ocurría algo demasiado extraño. No sentía por completo que su ayuda fuera porque pensaba que ella no era capaz de protegerse, sino que lo sentía como un complemento a lo que ella ya podía hacer. Y a pesar de todo, le parecía realmente extraordinario.

Su corazón palpitaba al recordarlo y su cuerpo clamaba ardiente por él. Pero sabía que no podía obsesionarse con el guerrero, pues en unos meses volvería a su clan y su relación con él quedaría en el olvido.

Morag suspiró largamente y se incorporó en la cama al ver que la noche daba paso a un nuevo día. Tenían que salir de allí cuanto antes, pues podrían cruzarse con alguien que los reconociera. Habían llegado allí con la esperanza de encontrar a un culpable y se habían encontrado con otro inocente. Sin embargo, si los descubría allí, podría matarlos por espionaje.

Colocó bien su ropa, puesto que no se había atrevido a quitársela por temor a ser atacada durante la noche, y se preparó mentalmente para llevar a cabo la salida de ese castillo de forma inmediata y sin mirar atrás. Lo único bueno que habían sacado de esa misión era que habían eliminado a un nuevo clan de la lista de posibles culpables. Pero les quedaba la peor parte.

Antes de salir de su dormitorio, Morag rezó para que la suerte siguiera de su parte y pudieran escapar de allí con facilidad. Por lo que, sin perder más tiempo, la joven salió del dormitorio y se puso la capa sobre los hombros. Esperaba no cruzarse con ninguna otra sirvienta para evitar que le preguntaran a dónde iba así, ya que su trabajo estaba dentro del castillo. Pero recorrió los pasillos aún vacíos con facilidad. Sonrió al descubrir que

los sirvientes de ese lugar no madrugaban tanto como los Chattan o en su propio clan, por lo que pudo llegar a la escalinata sin cruzarse con nadie.

Sin embargo, el destino le tenía preparada una sorpresa cuando al intentar pasar al lado de las escaleras se topó con una voz que conocía a la perfección.

—Me sorprende ver que la costurera del castillo es tan madrugadora…

Luke Gunn le habló mientras terminaba de bajar las escaleras. Morag tragó saliva y apretó los puños, aunque rápidamente los relajó para que el laird no viera que se había tensado al escuchar su voz. Se giró lentamente con una sonrisa, rezando para que el flequillo y el pelo más corto y canoso por la ceniza desviaran el recuerdo que podía tener de ella. No obstante, no lo miró a los ojos, sino que mantuvo la cabeza agachada.

—Siento si os he importunado, mi laird —dijo con cierta dificultad—, pero ayer me comentaron las sirvientas que hoy habrá un mercado dentro del castillo y quería verlo antes de que mis quehaceres comenzaran.

Luke terminó de bajar las escaleras, provocando que Morag se tensara aún más, pues se acercó a ella hasta quedarse a solo unos pasos. La joven rechinó los dientes y deseó que la dejara continuar y no le hablara más. Pero no podía marcharse y seguir su camino, cortando la conversación de golpe.

—No me importunas, muchacha. Al contrario, me gusta que mi gente tenga libertad para moverse de un lado a otro siempre y cuando no descuiden sus trabajos.

—Regresaré antes de que el resto de sirvientas se haya levantado.

Luke sonrió y se cruzó de brazos al ver que Morag se giraba para salir del castillo. Sin embargo, su voz la frenó de nuevo.

—Levanta tu cabeza y mírame.

Morag se sobresaltó y negó con la cabeza.

—Es una falta de respeto hacia vos, mi laird, mirarlo a los ojos —le dijo intentando evadir esa orden.

Luke Gunn se encogió de hombros.

—No lo es si soy yo quien lo pide…

La joven tragó saliva y levantó la mirada poco a poco. Lo vio sonreír.

—Sigo teniendo la impresión de que te conozco de algo, muchacha, pero

no sé de qué.

Morag sonrió ampliamente.

—Mi rostro es muy común y puede que nos hayamos visto en la aldea —respondió con fingida tranquilidad.

Luke frunció el ceño y entornó los ojos.

—No lo sé… Seguiré dándole vueltas.

Morag asintió y volvió a agachar la cabeza.

—Si el laird me deja, me gustaría ir a visitar el mercado.

—Por supuesto. Continúa.

—Gracias, mi laird.

Luke Gunn continuó su camino al mismo tiempo que ella, pero sostuvo su mirada en la espalda de la joven, que se mantuvo erguida y tensa hasta que salió del castillo.

Cuando el viento le dio en el rostro, Morag suspiró. Sentía cómo una gota de sudor surcaba su espalda debido a la tensión acumulada durante esa conversación. Rezó para que Luke Gunn no la recordara, por lo que debían salir de allí cuanto antes.

Caminó con paso lento, fingiendo tener todo el tiempo del mundo mientras los comerciantes comenzaban a vender sus productos a los pocos aldeanos que se habían acercado a esa hora tan temprana de la mañana. No había mucha gente en el patio, por lo que tal vez tendrían que salir de allí más tarde, pero Morag no tenía la paciencia suficiente como para esperar muchas horas más, pues estaba segura de que el laird Gunn la iba a acabar recordando.

Por ello, con una sonrisa amable en el rostro, se aproximó al puesto de los comerciantes que habían ayudado a Sloan a entrar en el castillo. Su estatura y musculatura eran imposibles de disimular, a pesar de que llevaba la capa puesta y la capucha sobre su cabeza. Todo parecía en orden mientras lo vio ayudar a esos dos hombres. Pero Morag no pudo evitar ponerse nerviosa al tener que interactuar de nuevo con él. ¿Qué demonios le estaba pasando? La joven torció el gesto y siguió adelante, quedándose al otro lado de los comerciantes.

Sloan aún no la había visto, ya que se encontraba de espaldas a ella, pero sí reconoció su voz cuando la joven le preguntó a Zach por lo que vendía.

—¿Los hacéis vosotros? —Señaló hacia los colgantes que había justo frente a ella.

Sloan se tensó de inmediato y se giró lentamente hacia ella al tiempo que Zach le respondía.

—Sí, con nuestras propias manos.

—Son impresionantes.

—Muchas gracias, señorita.

Morag asintió con amabilidad y miró directamente a Sloan. Disimulando, le hizo un gesto para que fuera con ella hacia otro lugar donde nadie los viera, por lo que se despidió de los comerciantes y se alejó de allí, rumbo hacia la parte trasera de las caballerizas, desde donde nadie los vería.

Cuando la joven llegó a ese punto, disimuló al tiempo que miraba hacia la muralla y a los guerreros que había apostados en ella. Sabía que desde allí no los verían, por lo que esperaba que Sloan no tardara en llegar.

Morag respiró hondo. Se sentía realmente nerviosa, incluso más que el día anterior cuando penetró en la fortaleza. Ahora que ya tenía la información que necesitaba, deseaba salir de allí cuanto antes. Solo veía enemigos a su alrededor y no podía esperar nada bueno de ellos. Al cabo de unos minutos, Morag estaba a punto de salir de allí para ir a buscar a Sloan cuando este apareció con paso lento, pero firme. Ambos miraron a un lado y a otro del castillo y, tras comprobar que estaban solos, Morag comenzó a hablar:

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Luke Gunn está a punto de descubrir mi identidad.

Sloan abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Has hablado con él?

—He tenido el honor de cruzarme dos veces con su presencia —dijo irónicamente—. Dice que le suena mi cara, así que no puedo estar aquí por más tiempo. Tenemos que salir del castillo sin demorarnos.

—Aún hay poca gente en el mercado. Es muy temprano.

Morag chasqueó la lengua.

—Entonces, me marcharé yo y te esperaré en el bosque. Si vuelvo al interior del castillo, no sé cuándo podré salir. Y puede que me vuelva a

cruzar con él.

Sloan resopló.

—Está bien. Disimularé durante una hora. Y en cuanto pueda, correré hacia ti.

Morag asintió y le pidió que fuera el primero en marcharse para disimular. Pasados unos minutos, la joven observó el patio y comenzó a caminar con tranquilidad hacia el portón de salida, que estaba abierto para recibir a los aldeanos. Sin embargo, al llegar a él se cruzó con el guerrero que la había recibido el día anterior.

—¿Saliendo del castillo a estas horas?

Morag tragó saliva. Inconscientemente, miró hacia donde se encontraba Sloan y lo vio tensarse sin apartar la mirada de ella. La joven sonrió amablemente y se acercó al guerrero que le había hablado.

—Tengo que ir a la aldea a por unas cosas que me hacen falta. ¿Te gustaría que nos reuniéramos en las caballerizas al mediodía?

Morag jamás imaginó que coquetearía con un hombre, pues siempre le había dado asco, pero la situación lo requería y tenía que poner sobre la mesa todas las cartas para salir vivos de allí.

Vio cómo sonreía el guerrero y le acariciaba la mejilla. Estaba segura de que Sloan la estaba mirando desde su posición y estaba a punto de matar al guerrero por atreverse a tocarla, pero siguió coqueteando con él.

—Desde el primer momento en que te vi sabía que no eras la típica viuda que guarda luto por su esposo.

Morag se encogió de hombros.

—Era un buen hombre, pero una tiene sus necesidades.

—¿Y quieres que yo las cubra?

—Por supuesto… Ahora tengo que irme, pero al mediodía no tengo nada que hacer.

Para su sorpresa, y la del propio Sloan, que estaba a punto de partir la mesa que había frente a él, el guerrero la besó. Morag intentó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no sentir asco ante ese gesto. Sonrió y dio un paso atrás.

—Entonces, nos vemos en las caballerizas —fue lo último que la joven le

dijo al guerrero antes de marcharse del castillo.

En cuanto le dio la espalda a la fortaleza, la sonrisa de la joven se borró de golpe y llevó una mano a su estómago para calmar los nervios y el asco que sentía. No podía creer que se hubiera atrevido a coquetear con un hombre, y, para colmo, delante de su propio esposo. Estaba segura de que Sloan estaba a punto de echar humo por las orejas, pero lo había visto totalmente necesario.

Se desvió ligeramente para que desde el castillo no la vieran y, cuando pudo, se dirigió hacia el bosque. Tan solo le quedaba rezar todo lo que sabía para que Sloan pudiera salir con la misma facilidad que ella.

Una hora más tarde, cuando la gente de la aldea comenzó a llenar el patio del castillo, Sloan miró a Zach.

—¿Me das unos minutos para ir fuera del castillo a hacer mis necesidades? No aguanto más.

El comerciante sonrió y asintió.

—Claro que sí. Ve. El mercado aún no se ha llenado de gente y es el mejor momento para ello.

Sloan asintió y lo miró de forma penetrante. Ambos se habían portado bien con él y le sabía mal dejarlos en la estocada, pero la vida de Morag y la suya estaba en peligro y debían marcharse de allí inmediatamente.

Alejándose del puesto y dirigiéndose hacia la salida de la fortaleza, Sloan volvió a ponerse la capucha para evitar ser reconocido. Agachó la cabeza cuando estaba a punto de llegar, pero de repente, se vio adelantado por el propio laird Gunn, que llegó corriendo hacia sus hombres. Sloan caminó fingiendo indiferencia y tranquilidad. Sin embargo, su presencia allí provocó que todo su ser se tensara.

—¿Habéis visto a la costurera? —oyó que preguntaba a voz en grito.

Sloan apretó el paso y los puños y, gracias a que hablaba a voces, logró escuchar sus últimas palabras antes de abandonar la fortaleza.

—¡No es una costurera! ¡Es la maldita guerrera del clan MacBean!

CAPÍTULO 17

Sloan no supo cómo llegó al bosque donde lo esperaba Morag con los caballos, pero esta, al ver su rostro demudado, totalmente blanco, supo que algo andaba mal.

—¿Qué pasa?

—¡Corre! Debemos irnos —vociferó llegando junto a ella y agarrando las riendas de su caballo—. Te ha reconocido.

—Maldita sea. Parecía más tonto de lo que es…

Ambos montaron sobre los caballos y se alejaron de allí rápidamente. Sin embargo, no contaban con la rapidez de los guerreros Gunn y en cuestión de minutos, antes de que hubieran recorrido un buen tramo del bosque, un silbido a su espalda, lejos de ellos, llamó su atención.

Sloan miró por encima de su hombro y vio a los guerreros Gunn persiguiéndolos.

—Maldita sea. Vienen detrás.

—Tenemos que despistarlos, Sloan. ¿Nos separamos?

El guerrero la miró fijamente a pesar de la velocidad a la que cabalgaban.

—¿Has perdido el juicio? Van a ir todos a por ti.

—Al menos, tú tendrás una oportunidad para escapar.

Sloan negó con la cabeza.

—No pienso dejarte sola en esto. Somos un equipo, ¿recuerdas?

Morag sonrió.

—Sí, pero es a mí a quien han reconocido. Nos van a matar.

El guerrero abrió la boca para responderle, pero el silbido de una flecha lo obligó a mirar hacia atrás. Sin embargo, no lo hizo con la suficiente velocidad, ya que esa misma flecha se clavó en una de las patas del caballo de Morag. Al instante, esta salió despedida del mismo, lanzando un grito entre sorprendido y asustado. Chilló de dolor cuando su cuerpo se dio de bruces contra el suelo.

Sloan intentó parar su caballo para ayudarla, pero este, asustado por los acontecimientos, logró tirarlo a él también de la montura. En un instante, ambos se encontraron sin caballos, pues este último se alejó de allí a pesar

de la insistencia de Sloan para atraerlo a él. El guerrero se lanzó contra Morag, que se puso en pie con dificultad, llevándose la mano a un costado, dolorido por el golpe.

—¡Se acercan! —vociferó Morag.

—¡Corre! —gritó Sloan empujándola hacia uno de los extremos del bosque.

Ambos escaparon de allí, sorteando los árboles y alejándose de los guerreros Gunn, que ganaban terreno sobre ellos. Sloan le tomaba la mano a la joven y no la soltaba a pesar de que no podía correr con su misma velocidad debido al dolor de su costado. También le dirigía miradas cargadas de preocupación al ver su rostro dolorido. Y eso fue lo que le dio la fuerza necesaria para seguir adelante, ya que era la primera persona que le apretaba la mano para seguir adelante a pesar de todo. Siempre había sido ella sola consigo misma la que tenía que solucionar sus problemas. Pero con Sloan era diferente. Él la sostenía y prometía protegerla con la mirada.

Ambos siguieron corriendo hasta que, de repente, el terreno cambió y pasó de ser totalmente llano a un increíble desnivel por el que no podían continuar. Los dos miraron hacia atrás.

—Mierda, no podemos seguir —se quejó Morag con la respiración ligeramente trabajosa.

—Debemos saltar.

Morag lo miró como si, de repente, le hubieran salido dos cabezas.

—¿Estás loco? Nos vamos a matar.

—Y si no lo hacemos, serán ellos quienes nos saquen las entrañas.

Los guerreros del clan Gunn estaban a menos de cincuenta metros de ellos. Y el suelo temblaba tan fuerte que su propio pecho golpeaba al mismo ritmo.

—No te soltaré, Morag. Estaré a tu lado.

La joven volvió a mirarlo y desvió los ojos hacia el desnivel de tierra. Acabó asintiendo al ver que los Gunn estaban a punto de atraparlos.

—No te atrevas a soltarme.

Sloan sonrió de lado.

—Nunca.

De un salto, ambos guerreros se lanzaron contra el desnivel y comenzaron a rodar por él. Había una gran altura hasta llegar al fondo de este, pero no tenían otra opción. A medida que ambos rodaban, sus manos se soltaron y numerosas flechas de los arqueros cayeron cerca de ellos, pero la suerte no quiso que fueran alcanzados por estas.

Morag tenía la impresión de que todo su cuerpo estaba rompiéndose en mil pedazos. No podía soportar el dolor que le producían las piedras y ramas que había dispersas por la tierra a medida que caían hacia un lugar que parecía cada vez más lejano. La joven dejó escapar un grito de dolor al tiempo que escuchó a Sloan quejarse. Apenas podía verlo, ya que todo el mundo a su alrededor se movía demasiado deprisa. Todo daba vueltas, y su estómago comenzó a protestar, amenazando con hacerla vomitar si no paraba pronto.

La joven creyó ver a los guerreros del clan Gunn en lo alto del desnivel, observándolos, seguramente deseando que sus vidas acabaran allí con el cuello roto. Y, antes de que pudiera pensar en algo más, todo se volvió negro a su alrededor.

Sloan sintió que su cuerpo dejaba de dar vueltas de golpe. Sentía dolorida su cabeza y notaba cómo un hilo de sangre corría desde su ceja, la cual le escocía terriblemente, hasta la mejilla, donde se perdía entre la barba. Tenía todo el cuerpo dolorido y apenas se podía mover. Necesitó varios minutos de reposo para poder tener la suficiente energía como para levantarse.

Lanzando un gruñido de dolor, Sloan giró sobre sí mismo y puso las manos en el suelo. Vio sangre en sus rodillas y en la palma de sus manos. Se había raspado gran parte del cuerpo a medida que caían, pero no tenía tiempo para detenerse a observar sus heridas. Un cosquilleo en la nuca le indicó que había un peligro cerca, por lo que dirigió su mirada hacia lo alto del desnivel. Desde allí, vio a un solo guerrero Gunn que lo observaba con una sonrisa en los labios. Este tenía un arco en sus manos y lo vio coger una flecha de su carcaj para cargarlo.

Al ver que apuntaba directamente hacia Morag con la flecha, Sloan lanzó un rugido de rabia. Su corazón se aceleró tanto que no pudo evitar que una exclamación asustada escapara de su garganta. En ese instante, Sloan sintió lo mismo que cuando tenía seis años y la vida de Craig desapareció para siempre, lanzándolo a una culpabilidad que era incapaz de quitarse de encima. No quería que ocurriera lo mismo con Morag, la cual había perdido

el conocimiento durante la caída. Por ello, se puso en pie rápidamente, ignorando el dolor, y se lanzó sobre ella, cubriéndola con su propio cuerpo para protegerla de la flecha.

—¡No, Morag!

Cuando Sloan sintió el cuerpo de la joven bajo él, creció en su pecho un instinto de protección que no había sentido jamás por nadie. Rugió de rabia al pensar en la posibilidad de que una flecha rozara un poco el cuerpo de la joven y no pudo evitar atrapar la cabeza de Morag entre sus brazos y besó su frente esperando la flecha que lo llevaría a una muerte segura.

No obstante, el dolor que esperaba y para el que se había preparado no llegó. Sloan levantó la mirada justo en el momento en el que esa misma flecha se clavaba a un metro de ellos. Vio sonreír al arquero, como si estuviera jugando con ellos en ese instante. Y rugió de auténtica rabia.

Rápidamente, se separó de Morag y vio que la cabeza de su esposa también sangraba desde la ceja izquierda. Su rostro se había arañado en varias zonas y tenía un profundo corte en su brazo izquierdo. La tomó suavemente del rostro y la sacudió ligeramente.

—Morag… despierta.

Sin perder de vista al arquero que había a varios metros por encima de ellos, Sloan la llamó varias veces, hasta que, poco a poco, la joven comenzó a recobrar la conciencia.

—Vamos, estoy aquí, Morag.

Esta abrió los ojos lentamente y los clavó en él. Lanzó un gruñido de dolor cuando intentó incorporarse y todo su cuerpo protestó.

—Al final, me has soltado… —fue lo primero que le dijo.

Sloan sonrió y acarició su mejilla.

—Tenía la esperanza de que esa flecha te diera para poder salvarme.

—No me sorprende de un Chattan —se quejó la joven mientras se incorporaba ayudada por él.

—Y tú eres demasiado testaruda como para morir en tierras enemigas.

Ambos se miraron con una sonrisa, hasta que el silbido del arquero llamó su atención.

—¿Qué demonios hace ese ahí?

—Nos ha disparado, pero solo hay uno.

Morag frunció el ceño y se agarró ligeramente el costado.

—Vámonos. Puede que los demás estén cerca…

Sloan asintió y la ayudó a caminar, pues cojeaba ligeramente de la pierna derecha.

—Sin caballos, vamos a tardar demasiado en regresar a casa… —susurró la joven.

Sloan la miró con una sonrisa.

—Es la primera vez que consideras el castillo Chattan como tu casa.

Morag lo observó de reojo.

—No te emociones. Ahora mismo, cualquier lugar es bueno para considerarlo mi casa, siempre y cuando escapemos de los Gunn.

Sloan abrió la boca para responder, pero otra voz lo hizo por él.

—Me temo entonces que la fortuna no está de tu parte…

Tanto Sloan como Morag se giraron para ver llegar a los guerreros del clan Gunn. El primero de ellos era Uriel, el hombre que la había recibido y a quien le había pedido encontrarse con él al mediodía en las caballerizas.

Con un movimiento rápido, Sloan y Morag desenvainaron las espadas, preparados para luchar contra ellos. La joven cojeó ligeramente, pero se apoyó en la otra pierna mientras clavaba su mirada en el líder del grupo.

—Vaya, parece que tu novio está enfadado… —gruñó Sloan con tono irónico al verlo llegar.

Morag dejó escapar una risa.

—Así que me has visto coquetear con él…

—Y he visto que se te ha dado muy bien hacerlo.

—Estaba disimulando para poder escapar.

Sloan la miró de soslayo.

—Ya…

Morag puso los ojos en blanco y volvió a atravesar con la mirada a los guerreros Gunn. Se vieron rodeados por ellos y apretaron la mandíbula al ser conscientes de que los superaban en número.

—El hermano de Rowan Chattan y la guerrera del clan MacBean en

nuestras tierras haciéndose pasar por alguien que no son para engañarnos…

Sloan buscó a Luke Gunn entre ellos, pero no lo encontró.

—Veo que tu laird tiene el suficiente temor hacia nosotros que ha preferido quedarse en el castillo mientras vosotros le hacéis el trabajo sucio…

Uriel sonrió de lado.

—Nos ha pedido que llevemos a la muchacha, pero teniendo en cuenta que el hermano de Rowan Chattan también se encuentra aquí, estará encantado de verte.

Sloan rechinó los dientes. Estaban completamente rodeados y la posibilidad de escapar era prácticamente nula. Una decena de enemigos los rodeaban y si acababan en el castillo Gunn, serían ajusticiados.

—No cantes victoria aún, Gunn. Primero, tendréis que atraparnos.

—Uriel, ¿no puedes fingir que no nos habéis visto? No os hemos hecho nada. No llevamos nada vuestro en nuestras alforjas ni hemos matado a nadie.

—¡Habéis espiado a nuestro laird!

Morag suspiró.

—No es del todo cierto. Uriel, por favor, me has caído demasiado bien como para hacerte daño.

El aludido arqueó una ceja al mismo tiempo que Sloan, que la miró de forma extraña.

—Déjame decirte, querido Uriel, que la mujer con la que estás hablando es mi esposa, así que espero que no vuelvas a intentar coquetear con ella.

La voz enfadada de Sloan sorprendió al guerrero Gunn, que lo miró de arriba abajo.

—De haber sabido que era una espía nunca me habría acercado a ella.

—¿Así que lo que más te molesta es el espionaje en lugar de saber que está casada? —preguntó Sloan.

Morag miró a los guerreros alternativamente. Esa situación le parecía tan extraña que no estaba segura de saber cómo tomársela. Sin embargo, cuando puso su mirada sobre Sloan descubrió lo que este pretendía. Por ello, intentó seguirle el juego.

—Es verdad, Uriel. Me duele bastante saber que ya no me deseas.

El aludido miró a sus compañeros, que estaban tan sorprendidos como él.

—Debéis de haber perdido el juicio no solo para presentaros aquí, en tierras enemigas, sino también para decir semejantes tonterías.

Morag dio un paso hacia él, llevándose la mano al pecho.

—No digas eso. Te juro por Dios que habría acudido a las caballerizas para entregarme a ti.

Sloan arqueó una ceja y bajó ligeramente la espada.

—¿Estás hablando en serio? Eres mi maldita esposa, Morag.

La joven lo miró y se encogió de hombros.

—Me obligaron a casarme contigo, Chattan. Ni te quiero ni te deseo, pero a Uriel, sí.

Sloan se acercó a ella y, con la mano libre, la agarró de la pechera de la camisa.

—Eres mía, Morag MacBean.

—Yo soy una mujer libre.

El guerrero señaló a su alrededor, cuyos rostros estaban estupefactos.

—No veo que tengas libertad ahora mismo.

Morag sonrió de lado.

—Eso tiene fácil solución —murmuró la joven.

Con un movimiento rápido, Morag desenvainó una de sus dagas y la lanzó, clavándola directamente en el cuello de uno de los guerreros. Por su parte, Sloan, al mismo tiempo, la imitó y derribó a otros dos guerreros. Estos estaban tan metidos en su extraña discusión que tardaron varios segundos en darse cuenta del engaño. Por ello, Sloan y Morag aprovecharon esa oportunidad para lanzar otras dos dagas más. Sin embargo, los guerreros desmontaron de sus caballos y desenvainaron sus espadas.

Sin perder ni un instante, corrieron hacia ellos con las espadas en alto. Sloan y Morag unieron sus espaldas para proteger esa zona, pero rápidamente los obligaron a apartarse el uno del otro. Lograron herir a varios guerreros Gunn, pero estos pudieron recuperarse para seguir luchando. En cuestión de unos minutos, la diferencia entre un grupo y otro fue más que evidente y Sloan y Morag se vieron atrapados por los Gunn.

Les arrebataron las espadas y las dagas que les quedaban. Les ataron las manos y los obligaron a caminar para regresar al castillo y enfrentarse al laird.

—Podríais dejarnos el caballo de algún muerto —dijo Sloan, ganándose que tiraran con fuerza del otro extremo de la cuerda y trastabillara, a punto de caer.

Morag lo miró mientras eran llevados por un estrecho sendero que ascendía poco a poco para retomar el camino anterior.

—Estás completamente loco, Sloan Chattan —susurró la joven cuando recuperó el aliento.

—Eso es lo mismo que me gusta de ti —respondió el guerrero mirándola de soslayo.

Morag se quedó boquiabierta, incapaz de responder a esas palabras. ¿Acababa de confesarle Sloan que ella le gustaba o la habían golpeado tan fuerte que había escuchado mal?

—¿Qué has dicho? —le preguntó después de tropezarse con una rama.

Sloan la miró con una ceja enarcada.

—Que eso es lo que me gusta de ti —repitió.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque vamos a morir.

A pesar de que no les había dado tiempo a recorrer mucha distancia para alejarse del castillo Gunn, el camino de regreso se les hizo eterno a ambos. Dos de los guerreros del clan llevaban el otro extremo de las cuerdas que ataban sus manos y a veces tiraban de ellas para hacerlos trastabillar y caer y arrastrarlos por el suelo.

Ninguno de ellos habló durante el camino, pues estaban metidos en sus pensamientos, pero Morag no podía quitarse de la cabeza las palabras que le había dicho Sloan. Lo que había comenzado como una guerra entre ellos había pasado a convertirse en algo más salvaje, más profundo, más… Morag sacudió la cabeza. Ni siquiera quería pensar en esa palabra. Era algo tan peligroso que quería expulsarlo de su vida. Sin embargo, sabía que a esa vida le quedaban apenas unos minutos.

Cuando el castillo del laird Gunn volvió a abrirse paso entre la bruma después del bosque, Sloan y Morag se miraron entre ellos. El cadalso los esperaba tras las puertas de esa fortaleza en la que habían logrado introducirse para espirarlos y así averiguar si los Gunn eran los culpables de llevar a todos los clanes a la guerra. Y ahora que habían descubierto que eran inocentes, serían los culpables de su propia muerte por haberse colado en sus tierras sin su permiso.

Sloan arqueó una ceja, pues esa situación le resultaba casi irónica. Sin embargo, no iba a permitir que lo vieran dudar ni un solo segundo. Había vivido muchos más años que su gemelo, así que se sentía afortunado por ello. Pero se sentía terriblemente mal por llevar la guerra a las puertas de su hermano Rowan.

En el momento en el que atravesaron las puertas, la mirada de Sloan se dirigió directamente al puesto de los comerciantes. El mercado había seguido su propio ritmo y apartó la mirada cuando Zach levantó sus ojos y lo descubrió atado de manos y casi siendo arrastrado por los guerreros del clan Gunn. Se sentía mal por haberlos engañado, pero había sido por una buena causa para todos.

A pesar de que ambos pensaban que los iban a ajusticiar en medio del patio sin darles un solo instante para defenderse, fueron llevados hacia el castillo. Ninguno les dio explicaciones de lo que iban a hacer con ellos, por lo que Sloan y Morag callaron a la espera de escuchar un veredicto.

Fueron conducidos por un pasillo que ya habían recorrido anteriormente y se miraron entre ellos al descubrir que eran llevados al despacho de Luke Gunn. Los guerreros que portaban sus cuerdas pararon frente a la puerta de este y llamaron con insistencia. Entraron cuando recibieron la orden desde el otro lado.

La voz de Luke Gunn provocó que torcieran la cabeza, contrariados, pero apenas les dio tiempo a pensar en nada más, ya que fueron empujados al interior del despacho sin miramientos. Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa para ellos, como si no tuvieran tiempo para asimilar lo que estaba pasando. Ni siquiera habían tenido un momento para curar sus heridas o respirar hondo para recuperarse de los golpes sufridos mientras caían por el desnivel. La vida los había puesto en un aprieto del que sabían que no podrían salir. Y tan solo les quedaba esperar el final.

—Vaya, vaya… así que había una sorpresa más…

Sloan cuadró los hombros al ver que la mirada del laird Gunn se dirigía directamente hacia él. Frunció el ceño y dibujó en su rostro la expresión más severa y salvaje que había mostrado nunca.

—Tenía la esperanza de que, en algún momento de vuestro matrimonio, acabarais matándoos, pero veo que la cosa ha ido a peor: os habéis hecho amigos y habéis venido a hacerme una visita a mi castillo.

Morag lo atravesó con la mirada cuando el laird se quedó parado frente a ella.

—Pero hay un problema: y es que a mí no me gustan las personas que se presentan en mi casa sin avisar.

—Para la próxima vez, enviaremos una misiva —dijo Sloan para llamar la atención sobre él y apartarlo de Morag.

Luke sonrió y volvió a aproximarse a él.

—Vaya, desconocía que fueras tan gracioso, Chattan. Creía que eran esos gemelos del demonio.

Sloan sonrió bajo la barba, aunque en sus ojos no se reflejó el sentimiento de esa sonrisa.

—Cuando ayer vi por primera vez a esta mujer, supe que la conocía de algo. Su rostro me parecía familiar, pero no logré adivinarlo. Cuando esta mañana estaba desayunando en la soledad del salón, recordé las últimas reuniones de los clanes y su rostro cobró vida.

El laird Gunn comenzó a caminar alrededor de ambos, que no perdían ojo a cada uno de sus movimientos.

—Por un momento, pensé que me había equivocado, pero después me dije que eras tú, muchacha. Y, claro está, no me equivocaba.

Morag suspiró.

—Si quieres escuchar un consejo por mi parte, deberías mejorar la seguridad de este castillo. Se puede entrar con mucha facilidad. O tal vez deberías cambiar de guerreros. Los que tienes son unos inútiles…

La joven acabó mirando a Uriel, que era uno de los hombres que había en el despacho y que, casualmente, sujetaba la cuerda de Morag. El guerrero tiró de ella y logró tirarla al suelo. Morag lanzó un gruñido cuando su rodilla magullada se dio de bruces con la piedra del suelo, pero rápidamente se obligó a levantarse. La sonrisa en el rostro de Uriel le indicó que estaba

disfrutando de ello, pero Morag no le dio ni un solo motivo para seguir haciéndolo, por lo que lo ignoró por completo.

A su lado, Sloan gruñó y le enseñó los dientes a Uriel, pero este se limitó a mirar hacia su laird, que siguió hablando.

—Independientemente de la facilidad o no que habéis tenido para entrar en mi castillo, me asaltan numerosas dudas como, por ejemplo, ¿qué demonios hacéis aquí? ¿Queríais robarme?

Sloan arqueó una ceja.

—¿Robarte? No hay mucho donde sacar, la verdad. Y no, no pretendíamos robarte ni matarte, si es tu siguiente cuestión.

—Entonces, ¿por qué cojones estáis en mi castillo?

Sloan y Morag se miraron entre ellos y, rápidamente, respondió la joven.

—Es culpa mía.

Sloan arrugó la frente y la miró de forma salvaje.

—Morag… —le advirtió.

La joven le devolvió la mirada y con ella quiso decirle que ya lo había pensado. Fue idea suya y siempre dijo que se culparía a ella misma por haberlo llevado allí. Después, devolvió la mirada hacia el laird Gunn y le dijo:

—Si estamos aquí es porque yo lo convencí para venir, pero es culpa mía.

—Eso no es…

—¡Cállate! —exclamó la joven—. Tengo la certeza de que uno de los clanes es el verdadero culpable de haber llevado a los demás a la guerra. Los Chattan y los Comyn se unieron en matrimonio, por lo que están exentos. Después, los MacBean nos hemos unido a los Chattan, por lo que tu idea de que Jacob es el culpable es una maldita tontería.

Luke sonrió de lado.

—Así que has revisado mi correspondencia…

—Vi esa carta que no llegaste a enviar a Elijah Comyn. Por cierto, algo curioso tratándose de un enemigo.

—Te sorprendería saber que Elijah y yo fuimos amigos en nuestra juventud.

Los ojos de Sloan y Morag se abrieron desmesuradamente.

—¿Perdón? —preguntó el guerrero, asombrado.

Luke lo miró, pero sus ojos volvieron hacia Morag.

—Exacto. Él y yo fuimos amigos, por lo que, a pesar de las tiranteces y la guerra, siempre lo respeté. Eso que dices, muchacha, yo ya lo pensaba desde hace tiempo, y sí, tenía la seguridad de que era Jacob MacBean.

—Mi laird es inocente.

—Entonces, quedan cuatro clanes, y uno de ellos soy yo. Por eso estáis aquí…

Morag y Sloan asintieron.

—Los Ross también son inocentes —siguió el guerrero—. La hija del laird se casará con uno de los hombres de mi hermano Rowan.

—¿Y vuestro plan era venir aquí a descubrir si soy culpable?

—Exacto —afirmó Morag.

Luke Gunn suspiró y se cruzó de brazos, mirándolos alternativamente.

—He de reconocer que debéis tener los cojones más gordos de toda Escocia para venir a tierras enemigas y penetrar en el castillo para eso.

Morag interpretó sus palabras como un halago y sonrió de lado.

—Pero, al mismo tiempo, considero que habéis perdido el juicio por completo. ¿Quién haría algo así?

—Soy capaz de lo que sea por mi clan y mi laird —respondió Morag rápidamente.

—¿Tendrías el valor de morir por él también?

—Siempre —afirmó—. Cuando no tienes nada que tire de ti cada amanecer, ni siquiera tu vida merece la pena. Llevo años viviendo y luchando por mi laird. Vine aquí por él, pero si he de morir, aceptaré la muerte para regresar con mis ancestros, que ya me están esperando al otro lado.

Sloan la miró de forma penetrante, como si quisiera atravesarla con los ojos. Sin embargo, Morag no le devolvió la mirada. El guerrero sintió algo extraño en su interior cuando escuchó sus palabras. Ella misma lo había animado a vivir y a seguir adelante a pesar de la muerte de Craig, pero la joven seguía sin superar su propia vida. Al final, él tenía al resto de su

familia para luchar y seguir su camino, pero sabía que ella no tenía a nadie más. Pero algo dentro de él se sobresaltó, se despertó. Quiso decirle que no estaba sola, que él se encontraba a su lado y que, mientras tuviera un aliento de vida, jamás volvería a estar sola.

—Entonces, tal vez lo que deberíamos hacer con vosotros es mataros directamente por espionaje.

Sloan gruñó entre dientes.

—Gunn, te repito que no hemos venido a tu castillo a hacer daño a nadie. La muerte no es una opción.

—¿Que no es una opción? —vociferó el laird—. Este es mi castillo, mi hogar, y aquí tengo mis propias normas. Sois vosotros quienes habéis venido mediante engaños. Debisteis preguntarme directamente a solas si tenía algo que ver en todo esto y os habría respondido. No tengo a nadie para ofreceros en matrimonio como MacBean o Ross, pero mi palabra debería ser más que suficiente.

—Me temo que durante esta guerra la palabra de honor de nuestros guerreros ha dejado de tener sentido —dijo Sloan.

Luke Gunn apretó los puños.

—Dame una buena razón para no mataros ahora mismo, Chattan.

—Solo queríamos ayudar al resto de clanes para que la guerra llegue a su fin. Queremos descubrir quién está detrás de todo esto para acabar con él y que la paz llegue de verdad a nuestras tierras. Imagina una vida sin ataques, sin robos, sin muertes… Eso es lo que queremos en nuestro clan y eso es lo que nos ha traído aquí.

El laird miró a Sloan largamente antes de dirigirse sin hablar a Morag. Caminó lentamente hacia ella y la observó de arriba abajo.

—Desde el primer día en que te vi y mostraste esa fuerza me di cuenta de que no eras una mujer cualquiera. Eres fuerte, valiente y, aunque no lo creas, poderosa. Cualquier otro laird estaría encantado de tenerte en sus filas.

La joven tragó saliva. Tenía la impresión de que esas palabras sonaban a despedida, por lo que miró de reojo a Sloan, que estaba tenso. Luego, vio cómo Luke Gunn miraba a Uriel, que seguía sujetando la cuerda que ataba las manos a Morag, y le dijo:

—Sácala al pasillo. Tengo algo que hablar con Chattan.

La joven frunció el ceño y rápidamente se negó en rotundo.

—Si vais a hablar de mí o de algo de la guerra que me compete, merezco estar presente.

—Lo que vas a merecer es un viaje al cadalso si no sales del despacho en este instante —le advirtió Luke Gunn.

Uriel tiró de la cuerda y Morag se vio impulsada hacia el exterior.

—¡Sloan! —gritó.

El aludido dio un paso hacia ella, pero lo obligaron a alejarse de la puerta, que se cerró con un sonoro portazo ante la salida de la joven.

—Creo que no son formas para tratarnos… —se quejó con voz oscura y tranquila.

Gunn sonrió de lado.

—No estás en condiciones de advertirme si actúo bien o mal con aquellos que entran en mi castillo para espiar. ¿No crees?

Sloan rechinó los dientes y calló.

—¿Qué quieres? ¿De qué me vas a hablar para que ella no lo pueda escuchar?

Luke se frotó las manos y se aproximó lentamente a él. Una extraña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Estoy dispuesto a firmar un acuerdo con los Chattan que pruebe mi inocencia en toda esta guerra. Se lo llevarás a tu hermano y dejaréis de poner vuestra maldita mira sobre mí. Yo no tengo nada que ver, alguien comenzó a atacarme y todo desembocó en una guerra, así que espero que eso sirva para evitar que volváis a meteros en mis tierras y entre mis muros.

Sloan arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Así sin más?

La sonrisa del laird Gunn se hizo aún más grande.

—No, exactamente… Voy a hacerte una pregunta, Chattan, y espero que respondas con sinceridad.

El corazón de Sloan se sobresaltó. Algo en su interior le decía que el trato con los Gunn le saldría bastante caro y, en parte, tenía cierto temor a

escuchar sus palabras. Lo vio sacar una daga de su cinto para cortar las cuerdas que ataban su muñecas y Sloan no pudo evitar arquear una ceja al ver que lo dejaba libre. El guerrero movió las manos ligeramente mientras clavaba su mirada en él y esperaba su pregunta.

—Recuerdo esta última reunión en tu clan cuando te obligaron a casarte con esa muchacha…

Sloan asintió con ciertas reticencias.

—Por lo que vi, ella tampoco quería casarse contigo.

—¿A dónde quieres llegar, Gunn? —lo interrumpió Sloan sin poder contenerse por más tiempo.

—A que tienes dos caminos por delante y me gustaría saber cuál de ellos eliges.

Sloan apretó la mandíbula.

—¿Y cuáles son esos caminos?

—Está claro que debes redimirte por lo que habéis hecho a mi clan. Si os dejo marchar libremente, daré una impresión que no quiero mostrar. Jamás he sido benévolo con mis enemigos, por lo que marcharos sin un castigo me dejaría en mal lugar si esto sale de aquí.

—¿Me vas a cortar una mano?

Luke Gunn sonrió y negó con la cabeza.

—Sería una buena idea. Dejarte sin la mano que usas para manejar la espada sería algo increíble, pero prefiero algo mejor. Después tendría que decidir qué hacer con tu mano y no es un recuerdo que quiera tener el la repisa de una de mis chimeneas…

—¿Entonces? No tengo todo el día.

—Te equivocas. Ahora mismo, tienes todo el tiempo del mundo para mí, Chattan.

Sloan resopló con fuerza y esperó a que hablara.

—Quiero que tu hermana se case conmigo.

El corazón de Sloan se paró de golpe. Intentó, por todos los medios, que su rostro no mudara y mostrara el asco y el terror que le había producido la imagen de Cora en brazos de ese desgraciado. Al contrario, se mantuvo sereno y respondió con voz excesivamente calmada, lo cual le produjo un

tinte oscuro a su voz:

—Mi hermana Cora ya está prometida a un hombre del clan —mintió descaradamente.

Rezó para que Luke Gunn no siguiera por ese camino. Sin embargo, insistió.

—Supongo que podríais cancelar ese compromiso.

Sloan arqueó una ceja y deseó que su hermana no se enterara jamás de esa conversación, pues le dijo:

—Mi hermana está prometida a ese guerrero porque los sorprendimos yaciendo juntos en un pajar —aquella mentira haría que el honor de su hermana se viera mancillado, pero prefería eso a que la joven tuviera que aguantar de por vida al laird Gunn.

—Vaya, una lástima que tu hermana se haya convertido en una zorra…

Sloan apretó los puños y se obligó a no responder. Estaba en tierras enemigas y que eso saliera bien dependía de su comportamiento en ese instante.

—Entonces, supongo que tendrás que elegir la otra opción.

—Depende de cuál sea… Si no me gusta, no la elegiré.

—Tal vez moriréis…

—Traerás la guerra a las puertas de tu castillo. Y no solo vendrán los Chattan, también los MacBean.

—De una de ellos quería hablarte…

—¿Morag?

Luke Gunn asintió.

—Como te he dicho, me dio la sensación de que no queríais casaros, así que me gustaría que esa muchacha se quede en este castillo.

El mundo de Sloan comenzó a temblar bajo sus pies al escuchar esas palabras. Si no había querido que su hermana acabara entre esos muros, tampoco querría, por nada del mundo, que Morag se quedara allí. No. Imposible.

—Eso no puede ser, Gunn.

—¿Por qué?

—Porque Morag es mía.

CAPÍTULO 18

Cora se encontraba en lo alto de la torre más alta del castillo cuando vio llegar una comitiva en la lejanía. La joven entornó los ojos y apretó los puños al reconocer el estandarte que los acompañaba.

Llevaba días esperando ese momento y rezaba todas las noches para que no llegara jamás. No obstante, la fortuna no le sonreía, ya que quedaban escasos minutos para que esa comitiva llegara al castillo.

La joven tragó saliva y apretó con fuerza el arco. Lo estrechó contra ella, preguntándose qué pasaría si desde allí los apuntaba con una flecha y los mataba a todos. Vio que ella llegaba en una carreta. Desde allí no podía ver el rostro de la joven, pero sus ropajes parecían ser realmente buenos y elegantes, algo que ella jamás podría ponerse, ya que no formaba parte de su estilo de vida ni de su carácter. Esa misma carreta estaba siendo protegida por tres jinetes que, seguramente, se marcharían de allí en cuanto dejaran a la joven.

La hija de laird Ross se aproximaba al castillo Chattan para formalizar su boda de un año y un día con Alasdair, y Cora aún no había podido gestionar lo que esa boda le provocaba. Durante días, había culpado a Alasdair de ella, tratándolo aún peor que cuando todo saltó por los aires en el castillo y toda la familia descubriera que estaban así porque la buscaban a ella. Durante días, había escapado de la mirada de Alasdair, de su presencia… pero este siempre lograba encontrarla, como si la conociera mejor incluso que ella misma. Y eso lo odiaba.

Cora cerró un instante los ojos y, en el momento en el que los abrió, dio tal respingo que estuvo a punto de caer de la torre de no ser porque la férrea mano de Alasdair la atrapó a tiempo. No sabía cuándo había aparecido, ni siquiera si llevaba mucho tiempo detrás de ella y simplemente estaba esperando a que se cansara de estar allí, pero tampoco se atrevió a preguntarle.

Alasdair no la miraba en ese instante. Sus ojos azules como el cielo miraban hacia el frente, concretamente a esa comitiva que se acercaba al castillo y que estaba a punto de llegar al portón. El emblema de los Ross ondeaba con fuerza, por lo que no cabía duda de que su boda era inminente. Ya no había vuelta atrás.

—¿Cuándo vas a dejar de escapar de mí? —preguntó con voz oscura el guerrero, mirándola a ella por primera vez.

Cora lo encaró.

—Siempre lo haré, Alasdair. No quiero tu presencia cerca de mí, no quiero que me cuides cuando yo misma puedo hacerlo, no quiero que me vigiles, que me sigas o tan siquiera que me hables. Quiero estar sola. ¿Lo entiendes?

Alasdair frunció el ceño.

—Sí, lo entiendo. Pero las órdenes son otras.

—¡Las órdenes de mi hermano me importan una mierda! —exclamó la joven—. Ni siquiera me importa mi propia vida. Ojalá ese maldito laird me atrape de una vez por todas y me libere de la carga que llevo y de todo lo que siento.

—¿Tanto odias lo que sientes?

—¡Sí! Odio lo que siento, lo que he provocado y lo que he llegado a decir a ciertas personas a lo largo de mi vida.

Cora clavó su mirada en él con toda intención.

—Ojalá pudiera volver atrás para cambiar todo eso. Es una pena no saber quién está detrás de todo esto porque te juro por Dios que haría todo lo posible para acabar cuanto antes con la guerra.

Cora intentó marcharse, pero Alasdair la paró agarrándola del brazo.

—Nadie en este castillo permitiría que hicieras algo así.

—Soy libre para decidir sobre mi vida, Alasdair. Y ahora, vamos, tu futura esposa acaba de atravesar el portón. Estarás deseoso de conocerla…

Unos minutos después, toda la familia Chattan se encontraba en el patio para darle la bienvenida a Lottie Ross, la hija del laird, que prometió enviarla como muestra de su inocencia en la guerra.

Cora se encontraba en un extremo de la familia, ligeramente apartada y con gesto claramente contrariado por la presencia de esa joven en el castillo. En el centro de todo estaba Rowan, que esbozó una sonrisa entre amable y tensa. Saludó a la joven Lottie y le presentó a Gillian, su esposa. Después, señaló hacia su derecha, donde se encontraba Alasdair, igualmente

tenso, y los presentó.

El guerrero inclinó la cabeza a modo de saludo, pero la joven elevó una mano para que la tomara y la besara. Rápidamente, y sin perder su gesto serio, Alasdair depositó un beso en la base de la mano y le sonrió ligeramente.

Cora ni siquiera logró escuchar las primeras palabras que se dirigieron los futuros esposos, pues en su mente ideaba una y otra vez un plan diferente para acabar con la vida de esa joven que acababa de llegar y le provocaba auténtico asco.

—Y ella es mi hermana Cora.

La joven se sobresaltó al escuchar su nombre. Había estado tan metida en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que Rowan estaba presentando al resto de la familia. Lottie dirigió una mirada hacia ella y se acercó con una sonrisa amable en los labios, pero Cora se opuso a devolvérsela a pesar de la mirada de advertencia de su madre.

La escudriñó de arriba abajo y no pudo evitar rechinar los dientes ante la belleza de la joven hija del laird Ross. Lottie era una mujer de cabello rubio rizado. Sus ojos azules eran muy bonitos, casi mágicos, vividores y curiosos. Su esbelta y femenina figura resaltaba bajo un precioso vestido de color violeta. Era de estatura más baja que Cora, por lo que esta tuvo mirar ligeramente hacia abajo, y en ningún momento le devolvió la sonrisa.

—Es un placer conocerte, Cora. Espero que durante el tiempo que esté en el castillo podamos hacer amistad ahora que nuestros clanes son aliados.

La aludida tragó saliva y estuvo a punto de espetarle algo grosero, pero una mirada de advertencia de Rowan la obligó a tragarse el insulto y encogerse de hombros.

—No lo creo, pero el tiempo lo dirá.

La vio fruncir ligeramente el ceño, sin comprender el porqué de sus palabras, pero Lottie acabó sonriendo amablemente y se giró de nuevo hacia el que sería su esposo.

—No sé qué habló mi padre con vosotros, pero cuando me dijo que debía venir hasta aquí para casarme con uno de los guerreros del clan Chattan, le pedí que no fuera de forma inmediata. Me parece demasiado precipitado hacer algo así sin antes conocernos.

Alasdair asintió con amabilidad.

—Opino lo mismo.

Rowan accedió igualmente y llamó su atención.

—Estamos de acuerdo en eso, muchacha. Además, uno de mis hermanos está fuera y le gustaría acudir a la boda, así que esperaremos hasta que regrese junto con su esposa.

Las cejas de Lottie se elevaron elegantemente.

—¿Hay un hermano más?

Gillian asintió y la tomó de las manos con amabilidad.

—Sí, pero ha salido a hacer un trabajo para el clan. Entremos dentro y hablemos sobre cómo están las cosas. Los hombres de tu padre pueden tomar algo antes de marcharse.

Lottie asintió y toda la familia penetró en el castillo. Antes de poner un pie en el interior, la recién llegada dirigió una mirada hacia Cora, que clavaba su mirada en ella. Lottie se la devolvió sin comprender y siguió a Gillian cuando esta la tomó del brazo con amabilidad.

Cora intentó marcharse de allí, pero Amelia la agarró de la ropa y la giro hacia ella.

—Has sido muy descortés con la joven Ross.

Cora se encogió de hombros.

—Hasta hace unas semanas, todos éramos enemigos. No veo la diferencia entre un tiempo y otro…

—Va a ser la esposa de Alasdair. Él es como tu hermano.

—Ni me importa esa boda ni él es mi hermano, madre.

—Ha crecido con nosotros, Cora.

La joven resopló.

—Eso no lo convierte en mi hermano ni nada mío, madre.

—¿Por qué demonios lo odias tanto, hija?

Cora miró la espalda del guerrero, que caminaba hacia adelante junto con el resto del grupo, al lado de la que sería su mujer.

—Él no es nada para mí, madre. Acéptelo de una vez.

—Lo consideres o no, debemos ser amables con esa muchacha. Su padre

la ha enviado aquí, entre personas a las que hasta hace poco eran consideras enemigos. Tenemos que hacerle más agradable su estancia.

—Que se la haga su prometido. Yo no tengo nada que ver.

Cora intentó marcharse, pero su madre la agarró del brazo una vez más.

—Vas a venir al salón para hablar con ella y darle la bienvenida al clan. No puede vernos como enemigos, sino como aliados y su nueva familia.

La joven apretó los puños.

—Preferiría no ir, madre.

—A veces en la vida tenemos que hacer cosas que no nos gustan tan solo por el bien del clan…

Cora arrugó el rostro.

—Tiene razón, madre. Por el bien del clan, debería hacer ciertas cosas…

Amelia entornó los ojos, pues no llegó a comprender lo que quería decir su hija, sin embargo, calló al ver que la joven seguía al grupo para finalmente unirse a ellos en la bienvenida de Lottie Ross.

Minutos después, toda la familia se encontraba en uno de los salones más amplios del castillo arropando a recién llegada para que su estancia en el castillo fuera lo más armoniosa posible. Amelia se sentó al lado de Lottie y le tomó la mano con cariño.

—Y dinos, muchacha. ¿Cómo están las cosas por tu clan?

La joven se encogió de hombros.

—Bueno, no tan bien como nos gustaría a todos. Hay ataques cada dos días y han robado en muchas granjas de la frontera. No sé cómo va a sobrevivir esa gente el siguiente invierno… Supongo que mi padre deberá ayudarlos de alguna manera.

Amelia asintió y chasqueó la lengua.

—Todos estamos igual, me temo. Hace poco mataron al padre de Gillian y Jacob MacBean casó a su guerrera con mi Sloan.

—¿Ese es el hermano que falta?

Rowan asintió y se sentó frente a ella.

—Sí. Y supongo que, ahora que vas a formar parte de nuestro clan, podemos contarte algo.

Cora resopló y negó con la cabeza.

—¿De verdad, hermano? Acaba de llegar y ya le vais a contar algo que debería ser más secreto.

Rowan la miró de reojo.

—Con Morag no tuviste problema alguno para contárselo al día siguiente de casarse con Sloan.

—Estaba claro que ella no tenía nada que ver con todo esto.

—¿Y ella sí? —preguntó Alasdair señalando a Lottie, que los miraba sin comprender.

—No quiero ser la causante de problemas en la familia —terció la joven.

—No pasa nada —respondió Alasdair—. Cora tiene un carácter especial y difícil.

La joven apretó los puños y se mantuvo callada mientras miraba por la ventana. No le parecía bien que alguien completamente nuevo en el clan supiera que la buscaban a ella. Y menos la futura esposa de Alasdair, a la que acababa de firmarle la guerra por casarse con él.

Escuchó el suspiro de Kester cerca de ella y levantó la mirada hacia él. Este le hizo un gesto con los hombros, preocupado por su enfado, pero la joven se limitó a negar con la cabeza. Rápidamente, este se puso a su lado y apretó suavemente su mano para calmarla.

—Estoy contigo, hermana —le susurró sin apenas mover los labios.

Cora asintió y le dedicó una suave sonrisa mientras los demás le contaban a Lottie la situación en el clan.

—Entonces, ¿buscan a tu hermana?

Cora giró la cabeza ligeramente y la miró por encima del hombro, pero se mantuvo callada.

—Sí, y mi hermano Sloan y su esposa, Morag, han ido a tierras Gunn para intentar averiguar si ellos tienen algo que ver en todo esto.

El rostro de la joven estaba sorprendido.

—Vaya… Me habéis dejado sin palabras. Nunca hemos pensado que todo esto se debía a una sola persona.

—Te equivocas, Lottie Ross —dijo Cora, interviniendo—. No se trata solo de una persona, sino de dos: una de ellas soy yo, por supuesto. Y la

otra es un puto gilipollas sin juicio alguno que se cree con la suficiente capacidad para atraparme.

La hija del laird Ross acabó sonriendo.

—Me parece muy valiente por tu parte asumir el problema de esa manera. Te admiro por ello, Cora.

La aludida desvió la mirada y suspiró largamente. Sin lugar a dudas, la presencia de la futura esposa de Alasdair en el castillo iba a ponerla nerviosa y la sacaría de quicio, pues no estaba dispuesta a aceptar su amabilidad. La odiaba por lo que representaba y por lo que estaba a punto de convertirse.

Y a partir de ese momento, Cora se obligó a abstraerse de la conversación, pues no podía aguantar por más tiempo el agujero que se estaba agrandando en su corazón. El peso de su espalda aumentaba y sentía que no podría con él por más tiempo. Necesitaba hacer algo no solo por su clan, como su madre le había dicho, sino por ella misma. Estaba cansada de ver cómo los demás hacían cosas por salvarla mientras que ella estaba obligada a mantenerse encerrada entre cuatro paredes. Esperaba descubrir pronto la identidad del culpable, y cuando lo hiciera, tomaría las riendas de su propia vida, independientemente de lo que los demás quisieran hacer con ella.

CAPÍTULO 19

Morag caminaba de un lado a otro del pasillo con nerviosismo. La tensión se mascaba en el ambiente y era incapaz de mantenerse parada en el sitio. Ahora que se encontraba sin ataduras en sus muñecas, la joven mantenía los brazos en jarras, indicando claramente que su carácter en ese instante no era el mejor que se podía esperar de ella.

En medio del pasillo, y apoyado contra la pared, Uriel la observaba con el ceño fruncido y a duras penas conteniendo su mal humor. Nada tenía que ver con la mirada que le había dedicado antes de que la joven abandonara el castillo para escapar de allí.

De igual manera, Morag tampoco lo observaba de la misma forma. Había pasado de ser un objetivo con el que llevarse bien a ser un potencial enemigo, porque estaba segura de que ningún hombre deseaba que lo engañaran de la misma manera que ella había empleado para engañarlo a él. Pero ya no le importaba. Estaba segura de que iban a morir ese día en el castillo Gunn por espionaje, aunque el hecho de que le hubieran quitado la cuerda de las muñecas le indicaba que tal vez las cosas tomarían un rumbo que aún desconocía.

Sloan aún seguía dentro del despacho del laird Gunn y desde allí no se escuchaba absolutamente nada, por lo que no sabía qué demonios estaban hablando dentro para tardar tanto en salir y darles un veredicto.

En un momento dado, Morag se giró para seguir paseando y su mirada se cruzó con la de Uriel, que frunció el ceño aún más.

—¿Me vas a decir ya lo que piensas o vas a seguir mirándome como si quisieras consumirme?

—La verdad es que me gustaría consumirte por completo. En eso llevas razón —le respondió el guerrero Gunn—. Pero hay algo que aún me carcome por dentro y es el hecho de haberme dejado engañar por una zorra como tú.

Los pies de Morag pararon en seco y clavó su mirada en él. Poco a poco, una sonrisa se dibujó en sus labios, hasta que sus dientes asomaron entre sus labios.

—Así que lo que más te duele es que una mujer haya podido engañarte… Debe de ser muy doloroso para el ego masculino. ¿Vas a llorar?

Uriel apretó los puños y rechinó los dientes. Intentó hacerla dudar con la mirada, pero el rostro de Morag se veía tan seguro de sí mismo que fue imposible penetrar en su coraza para hacerle daño.

—El laird debería ahorcaros en medio del patio por lo que habéis hecho.

—Y dime, Uriel Gunn, ¿qué te jode más, el hecho de que Sloan y yo tengamos los cojones más gordos que todos vosotros juntos o que hayamos logrado burlar vuestra seguridad para entrar en vuestro castillo? Lo primero, ¿verdad?

Uriel se separó de la pared y se dirigió directamente a ella. Morag se quedó parada en el sitio y lo vio levantar las manos para aferrarla de la camisa. La joven se quedó quieta, con el mentón elevado y a la espera de un golpe que realmente no llegó.

—No tientes a la suerte, MacBean. Ya has burlado a la muerte al no morir tras tirarte por el terraplén. Puede que la fortuna te dé la espalda y acabes muerta con el cuello cortado en medio de este pasillo. Y te aseguro que nadie te echará de menos.

Morag sabía que tenía razón en sus últimas palabras, ya que se encontraba sola en el mundo, sin embargo, sonrió para que este no viera el efecto que habían tenido en ella.

—¿Sabes lo que ocurriría después? Con la suerte de tu lado, tu laird no te iba a matar por lo que acababas de hacer. Sin embargo, como tú dices, la fortuna te daría la espalda porque ese mismo laird te lanzaría contra los MacBean y los Chattan por haberlos traído a las puertas del castillo para declararos la guerra. No conozco mucho a los Chattan, pero te aseguro que los MacBean te despellejarían vivo lentamente. Desearías volver atrás en el tiempo y, en lugar de cortarme el cuello, disfrutar de las vistas de mi trasero porque es lo único hermoso que vas a tener frente a ti durante mucho tiempo…

Con gesto iracundo, Uriel la soltó y regresó junto a la pared para apoyarse contra ella. En ese preciso instante, la puerta del despacho de Luke Gunn se abrió de golpe. La joven no pudo evitar dar un respingo, pues Sloan la había abierto con tanto ímpetu que esta se chocó contra la pared y volvió a cerrarse sola a su espalda.

Morag lo miró con la duda reflejada en sus ojos, pero no tuvo tiempo para preguntar qué demonios estaba pasando. Vio que Sloan se acercaba a

grandes zancadas hacia ella y la agarraba del brazo con firmeza. La giró hacia el otro lado del pasillo y ambos comenzaron a caminar hacia la salida de la fortaleza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Morag en un susurro.

Sloan apenas la miró de soslayo.

—Sigue caminando y no mires atrás —sentenció con voz firme y oscura.

Morag frunció el ceño. No entendía qué demonios estaba pasando para que Sloan saliera de esa manera del despacho de Luke Gunn y para que caminaran hacia la salida del castillo sin que nadie se opusiera a ello. Cuando el viento volvió a rozarle el rostro, Morag respiró hondo. Necesitaba calmarse de alguna manera, pero sabía que no podría conseguirlo hasta que supiera de una vez por todas qué estaba ocurriendo.

Sin soltarla, Sloan la llevó hacia adelante, hacia el centro del patio, donde había un par de guerreros del clan que los miraron de forma extraña. Morag vio cómo se llevaban las manos a la empuñadura de las espadas y temió que fueran a ser atacados a pesar de que ellos no les habían hecho nada en ese momento.

Al llegar a ellos, Morag no supo qué decir, pero vio cómo Sloan sacaba una misiva del *sporran* y se la entregaba a uno de ellos.

—Vuestro laird nos ha dado la libertad, así que tenéis que entregarnos un par de caballos para salir de vuestras tierras.

La joven miró a Sloan con los ojos muy abiertos y en completo silencio. No quería decir nada que pudiera entorpecer lo que el guerrero había conseguido, por lo que se juró que esperaría a saber la verdad cuando estuvieran bien lejos de ese castillo.

Su corazón se aceleró al darse cuenta de que no serían ajusticiados y se preguntó cómo demonios había conseguido Sloan que les perdonaran la vida a pesar de lo que habían hecho.

Los guerreros del clan Gunn leyeron la misiva y los miraron alternativamente. Finalmente, asintieron y silbaron para que el mozo de cuadras los escuchara. Le ordenaron que preparara dos caballos y se los entregaran a Sloan y Morag, que tuvieron que esperar pacientemente en medio del patio mientras a su alrededor seguía llegando gente para visitar el mercado que había en un extremo.

Morag no dejaba de dirigirle miradas a Sloan. Intentó descifrar el motivo de la expresión iracunda de su rostro, pero el guerrero era un hombre tan hermético que no pudo adivinar absolutamente nada. La joven tragó saliva con fuerza. Se sentía incómoda mientras a su alrededor la vida parecía seguir como si ellos no hubieran entrado allí con engaños. Tenía la impresión de que iban a ser atacados en cualquier momento, y cuando su paciencia estaba llegando a su fin, el mozo de cuadras apareció con los dos caballos.

—Supongo que uno de ellos lo reconocerás, Chattan. Es el tuyo, que ha atravesado el portón a punto de desbocarse.

Sloan se mostró ligeramente sorprendido, aunque rápidamente cambió la expresión de su rostro nuevamente. Sin perder la tensión en su espalda, ambos montaron sobre los caballos y comenzaron a galopar fuera de la muralla del castillo. Hacía una hora habían entrado con las manos atadas, cansados, doloridos y con la seguridad de una muerte cercana por espionaje. Ahora, salían casi triunfales del castillo, a caballo y sin ser perseguidos por los Gunn.

—¿Se puede saber qué está pasando para que los Gunn nos dejen marchar así como así?

—¿Preferirías morir? —preguntó Sloan.

Morag frunció el ceño y miró un segundo hacia atrás para comprobar que ya habían perdido de vista el castillo. Sloan había tomado la iniciativa e instaba a su caballo con tanto ahínco que la cabeza de Morag se llenaba de preguntas que deseaba que fueran respondidas cuanto antes.

—¡No! Pero es que no entiendo qué ha llevado al laird Gunn a dejarnos marchar. ¿Qué le has dicho?

—¡Nada! —exclamó Sloan desde su caballo.

Morag lo miró con una ceja enarcada. Claramente, no creía lo que le acababa de decir, por lo que clavó las espuelas en el animal para ponerse a su altura.

—Ya nos hemos alejado lo suficiente del castillo.

—¡No! Debemos dejar estas tierras cuanto antes.

Morag resopló.

—Oh, por favor, Sloan. Solo será un instante. ¿Por qué no paras y

hablamos? ¿Qué ha pasado en el despacho para que estés así? ¿He hecho algo que te haya molestado?

La joven lo observó atentamente. Vio cómo su espalda estaba totalmente rígida por la tensión, sus hombros cuadrados, su mentón elevado y sus labios apenas formaban una fina línea. Desconocía qué estaba pasando para que el guerrero no pudiera celebrar que habían escapado finalmente de una muerte segura dentro de los muros de los Gunn.

—Tenemos que salir cuanto antes de estas tierras o moriremos. Tenemos una hora de ventaja.

—¿Qué? ¿Nos van a cazar?

—¡Exacto!

Morag miró de nuevo hacia atrás y descubrió que en pocos minutos habían tomado mucha ventaja respecto a los Gunn. No obstante, algo en su interior le decía que ese no era el único motivo que había llevado a Sloan a comportarse así. Por ello, en ese instante se dijo que lo mejor era ceder para escapar cuanto antes de las tierras Gunn. Pero en el momento en el que cruzaran la frontera, su esposo no escaparía de sus preguntas.

Sloan se había sumido en un completo silencio durante el camino de regreso a las tierras Chattan. Apenas le había dirigido la palabra mientras escapaban de las tierras de sus enemigos, algo que Morag dejó pasar en ese instante de tensión. Sloan ni siquiera se había detenido a descansar o comer, temeroso de que los Gunn conocieran atajos por lo que cazarlos antes de que estuvieran fuera de su alcance. Por ello, en el momento en el que cruzaron la frontera y pisaron tierras Chattan, ambos suspiraron de alivio y Sloan siguió adelante como si nada hubiera pasado. Pero Morag no había olvidado la infinidad de preguntas que tenía en su mente. Por lo que azuzó a su caballo y se colocó delante de Sloan, cortándole el paso.

El guerrero tiró rápidamente de las riendas, provocando que el caballo se apoyara únicamente en sus patas traseras y amenazara con tirarlo, pero logró estabilizarse y miró con rabia a Morag.

—¿Se puede saber por qué has hecho eso?

—Porque aún no me has explicado qué ha pasado en ese despacho. Y creo que merezco saberlo.

Sloan entornó los ojos y Morag vio cómo apretaba las riendas del caballo con tanta fuerza que estaba segura de que se había hecho daño en las manos.

—No hay nada que contar.

—Mentiroso… —le espetó la joven—. ¿Por qué no me lo quieres decir?

—Tenemos que seguir —intentó desviar Sloan.

Morag volvió a interponerse en su camino y desmontó del caballo.

—No pienso moverme de aquí sin saber antes qué ha pasado en el despacho de Gunn para que salieras así de él y me sacaras casi a rastras.

Sloan rugió de rabia y desmontó de un salto, acercándose a ella después.

—¿De verdad quieres saber qué ha pasado? —preguntó elevando el tono de voz.

—¡Sí! —exclamó la joven con firmeza.

Sloan rechinó tanto los dientes que la joven lo escuchó con claridad.

—Luke Gunn quería quedarse contigo.

La expresión de Morag se tornó tensa y ligeramente pálida. Su rostro cambió por completo y, durante unos instantes, la joven se quedó sin palabras. Tenía la impresión de que su garganta se había secado de golpe, impidiéndole reaccionar con la premura que solía hacerlo en otras ocasiones.

Morag dio un paso atrás, como si Sloan la hubiera golpeado. Necesitaba tomar una pequeña distancia para mirar bien al guerrero e intentar adivinar si esas palabras eran reales.

—¿Cómo dices?

—Querías escuchar lo que había pasado, ¿no?

Morag tragó saliva y se obligó a serenarse. De nada le valía perder el control de la situación en un momento tan clave para ellos. Por ese motivo, la joven respiró hondo y se calmó poco a poco.

—¿Por qué quería eso? ¿Acaso no tiene buenos guerreros en sus filas?

Sloan apretó los puños y suspiró, apartando la mirada de ella. El guerrero se apartó de ella, provocando que la joven entendiera a la perfección sus verdaderas intenciones.

—No me quería como guerrera en sus filas, ¿verdad?

Sloan paró y se giró hacia ella con los brazos en jarras. Suspiró y negó con la cabeza.

—Lo que quería era hacerte suya y dejar que sus hombres… te violaran para hacerle pagar a los MacBean las muertes durante la guerra.

Morag sintió de nuevo ese mismo terror que hacía años que no había vuelto a sentir. Su respiración se aceleró y necesitó unos segundos para reponerse.

—Pero él sabe que tú y yo nos casamos…

—Sí, pero recuerda a la perfección que ninguno quería hacerlo. Pensaba que yo estaría dispuesto a dejarte allí tan solo para deshacerme de ti.

Morag clavó su mirada en Sloan y descubrió que este la miraba de forma penetrante.

—¿Y por qué no lo has hecho?

Sloan se acercó lentamente a ella, hasta quedarse a solo unos centímetros de la joven.

—Porque eres mi esposa, Morag. Y porque no pienso dejar que nadie más te haga daño ni mancille tu cuerpo y tu alma. Tal vez ninguno quería casarse y habría dejado que me cortaran un brazo antes que hacerlo, pero soy un hombre que se toma muy en serio sus juramentos y hace semanas hice uno en relación a ti. Mi deber es protegerte y hacerte sentir que todo está bien, aunque todo a nuestro alrededor esté quemándose. Y no me digas que tú sola puedes protegerte porque ya sé que tú puedes conseguirlo. No dudo de ti ni de tus cualidades, pero déjame ser la espada que te protege mientras tú miras hacia otro lado, Morag.

Sloan tragó saliva.

—Sé que no necesitas a nadie que te defienda, tan solo pretendo que este matrimonio no sea un infierno. Además, tú me escuchaste cuando… te conté lo de Craig. Eres la única que ha entendido mi dolor mejor que nadie. No podía dejar que ese desgraciado de Gunn se quedara contigo.

Morag boqueó varias veces sin llegar a decir nada, pues sentía que se había quedado sin palabras una vez más. Era la primera vez que alguien como Sloan, que la había odiado hasta la saciedad, se atrevía a defenderla y a dar la cara por ella, para protegerla de un destino que podría haberse

convertido en algo parecido a lo que ya vivió años atrás. Había salido de un infierno para tal vez meterse en otro. Y tan solo había logrado escapar de él gracias a Sloan. Jamás pensó que él la defendiera de esa manera. Ahora que entendía lo que había pasado, recordó la mirada de odio con la que Sloan salió del despacho de Luke Gunn. Había sido algo demasiado oscuro, abrumador y escalofriante. Ella pensaba que lo que había sucedido dentro de ahí era algo completamente diferente, pero ahora que sabía la verdad no podía dejar de temblar. Temblar ante el destino del que había escapado y ante lo que Sloan había hecho por ella.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, Morag acortó la poca distancia que los separaba y se lanzó a sus brazos. En el rostro de Sloan se dibujó una expresión de sorpresa que no logró ver bien, pues unió sus labios a los del guerrero, que la recibieron con esa misma sorpresa. Durante un instante, las manos de Sloan se quedaron fuera del cuerpo de Morag, pero rápidamente la rodearon con fuerza, acercándola a él. Dejó que fuera ella la que decidiera sobre ese beso, y se sorprendió al ver cómo rápidamente la joven profundizaba el mismo y jugaba con su lengua como si ese simple movimiento lo hubiera estado haciendo durante toda su vida.

Instantes después, se separó ligeramente y lo miró a los ojos.

—¿Qué haces? —preguntó Sloan, aún sorprendido.

—Besarte —fue su respuesta.

Durante unos segundos, ambos se retaron con la mirada, hasta que el propio Sloan apretó su cintura contra él y la atrajo con seguridad y fiereza. Los labios de ambos volvieron a chocar entre ellos, provocando una danza que parecía asemejarse a la lucha que tuvieron días atrás junto al lago del castillo Chattan. Como dos buenos guerreros, dejaron que sus lenguas tomaran la iniciativa y se dejaran sumir en una pelea de egos en la que ninguna quería ser la perdedora. Al contrario, querían demostrarse quién era cada una.

Morag gimió de placer cuando los dedos de Sloan se clavaron en su cadera, atrayéndola más hacia él y haciéndola sentir su palpitante miembro, que había despertado de su letargo para reclamarla como suya.

Y a pesar de que se encontraban en medio de un prado en el que alguien podía verlos con total claridad, a ninguno le importó que comerciantes o viajeros cruzaran por la zona mientras ellos se dejaban llevar por la pasión.

La propia Morag tomó la iniciativa en ese instante y comenzó a desvestirse, tirando a un lado la ropa, como si no le importara encontrarla de nuevo. Al mismo tiempo, Sloan la imitó, pero tendió el manto en el suelo después de desnudarse. Tras eso, alargó la mano y atrajo a la joven hacia él para besarla de nuevo. No fue un beso casto, puro, fue uno en el que se reflejaron toda la cantidad de sentimientos que habían sentido el uno por el otro desde que se habían conocido. Fue un beso cargado de pasión, odio, rabia, rencor, miedo… Una intensa mezcla de sentimientos que los envolvió en un poderoso fuego del que eran incapaces de salir, a menos que dieran rienda suelta al deseo que les recorría el cuerpo en ese instante.

En ese beso y esas caricias, salidas desde lo más profundo de sus entrañas, quedaban claramente reflejadas las intenciones de ambos. La primera vez que se habían entregado el uno al otro parecía haber más tiempo para las caricias amorosas, más lentas… Pero en ese instante solo había cabida para la pasión y la intensidad que ambos poseían en su carácter.

Morag gimió cuando las manos de Sloan descendieron por su trasero para aferrarse a él y levantarla del suelo. Rápidamente, la joven rodeó la cadera del guerrero con ellas y suspiró de placer cuando este se dejó caer de rodillas sobre el manto. En ese instante, no había momento para la delicadeza. Era un momento en el que debían sacar de sus corazones todo el sentimiento tan salvaje que habían acumulado durante semanas. Y ninguno estaba dispuesto a ceder.

Morag suspiró cuando Sloan la dejó caer contra el manto y descendió para besarle los pechos. Los acunó con firmeza, aunque también con sumo cuidado para evitar hacerle daño. Deseaba hacerla suya. Suya. Solo suya. Que nadie más tuviera el deseo o la intención de arrebatarle a Morag, pues, si se atrevía a hacerlo, quemaría aldeas y el país entero tan solo para traerla de vuelta a sus brazos. Era suya. Esa increíble mujer, especial, salvaje y atrevida era su esposa.

Una mano libre del guerrero descendió por la piel desnuda de Morag, acariciándola, clavando con suavidad sus uñas, hasta que, finalmente, atrapó la tela de sus pantalones y casi se los arrancó para dejarla completamente desnuda.

Sin perder tiempo, Sloan la besó en los labios. Morag se aferró con fuerza a sus hombros y lo acarició con desesperación. Había sentido tantas cosas

en un espacio de tiempo tan corto que necesitaba sacarlo de sí. Por ello, la joven abrió sus piernas para recibirlo.

Ambos gimieron con la primera estocada. Ninguno quería ir despacio, pararse a sentir, a hacer disfrutar al otro… Querían dejarse llevar por el sentimiento salvaje de su cuerpo y, en cuestión de segundos, el vaivén de sus cuerpos y sus gemidos eran los únicos que rompían el silencio que había a su alrededor. Ni siquiera sus caballos se acercaron o se movieron de sus lugares.

Los cuerpos de ambos estaban a punto de comenzar a arder. Sloan sentía que por su espalda corrían una gota de sudor que rápidamente se mezcló con el de Morag. El rostro teñido de rojo de la joven le indicaba que estaba a punto de perder el control. La joven se arqueaba contra él de tal manera que provocaban que su placer aumentara. Los puños de Sloan apretaron con fuerza el manto, estrujándolo entre ellos, mientras el guerrero rugía de rabia al tiempo que la penetraba con fuerza. Sus labios buscaron la base de su cuello, que no pudo evitar morder hasta hacerla gemir.

Y cuando un intenso escalofrío recorrió su cuerpo, al tiempo que el temblor se extendía por cada músculo, Sloan sabía que estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Como si lo hubiera sentido, Morag acabó aferrándose a él con fuerza, dejándose ir mientras un poderoso placer la recorría de arriba abajo. Al ver su rostro impregnado por el calor y sus besos, Sloan se dejó ir también y se derramó en su interior con un rugido que provocó que los pájaros más cercanos salieran despavoridos de sus nidos, al tiempo que un fuerte temblor asolaba su cuerpo.

En ese instante, ambos se miraron a los ojos y, sin lugar a dudas, supieron que estaban metidos en un buen lío del que sería muy complicado salir.

CAPÍTULO 20

El momento de la llegada al clan Chattan fue tan extraño que ninguno supo cómo encajarlo. Después de haberse entregado el uno al otro sin reservas y casi sin miramientos, Sloan y Morag no habían sabido cómo actuar con el otro para evitar que su orgullo los llevara a la vergüenza más extrema.

Habían recorrido el poco camino que les quedaba casi en silencio, aunque hablando demasiado con la mirada. Sus ojos no dejaban de encontrarse para después mirarse casi con recelo ante los sentimientos que había en su interior. No querían reconocerlo, pero en el momento de su unión habían aparecido sentimientos que desconocían, que no sabían cómo se llamaban ni cómo debían integrarlos.

Y, aunque ninguno quería reconocerlo, ambos estaban totalmente asustados, pero jamás aceptarían algo así debido a que sus orgullos se lo impedirían. Por ello, los pocos temas de conversación fueron los Gunn y lo que aún les quedaba por delante para descubrir al verdadero culpable de esa guerra.

Y en el instante en el que el castillo Chattan apareció entre la bruma de ese día, tanto Sloan como Morag estuvieron a punto de lanzar un suspiro de alivio, pero no porque entraban en terreno protegido, sino porque tendrían la oportunidad de alejarse unas horas el uno del otro y así volver a poner en orden sus pensamientos.

Arran, que se encontraba en la muralla, les dirigió una sonrisa y una mirada cargada de intenciones, aunque acabó quedándose en silencio tras ver la mirada de advertencia de Sloan. Los dos cruzaron el portón y se dirigieron hacia las caballerizas, donde le entregaron las riendas al mozo de cuadras.

—Te fuiste con un caballo marrón y vuelves con uno negro, cuñada…

Morag se volvió hacia Arran y chasqueó la lengua.

—Me he tenido que despedir del mío demasiado pronto. Y, para colmo, este tiene sangre Gunn.

—¿Lo habéis robado?

Sloan negó con la cabeza.

—Nos lo ha dado el mismísimo laird.

El gesto sorprendido de Arran estuvo a punto de sacarle una sonrisa a Morag. Sin embargo, estaba tan cansada y había vivido tantos sentimientos en tan poco tiempo que prefirió quedarse callada.

—Tenemos que hablar con Rowan —dijo Sloan—. ¿Sabes dónde está?

—Lo encontraréis en su despacho. Os acompaño. No me pierdo esta conversación por nada del mundo…

Los tres entraron en la fortaleza y Morag no pudo evitar lanzar un suspiro de alivio al sentir el calor que manaba de las paredes de este. El día había ido empeorando a medida que se acercaban a su destino, provocando que una intensa niebla surcara las tierras Chattan y les impidiera ver con claridad el camino. Esa misma niebla había provocado que sus ropas se mojaran ligeramente y pegaran a su piel, por lo que la joven estaba realmente helada, aunque hasta ese instante no había sido consciente de ello.

En el momento en el que entraron el despacho del laird, ambos se mantuvieron en pie a pesar de que Rowan les indicó que se sentaran.

—¿Por qué siempre preferís quedaros de pie? —preguntó Arran dejándose caer sobre una silla.

Sloan arqueó una ceja y miró a su hermano.

—Porque ahora mismo tenemos el trasero adormecido después de cabalgar desde las tierras Gunn huyendo para evitar ser cazados por ellos.

Rowan frunció el ceño y se levantó de su asiento, rodeó la mesa y se apoyó en ella con la mirada puesta en ellos.

—¿Os han descubierto?

Sloan asintió.

—Sí, pero puedes estar tranquilo. No nos van a declarar la guerra.

Arran silbó, sorprendido, mientras que Rowan los miró sin comprender.

—Si me hicierais un resumen de lo que ha pasado, os lo agradecería…

Sloan miró a Morag, que tomó entonces la palabra.

—Llegamos sin problemas a tierras Gunn, logré penetrar en el castillo con facilidad y pululé libremente por él durante un día. Busqué pruebas en todas las habitaciones, salones, dormitorios… todo, pero no encontré nada

hasta que llegué al despacho, donde, por cierto, casi nos descubren…

Sloan no pudo evitar esbozar una sonrisa, que provocó aún más sorpresa en Arran que creía recordar que era la primera vez que lo veía torcer ligeramente los labios para dibujar una.

—Yo pude entrar gracias a unos mercaderes porque justo al día siguiente habría un mercadillo en el patio. A medianoche, entré en el castillo y fui directo al despacho. Allí estaba Morag, pero yo no lo sabía, y estuvo a punto de clavarme la daga.

—Qué raro, con lo que parece que te quiere… —dijo Arran con tono irónico.

Morag lo miró con gesto iracundo, pero tomó la palabra llevando sus ojos después a Rowan.

—Buscamos en su mesa algún papel que lo incriminara, pero encontramos algo mejor.

—Una carta que le escribió al laird Comyn y no llegó a enviar por su muerte —siguió Sloan.

Rowan arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Al padre de Gillian?

—¿Conoces a otro? —lo cortó Morag.

Rowan la miró, pero la joven desvió sus ojos hacia el suelo.

—En esa carta, culpaba al laird MacBean porque no se creía que tuviera ese carácter tan sosegado. Al parecer, no éramos los únicos que dudábamos de todo esto.

—Pero mi laird no ha hecho nada —le aseguró Morag—. Eran cavilaciones de Gunn.

—¿Y en qué momento os regaló ese caballo? —preguntó Arran, provocando que Rowan lo mirara sin comprender.

Sloan suspiró y ladeó la cabeza.

—Bueno, al parecer, Luke Gunn es más listo de lo que pensábamos. Se cruzó con Morag y logró reconocerla.

—Me dijo que mi cara le resultaba familiar, pero no logró adivinar mi identidad hasta que yo ya me había escapado del castillo. Mientras Sloan seguía dentro, dieron la voz de alarma, así que comenzaron a perseguirnos.

Al final nos dieron caza y nos llevaron al castillo de nuevo para ajusticiarnos.

—Sí, le explicamos al laird el motivo que nos había llevado allí, y me ha firmado un documento en el que jura ante Dios la inocencia del clan Gunn.

Rowan tomó entre sus manos el papel que Sloan acababa de sacar de su *sporran*.

—¿Y os dejó marchar así como así después de lo que habíais hecho?

Sloan y Morag se miraron entre sí, hasta que la joven agachó la mirada y el guerrero volvió a mirar a su hermano mayor.

—Quiso la mano de Cora, pero le mentí diciéndole que ya estaba prometida. Para mi sorpresa, se lo creyó. Y después quiso que… Morag se quedara allí con ellos.

—Todo el mundo te quiere en sus filas, ¿eh, MacBean?

Morag miró a Arran y frunció el ceño.

—No era para luchar, querido.

La sonrisa del guerrero se esfumó al instante.

—Lógicamente, me negué al instante —prosiguió Sloan—. Y en ese momento, Luke Gunn dijo que teníamos una hora de ventaja para salir de sus tierras o nos mataría sin miramientos.

Rowan se mantuvo callado unos instantes, meditando toda la información que acababa de recibir.

—Al menos, hemos estrechado el círculo en torno a los culpables. Solo nos quedan dos clanes, los Urqhart y los MacGillivray.

Sloan y Morag asintieron.

—¿Estáis dispuestos a hacer lo mismo en sus castillos?

—No hemos pensado nada aún.

Morag levantó la mirada hacia Rowan, que la sostuvo con el ceño fruncido.

—Yo sí he pensado algo mientras llegábamos al castillo.

Sloan la miró y entornó los ojos.

—Ya sé que me vas a decir que ahora mi laird eres tú y esas cosas, Rowan, pero mi deber es avisar a Jacob de que los Gunn tenían la mira

puesta sobre los MacBean y decirle que ellos no tienen nada que ver.

—Puedes enviarle una misiva…

Morag negó con la cabeza.

—No lo entiendes, Rowan. No voy a enviar una carta para que, tal vez, se pierda por el camino o no llegue a su destino y no puedan ponerse sobre aviso. Tengo que ir allí.

Sloan resopló y giró el cuerpo hacia ella.

—¿Has perdido el juicio? No puedes cabalgar hasta allí. Todos los caminos son peligrosos en la frontera.

Morag clavó la mirada en Sloan.

—Esta mañana te importó muy poco que estuviéramos en la frontera para…

La propia joven se sonrojó en ese momento, provocando que la atención de Rowan y Arran cayera sobre ella en ese momento. El propio Sloan sintió que perdía el color del rostro, pero apretó los puños para disimular.

—Mientras vosotros ideáis otro plan, yo puedo cabalgar hasta mis tierras para avisarlos.

Sloan frunció el ceño.

—¿Por qué tú sola? Puedo acompañarte.

—Estoy acostumbrada a recorrer mis tierras en soledad y nunca me han atacado. En la frontera de los Gunn no hemos tenido problemas ni hemos visto movimientos extraños que indicaran la presencia de mercenarios. Todo está tranquilo ahora. Además, los Urqhart y los MacGillivray no colindan por completo con mis tierras y conozco atajos.

Sloan negó con la cabeza y caminó alrededor del despacho con la tensión nuevamente reflejada en su espalda.

—¿Por qué no me dejas que te acompañe? Soy tu esposo.

—Y yo siempre he sido una mujer libre que toma sus propias decisiones. Eres mi esposo, sí, y durante este año te guardaré fidelidad y caminaremos juntos en muchas ocasiones, pero también merezco un espacio para mí. No estoy acostumbrada a pasar tanto tiempo acompañada, y creo que tú mismo sabes de lo que hablo…

Sloan renegó entre dientes antes de mirar a Rowan.

—Qué él decida.

Morag observó a Rowan y estuvo a punto de gruñir al pensar que el laird Chattan estaría en contra de su viaje a sus tierras. Sin embargo, se sorprendió al ver que asentía.

—Creo que, después de haber demostrado tu competencia en estos menesteres y habernos ayudado a descubrir información sobre los Gunn, mereces un respiro.

Morag asintió, pero Sloan rápidamente se puso a la defensiva.

—Rowan…

—Ella tiene razón. A mi modo de ver las cosas, yo también le pondría protección y, si fuera mi esposa, pondría el grito en el cielo como tú. Pero después de cómo se han dado las circunstancias de vuestro matrimonio, no está de más hacerle este regalo.

Morag lo miró con una sonrisa.

—Tardaré un par de días en volver. ¿Me echarás de menos?

Sloan la miró de reojo y rechinó los dientes.

—Creo que voy a hacer la fiesta más impresionante que jamás se haya visto en este castillo.

La joven lanzó una carcajada y, a pesar del enfado que el guerrero sentía, acabó esbozando una sonrisa tensa.

—Yo tengo una pregunta sobre vosotros dos —los cortó Arran.

Pero Sloan lo miró de forma penetrante antes de decirle:

—Si me vas a poner de mal humor, mejor cállate.

En respuesta, Arran lo miró con una amplia sonrisa. Los observó alternativamente y simplemente levantó las manos en señal de paz, pero en sus ojos se leía claramente lo que estaba pensando.

Con cierta incomodidad, Sloan desvió sus ojos hacia Morag, que agachó la mirada. De repente, el ambiente en el despacho se había cargado demasiado y amenazaba con hacerles olvidar que estaban acompañados.

El guerrero carraspeó y apartó sus ojos de ella. No entendía por qué su relación con Morag se basaba en lanzarse pullas a cada rato y, justo un instante después, parecía cambiar por completo, convirtiéndose en una persona diferente y dejándolo embrujado por su increíble carácter.

Desde que se habían entregado el uno al otro después de atravesar la frontera con los Gunn, Sloan sentía algo extraño en su pecho, una sensación que no había experimentado nunca, pero que ponía a Morag en el centro de ella, como si se hubiera quedado pegada. Por algún extraño motivo, le costaba aceptar el hecho de ver que ella no quería incluirlo en su plan para ir al castillo MacBean a avisar a Jacob, pero tampoco quería atarla a él. Y, en ese instante, se dio cuenta de que Morag MacBean había calado demasiado hondo en su corazón, llegando a convertirse en el mayor problema de toda su existencia.

Un día después, y tras permitirse unas horas para descansar y asearse, Morag tenía todo preparado para volver, momentáneamente, a tierras MacBean. Cabalgaría sin descanso para llegar cuanto antes y, en cuanto hubiera informado a su laird sobre los avances, regresaría a las tierras Chattan para seguir con las averiguaciones.

Ese día, Morag se vistió a conciencia con su ropa más cómoda y preparó una alforja, la cual estaba colgando en ese instante del caballo que le habían dado los Gunn para escapar de sus tierras.

—Has provocado que la boda de Alasdair se aplace…

La voz de Cora interrumpió sus pensamientos, ya que se encontraba haciendo un mapa mental del recorrido para desviarse hacia atajos poco transitados que harían que su llegada al castillo de su laird se produjera antes de lo esperado por todos.

Morag se giró hacia ella y le dedicó una sonrisa después de bajar las manos y relajar los hombros.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que al novio no le importará esperar unos días más para casarse… Así conocerá mejor a la novia.

Cora sonrió con tristeza y acarició distraídamente el lomo del animal.

—De la misma forma, creo que Alasdair no es el único que se alegra del aplazamiento.

Cora la miró a los ojos y tragó saliva al tiempo que encogía sus hombros.

—Tengo la esperanza de que, cuando se casen, se vayan al palacete que tiene Alasdair, así no tendría que aguantarlos.

Morag se cruzó de brazos y miró a su alrededor para comprobar que

estaban solas.

—Mira, creo que eres la única Chattan que me cayó bien desde un primer momento. Y no lo digo porque me prestaras tu ropa. Eres una guerrera como yo, pero tengo la impresión de que, en lugar de volar y ser libre, hay unas cuerdas que te atan a algo.

—Que te estén buscando para matarte no te da libertad.

Morag sonrió.

—Pero tampoco te la quita, Cora —le dijo—. Tú no estás hecha para esperar las migajas de nadie. Tú eres una mujer fuerte que debe forjar su propio camino. Si tu padre te enseñó a luchar no fue para demostrarle a un guerrero lo que vales. Si él nunca ha sabido verlo, es su problema.

Cora tragó saliva ruidosamente.

—No quiero demostrarle nada a Alasdair.

—Esta de aquí, no quiere —le dijo señalándole la cabeza—. Pero este de aquí… es diferente.

Cuando Morag le señaló el corazón, Cora se puso nerviosa y dio un paso atrás, incómoda.

—Tranquila, no me voy a meter en tu vida ni pienso decirle nada a nadie. Tan solo intento ayudarte. Me pareces buena persona, Cora, pero sufres mucho en silencio por absolutamente todo. Y, por cierto, las muertes de todos los clanes no son culpa tuya.

La joven abrió los ojos desmesuradamente, pero no llegó a decir nada, ya que aparecieron de repente Rowan y Sloan, provocando que Cora se diera media vuelta y regresara por donde había venido.

—¿Debo pensar que ibas a marcharte sin decir nada? —preguntó el segundo.

Morag le sonrió.

—Jamás me iría sin despedirme de ti y recordarte que, para tu mala suerte, seguimos casados hasta dentro de muchos meses.

La noche anterior, y a pesar del cansancio, Sloan volvió a hacerla suya. Mientras ella se bañaba, el guerrero había aparecido en el dormitorio y la provocó de tal manera que salió de la bañera mojando todo a su alrededor para demostrarle que no le tenía miedo. Sin embargo, sí lo tenía, pero no a

él, sino a la sensación tan intensa y salvaje que sentía cuando estaba cerca de él.

A pesar de que durante días había odiado estar en ese castillo, Morag ahora tenía cierto recelo a marcharse, como si eso fuera una despedida para siempre. Y eso provocaba que su estómago se encogiera de miedo. ¿Por qué ahora tenía ese sentimiento de vacío al despedirse de él por tan solo un día? Sentía como si se marchara a la guerra y no volviera a verlo jamás. Le costaba horrores dejarlo atrás y, durante unos segundos, se dijo que debía dejarlo acompañarla. Sin embargo, nadie sabía que prefería hacer ese viaje sola únicamente para intentar arrancar de su pecho el sentimiento que sentía por él. Muchos días juntos, una misión que los había obligado a no separarse ni de noche ni de día, la unión de sus cuerpos en uno solo… Todo eso había provocado que Morag se agobiara como nunca y necesitara ese pequeño espacio de soledad.

Ni siquiera le parecía importante el hecho de avisar a Jacob sobre lo que habían descubierto de los Gunn. Al contrario, sabía que podía avisarlo por carta, tal y como Sloan había sugerido. Pero, si enviaban una carta, no podría alejarse de él durante un par de días para olvidarlo. Su mente había entrado en una especie de bucle del que no podía arrancar de cuajo al guerrero. Y sabía que eso le traería problemas y lágrimas.

Jamás iba a poner en palabras lo que sentía, y mucho menos le daría nombre a ese sentimiento que le provocaba escalofríos y mareos. No podía ser. Sloan era la horma de su zapato, pero no podía convertirlo en alguien indispensable para su vida, pues se separarían meses después y, arrancar de tu corazón a alguien después de eso era altamente peligroso.

—Pues espero que se lo recuerdes al hijo del laird…

Morag le sonrió.

—¿A Nathan? ¿Estás celoso?

—No, simplemente, me cae mal.

Morag asintió y miró a Rowan.

—Ten cuidado, muchacha. No te fíes de la tranquilidad que hay ahora en nuestras tierras. Los mercenarios parecen fantasmas. Aparecen y desaparecen con extrema facilidad sin que los veamos.

La joven asintió.

—Tranquilo. Tendré mil ojos a cada instante.

Rowan asintió y los dejó solos, provocando que la incomodidad entre ellos aumentara.

—Dime que esto no va a ser una despedida romántica.

Sloan sonrió de lado.

—Ni en tus sueños haría semejante estupidez. No quiero vomitar.

Morag le dio una palmada en el brazo.

—Entonces, me iré ya. No quiero perder tiempo y que me sorprenda la noche antes de llegar a mi destino o a alguna taberna.

—Espero que no te metas en líos…

Morag montó sobre el caballo.

—Nunca lo he hecho. Y, si lo hago, les diré que mi esposo es Sloan Chattan. Estoy segura de que, con la simple mención de tu nombre, saldrán corriendo en contra…

—Es una pena que Rowan me castigue por el hecho de darte unos azotes.

Morag se mordió el labio inferior.

—Es una pena que mi trasero te guste tanto que jamás tengas el valor de dármelos…

Cora recorrió el castillo para intentar escapar de la presencia de Lottie. Durante días, había logrado su objetivo, aunque la futura esposa de Alasdair nunca perdía la oportunidad de intentar entablar conversación con ella, como cuando se unían todos en el salón para las comidas.

En ese instante, y después de la extraña conversación con Morag, Cora necesitaba un instante para volver a serenarse. Se había exaltado y había provocado que su pecho amenazara con ahogarla, por lo que no quería cruzarse con nadie hasta que se hubiera recuperado.

Lo único bueno que había sacado de la presencia de Lottie en el castillo era que Alasdair tan solo la acompañaba en algunas horas del día, ya que se veía obligado a pasar tiempo con la hija del laird Ross para conocerla mejor antes de la boda. Y que Morag hubiera decidido irse, alargando la espera, en parte la había alegrado, aunque nunca lo reconocería.

Cora siguió caminando por los pasillos, alejándose de las zonas más

transitadas, hasta que, de repente, estuvo a punto de darse bruces contra la mujer que tenía en sus pensamientos. La joven alzó ambas cejas, sorprendida y dio un paso atrás cuando el cuerpo de Cora, que era más alta, estuvo a punto de empujarla contra la pared más cercana.

—Lo siento, no quería ponerme en tu camino —le dijo la joven.

Cora tragó saliva y se encogió de hombros, rodeándola para seguir su camino. Sin embargo, la futura esposa de Alasdair parecía tener ganas de hablar.

—A pesar del paso de los días, aún me pierdo por algunas estancias del castillo. Pretendía ir a las cocinas y he acabado en este pasillo.

Cora volvió a girarse hacia ella.

—Pues has estado a punto de meterte en las mazmorras.

—Ya, lo siento.

—No tienes que pedir perdón por despistarte.

—Tal vez te gustaría acompañarme a dar un paseo por el patio…

Cora la miró largamente.

—Vengo de ahí ahora mismo y no me apetece.

—¿Alasdair no tendría que estar ahora contigo?

La joven apretó los puños. Intentaba marcharse todo el tiempo, pero Lottie parecía querer seguir la conversación.

—Sabe que estoy dentro del castillo y que no tengo intención de salir. No hace falta que me honre con su presencia.

Lottie sonrió con amabilidad.

—Tengo la impresión de que os lleváis mal.

—Me alegra ver que su futura esposa es inteligente.

Cora intentó seguir, pero Lottie le puso una mano en el brazo.

—Yo no tengo nada contra ti, Cora. No quiero que tu mala relación con Alasdair provoque que nosotras nos llevemos mal.

La aludida frunció el ceño y se acercó un poco más a ella.

—No es tu matrimonio con Alasdair lo que provoca que sea fría contigo.

Lottie arqueó una ceja, sorprendida.

—¿Entonces?

—Es el hecho de que eres la hija de un hombre que ha matado a gente de mi clan en una batalla.

—Bueno, los Chattan también habéis matado a gente del clan Ross. Pero creo que hay que olvidar todo eso por el bien y la paz.

Cora dejó escapar una risa amarga.

—¿Hay que olvidar esas muertes? ¿Me estás diciendo que debería olvidar que mataron a mi padre en esa maldita batalla?

—Por lo que sé, fue un Comyn quien lo hizo, no un Ross. Y con Gillian tienes buena relación.

—Eso da igual.

—A mí no me da igual, Cora. Quiero que tengamos buena relación. Para mí no es cómodo encontrarme con hostilidades. ¿Crees que salté de alegría cuando mi padre regresó de la reunión y me dijo que me iba a casar con un hombre que no conocía y que, para colmo, era mi enemigo? No fue fácil aceptarlo. De hecho, por eso tardé en venir. Solo quiero que me entiendas. Sé que con Alasdair no tienes buena relación y no quiero saber el motivo. Solo deseo que me aceptes como una más de la familia.

Cora dudó un instante y se apartó de ella.

—Tal vez con el tiempo, Lottie.

La joven sonrió y asintió.

—Algo es algo… Me conformo con eso.

Cora vio cómo le sonreía antes de girarse y seguir su camino. Durante unos segundos, se quedó parada en el sitio. Su padre siempre le había dicho que, aunque fuera una guerrera, debía ser una persona amable, ya que sería eso lo que sus conocidos recordarían de ella. Pero con Lottie sentía que no podía. A pesar de que no la conocía, la culpaba de que Alasdair tuviera que casarse con ella. Y aunque sabía que realmente no era culpable de nada, no podía evitar sentirlo.

Con un suspiro, la joven se giró y siguió su camino. Después de ese pequeño encuentro, necesitaba estar sola aún más. Su mente bullía de pensamientos y tenía la impresión de que estaba a punto de perder el control de estos. Miró a su espalda y todo estaba en silencio, pero, aun así, tuvo la impresión de que unos ojos invisibles la seguían con la mirada.

CAPÍTULO 21

Hacía ya más de medio día que Morag había salido del castillo Chattan rumbo de nuevo a sus tierras. Durante todas esas horas había tenido tiempo para sí misma, para pensar en su vida actual, en su futuro, incluso en su pasado… Había logrado obtener de nuevo esa paz mental que había tenido antes de ir por primera vez a las reuniones de los clanes y cruzarse no solo con Sloan, que la había alterado desde el primer momento por lo increíblemente atractivo que lo había visto, sino también al hombre que hizo que su vida cambiara para siempre y jamás se hubiera vuelto a sentir segura. Y lo más irónico de todo era que esa seguridad la había sentido junto a Sloan a pesar de todo.

Morag respiró hondo y dejó escapar el aire lentamente. A pesar de que había querido hacer ese viaje para alejarse de Sloan y del ruido del castillo de los Chattan, sentía que no podía olvidarlo. Su mente regresaba una y otra vez a su esposo y a todo lo que el guerrero le hacía sentir. Ni siquiera ella era capaz de entender su relación con él: era curioso ver cómo pasaban de la incomodidad a la burla o al enfado en cuestión de segundos, como una maldita explosión de sentimientos que no podían controlar. Y sabía que a él también le pasaba. El orgullo de ambos los obligaba a mostrarse de una manera junto al otro, pero cuando dejaban caer ligeramente las murallas que había a su alrededor, los dos podían sentir algo diferente, más salvaje, más auténtico. Y eso la asustaba.

Morag sacudió la cabeza y siguió adelante. Espoleaba con fuerza al caballo para seguir adelante. No podía demorarse mucho en regresar, pues la vida de toda la gente de los clanes seguía en peligro mientras los Urqhart o los MacGillivray siguieran sueltos. Se preguntó una y otra vez cuál de los dos sería el culpable. En su mente, reconstruyó las imágenes que tenía de ellos de las reuniones que habían tenido y seguía sin cambiar su opinión sobre ellos: eran unos malditos asesinos despiadados.

La joven estuvo a punto de gruñir cuando escuchó el rugido de su estómago. No había comido nada en todo el día, por lo que su cuerpo reclamaba atención y comida. No había querido parar antes para comer algo para evitar retrasarse. Por ello, tiró suavemente de las riendas de su caballo para que fuera disminuyendo la velocidad.

En ese instante, un pequeño bosque se extendía a su alrededor. Esperó a

encontrar un claro en medio de este para parar y comer. Morag se salió del camino y desmontó justo al lado de unas piedras donde se sentaría minutos después. La joven estiró sus brazos por encima de su cabeza y desentumeció todo su cuerpo. Dejó escapar un gemido de placer cuando sintió que su cuerpo se relajaba ligeramente. Después, bajó los brazos y los movió de un lado a otro para descargarlos de tensión.

La soledad y el silencio que había a su alrededor la sosegó. Era algo que había estado buscando durante días en los que sentía que se había agobiado con la presencia de personas cerca de ella. No había podido ni siquiera relajarse por las noches, pues dormía acompañada, así que tenía la impresión de que había salido de su centro.

Morag se permitió unos segundos para respirar hondo el aire frío que traía el viento del norte. La espesa bruma de la mañana había desaparecido para dar paso a un brillante sol, aunque tenía la impresión de que olía a tierra mojada, por lo que estaba segura de que antes de que la noche llegara, caería una buena tormenta. En ese instante, no pudo evitar acordarse de Sloan y su miedo a las tormentas. Se preguntó si después de haberle contado la verdad había hecho desaparecer ese miedo, y se prometió que algún día le preguntaría.

Con paso firme, Morag se acercó de nuevo a su caballo y levantó las manos para sacar comida de la alforja. Sin embargo, en el momento en el que metía la mano en una de ellas, escuchó algo extraño a su espalda. La joven se quedó petrificada. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y mantuvo la mirada en el lomo del caballo mientras dejaba que sus oídos intentaran escuchar algo más.

Una parte de ella le decía que había sido algún animal que estuviera de paso, pero en el centro de su pecho sabía que no era un animal, sino que se trataba de algo más peligroso. Morag bajó las manos y desenvainó la espada al tiempo que se giraba hacia su espalda. Pero apenas tuvo tiempo para pensar en lo que estaba sucediendo cuando un fuerte pinchazo se sintió justo bajo sus costillas.

De su garganta escapó un gemido de dolor. La joven bajó su mirada y vio una flecha clavada en su cuerpo. El dolor se extendió rápidamente por todo su cuerpo, pero no estaba dispuesta a dejarse vencer con facilidad. La mano que sujetaba su espada tembló, por lo que la aferró con ambas manos. Se dijo que había soportado peores dolores cuando apenas era una niña, así que

para cuando los más de diez mercenarios salieron de entre los árboles, Morag ya estaba preparada para enfrentarlos. No obstante, jamás habría pensado que se trataban de tantos guerreros. Durante sus entrenamientos, había luchado con tres hombres, como mucho, no contra diez y con una flecha clavada en el costado.

Morag dio un paso al frente y gimió de dolor cuando su cuerpo protestó.

—¿Quién demonios os envía?

La joven vio sonreír a uno de ellos, pero este no le respondió, sino que se limitó a hacer un gesto con el dedo, amenazándole con cortarle el cuello.

—Eres la guerrera del clan MacBean…

No fue una pregunta, sino una afirmación que hizo otro de los mercenarios. Los ojos de Morag se dirigieron hacia él. Le costaba respirar con aquella flecha clavada en su cuerpo, pero no estaba dispuesta a mostrarse débil ante ellos.

—¿Nos conocemos?

Lo vio sonreír de lado, gesto que oscureció su mirada.

—No, pero hay alguien que sí te conoce y quiere que te demos recuerdos de su parte.

Morag frunció el ceño.

—Ya me los habéis dado. Podéis marcharos…

La risa de la decena de guerreros rompió el silencio a su alrededor, provocando que numerosos escalofríos recorrieran su espalda, instalándose en su nuca. Morag sabía que ese era el día de su muerte, lo sentía de la misma forma que notaba la flecha clavada en su cuerpo. Por ello, dobló ligeramente las rodillas y levantó su espada, dispuesta a morir con valentía.

—Hoy volveremos a vernos, madre —susurró elevando una plegaria al cielo para que el cambio fuera lo menos doloroso posible.

—No lo entiendes, zorra. La persona que nos ha enviado quiere que te demos un regalo. Y quiere que terminemos lo que él no logró hacer hace más de diez años.

El corazón de Morag se detuvo en ese preciso instante. Su mano tembló y su espada cayó ligeramente. La sorpresa se reflejó en su rostro mientras que su respiración se aceleró, no solo por el dolor que sentía, sino por el mismo

terror que no había logrado sacar de ella a pesar del paso de los años.

La había reconocido. No podía ser… La había reconocido y había tenido la frialdad de tratarla como si no la conociera de nada.

—Sabes a lo que nos referimos, ¿no? Morag MacRae…

La joven tragó saliva.

—¿Ese desgraciado es el mismo que ha provocado toda esta guerra?

Sin embargo, no obtuvo respuesta a esa pregunta. Al instante, los guerreros se lanzaron contra ella y Morag supo que jamás volvería a ver el suave color acero de los ojos de Sloan, ni se burlaría más de él, no la volverían a besar ni hacer el amor… Lo poco que había construido durante esas semanas caducaba en ese preciso instante. Y una sonrisa amarga se dibujó en sus labios al ver que se acercaban. El destino era cruel, pero al menos le había permitido conocer el sabor de lo que era amar. Porque en ese instante en el que estaba a punto de morir sabía que lo que sentía por ese antipático, fiero y salvaje guerrero era auténtico amor.

Y con la fuerza de ese mismo amor, aferró su espada con una mano al tiempo que con la otra se arrancaba la flecha del costado.

Dicen que nuestro destino está escrito y que no podemos escapar de él, aunque queramos. Lo que no nos dicen es que para llegar a él hay que atravesar un campo lleno de espinas, pero que, en ese momento, estaba dispuesta a atravesar para volver con los suyos.

—Padre eterno, acepto la muerte como parte de esta vida —fue lo último que dijo antes de que todos los mercenarios se lanzaran contra ella.

Sloan se encontraba con Rowan en el despacho de este cuando su cuerpo se sobresaltó visiblemente, como si algo lo hubiera asustado. Su hermano mayor levantó la cabeza, pues había visto claramente el movimiento extraño en su cuerpo y arqueó una ceja.

—¿Te encuentras bien, Sloan?

El aludido tragó saliva ruidosamente y se llevó una mano al pecho para calmarlo. Su corazón se había sobresaltado de repente y no entendía por qué. Para disimular, asintió con la cabeza y carraspeó, incomodo.

—Sí, no es nada.

—¿Seguro? Te has quedado pálido. ¿Necesitas agua?

Sloan volvió a dudar, algo que le extrañó a Rowan, ya que su hermano jamás había mostrado duda en sus ojos. Sin embargo, lo vio asentir una vez más y encogerse de hombros para restarle importancia.

—Sí, tranquilo. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Rowan asintió y dejó la pluma sobre la mesa.

En ese instante, Sloan se arrepintió de haber formulado esa cuestión y desvió la mirada. Se retorció los dedos, mostrándose nervioso y se forzó a levantar la cabeza. La mirada acerada de Rowan, como la suya, lo observaba con atención y curiosidad.

—Dime.

—Júrame que lo que voy a preguntarte no saldrá de aquí. Ni siquiera se lo cuentes a Gillian.

Su hermano y laird frunció el ceño y asintió.

—Puedes atravesarme con tu espada si lo que hablemos sale de estas cuatro paredes —le aseguró.

Sloan dudó y respiró hondo.

—¿En qué momento te diste cuenta de que… sentías algo por Gillian?

Había esperado una burla, un gesto divertido, una ceja arqueada… lo que fuera. Pero lo que Sloan se encontró en su hermano fue ese mismo gesto serio de siempre. Pero a pesar de esa frialdad que aparentaba, Rowan estaba estupefacto por dentro. Era la primera vez que Sloan se abría a él para hacerle una pregunta tan íntima como esa, y el pecho se le llenó de orgullo al ver que por fin su hermano mostraba un sentimiento aparte del dolor y la amargura que lo caracterizaba.

—Me has preguntado con sinceridad y mi respuesta será igual de sincera. Me di cuenta de que la amaba desde el primer instante en que la vi y ella cruzó su mirada conmigo. Sentí como si miles de cuchillos se me clavaran en el cuerpo, como si infinidad de guerreros se lanzaran contra mí y me golpearan o como si todas las piedras de este castillo se derrumbaran sobre mí. Fue algo fuerte que caló tan hondo en mí que sabía que no podría quitármela de la cabeza. La observaba, tenía la necesidad de saber dónde estaba, qué hacía o sus gestos mientras dormía. Era algo tan fuerte e imperioso que no me dejaba dormir. Darme cuenta de que amaba a Gillian

fue lo más complicado que he hecho en toda mi vida porque no quería reconocerlo, no quería amarla. Pero sabía que ese amor era el complemento que mi alma deseaba para sentirse plena.

Rowan lo miró a los ojos.

—Amarla es igual de doloroso que odiarla. Si la aborrecía, después me sentía mal por ello e igualmente atraído por ella. Y si la amaba, me dolía pensar que alguien pueda hacerle daño. Es una mezcla intensa, pero compensa todo lo demás.

Sloan tragó saliva y siguió retorciéndose los dedos.

—¿Y si no es amor?

—Si pienso en que alguien pueda arrebatármela sé que caería con ella.

Su hermano asintió de forma imperceptible. Rowan intentó seguir, pero Sloan lo cortó:

—Que te pregunte esto no quiere decir que esté enamorado de Morag.

—Yo no he insinuado eso.

—Solo te lo digo por si lo piensas en algún momento.

—Tranquilo. Y puedes estar seguro de que esta conversación no saldrá jamás de aquí.

Sloan asintió.

—Gracias.

Rowan bajó la mirada de nuevo hacia los papeles, dejando que Sloan meditara sobre sus palabras. Este se quedó completamente serio, incapaz de seguir el trabajo que estaba haciendo. Por ello, se dijo que ya pensaría en Morag cuando estuviera solo, pues no podía quitársela de la cabeza desde que se había marchado.

Sloan suspiró y se obligó a dirigir sus pensamientos hacia otro lugar.

—¿Te puedo hacer otra pregunta?

Esta vez sí, Rowan arqueó una ceja y lo miró con un gesto sorprendido.

—Dime.

—¿El hermano de Gillian le ha enviado alguna misiva desde que tomó el cargo en el clan Comyn?

Rowan se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por curiosidad.

—Sigues dudando de todo el mundo…

Sloan asintió.

—Pues la verdad es que no, y eso también me ha hecho dudar a mí, aunque no se lo voy a decir a Gillian. Debería haber enviado alguna misiva tras la toma de posesión, tras el entierro de Elijah o tan solo para preguntarle a su hermana cómo se encontraba después del ataque, pero no ha dicho nada.

—Y si tenemos en cuenta que lo mataron después de iniciar el camino para decirnos el culpable es porque alguien de su clan lo sabía y envió a los mercenarios…

Rowan asintió y chasqueó la lengua.

—Pero si piensas en su edad, era muy pequeño para iniciar la guerra él solo.

—¿Y quién dice que es el que inició todo? Seguramente, lo han convencido para ponerlo de su lado.

—Sin embargo, no estamos seguro de eso. No puedo contarle a Gillian estas suposiciones sin saber la verdad.

Sloan se encogió de hombros.

—Déjalo pasar. El tiempo lo pondrá en su lugar. Cuando descubramos la verdad, Caleb Comyn irá a ayudar a quien le esté pagando porque le debe la jefatura del clan. Con Gillian aquí y su hermano mayor muerto en la guerra, el sucesor de Elijah sería él. Está claro que ha traicionado a su propio padre para conseguir hacerse con el clan.

Rowan suspiró y asintió.

—No le digas nada a Gillian. Intentaré hacerlo yo con tacto.

Sloan asintió y se levantó de la silla.

—Tengo que irme. Esta noche me toca guardia en la muralla.

—De acuerdo. Ten cuidado.

—Siempre.

Era noche cerrada, lo sabía porque a pesar de que apenas podía abrir los ojos lograba ver los rayos de luna filtrándose entre las copas de los árboles. Estaba viva. Milagrosamente viva. Lo sabía porque su cuerpo se quejaba cada vez que elevaba su pecho para respirar. Le dolía absolutamente todo. No había ni un solo centímetro de su cuerpo que no la atormentara a cada instante. No sabía qué clase de ángel o tal vez demonio la cuidaba para haber sobrevivido, por segunda vez, a una paliza de esas características, pero estaba segura de que solo la habían dejado vivir unas horas más tan solo para sentir cómo moría en medio de ese bosque. No estaba en sus tierras, pero estaba muy lejos del castillo Chattan como para llegar a él en ese estado.

Así que abrió los ojos como pudo y miró el cielo mientras una lágrima caía por su mejilla hasta perderse entre los mechones de su pelo. Había sobrevivido a peleas, a violaciones, a ser descubierta en tierras enemigas, a una vida extremadamente difícil… para morir totalmente sola, sin compañía. Y eso le parecía realmente triste, pues le recordó que había estado sola desde que tenía diez años, que todas las personas con las que se había cruzado no habían sido más que adornos para una vida difícil, pero siempre había estado sola. Y eso no pudo aguantarlo.

Numerosas lágrimas escaparon de sus ojos mientras miraba con tristeza a la luna. Intentó mover las piernas, pero gimió de dolor. Apenas podía recomponerse para intentar levantarse, o al menos situarse en una postura más cómoda. Tenía costillas rotas. Lo sabía porque las sentía clavarse en su carne, recordándole una y otra vez los golpes de los mercenarios.

Aún podía escuchar sus gritos, insultos y sus risas en aquel silencioso bosque mientras la atacaban. A pesar de que Morag había intentado defenderse con la espada, logrando hacer algún corte profundo a algunos mercenarios y haber matado a dos de ellos, la joven no pudo luchar contra todos los demás. Y estos se lanzaron contra ella como perros sarnosos. La habían pateado por todos lados. Ella intentó protegerse la cabeza en todo momento, pero el resto de su cuerpo quedó expuesto a sus golpes, hasta que la oscuridad se cernió sobre ella. Estaba segura de que la habían dejado pensando que iba a morir antes de despertar. Pero no había sido así, no obstante, seguramente lo haría por el frío de la noche y por no poder moverse debido a los golpes. Era una zona poco transitada, por lo que no podía pedir ayuda a alguien que pudiera pasar por allí al día siguiente, si es

que llegaba a ver de nuevo el alba.

Sentía que la poca fuerza que le quedaba se le escapaba de entre las manos. Todo le daba vueltas y sentía que estaba a punto de vomitar, pero su fuerza interior salió una vez más para seguir adelante. La joven sonrió amargamente, ya que eso solo haría que viviera un par de horas más, pero su destino estaba sellado.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando escuchó el aullido de un lobo no muy lejos de allí, así que tal vez los animales salvajes harían el trabajo que los mercenarios habían dejado a medias.

Y Morag no pudo evitar sentir un nudo en su garganta. ¿Cómo era posible que ese desgraciado hubiera disimulado tan bien? La había reconocido. A pesar del paso del tiempo y de los cambios en su cuerpo y rostro, la había reconocido al verla y, aun así, calló y esperó a servir su venganza en frío.

Morag no pudo evitar golpearse mentalmente. Tendría que haber sacado su espada y matarlo allí mismo cuando lo vio por primera vez, pero sabía que metería en un problema a Jacob, y sentía tanta lealtad hacia él que no podía hacerle eso.

Una nueva lágrima recorrió su rostro, mojándolo, haciéndole daño en sus heridas abiertas, y cerró los ojos un instante.

—Venid pronto a por mí, madre —susurró con voz ronca por el dolor—. No soporto más la vida.

Repitió una y otra vez esa frase en su mente, clamando al cielo y al espíritu de sus familiares para que fueran a recogerla y la llevaran lejos de allí. Y a medida que la repetía, sentía que la vida por fin escapaba de su cuerpo, que podría regresar junto a los suyos para dejar de estar sola de una vez por todas. Pero ocurrió algo que no esperaba. En medio de aquella niebla mental en la que se estaba sumiendo para dejar la vida, escuchó una voz que no había vuelto a escuchar desde los diez años:

—¡No te rindas!

Morag se sobresaltó y abrió los ojos de golpe. Aquella niebla que parecía haberla envuelto para llevársela de allí se disipó en un instante. La joven movió la cabeza como pudo, ignorando el dolor de su cuello.

—¿Madre? ¿Eres tú?

Estaba segura. Lo había escuchado a la perfección. Había sido la voz de

su madre, y solo quería volver a verla.

Morag volvió a cerrar los ojos para comprobar si así funcionaba, llamó a su madre con la mente, pero no volvió a ocurrir lo mismo. No obstante, una imagen que no era la de su madre apareció en el centro de su cabeza. Una imagen que sabía que no volvería a ver jamás, pero que estaba allí, tan firme como siempre. Sloan parecía mirarla de la misma forma que lo hacía siempre, con esa mezcla de odio y deseo que lo caracterizaba. Y lloró al ser consciente de que su matrimonio acabaría muchos meses antes de lo que pensaban.

—¡No te rindas! —volvió a escuchar.

Morag abrió los ojos de nuevo y miró hacia la luna. ¿Estaba intentando su madre comunicarse con ella desde el más allá? La joven frunció el ceño y, como si quisieran decirle algo más, volvió a escuchar:

—Hazlo por él —aquella voz pareció ser un eco que retumbó entre los árboles, llegando hasta ella como algo lejano—. No te rindas…

—No me puedo mover, madre —respondió como si alguien pudiera escucharla—. No puedo volver.

Y como si de alguna extraña magia se tratara, el caballo que la había acompañado hasta allí apareció de entre los árboles, trotando con suavidad. Se acercó lentamente a ella y, para su sorpresa, se agachó a su lado para ayudarla a montarlo. Morag abrió los ojos desmesuradamente. ¿Qué clase de brujería era aquella? Hasta ese momento no se había acordado del caballo ni de nada más que no fuera el dolor que sentía, pero verlo llegar y agacharse a su lado era una de las cosas más extrañas que le habían sucedido en su vida.

Morag dudó, pero el caballo se mantuvo quieto junto a ella, esperando a que se moviera y subiera a su lomo. Lentamente, la joven comenzó a mover su cuerpo. Gimió cuando un poderoso dolor atravesó cada zona, pero aguantó como pudo, apretó los dientes y consiguió ponerse de lado con mucho esfuerzo.

—No te rindas, Morag —se dijo a sí misma.

Respirando de forma acelerada, la joven se tomó un segundo antes de volver a moverse. Logró impulsarse hacia adelante y se subió a lomos del caballo. Dejó que su cuerpo reposara sobre el animal, pues no podía mantenerse erguida, pues se caería en cuestión de segundos. Como pudo,

aferró las riendas del mismo y dejó que este iniciara la marcha. No sabía hacia dónde la llevaría, pero estaba tan dolorida y cansada que no le importaba.

Un nuevo día estaba dando comienzo mientras Sloan permanecía parado en la muralla después de pasar toda la noche al raso vigilando en la oscuridad. A pesar de que nunca se había mostrado cansado, los largos pensamientos que había tenido durante la noche lo habían dejado completamente extenuado.

No había dejado de pensar en la conversación que había mantenido con Rowan. No sabía en qué momento se había atrevido a hacerle aquella pregunta, pero necesitaba saber cuándo se dio cuenta de que estaba enamorado de Gillian para saber si todo lo que sentía por Morag era algo más que comprensión, admiración y cariño. Lo que esta había despertado en él era tan extraño, tan salvaje y tan grande que no sabía ponerle nombre, y temía que, efectivamente, fuera amor. Su hermano se lo había confirmado. Aunque él no hubiera dicho nada de lo que sentía, sí grabó en su mente sus palabras, y se dio cuenta de que él mismo sintió la presencia de Morag en aquella primera reunión como algo salvaje, como si la joven lo hubiera golpeado desde su silla tan solo con una mirada. Se dijo que había sido la primera mujer que se había atrevido a retarlo, a insultarlo y a exaltarlo, como si no lo temiera. Todas las que había conocido hasta entonces habían huido de él tras acercarse durante unos minutos, pero Morag se había quedado y, al contrario de lo que pensaba, lo había retado a luchar.

Todo lo que la joven había hecho, sin pretenderlo, lo había sacado de ese pozo en el que estaba sumido desde hacía años. Y lo más sorprendente era que se había abierto a ella para contarle lo sucedido con su hermano Craig, algo que no había hecho jamás con su propia familia. Ella lo había escuchado con atención y logró sentir su apoyo.

Sloan suspiró y cerró los ojos un instante mientras estiraba el cuerpo. Sabía que su relación con Morag era imposible, así que se dijo que debía sacarla de su mente para siempre. Disfrutaría de su compañía en los meses venideros, pero la olvidaría después para siempre.

—Noche dura, ¿eh?

La voz de Alasdair lo sorprendió y abrió los ojos al tiempo que hacía

crujir su cuello para estirarse. Sloan asintió y le dio una palmada en la espalda.

—Dura y aburrida. Aunque al menos no ha pasado nada.

—Sí, mejor aburrida que no pasada por sangre y fuego.

Alasdair suspiró y miró al horizonte con gesto triste.

—¿Estás bien?

Alasdair se encogió de hombros.

—Todo lo bien que se puede estar sabiendo que te vas a casar en pocos días.

—Es duro. Cierto. Así que no soy el mejor para darte consejos y que puedas llevarlo mejor.

Alasdair sonrió y lo miró de reojo.

—No hay consejo posible que me arranque lo que siento. Y luego está tu hermana…

Sloan torció la cabeza y miró al cielo.

—Está insoportable, sí.

—No lo decía por eso —murmuró Alasdair fijando su mirada en el frente al ver que se acercaba un caballo.

Sloan bajó la mirada hacia él y lo observó.

—¿A qué te referías?

—Nada, cosas mías.

Alasdair señaló con la cabeza hacia el frente.

—Creo que me falla la vista, pero ¿se acerca un caballo sin jinete?

Sloan lo siguió con la mirada y entornó los ojos. A su alrededor, todos los guerreros se pusieron en alerta al pensar que se trataba de una estratagema para atacar el castillo. Sin embargo, en la distancia, Sloan sintió que reconocía ese caballo. Entornó un poco más los ojos para ajustar su vista y su corazón se paralizó al reconocerlo. Pero no se acercaba sin jinete.

—Dios santo… —murmuró, incapaz de moverse.

—¿Qué pasa? —preguntó Alasdair entrecerrando también sus ojos.

—¡Es Morag! —vociferó—. ¡Abrid el portón!

Sloan corrió hacia las escaleras para bajarlas de dos en dos. Su corazón latía demasiado deprisa al ver que el caballo de Morag se acercaba al castillo con ella tumbada sobre él. No la había visto bien, pero ella jamás cabalgaría de esa forma a no ser que hubiera sido atacada y no pudiera moverse.

—¡Avisad a Gillian! —vociferó desesperado.

—Iré yo —dijo Alasdair.

En el momento en el que Sloan llegó junto al portón, el caballo ya lo estaba atravesando. El guerrero se lanzó hacia las riendas de este y lo paró. Horrorizado, Sloan miró el cuerpo de Morag, que reposaba sobre el lomo del animal, incapaz de moverse. Vio su ropa rota y llena de sangre y no se sentía capaz de levantarle la cabeza para evitar ver su rostro grisáceo y muerto.

—Sloan… —susurró Kester, que acababa de aparecer a su lado—. ¿Te ayudo?

El guerrero lo miró como si fuera la primera vez en su vida que lo veía, y acabó asintiendo. Por primera vez desde que Craig murió se sentía paralizado. Ya había sufrido la pérdida de su gemelo y, desde entonces, no había querido encariñarse con nadie por temor a perderlo. Ahora que lo había hecho con Morag, aparecía en el castillo en condiciones extremas.

Los dos hermanos, con sumo cuidado, apartaron el pelo de la joven, que caía sobre su rostro. La palidez de su piel le indicó que estaba muy débil, pero al menos le quedaba un aliento de vida.

—Pero ¿qué le han hecho? —susurró Kester.

Sloan tragó saliva. Sus manos temblaron cuando las levantó para tocar la fría mejilla de la joven, que gimió al sentirlo.

—Morag…

La vio intentando abrir los ojos, pero era tanto el dolor y el cansancio que sentía que no podía hacerlo.

—Ayúdame a bajarla.

Kester asintió y, entre ambos, lograron bajar el cuerpo de Morag, depositándolo en el suelo. La joven no dejó de gemir ni un solo instante, y apenas abrió los ojos.

—Ya estás a salvo, Morag —susurró Sloan agachando la cabeza para

acercarla a ella.

La sostenía entre sus brazos, incapaz de saber cómo tocarla para evitar hacerle más daño. No sabía cómo tenía el cuerpo bajo la ropa, pero lo que quedaba al descubierto era tan aterrador que no estaba seguro de querer saber qué había debajo de la tela.

La vio parpadear lentamente, como si ese simple movimiento fuera una dura tarea para ella. Sloan llevó su mano libre al rostro de la joven.

—¿Dónde está Gillian? —vociferó antes de volver a mirarla.

Sloan no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. Sentía muy débil el cuerpo de Morag entre sus brazos. La vida se le escapaba a cada respiración y él no estaba preparado para perderla.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Él —dijo con dificultad—, siempre ha sido él…

Sloan frunció el ceño y se asustó al ver que la joven cerraba los ojos y tardaba en abrirlos.

—¡Morag! —vociferó—. No sé quién es él.

Sloan elevó la cabeza hacia Kester, que estaba paralizado, y cuando este vio las lágrimas en los ojos de su hermano, siempre frío y distante, supo que había que hacer lo que fuera para salvarla.

—Voy a pedirle a Arran que me ayude a hacer una cama con unas sábanas. Tenemos que subirla a vuestro dormitorio.

Sloan asintió y lo vio marchar. Cuando se quedó solo, agachó aún más la cabeza y depositó un beso en la frente magullada de la joven.

—No me dejes, Morag.

—La he… escuchado.

Sloan se separó de ella y la miró a los ojos. Estos parecían observarlo, pero realmente estaban perdidos en medio de su dolor.

—A mi… madre. Me ha… hablado.

El guerrero negó con la cabeza.

—No, me niego a que te vayas con ella. ¡Lucha, joder!

Sloan respiró hondo, intentando no perder la poca calma que tenía.

—¿Quién es él? ¿Quién te ha hecho esto?

Morag lo miró y una lágrima escapó de sus ojos.

—No os fieis… de…

Los ojos de la joven se cerraron un instante, pero Sloan la aferró con fuerza de la pechera de su camisa ensangrentada.

—¡Morag! ¡Lucha, maldita sea! —gritó desesperado, haciendo retumbar su voz por cada rincón del patio—. Hazlo como sea, pero ¡sigue luchando! ¡No te rindas!

La joven abrió los ojos de nuevo y una sonrisa triste se dibujó en sus labios. Esas últimas eran las mismas palabras que le había dicho su madre y que se las repitiera Sloan le parecía realmente irónico. Lo vio con lágrimas en los ojos, preocupado y desesperado.

—Sigue luchando por tu vida o haré que todo el mundo sepa lo cobarde que fuiste porque preferiste el camino fácil de la muerte a seguir casada conmigo. Lucha, joder.

—Me… reconoció… en la reunión. Él me reconoció.

Sloan frunció el ceño y boqueó varias veces.

—¿El hombre que mató a tus padres y te vendió a un burdel? —preguntó horrorizado—. ¿Por qué demonios no me dices ya quién es?

Morag sonrió de lado, pero las fuerzas le fallaron y cayó en la inconsciencia.

—¡No! ¡Morag!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rowan corriendo hacia él.

Sloan levantó la mirada.

—Le han dado una paliza, Rowan. Hay que salvarla, por favor, hermano, ayúdame.

Rowan puso una mano sobre su hombro y lo apretó con fuerza.

—Vamos a hacer todo lo posible para salvarla. Es fuerte, ya verás como sigue luchando tan solo para llevarle la contraria a la muerte.

Sloan asintió y miró por detrás de Rowan, puesto que ya llegaban Arran y Kester con una camilla improvisada con maderas y una sábana.

—Aguantará hasta el dormitorio —le aseguró Kester.

—Debemos alzarla y colocarla sobre la sábana. Es lo más difícil.

Los cuatro guerreros, con sumo cuidado, agarraron a Morag intentando tocarla lo menos posible. La joven gimió de dolor y su rostro se arrugó ligeramente. La depositaron sobre la camilla que habían improvisado y la levantaron intentando moverla lo menos posible.

Mientras Arran y Kester la portaban, Rowan y Sloan se mantenían a ambos lados de Morag, como si con su sola presencia pudieran protegerla. El segundo alargó una mano y tomó la de la joven, que gemía ligeramente. Su rostro pálido casi brillaba en medio de aquel día aciago en el que todo se volvió negro nuevamente para Sloan.

Sin detenerse, llevaron a Morag escaleras arriba para hasta el dormitorio. Allí ya los esperaban Alasdair y Gillian, que había esparcido por el suelo todos los botes que tenía hasta saber cuál de ellos le haría falta.

—¿Qué puede haberle pasado? —preguntó la mujer de Rowan.

Su esposo la miró y se encogió de hombros, aún estupefacto por la mirada desesperada de Sloan. Hacía tantos años que no lo había visto perder el control de la situación que no sabía cómo asimilarlo.

—Ojalá lo supiéramos.

—¿Te ha dicho algo, Sloan? —preguntó Alasdair mientras Arran y Kester depositaban a la joven sobre la cama.

El aludido levantó la mirada hacia ellos.

—Apenas nada...

Gillian lo miró desde el otro lado de la cama al tiempo que examinaba el cuerpo de la joven. Sabía que había algo más que él no había dicho, pues su tono así lo había indicado, pero ella no sería la que preguntara. Rowan pareció pensar lo mismo que ella, y quiso respetarlo. Ahora que Sloan parecía abrirse más a él no quería que volviera a meterse en su cueva y no lo dejara entrar en ella.

Sin embargo, Kester carraspeó antes de preguntar lo que los demás estaban deseando formular.

—¿Y nada más? Cuando me he ido, parecía querer hablarte.

—Hay algo… Me va a matar cuando despierte.

—Si es algo entre vosotros, no hace falta que nos lo cuentes.

Sloan se encogió de hombros y miró hacia la puerta para comprobar que

estaba cerrada.

—Lo que os voy a contar no tiene que salir de aquí porque pertenece a la vida de Morag.

Esperó a que todos asintieran.

—Cuando tenía diez años, el laird del clan vecino atacó a sus padres y los asesinó. Después, la tomó como prisionera y la vendió a un burdel.

—¿Con diez años? —preguntó Arran, horrorizado.

Sloan asintió.

—Cuando Morag tenía doce, mató a uno de los hombres de ese laird cuando iba a violarla. Le dieron después una paliza y la dejaron en tierras MacBean pensando que estaba muerta o que tal vez iba a morir antes de ser encontrada. Jacob MacBean, junto con su hijo, la encontraron medio muerta y la llevaron al castillo. La cuidaron y logró sobrevivir.

—Eso explica la increíble lealtad de la muchacha al laird MacBean —apostilló Rowan.

Sloan suspiró.

—Me ha dicho que el hombre que la prostituyó la había reconocido en la reunión.

Kester arrugó la frente y desvió la mirada cuando Gillian comenzó a desnudar a Morag.

—¿Estás diciendo que el desgraciado que mató a sus padres y la vendió a un burdel es uno de los lairds contra los que luchamos en la guerra? ¿Uno de los que ha venido a las reuniones?

Sloan asintió y los demás dejaron escapar exclamaciones de asombro.

—Pero ¿cómo es posible que se vieran y ninguno haya intentado matarse?

—Hasta ahí llega la contención de Morag —respondió Sloan.

Alasdair le dio una palmada en la espalda.

—¿Y quién es ese desgraciado?

—No lo sé. Aún no me lo ha querido decir. Espero que lo haga cuando despierte.

—Necesito tu ayuda, Sloan —los cortó Gillian desde la cama—. Este

costado tiene muy mala pinta.

La mirada del guerrero se dirigió hacia ella y se apoyó en la cama. Su corazón se paró al ver el estado del cuerpo de Morag. Necesitó tragar saliva cuando vio que se le secaba la garganta.

Morag tenía todo el costado casi negro y la última costilla ligeramente hundida en la carne, indicando que estaba rota. Numerosos golpes y heridas se repartían por todo el cuerpo de la joven, algunas de ellas aún sangrantes y Sloan se preguntó cómo era posible que aún estuviera viva.

—Morag parece estar hecha de hierro, Sloan —le dijo Gillian en voz baja —. Cualquier otra persona ya habría muerto. Mi padre no tenía tan mala cara cuando falleció.

Sloan la miró y frunció el ceño.

—Ella tiene que vivir, Gillian. Hay que hacer todo lo posible. Ya sobrevivió una vez. Tiene que hacerlo una maldita segunda vez para que me diga quién cojones es el desgraciado que le ha hecho esto.

Gillian levantó la mirada y suspiró. Después asintió con seriedad y miró a los demás.

—Marchaos todos de aquí. Necesito tranquilidad y no cuatro pares de ojos observándome. Sloan, tú quédate para ayudarme a girarla.

Los demás se marcharon de allí y los dejaron solos.

—Te voy a ser sincera, cuñado.

—Ni te atrevas a decirlo, Gillian —Sloan clavó su penetrante mirada en ella.

—Solo quiero que tengas claro que existe esa posibilidad.

—No para ella —sentenció—. Si muere, pienso ensillar mi caballo y arrasar yo solo los clanes en busca de ese desgraciado que le ha hecho esto. Todos morirán suplicando clemencia mientras quemo sus casas y les saco las entrañas lentamente. Ningún laird quedará vivo.

Gillian respiró hondo y le señaló uno de los botes del suelo.

—Tenemos muchas horas de trabajo aquí para hacer que este cuerpo vuelva a recomponerse.

—Las horas que sean necesarias.

—Empezaremos por la herida abierta de su costado. Es la que más sangra

y una de las que más me preocupa curar.

Cora se encontraba con su madre en uno de los salones, poniendo flores frescas en los jarrones cuando Alasdair cruzó por el pasillo con gesto serio y ligeramente pálido. Amelia lo vio y rápidamente llamó su atención.

—¡Alasdair! ¿Qué ha pasado para que arméis ese barullo? Hemos escuchado demasiado ruido y gente corriendo. ¿Va todo bien?

Cora siguió dándole la espalda, incapaz de sostenérsela, algo que le ocurría desde que la futura esposa del guerrero había llegado al castillo. Escuchó sus pasos a su espalda y su suspiro triste llamó su atención.

—Morag ha vuelto al castillo.

—¿Ya? Pero si se marchó ayer y no le ha dado tiempo a llegar al castillo MacBean y volver…

—Eso es lo que nos ha hecho correr por el castillo. Ha llegado malherida.

Cora giró la cabeza y lo miró, horrorizada.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Le han propinado una brutal paliza. No sé si sobrevivirá.

Amelia se llevó las manos a la boca y dejó caer las flores que tenía en las manos, incapaz de creerlo. Cora se quedó petrificada al escucharla y tuvo que apoyarse en una mesa cercana para asimilar sus palabras. La última conversación que había mantenido con ella antes de marcharse aún flotaba en su cabeza y no podía olvidar sus palabras. Cora tragó saliva y miró a Alasdair.

—¿Se puede hacer algo?

—Rezar —dijo sin pensar—. Sloan y Gillian se han quedado en la habitación y nos han pedido que los dejemos solos, así que no podemos hacer nada.

—¿Y quién ha podido hacerle eso?

Alasdair recordó las palabras de Sloan y su petición de no contar nada. Por ello, se encogió de hombros.

—Ella lo dirá cuando despierte.

El guerrero se giró para marcharse, pero se dio cuenta de algo y miró directamente a Amelia.

—Después de esto hay algo que me gustaría pedir.

—Claro, dime, hijo.

Cora frunció el ceño.

—No es tu hijo —murmuró.

Alasdair miró a la joven, pero esta desvió sus ojos hacia lo que había estado haciendo antes de su irrupción en el salón.

—Hace tiempo dijimos que mi boda con la muchacha Ross se llevaría a cabo cuando Sloan y Morag regresaran de su misión. Ahora que ella está herida, no me gustaría casarme y que alguien no pueda ir por cuidarla. ¿Se puede posponer unos días más?

Amelia suspiró y se encogió de hombros.

—No lo sé, pero creo que eso se lo deberías preguntar a Rowan.

—Mejor a tu prometida —le dijo Cora con tono irónico—. Supongo que estará deseando ser tu esposa.

Cora lo miró por encima del hombro y Alasdair la atravesó con su mirada azul. Ambos se dedicaron una mirada cargada de odio, hasta que el guerrero dejó escapar el aire y se marchó de allí con la intención de retrasar aún más lo inevitable con la esperanza de que descubrieran quién era el culpable antes de que tuviera que casarse con Lottie.

CAPÍTULO 22

Alasdair no pudo hablar con su prometida hasta después del mediodía. Había estado tan metido en sus quehaceres que no había tenido tiempo de buscarla para hablar con ella. Tenía la impresión de que la joven tampoco deseaba casarse con él, por lo que a medida que avanzaba por el pasillo, rezaba para que ella también deseara posponerla.

Tal y como le habían dicho un par de sirvientas, la encontraron leyendo un libro en uno de los salones más alejados del ruido normal del castillo. La joven sonrió con timidez y se levantó de la silla para recibirlo.

El guerrero dejó la puerta abierta para evitar quedarse a solas con ella. Carraspeó y llevó las manos a la espalda al tiempo que cuadraba los hombros.

—Ya me he enterado de lo que le ha pasado a Morag. Ha debido de ser horrible. ¿Cómo está?

Alasdair se encogió de hombros.

—Por lo que ha dicho Rowan, su esposa está haciendo todo lo posible para salvarla, pero es muy difícil.

Lottie asintió con seriedad y dejó el libro sobre una mesa.

—¿Me buscabas para algo?

Alasdair suspiró.

—Sí, quería hablar contigo sobre la boda.

La joven sonrió brevemente.

—Creo que ninguno de nosotros está preparado para ella, ¿verdad? Queremos posponerla todo el rato.

—¿Cómo sabes que quiero posponerla?

—Porque si no, no vendrías a buscarme para hablar conmigo.

El guerrero se quedó sorprendido y carraspeó, incómodo.

—Lo siento. No tengo nada contra ti, es simplemente…

—Que no quieres casarte… Yo tampoco, así que tranquilo.

—¿Te importa si la posponemos?

Lottie sonrió de nuevo y se encogió de hombros.

—Yo pienso que cuanto antes nos casemos, antes pasará el año que tendremos que aguantarnos. Pero supongo que las cosas en el castillo no son propicias para una boda. Todo el mundo estará preocupado por Morag.

—Sí. Conozco a Sloan desde que éramos niños y no me gustaría que faltara en un día así.

—La pospondremos hasta que se recupere Morag. Pero, si no te importa, tengo que avisar a mi padre de ello. Está esperando noticias mías.

Alasdair asintió.

—Por supuesto. Gracias, Lottie.

La joven se acercó a él y levantó una mano para acariciar su mejilla. Alasdair se quedó sorprendido por ese gesto y no supo qué hacer, pero especialmente al ver que su prometida se ponía de puntillas y lo besaba después de haberle dicho que ella tampoco quería casarse.

—Supongo que hacer algo así, estando prometidos, no es algo malo.

Alasdair abrió mucho los ojos e inconscientemente dio un paso atrás. Que una mujer lo besara así como así no le gustaba, y sabía que no podía decirle nada. Era la primera vez que le ocurría algo parecido y no pudo reaccionar a tiempo, hasta que escuchó un jarrón estrellarse contra el suelo a su espalda.

Tanto el guerrero como Lottie dirigieron su mirada hacia el exterior y vieron a una sorprendida Cora que los miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. El jarrón que portaba en sus manos para ponerlo en el salón donde estaban ellos acababa de escurrírsele de las manos y se había roto al chocar contra el suelo.

Las mejillas blancas de Cora se tiñeron de rojo, una mezcla entre vergüenza y rabia que no pudo ocultar con la mirada a pesar de que intentó aparentar calma.

—Lo siento, no quería interrumpir —acabó diciendo cuando recuperó la voz.

Lottie no respondió, sino que se quedó mirándola, mientras que Alasdair no encontró tampoco su voz por ningún lado. Su corazón latía demasiado deprisa, repiqueteaba tan fuerte en su pecho que estaba seguro de que se le iba a salir en cualquier momento. Vio a Cora marcharse de allí con la promesa de enviar a alguien para limpiarlo y volvió a dejarlos solos.

—Lo siento. No he debido hacer eso.

La disculpa de Lottie lo atravesó como una daga. Era cierto. No debía haberlo hecho, y menos después de asegurarle que ella tampoco quería casarse con él. Entonces ¿por qué lo había besado?

Alasdair se obligó a encogerse de hombros para restarle importancia.

—No pasa nada. Tengo que marcharme para seguir con mi trabajo.

Lottie asintió y regresó junto a la silla donde había estado sentada.

Alasdair se giró y salió del salón. Pisó los trozos rotos del jarrón y supo exactamente hacia dónde tenía que dirigirse. Sus pies lo llevaron por los pasillos y en lugar de salir de la fortaleza para seguir con su trabajo, se dirigió hacia las escaleras. Las subió de tres en tres y después buscó la escalinata que lo llevaría hacia la zona alta de la torre principal.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo al ver ondear la cabellera pelirroja de la joven.

Pero Cora no se giró hacia él. Se mantuvo quieta, mirando el horizonte, cruzada de brazos y rechinando los dientes con rabia.

—¿Y qué haces aquí? Pensaba que te estarías besando con tu prometida.

Alasdair apretó los puños y se acercó a ella. Se quedó justo detrás de su espalda y, durante unos instantes, levantó la mano para tocarla, pero sin atreverse a hacerlo.

—Yo no la he besado. Ha sido ella.

—No te he visto apartarla rápidamente ni he escuchado tu grito para insultarla. Así que no me vengas a dar explicaciones. De todas formas, yo no soy nadie.

—Si la hubiera insultado, su padre estaría aquí en menos de tres días con sus hombres para declararnos la guerra.

—Repito que no tienes que darme explicaciones, Alasdair.

Cora se giró hacia él y lo encaró.

—Yo solo soy una mocosa que no vale nada, ¿verdad? Aún sigo siendo una niña que no tiene ni siquiera derecho a defenderse sola.

—Yo no he dicho eso.

Los ojos de Cora se abrieron desmesuradamente.

—No vuelvas a decir semejante mentira, Alasdair, o te juro por mi vida que acabarás con tu cuello roto tras caer de esta torre…

Cora lo rodeó y se alejó de él, dispuesta a marcharse.

—Vuelve con tu prometida. No quiero que se ponga celosa si te ve pasar más tiempo conmigo que con ella.

El guerrero apretó los puños. Le habría gustado responder a sus palabras y preguntarle hasta cuándo se las iba a repetir. Sin embargo, prefirió quedarse callado y ver cómo la joven se marchaba, dejando una estela de pelo rojo que llevaba años deseando hacer suya.

Gillian se limpió el sudor de la frente cuando terminó su trabajo. Había sido un arduo día de trabajo con Morag y, aun así, no estaba segura de que la joven pudiera sobrevivir a sus heridas y golpes. Le preocupaba especialmente ese costado ligeramente hundido, por lo que había aplicado un ungüento que, esperaba, penetraría en la piel para curar las zonas más profundas del cuerpo.

La esposa del laird miró a Sloan, que se incorporó en la cama para ponerse en pie después de tapar el cuerpo de Morag.

—No vuelvas a intentar decir lo mismo de esta mañana… —le advirtió.

—Es que solo quiero que pienses que existe esa posibilidad…

Sloan le enseñó los dientes de forma peligrosa.

—Ya sobrevivió una vez a una paliza similar. Hará lo mismo ahora.

Gillian suspiró de nuevo y comenzó a guardar los botes en su cesta. Los dejaría cerca de allí para cambiarle los vendajes y curar sus heridas al día siguiente, pero ya no podía hacer más. El día estaba a punto de acabar y habían comenzado a curarla desde primera hora de la mañana, por lo que se encontraba exhausta.

—Jamás habría imaginado que te preocuparías por ella —dijo con suavidad, sabiendo que pronunciar aquellas palabras sería como meterse entre las espinas de un rosal.

—Aunque seas la esposa de mi hermano, no somos amigos.

—Bueno, te debo la vida.

—No me debes nada —la cortó rápidamente—. Hice lo que tenía que hacer.

—Igualmente, estoy agradecida.

Sloan apartó la mirada y se cruzó de brazos mientras observaba a Morag.

—Querías que fuéramos amigos, ¿no?

—Tu preocupación va más allá de una amistad.

Los ojos de Sloan la atravesaron de principio a fin.

—No vayas por ese camino, Gillian, o tendrás problemas conmigo.

La joven lo miró y dejó escapar el aire lentamente.

—Volveré mañana para cambiarle las vendas y hacer nuevas curas.

Sloan asintió y la miró mientras se marchaba.

Cuando por fin se quedó solo de nuevo, se llevó las manos a la cara. Masajeó sus sienes, pero ni siquiera con ese gesto logró calmar los nervios que sentía. Estaba iracundo, ansioso, con el imperioso deseo de salir de allí y matar a los culpables de aquellos golpes. No quería ni pensar en lo que habría podido sentir Morag completamente sola cuando aparecieron ante ella para golpearla. Debió de ser un instante de terror que no quería imaginar.

Sloan se dirigió hacia la ventana y se alejó de ella. Estaba tan pálida que le daba miedo observarla. No quería pensar en los próximos días. Serían realmente difíciles y no descansaría hasta que Morag abriera de nuevo los ojos. La joven le había contado que, cuando era pequeña, tardó más de una semana en despertar. Y el hecho de pensar que ahora pudiera ocurrir lo mismo lo llenaba de angustia.

Sloan se apoyó contra la jamba de la ventana y observó el final del día. La oscuridad estaba a punto de cernirse sobre el castillo después de haber pasado uno de los días más largos de su vida. Ante él había pasado la imagen de una Morag débil, totalmente entregada a la muerte y temblorosa, nada que ver con lo que él había visto hasta entonces. Y no era capaz de asimilar algo tan difícil.

La quería sana, con su mirada pícara y dura, con sus comentarios lacerantes y pasados de tono, con sus bromas, con su carácter salvaje… Lo quería todo de ella.

En el momento en el que la vio llegar, más cerca de la muerte que de la vida, Sloan sintió que él mismo volvía a romperse en mil pedazos. Jamás imaginó que un sentimiento como el que Morag despertaba en él pudiera ser tan profundo y violento como ese, pero había podido sentir dolor físico,

no solo emocional.

Sloan movió la cabeza de un lado a otro con la intención de relajar sus hombros, aunque sabía que esa tensión tardaría días en marcharse. Aún no sabía cómo era posible que pudiera controlar la ira que habitaba en su interior, pues lo único que deseaba en ese instante era desenvainar la espada y destrozar todo. Sabía que desde la muerte de Craig en su alma habitaban numerosos demonios que había tardado años en domar. Pero, en ese instante, estaba a punto de permitirles salir tan solo para liberarse momentáneamente de ellos.

Se mantuvo junto a la ventana hasta que el día llegó a su fin y la oscuridad reinó por completo en el firmamento. Respiró hondo y se apartó de ella para regresar junto a la cama. Se sentó con cuidado en el borde de esta y acarició la mano de Morag. En esta también había heridas que no quería tocar, pero necesitaba sentir su tacto, su piel, el repiqueteo de su corazón en su cuerpo. Quería sentir que seguía viva, con él.

—No te rindas, Morag —le pidió—. Vive, aunque solo sea para despertar y abandonarme para siempre.

Deseaba que la joven estuviera junto a él, pero si ella no lo deseaba así, esperaba que tuviera una vida feliz en otro lugar, pero que estuviera viva, no así. Durante el día la había escuchado gemir a medida que Gillian la curaba. Y aunque Sloan le había gruñido para que tuviera más cuidado, sabía que no podía haberlo hecho de otra manera, ya que todo su cuerpo estaba completamente roto. Lo más sorprendente de todo era que Morag siguiera viva después de eso. No sabía qué clase de espíritu habitaba en el interior de la joven, pero estaba seguro de que poseía una fuerza de voluntad inquebrantable para no dejarse morir fácilmente.

Sloan dejó pasar el tiempo sin separarse de ella. No sabía cuántas horas habían pasado desde que Gillian lo había dejado solo, pero sabía que era muy tarde cuando unos nudillos llamaron casi con cierto temor a la puerta de su dormitorio.

Extrañado, Sloan le dio paso y no pudo evitar arquear una ceja, sorprendido, al ver que el rostro que asomaba por la puerta era el de su hermana Cora.

—¿Sigues despierta? —le preguntó.

Cora tragó saliva y entró.

—Sí, ¿te importa que te acompañe un momento?

Sloan negó con la cabeza.

—¿Por qué me habría de importar?

—Porque conozco cómo eres cuando estás rabioso y no quiero importunarte.

Sloan desvió la mirada y sonrió con tristeza.

—Ya…

Cora se acercó a la cama con la mirada puesta sobre Morag. La joven se retorció las manos y se mordió el labio inferior con ansiedad.

—¿Cómo se encuentra?

Sloan se encogió de hombros.

—Igual. No se ha movido, no se ha quejado, no ha hecho gesto alguno… Al menos no tiene fiebre.

Cora asintió y lo miró a él en silencio. Boqueó varias veces, pero no logró encontrar las palabras exactas.

Sloan sabía que lo estaba mirando. Durante unos instantes, pensó que tardaría poco en apartar la mirada, pero parecía tan insistente que levantó sus ojos hacia ella.

—¿Por qué me miras así, Cora?

Su hermana carraspeó, incómoda.

—Yo… solo quería pedirte disculpas, Sloan.

El guerrero frunció el ceño.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque ha sido culpa mía.

El guerrero siguió mirándola sin comprender.

—No sé a qué te refieres.

—El ataque de Morag ha sido culpa mía.

Sloan arqueó una ceja.

—¿Fuiste tú quien envió a los mercenarios? —Cora negó—. ¿Fuiste tú quien empuñó el arma con la que la hirieron?

La joven volvió a negar con seriedad.

—Entonces, no eres tú la culpable.

—Pero todo esto pasa por mí. La muerte de toda esa gente, la de padre, los ataques… Si yo no hubiera nacido…

Sloan se levantó de golpe y la miró de forma penetrante.

—No te atrevas a terminar esa frase, Cora. ¿Cómo osas decir algo así?

La joven dio un paso atrás y se encogió de hombros. Desde hacía semanas sentía que el suelo temblaba bajo sus pies, que todo su mundo se venía abajo, no veía salida, no veía la luz que brillaba a su alrededor. Para ella, todo eran tinieblas y no había forma de escapar de ellas.

—Es lo que pienso, Sloan.

El guerrero rodeó la cama y se acercó a ella. Durante las últimas semanas, había estado tan metido en los problemas del clan que no se había dado cuenta de lo que estaba pasando dentro de la familia. El vínculo que había entre todos parecía romperse, y la primera en caer sería Cora si no cambiaba su pensamiento.

Su hermana y él siempre habían tenido sus diferencias e incluso jamás habían mantenido una conversación de esas características, pero verla en ese estado le preocupó en demasía. El guerrero la tomó del rostro y la miró a los ojos; esos mismos ojos que su madre.

—Tú no eres culpable de nada, Cora. Quien tiene la culpa de todo es un loco que se ha dejado llevar por una visión que podría no haberse cumplido si hubiera seguido su vida como si nada. Él mismo es quien va a provocar que su clan caiga por sus locuras, pero no tú.

Cora suspiró y no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—¿Sabes cuál es el peor sentimiento de todos, Sloan? —El guerrero esperó que continuara—. Que padre me entrenó como una guerrera más del clan y, sin embargo, a veces me siento demasiado cobarde como para ser portadora de una espada. Si de verdad fuera una guerrera, debería salir fuera de estos muros y ser yo quien buscara a ese desgraciado, no dejar que Morag y tú lo hagáis por mí.

—No fuimos a tierras Gunn porque pensáramos que eres una cobarde, Cora.

La joven suspiró.

—No hace falta que lo penséis vosotros. Ya lo pienso yo… Pero no he

venido aquí a que tú te preocupes por mí, Sloan.

Cora dio un paso atrás y esbozó una sonrisa triste.

—Tú tienes bastante ahora con tu esposa en la cama. Todo el mundo se ha preocupado por ella durante el día, pero estoy segura de que nadie te ha preguntado a ti cómo te encuentras.

Sloan se encogió de hombros.

—Estoy bien.

La joven arqueó una ceja.

—Tú me has dado una pequeña charla. ¿Necesitas que yo te dé otra?

—No hagas lo mismo que Gillian, por favor.

Cora levantó las manos en señal de paz y sonrió ampliamente.

—No quiero ser el centro de tu ira. ¿Necesitas que te traiga algo de comer? No has salido de aquí en todo el día y sé que no has comido nada.

—No tengo hambre.

Cora lo miró durante unos momentos y acabó asintiendo. Conocía muy bien a Sloan y sabía que, con él, lo mejor era no insistir. Por ello, le puso una mano en el hombro y lo apretó suavemente.

—Buenas noches, hermano.

—Igualmente, Cora.

Dos días después, Rowan apareció en el dormitorio de Sloan para hablar con él. Tras llamar a la puerta y entrar justo pasado el mediodía, Sloan supo que iba a hablarle sobre lo que los hombres habían encontrado.

—Aunque estoy aquí encerrado, sé que enviaste a algunos hombres a investigar por la frontera.

Rowan asintió y se acercó a la cama. Observó el rostro pálido de Morag y rápidamente le respondió a su hermano.

—Supongo que me conoces muy bien. Envié a tres hombres a inspeccionar la zona de la frontera y encontraron el lugar donde atacaron a Morag.

—¿Por qué estás tan seguro de ello?

Rowan le mostró las manos, que hasta entonces habían estado ocultas tras

su espalda y le mostró la espada de Morag.

—Han encontrado su espada y había restos de sangre a su alrededor. De igual forma, la tierra de esa zona estaba demasiado removida y había numerosas huellas. Fueran quienes fueran, te aseguro que no eran un simple par de hombres. Dicen que han encontrado huellas de al menos una decena de pies, pero no estamos seguros.

Sloan siseó de rabia.

—Malditos cobardes.

—A pesar de nuestras pesquisas, no hemos encontrado nada. Han seguido sus huellas, pero se han perdido en un riachuelo.

Sloan suspiró y caminó por el dormitorio de un lado a otro.

—Seguimos sin nada, joder. ¿Cuándo va a acabar?

—Hay algo que saco en claro de esto, Sloan, y es que, sea quien sea el culpable, está preocupado. Seguramente, sabe que hemos ido a tierras Gunn a investigar y que hemos descubierto que son inocentes. Con Morag aquí y la hija de Ross hemos descartado otros dos clanes.

—Los Urqhart y los MacGillivray son demasiado parecidos. No me inclino más por uno u otro.

—Yo tampoco. Por eso pienso en enviar a una pareja de guerreros a sus tierras.

—Es una misión suicida.

Rowan sonrió de lado.

—Igual que la vuestra hace una semana.

Sloan suspiró.

—¿Has hablado con Gillian sobre su hermano?

Rowan negó con la cabeza

—Pero tengo la impresión de que ella ya lo piensa y no quiere decirme nada para evitar conflictos nuevos.

—Puede ser… Pero hay algo que me preocupa de todo lo que has dicho.

—¿El qué?

—Que el culpable de todo pueda saber que hemos ido a tierras Gunn y que lo hemos encontrado inocente… Si eso es así, hay un traidor entre

nosotros.

Rowan asintió.

—Eso es algo que también me preocupa.

—¿Será la misma persona que atacó a Gillian en el sótano?

—Temo que sí.

—Hay que intentar acorralarlo.

—El problema está en asignarle ese trabajo a alguien. ¿Y si se lo digo precisamente al traidor? De todas formas, sea quien sea, tú no te separes de Morag. No quiero que esa persona entre aquí e intente acabar con el trabajo de esos mercenarios.

Sloan asintió.

—No me separaré de ella hasta que abra los ojos.

CAPÍTULO 23

Y tal y como había jurado, Sloan permaneció en el dormitorio, sin salir, durante dos semanas más. Dos semanas en las que Morag no había abierto los ojos, pero al menos no había presentado fiebre que pudiera debilitarla aún más. Dos semanas en las que no había tenido contacto con sus compañeros ni estaba seguro de cómo estaban las cosas en el clan. Lo poco que sabía se lo contaba Rowan cuando subía a ver cómo estaba Morag y acababan hablando de lo poco que habían descubierto hasta entonces.

Lo que sí tenían claro era que el laird Ross estaba comenzando a ponerse nervioso. Le había enviado una misiva a Rowan, preguntándole por qué aún no se había casado su hija con Alasdair, ya que esta le había contado lo que había pasado y los motivos de la demora con la boda. El guerrero sabía que no podía dejarlo para más tiempo y si Morag no despertaba en los próximos días, Alasdair y Lottie se casarían para formalizar la alianza entre ambos clanes.

El día acababa de comenzar para todos, pero para Sloan era un día más que se había unido al anterior. Durante esas dos semanas, apenas había descansado, algo que se reflejaba en su demacrado rostro. Su barba y su pelo habían crecido y había adelgazado ligeramente al no comer como antes.

Ese encierro mientras cuidaba de Morag estaba a punto de hacerle perder la razón, pero al menos le había servido para parar físicamente y así poder escuchar su interior por primera vez en su vida. Durante esos días había pensado en lo que había sido su existencia hasta entonces, en lo que había vivido y le faltaba por vivir, pero, sobre todo, en lo que se había perdido por la culpa que pesaba como una losa sobre su espalda. Cuando le contó a Morag lo que pasó con Craig sintió que se quitaba parte de ese peso, pero aún podía sentir gran parte de él.

Cada vez que sus hermanos o su madre le hablaban sentía que tenía que agachar la cabeza por vergüenza o por temor después de haber provocado la muerte de Craig. Había sido un rayo, sí, pero si él no lo hubiera instado a salir en medio de la tormenta, seguiría vivo. A pesar de que intentaba no tener presente ese sentimiento, Sloan tenía la impresión de que sus hermanos pensaban en Craig cuando lo miraban. Y no podía quitárselo de la cabeza. Se decía que era mentira, que ellos jamás lo habían culpado de

nada, pero su mente tenía vida propia y se lo repetía una y otra vez, como cada día de su vida, provocando que durante esas dos semanas su culpa aumentara.

Sloan suspiró y miró por la ventana desde la cama. Hacía tiempo que el día había llegado a su fin y probablemente su familia ya habría cenado. Se preguntó si lo habrían echado de menos o estaban mejor sin él y su rostro serio. El guerrero se llevó las manos al rostro y respiró hondo.

Se dijo que todos esos pensamientos habían tomado fuerza al no salir de allí y no tener contacto con nadie, pero no podía evitarlos. Se sentía realmente mal y tenía la impresión de que necesitaba escuchar de sus labios que él no era culpable, pero nunca se había atrevido a dejar su orgullo a un lado y mostrarse débil, ni siquiera ante ellos.

—¿Cuándo vas a despertar, Morag? —preguntó.

Durante esos días, la joven había tomado un color diferente al pálido cenizoso que tenía desde que había llegado. Por fin sus mejillas tenían cierto color rosáceo y sus pecas brillaban ligeramente más. Sin embargo, su rostro seguía demacrado y más delgado por la falta de alimento. Sloan, con la ayuda de Gillian, le había dado caldo poco a poco, pero siempre acababan desistiendo cuando Morag comenzaba a toser.

Sus heridas habían mejorado tanto que algunas de ellas, las más superficiales, habían cerrado por completo, mientras que aún mostraba moratones por los golpes recibidos. Gillian le había asegurado que la herida de lo que parecía haber sido un flechazo se estaba cerrando y que estaba casi curada, pero le seguía preocupando. Por otro lado, su costado parecía haber mejorado también, mostrándose más natural. No obstante, lo que más le preocupaba a todo el mundo era que aún no había despertado. Y eso lo estaba consumiendo.

Sloan estaba a punto de lanzar un rugido de auténtica frustración cuando escuchó unos suaves nudillos en la puerta, llamando para poder entrar. El guerrero le dio paso y se sorprendió al ver que se trataba de su madre. Amelia entró con una suave sonrisa en los labios, pero él no se la devolvió. Nunca lo había hecho. Jamás le había sonreído y acababa de darse cuenta de ello.

Sloan tragó saliva y miró hacia adelante, a Morag, rompiendo la conexión con la mirada de su madre.

—Hoy no me he pasado por aquí para no molestar, hijo. ¿Cómo está?

El guerrero suspiró.

—Sigue sin despertar. Al menos no ha tenido fiebre y ha recuperado el color. Ya no parece un muerto.

Amelia sonrió y se sentó en el otro lado de la cama.

—Estoy segura de que despertará en cuestión de días. No pierdas la fe.

Sloan levantó la mirada hacia ella, y no supo qué responder. Siempre que se cruzaba con ella tenía el mismo sentimiento. Sabía que lo disimulaba bien porque su madre nunca le había dicho nada, pero no podía arrancárselo. Junto a ella se sentía como un niño desvalido, necesitado de un simple abrazo y de unas buenas palabras que lograran calmar su dolor. Desde el momento en el que Craig cayó frente a sus ojos, Sloan se dejó caer al pozo y nunca quiso salir de él, ni siquiera con ella. Y aún se sentía como ese niño que necesitaba ese consuelo.

Tragó saliva y desvió la mirada de nuevo, incapaz de sostenérsela.

—Las cosas en el clan parecen haber vuelto a la normalidad. Ni siquiera hay ataques en la frontera…

—Tal vez están preparando algo más grande —susurró Sloan con voz ronca—. Tendríamos que ir directamente a por los Urqhart y los MacGillivray. Entre ellos está el culpable.

—Pero también hay un inocente.

—Uno más que tendría que morir para matar al culpable.

Amelia esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Ese inocente tiene la misma culpa que Morag, hijo mío. Tiene el mismo derecho a la vida que ella.

—Y, aun así, casi me la han arrebatado —dijo entre dientes.

Su madre grabó para sí aquellas palabras que, estaba segura, Sloan no se había dado cuenta de que las había pronunciado. Con ellas dijo más de lo que nunca se habría atrevido a decir. Lo había observado cada vez que entraba en el dormitorio y veía cómo se desmejoraba con el paso de los días. De reojo, miró hacia una de las pequeñas mesas y vio la bandeja intacta; una bandeja que ella misma había preparado para que su hijo comiera algo y no se dejara consumir entre esas cuatro paredes. Pero, de

nuevo, estaba totalmente entera.

Amelia suspiró y lo miró de nuevo a él.

—¿Tú cómo estás, hijo?

Sloan rechinó los dientes.

—Bien, madre. Como siempre.

El guerrero respondió sin mirarla, como siempre. No era capaz de sostenerle la mirada más que unos segundos y la propia Amelia sabía que había perdido a su hijo hacía años y nunca lo recuperaría.

—No estás bien, Sloan. Lo sé. Llevas días sin salir de aquí, no comes, apenas duermes… Vas a enfermar tú también.

—No es la primera vez que hago algo así y estoy bien.

—¿Por qué me mientes, Sloan? Soy tu madre. Te conozco muy bien.

El guerrero apretó los puños contra su kilt.

—La única persona que me conoce un poco está tumbada en esta cama y no ha despertado todavía.

Amelia suspiró.

—Y a pesar de conocerme, se quedó a mi lado a luchar.

Su madre lo miró largamente.

—¿Has hablado con ella sobre Craig? —preguntó, sorprendida.

Sloan se levantó de la cama, incómodo por el hecho de que le hablara de su hermano gemelo. Acudió junto a la ventana y cerró los ojos mientras apoyaba las manos en la jamba de esta, dándole la espalda a su madre.

—¿Qué más da eso? —refunfuñó.

—A mí no me da igual, Sloan. De hecho, es una de las cosas que más deseo en esta vida, que logres hablar de él de una vez por todas.

—Está muerto y enterrado. De nada vale mencionarlo a cada instante.

Sloan sintió un nudo en la garganta, el mismo que siempre sentía cuando su madre o alguno de sus hermanos le nombraba a Craig. No se sentía cómodo. Era como si entrara en terreno enemigo y no supiera qué hacer para salir airoso de ahí. A pesar de todas las vueltas que le había dado a ese tema durante esos días, seguía sin sentirse preparado, y no supo reaccionar bien.

—Está muerto, eso es cierto —dijo su madre—. Lo está para todos.

La respiración de Sloan se aceleró al escuchar que su madre se levantaba de la cama y se acercaba a él lentamente. Las emociones se arremolinaban a su alrededor y no era capaz de serenarse. Nunca lo había conseguido con ese tema y no sabía si lo lograría. El nudo de su garganta se hizo más grande, estrechando la zona de paso del aire y provocándole un intenso dolor.

—Craig está muerto, pero tú no lo has enterrado aún, Sloan. Tú moriste con él aquel día.

El guerrero sintió cómo su labio inferior temblaba y frunció el ceño.

—Todos lo enterramos aquí un día lluvioso, pero tú decidiste meterte con él en ese agujero, y no has salido de ahí a pesar de que tú sigues respirando. No quiero imaginar el dolor que sientes en tu pecho, Sloan. Ese dolor que debe de estar podrido después de tantos años y que ha ido amargándote la vida hasta llegar a no mostrar ni un solo sentimiento. Debe de ser la peor condena que se le puede imponer a una persona.

Amelia vio cómo Sloan apretaba los dedos contra la piedra de la pared. Lo hacía con tanta fuerza que sus nudillos se habían vuelto blancos. Pero no solo eso, sino que podía ver con claridad el temblor de su espalda. Nunca se había atrevido a hablarle tan abiertamente de Craig porque siempre tenía miedo de su reacción. Sin embargo, ya no podía contenerse por más tiempo. Veía sufrir a su hijo día tras día y ella no podía hacer nada. Y ver que estaba a punto de enfermar por no comer le dio alas para hablar abiertamente de él.

Amelia sentía que aquel fatídico día se había quedado coja. No solo porque uno de sus hijos había muerto, sino porque el otro decidió morir también. Y ya no podía soportarlo más.

La madre del guerrero levantó una mano y la apoyó en el hombro de Sloan, que se sobresaltó al sentir su tacto. El guerrero mantenía su mirada fija sobre la oscuridad del exterior mientras sus ojos se llenaban de lágrimas que jamás había derramado por Craig y por el destino que él mismo se había impuesto como castigo.

—Sigues vivo, Sloan. Solo tienes que arrancar de tu corazón las piedras que decidiste adherir a él para evitar que pudiéramos llegar a ti.

Sloan negó con la cabeza.

—Déjeme solo, madre.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos hablar de eso? Quiero a mi hijo de vuelta.

—¡Déjeme solo! —exclamó sin girarse hacia ella mientras una lágrima corría por su mejilla, perdiéndose en su barba.

Amelia se detuvo unos instantes mientras observaba su espalda, tensa, como siempre. Jamás lo había visto bajar la guardia ni reír a carcajadas, algo que echaba terriblemente de menos. La madre del guerrero acabó suspirando profundamente y se giró para marcharse.

Desde su posición, Sloan mantenía la peor de todas sus luchas internas. Era incapaz de pensar con claridad o serenarse. Quería correr fuera de allí, gritar en medio del bosque sin que nadie lo escuchara, quería herirse a sí mismo, castigarse de nuevo por la muerte de su hermano, pero también por la suya propia. Habría dado lo que fuera para que Craig siguiera vivo y él descansara en paz de una vez. ¿Por qué tuvo que salir aquel día del castillo?

Sloan escuchó los pasos de su madre. Tenía la impresión de que esta casi arrastraba los pies y que se marchaba de allí derrochando tristeza. Y cuando la escuchó tomar entre sus manos el pomo de la puerta para irse, no pudo aguantar la soledad que le quedaría después de aquello.

—¡Madre! —exclamó girándose hacia ella.

Amelia soltó el pomo de la puerta y lo miró. Durante un instante, Sloan se dijo que era un cobarde, que jamás podría pronunciar las palabras que tenía en mente. Sin embargo, su cuerpo lo ayudó y reaccionó por él. Sus pies se movieron solos, acercándose a Amelia, que lo miraba con aquellos ojos verdes de los que tanto necesitaba ver el amor y el perdón.

A medida que se acercaba a ella, Sloan sentía que el peso de sus hombros se hacía más fuerte, más grande, pues era lo más difícil que iba a hacer jamás. Redención. Solo podía pensar en esa palabra. De una vez por todas, necesitaba escuchar el perdón, necesitaba hablar, pero no sabía cómo.

Cuando llegó junto a ella, su madre simplemente lo miró. No quiso decir nada que pudiera echarlo para atrás y asustarlo. Se quedó donde estaba y sintió que su alma se rompía al ver las lágrimas derramarse por los ojos de su hijo.

Sloan apretó los puños y se arrodilló delante de su madre. Jamás lo había

hecho ante nadie, pero sentía que ante ella debía hacerlo para suplicar su perdón, para liberarse. De rodillas, el guerrero la miró. Su alma estaba rota y nadie podía salvarlo, pero ya era hora de dejar atrás los viejos fantasmas para intentar ver la luz.

—Madre, sé que no tengo perdón de Dios por lo que hice aquel día, pero necesito saber si tengo el suyo. Tiene razón, no solo murió él aquel día. Yo mismo decidí tirarme de cabeza junto a él porque no era capaz de soportar el dolor que me produjo su muerte y el dolor que os había provocado a padre y a ti. No podía soportar la vida en ese momento y decidí que lo mejor era morir yo también porque sentía que había fallado a todo el mundo. Teníamos la familia perfecta y yo rompí todo eso.

Sloan no podía dejar de llorar en ese momento. Por primera vez en su vida no veía a su madre como una enemiga, sino como la mayor de sus aliadas ante su dolor.

—No era capaz de ver el dolor en los ojos de padre y en los suyos, madre, y tuve que revestirme de frialdad para poder sobrevivir. En ese momento, todo el mundo era enemigo; todos parecían mirarme como culpable; como la persona que había roto la alegría de este castillo y solo deseaba morir yo también.

—Nunca te he culpado de nada, Sloan. Fue algo fortuito. Esa tormenta podría haber matado a cualquiera.

—Pero fui yo quien animó a Craig para salir del castillo. Fui yo quien se separó de él y fui yo quien sobrevivió. Siento que yo lo maté, no con mis propias manos, pero sí con mis actos. Jamás debí haberlo animado a salir de aquí. De igual forma que nunca voy a olvidar sus ojos; unos ojos llenos de terror ante la muerte. Se quedó paralizado, madre. Sentí que ya no me miraba desde este mundo, sino que lo hacía desde el otro lado. Y cuando su cuerpo cayó… No puede imaginar el miedo que sentí al verlo muerto, madre. He visto morir a muchas personas, he matado con mi espada, pero ninguna de esas muertes se parece a la de él. Pareció pedirme ayuda desde el más allá, pero yo no pude dársela. No pude salvarlo. Y me morí con él.

Sloan tembló al tiempo que la congoja apenas lo dejaba hablar.

—Decidí enterrarme con él porque el miedo y la culpa eran aún peor que la muerte. Pensaba que al volverme frío dejaría de sentir miedo y culpa, pero ha ido aumentando con los años. Y ya no puedo más, madre. No puedo

más. Y ahora tengo miedo de que la última vez que los ojos de Morag me miraron sea la última vez que los vea en mi vida. No quiero que le pase lo mismo que a Craig. Tengo miedo. Mucho miedo, madre.

Sloan se llevó una mano al pecho, intentando calmar el dolor que sentía.

—No quiero que muera. La amo como nunca he amado a nadie, madre. La amo de tal manera que toda la oscuridad que habita en mi interior parece cobrar vida y luz cuando está cerca. La muerte se aleja y el fantasma de la culpa se marcha y me abandona. Por primera vez, me vuelvo a sentir vivo. Siento de nuevo el viento en la cara después de salir del agujero en el que me vi obligado a meterme por miedo. Pero el terror vuelve a cada instante cuando sus ojos siguen cerrados. No quiero que muera. Y no puedo más con este maldito peso. ¿Por qué todos a los que amo tienen que morir?

Amelia parpadeó para apartar las lágrimas de sus ojos. Se agachó y se puso de rodillas frente a él. Levantó sus manos y le sujetó el rostro. Las lágrimas de su hijo rápidamente mojaron su palma, pero no le importó. Lo miró a los ojos con firmeza.

—Ella aún está viva, Sloan. Y estoy segura de que ha sabido ver la luz que tú mismo tienes en tu corazón a pesar de la oscuridad que te has empeñado en guardar.

Sloan sollozó y bajó la mirada.

—No podría soportar que muera, madre.

—No va a morir. Morag va a despertar y podrás mostrarle tu verdadero corazón. Pero déjame decirte algo, Sloan. Tú no eres culpable de la muerte de Craig. Su destino era morir en medio de aquella tormenta. No sabemos si nuestros espíritus deciden cómo y cuándo morir, pero si es así, estoy segura de que solo ayudaste a tu hermano a cumplir su objetivo. Tú lo ayudaste a morir porque era su destino, Sloan. Y no hay nada más bonito que ayudar a alguien a cumplir su propósito. Tal vez Craig debía enseñarnos algo con su muerte y era a estar más unidos que nunca o puede que intentara enseñarnos a que, a pesar de la muerte, siempre queda vida para seguir adelante. Tú sigues vivo, Sloan. Ya es hora de que te quites ese peso de encima y puedas vivir. Aún te queda vida por delante. Imagina lo bien que se sentirá él desde el otro lado al ver que por fin te quitas el lastre y vives por ti y por él. Su vacío nunca lo llenará nadie, pero puedes cubrirlo de rosas y amor en lugar de llenarlo de espinas.

Sloan sollozó y asintió. Y en ese momento, su madre lo estrechó entre sus brazos. Hacía casi veinte años que no había vuelto a abrazarlo y lloró con él. Por primera vez volvía a sentir a su hijo junto a ella, no al fantasma en el que se había convertido. Dejó que exhalara su culpa y su dolor. No podía imaginar todo lo que Sloan había sentido a lo largo de esos años, pero por fin se dejaba ayudar. Recogió para sí cada lágrima, cada temblor y cada lamento que dejaba escapar de su garganta. Casi podía sentir el mismo terror que Sloan había experimentado con seis años. Empatizó con él y se dijo que un niño no debería vivir una experiencia tan traumática, pero, como le había dicho, tal vez formaba parte de un plan divino que el propio Craig decidió y que ninguno podía comprender.

Para ella, perder a un hijo había sido realmente trágico y doloroso, pero no podía compararlo con lo que Sloan debió sentir en ese momento, con lo que vio y con lo que pudo pensar en cuestión de segundos siendo tan solo un niño y completamente solo en medio de la nada.

Amelia habría dado su vida en ese instante para hacer que el dolor de Sloan desapareciera para siempre y pudiera tener una vida llena de luz, en la que sus demonios por fin lo abandonaran.

Sloan se dejó acunar por los brazos de su madre. En ese momento, no existía el orgullo, sino la sanación de un chiquillo. Sabía que su niño interior había muerto aquel día para dar paso a un adulto demasiado joven. Tuvo que olvidar las bromas, las risas, los juegos… Todo lo que un niño debía hacer para convertirse en alguien demasiado maduro para su edad. Y ahora ese niño dolido y aterrado pedía paso para curar sus heridas, pues sabía que, si no lo hacía, no podría seguir viviendo.

Amelia depositó un beso en la coronilla de Sloan. Por fin se abría un nuevo camino, un nuevo horizonte para él y ella sabía que su felicidad estaba más cerca que nunca.

CAPÍTULO 24

Hacía ya más de una hora que había amanecido, pero para Sloan no era un día más, sino que representaba algo extraño para él. Tenía la impresión de que el suelo que pisaba ahora era arenoso, no tan firme, y en parte sentía miedo. Sin embargo, sabía que tenía la seguridad de abrirse con su familia y que podía pedirles una mano para que lo ayudaran. Aún tenía cierta congoja en el pecho después de haber llorado como nunca en brazos de su madre, como un niño, como ese mismo niño que él tuvo que matar para no sufrir y que hoy había renacido.

Mentalmente, abrazó a ese niño y le pidió caminar juntos de ahora en adelante para formar un gran equipo. Sin embargo, a ese niño y al adulto le faltaba la voz de Morag, que aún no había despertado. Por esa parte, Sloan se sentía ligeramente desesperado. Había perdido la cuenta de los días que se encontraba allí y estaba deseando salir a por los culpables.

En ese momento, vio entrenar a sus compañeros y sonrió. Pensó en ellos y en todos los momentos compartidos a lo largo de toda su vida. Habían sido muchos, y a pesar de su seriedad y, a veces, mal humor, siempre habían estado ahí junto a él. Y eso lo emocionó. Hasta ese momento, no había sido consciente de lo acompañado que había estado a lo largo de toda su vida. Había pasado de puntillas durante esos años, pero ahora se dijo que debía vivir.

Y, sorprendentemente, en ese instante, el estómago le rugió por primera vez desde que se encontraba encerrado cuidando a Morag. El guerrero se giró hacia la mesa donde le habían dejado la bandeja a primera hora, pero cuando lo hizo y desvió sus ojos hacia la cama, sintió que el suelo volvía a temblar de nuevo. Unos ojos lo observaban desde la cama. Aquellos ojos verdes que había echado tanto de menos y había necesitado volver a ver. Como si de un milagro se tratara, Sloan se quedó quieto, incapaz de creer lo que había pasado. Ambos se sostuvieron la mirada, hasta que, cansada, Morag esbozó una sonrisa.

—Debería ser yo quien pusiera esa cara por verte en el mismo infierno que yo… Si te has muerto, deberías haberte ido a otro sitio.

La voz de la joven no parecía suya. Sonó demasiado ronca, pero después de tantos días sin beber nada, tenía la boca extremadamente seca.

Sloan, aún estupefacto, se acercó a la cama sin parpadear.

—¿De verdad estás despierta o esto es un sueño?

—¿Sueñas conmigo a menudo? Espero que siempre te venza en todo…

Sloan dejó escapar una risa y se sentó en la cama, junto a ella, incapaz de apartar la mirada.

—Para llevar tanto tiempo sin abrir los ojos, te has despertado de buen humor…

—La vida me ha enseñado que es mejor sonreír que llorar.

—¿Cómo estás?

—Si no me muevo, estoy muy bien. Si intento mover un dedo, me duele todo.

Sloan sonrió.

—Aún no puedo creer que sigas viva. Has tenido mucha suerte, Morag. Llegaste casi muerta.

La joven asintió y respiró hondo, haciendo un gesto de dolor.

—Si te soy sincera, pensaba que iba a morir en medio del bosque, así que es una suerte estar aquí. Y aún te sorprende que sonría por mi buena fortuna.

Morag lo miró de arriba abajo y arqueó una ceja.

—No sé cómo será mi aspecto, pero tú no estás mejor que yo y a ti no te han golpeado hasta casi la muerte…

Sloan se encogió de hombros.

—No pasa nada.

—¿Por qué estás así?

El guerrero tragó saliva y se miró las manos. En cualquier otra ocasión, habría mentido, pero después de la conversación con su madre se juró a sí mismo a expresar sus sentimientos sin temor, así que debía empezar ya a hacerlo.

—No he salido de aquí en todo este tiempo.

Morag frunció el ceño y se incorporó lentamente, no sin gemir y bajo la atenta mirada de Sloan. Cuando su espalda se dejó caer contra el cabecero de la cama, lo miró sorprendida.

—¿Has estado cuidándome?

Sloan asintió.

—¿Por qué?

—Porque era mi deber.

Morag arqueó una ceja y sonrió ligeramente.

—Pensaba que dirías "porque somos amigos"… El deber y tú; tú y el deber.

—Y porque te amo.

La sonrisa de Morag se borró de golpe. Pensaba que aún estaba ligeramente adormecida y no había escuchado bien. Lo miró con intensidad, intentando comprender qué lo había llevado a decir aquello. Morag tragó saliva y fue cuando sintió que su corazón se había acelerado al ser consciente de lo que representaban aquellas palabras.

Parpadeó varias veces y descubrió que el rostro de Sloan estaba tan serio como siempre, pero sus ojos parecían tener luz por primera vez desde que lo conocía. Nunca los había visto brillar así, como si la vida hubiera vuelto a ellos. Se preguntó qué habría pasado mientras ella estaba convaleciente, pero no quería pensar en eso ahora.

—¿Qué has dicho?

Sloan tragó saliva y carraspeó, ligeramente incómodo.

—Que lo he hecho también porque te amo, no solo por deber.

Morag sintió que estaba a punto de dejarse llevar de nuevo por la oscuridad al sentir que se le iban las pocas fuerzas que tenía.

—¿Por qué dices eso? —preguntó en un hilo de voz.

—Porque es lo que siento. Reconozco que hace semanas disfruté de lo lindo dándote lo tuyo junto al lago y habría deseado mil veces que desaparecieras de mi vida, pero cuando te vi llegar moribunda, sentí que todo mi mundo se desvanecía bajo mis pies, que lo poco que había logrado sentir en mi interior se esfumaría y moriría como lo hizo Craig. Y tuve miedo, Morag. Miedo de no volver a escuchar tu voz o de no ver tus ojos. Sentí que iba a perder la razón al tiempo que también te perdía a ti.

Sloan desvió la mirada, incómodo. De no haber tenido la barba, sabía que se habría sonrojado, especialmente, bajo la atenta y sorprendida mirada de

Morag, que no apartaba su vista.

—Durante toda mi vida he pensado que mi corazón era como una tierra quemada, sin vida, hasta que llegaste tú. Como guerrero, había aprendido a soportar cualquier cosa en la vida, excepto la muerte de alguien a quien amas. Me di cuenta de que sentía culpa por Craig no solo por su muerte, sino porque era mi gemelo y lo amaba. Pero contigo me pasó lo mismo al verte llegar. Ya me había acostumbrado a tenerte cerca y, aunque no había admitido lo que sentía, creí que no iba a soportar tu pérdida si morías porque te amo demasiado.

Sloan levantó la mirada y Morag vio el dolor reflejado en ella. Estaba tan sorprendida que no sabía qué decirle en ese instante. Despertar de su letargo, sentir que su cuerpo quemaba de dolor y, de repente, encontrarse con aquellas palabras, dichas por un guerrero como Sloan la había dejado sin palabras.

—En ese momento, me di cuenta de que nunca había temido morir en batallas porque pensaba que estaba muerto, pero mi corazón latió más que nunca al ver que la sangre cubría tu ropa, Morag. Durante años, he negado el amor infinidad de veces pensando que era un sentimiento que hacía débiles a los hombres y los hacía sufrir, pero ahora entiendo que es al contrario. Tú me has dado vida, Morag.

Sloan sonrió con tristeza.

—Con esto no quiero que te sientas obligada a nada. Tampoco quiero que te quedes en unos meses tan solo por lo que te acabo de decir. Quiero que seas una mujer libre. Tan solo déjame decirte que durante estos días he pensado que llegaste en el momento en el que todo se estaba rompiendo otra vez, cuando más perdido me sentía y, a pesar de todo, me escuchaste y te quedaste. Podrías haberte negado ante la idea de Jacob MacBean, pero fuiste valiente al aceptar, y eso me gustó. Este tiempo me has enseñado quién eres, de qué estás hechas y qué hay en tu interior. Y no hay nada en el mundo que desee más que estar contigo.

Sloan terminó de forma atropellada. Las palabras parecieron atascársele en la garganta y se levantó incómodo de la cama. Se retorcía las manos con ansiedad y desvió la mirada de la joven, que seguía estupefacta.

—Iré a llamar a Gillian para informarle de que ya estás despierta.

Sloan intentó girarse, pero Morag abrió la boca para frenarlo:

—¿De verdad vas a marcharte sin darme un segundo para responderte?

El guerrero la miró y se quedó completamente quieto.

—Es que no has dicho nada y no quería incomodarte.

Morag sonrió ligeramente y se incorporó un poco más. A pesar del mareo que sentía después de tantos días acostada, quería recuperarse cuanto antes, y quedarse en la cama no era la mejor opción. Desde que se había convertido en una guerrera se había autoexigido mucho, y mostrarse débil no era una opción, aunque no tuviera aliento a sacar los pies de entre las sábanas.

—No me has dado tiempo a reaccionar —le dijo con una sonrisa.

—Tampoco tienes la obligación a responderme…

—¿Te vas a callar de una vez para dejarme hablar? —lo cortó arqueando una ceja.

Cuando el guerrero finalmente cerró la boca y la miró con la cabeza ligeramente agachada, Morag estuvo a punto de ampliar su sonrisa. De repente, le recordaba a un niño que acababa de hacer una travesura y esperaba una regañina por parte de su madre.

—¿Sabes por qué estoy viva aquí en el castillo en lugar de muerta en medio del bosque?

Sloan negó con la cabeza.

—Cuando recuperé la consciencia y no podía moverme por el dolor, miré a la luna. Sabía que me moría porque podía sentirlo dentro de mí. La fuerza se me escapaba y me costaba mucho respirar, pero hubo un instante en el que oí a mi madre. Ya sé que no es posible porque está muerta, pero te juro por mi vida que la escuché. Me dijo que no me rindiera. Y, en ese momento, te vi. Tu imagen fue la única que me vino a la mente cuando mi madre me dijo eso y sentí demasiada angustia al darme cuenta de que no iba a volver a verte. Fue entonces cuando supe que te amaba, que lo que yo sentía por ti no era una simple amistad, alguien con quien bromear o incluso… bueno, entregarme a ti. No. Para mí eras algo más. Sentir que no iba a volver a verte me hizo darme cuenta de que en realidad eras algo más, algo que había querido negarme desde el momento en el que te conocí porque representabas todo lo que me había hecho daño una vez en la vida.

Morag sonrió con tristeza y desvió la mirada cuando Sloan se sentó en el

borde de la cama.

—Siempre he sentido a mis compañeros del clan MacBean como amigos, pero fuera de ahí, cualquier hombre representaba un peligro para mí. Y eso es algo que sentí demasiado profundo cuando te vi por primera vez. Mirarte a la cara fue como sentir un golpe en el centro del pecho, como si el suelo comenzara a temblar y los demonios que siempre me habían perseguido me hubieran encontrado de nuevo. Y me asustó. Sentí más miedo que nunca, porque jamás me había sentido atraída por nadie. Y hacerlo por alguien que, para colmo, era enemigo de mi clan era aún peor, casi humillante para mi orgullo. Necesitaba burlarme de ti, golpearte, odiarte… No porque quisiera, sino porque tenía miedo de lo que realmente sentía.

La joven alzó la mirada hacia él y sonrió con las mejillas rojas por la vergüenza.

—Cuando ese caballo apareció junto a mí al tiempo que veía tu rostro en mi mente, apenas me podía mover. Y en el momento en el que lo monté, no sabía hacia dónde me iba a dirigir. Pero vino aquí. Es como si el animal hubiera adivinado a quién quería ver antes de morir.

Morag suspiró.

—¿Sabes? Desde que estoy aquí tengo la impresión de que he vuelto a nacer. Como si hubiera estado muerta durante muchos años y, de repente, vuelvo a la vida. Estar a tu lado ha sido como un renacer. He despertado del letargo en el que me había sumido después de tantos abusos, y tú me has demostrado que un verdadero hombre de honor no daña, protege. A tu lado me siento libre, sin necesidad de fingir que todo está bien cuando siento que mi alma está rota. No tengo que demostrarte nada porque tengo la impresión de que igualmente tú sabes cómo me siento. Y vivir sin fingimientos es una de las mayores libertades que podemos experimentar. No me obligas a cambiar mi carácter ni a decirme cómo me tengo que vestir. Me aceptas tal y como soy, y eso no lo admite un hombre cualquiera, Sloan. Eso lo hace un verdadero hombre de honor.

Morag sonrió tímidamente y agachó la mirada hacia sus manos.

—En el bosque, cuando pensaba que no volvería a verte, me dije que cuando te tuviera delante, te iba a sorprender con una declaración de amor, pero te has adelantado. No es justo. Siempre te quieres quedar por encima…

Sloan sonrió y le tomó la mano con cuidado para no hacerle daño.

—Bueno, te dejo que ahora seas tú quien decida el siguiente movimiento.

—No sé qué hay que hacer después de algo así.

—Yo tampoco.

Morag rio.

—¿Y si me besas? Tal vez así logres que me recupere antes.

—Te quedan otras dos semanas ahí metida.

Morag lo agarró de la camisa y lo acercó a ella.

—Ni en tus mejores sueños…

Sloan sonrió antes de besarla. No podía creer lo infinitamente fácil que le había resultado dejar su orgullo a un lado para declararse a Morag. En su mente había meditado una y otra vez lo que podría decirle, pero no le había resultado tan fácil como dejar salir las palabras en el momento adecuado. El temor a ser rechazado lo había hecho temblar de miedo, pero ver la comprensión y el amor en los ojos de Morag, en ese momento tan íntimo y bonito entre ellos, le pareció realmente especial. Ninguno era muy ducho en palabras. Al contrario, eran más bien personas de demostrar lo que sentían en lugar de decirlo con palabras. Por eso, a Sloan no le hicieron falta más palabras de Morag. Estaba seguro de que, con el paso del tiempo, ambos llegarían a abrirse más. Pero por ahora le bastaba el simple hecho de que estuviera despierta y le hubiera confesado su amor. Lo demás vendría solo.

El guerrero se separó de ella y la miró con una sonrisa.

—Reconozco que igualmente es raro este momento después de todo lo que nos hemos insultado y odiado.

—Puede que sea la providencia… Las almas que están destinadas a estar juntas se reconocen en el instante en que se ven, aunque se empeñen en odiarse. Hemos hecho todo lo posible para odiarnos, pero si la fortuna nos quería juntos, al final lo ha logrado.

—Pues espero que esa misma fortuna nos sonría por muchos años más. Por Dios, Morag, no te imaginas lo que he sufrido estos días al ver que no despertabas.

Sloan elevó una mano y acarició su mejilla.

—Creo que tú tampoco puedes imaginar la de veces que me arrepentí de

que no me acompañaras al viaje.

El guerrero sonrió.

—Es la primera vez que me das la razón en algo.

—No te emociones. Si lo hago es porque quiero quedar bien después de las cosas bonitas que me has dicho.

Sloan dejó escapar una risa y apretó su mano entre sus dedos.

—Supongo que es normal sentirse extraño después de lo que acabamos de hacer. Lo siento. Aún no me acostumbro a esta nueva etapa de mi vida.

Morag arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres con esa nueva etapa? ¿Qué me he perdido?

—Ayer hablé con mi madre sobre Craig. Era la primera vez que lo hacíamos desde entonces y le confesé que me sentía culpable por su muerte.

Morag se mostró sorprendida.

—Vaya… ¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión? Nunca has querido hablar con ellos de él.

—Fuiste tú.

La joven frunció el ceño.

—A mí no me eches la culpa de tus cambios de humor…

Sloan le devolvió una sonrisa.

—Verte llegar así me llenó de terror y no supe gestionarlo, así que no tuve otra opción más que hablar con ella. Sabía que, si no lo hacía, la perdería para siempre. Y ahora no sé si agradecerte que me ames o darte el pésame por tener que soportarme.

Morag sonrió y acarició su mano con ternura. Después de haber pasado tanto pánico al verse sola contra diez adversarios y haber pensado que iba a morir, se sentía por fin a salvo. Era un sentimiento repetitivo junto a Sloan. Siempre había enviado a aquellas personas que se sentían protegidas en casa, y él era su hogar. Había temido perderlo, pero escuchar sus palabras la había emocionado hasta límites que desconocía.

—Gracias a ti por hacerme sentir que por fin estoy en casa.

Sloan la miró y sonrió. Después de tantas peleas entre ellos se sentía ligeramente incómodo mostrando sus sentimientos, pero era tan solo el

comienzo de algo mejor. Estaba seguro de ello. Su interior había cambiado, y por fin lo reflejaba en el exterior, aunque le costara hacerlo con los demás.

—¿Puedo preguntarte algo, Morag?

El tono en la voz de Sloan cambió radicalmente. Por ello, la joven se mostró seria y asintió.

—Al llegar al castillo, dijiste que el hombre que abusó de ti te había reconocido y que era el culpable de esos golpes. ¿Quién demonios es el desgraciado con el que he compartido mesa y techo y que te ha hecho esto?

Morag tragó saliva y desvió su mirada.

—Has dicho que me quieres, ¿verdad?

Sloan asintió.

—El amor es confianza y, como tal, quiero pedirte que confíes en mí un día hasta que pueda decirte quién es.

Sloan chasqueó la lengua.

—Pero ¿por qué? Morag, ese hombre ha enviado a mercenarios a por ti y han estado a punto de matarte. No podemos dejar que siga suelto.

—Y no seguirá suelto, Sloan. Lo desollaremos vivo, te lo juro. Pero primero quiero comprobar algo que me parece importante. Dame solo un día, por favor, y te contaré todo.

—En un día es la boda de Alasdair y Lottie —le aseguró.

Morag lo miró intensamente, pero sin el reflejo de ningún sentimiento en el rostro. La joven tragó saliva y apartó las sábanas de sus piernas.

—Oye, ¿qué demonios haces, Morag? Una cosa es despertarte y esperar a levantarte en unos días y otra, muy diferente, es despertar y directamente levantarte. Necesitas reponerte.

La joven lo miró y boqueó varias veces.

—Está bien. Dile a Cora que me traiga una bandeja con comida.

Sloan arqueó una ceja.

—¿Cora? No estoy segura de que quiera hacer de sirvienta.

Morag sonrió de lado.

—Dile que la necesito para cosas de mujeres que tú no puedes hacer.

Sloan dudó y acabó respirando hondo y asintiendo.

—Está bien, pero mañana pienso arrancarte de cuajo el nombre de ese miserable.

—Te lo diré antes si puedo…

Sloan sonrió y se dirigió hacia la puerta para buscar a Cora. El guerrero la miró una vez más antes de abrir y salir. Le parecía extraño que la joven hubiera despertado y que, en cuestión de minutos, se hubieran dedicado esas palabras. Pareciera que habían pasado días desde la recuperación de Morag. ¿Cómo era posible que su esposa tuviera semejante capacidad de recuperación?

Sin embargo, desde el dormitorio, y sola, Morag frunció el ceño y miró su costado. La herida que más le dolía era la de la flecha. Por lo demás, su cuerpo parecía haberse recuperado en parte, pero seguía sintiéndose débil. Había intentado mostrarse más recuperada junto a Sloan, pero el fingimiento había estado a punto de llevarla al desmayo. Inspiró con fuerza y cerró los ojos.

En ese momento, sentía que flotaba por las bonitas palabras de Sloan, pero lo que este le había dicho al final la había vuelto a poner sobre aviso. Su instinto de guerrera se había interpuesto al de mujer enamorada. Amaba a Sloan por encima de todo. Le había costado reconocerlo, pero ahora que tenía claro ese sentimiento solo podía pensar en solucionar el problema que la había llevado a ese castillo. Se dijo que más adelante volvería a hablar de amor con Sloan, pero el temblor que tenían sus manos en ese instante se debía más al miedo creciente.

Había intentado levantarse, pero sabía que se habría caído al suelo por la debilidad. Por ello, decidió hacerle caso a Sloan y quedarse en la cama. La primera persona en la que pensó debió ser en Gillian, aunque tal vez esta no la creería o no estaría dispuesta a llevar a cabo su petición. Pero tenían que hacerlo cuanto antes. Conocía a Cora lo suficiente como para saber lo que sentía en esos momentos, y sabía que no se iba a negar a su petición.

Al cabo de varios minutos, que le parecieron eternos, unos nudillos llamaron a la puerta del dormitorio. Morag estiró las sábanas de nuevo y las colocó lo mejor que pudo. Su mareo había disminuido, por lo que se sentía un poco mejor. Le dio paso a la persona que estaba tras la puerta y sonrió al ver que se trataba de Cora.

La hermana de Sloan esbozó una sonrisa.

—Creo que hablo por todos al decir que me congratula verte despierta. Nos has tenido en vilo.

La joven portaba una pequeña bandeja con fruta, pan y queso. La dejó junto a Morag en la cama, pero esta apenas la miró, sino que mantuvo sus ojos sobre ella.

—Muchas gracias. La verdad es que es raro ver que estoy viva. En el bosque sentía que me moría.

Cora se sentó a los pies de la cama.

—Me imagino que fue realmente difícil.

Morag asintió.

—Mucho, pero ahora toca mirar hacia el futuro.

—¿Quién te hizo esto?

—¿Sloan te ha pedido que me lo preguntes?

Cora lanzó una carcajada.

—Sí que lo conoces bien, pero no le digas que me has descubierto.

Morag le devolvió la sonrisa.

—Tranquila. Dile que no he querido contártelo.

Cora asintió.

—También me ha dicho que necesitabas la ayuda de una mujer. ¿Quieres un orinal o algo?

Morag negó con la cabeza y apartó la bandeja.

—De hecho, ni siquiera deseo la comida. Solo quería que vinieras para hablar contigo.

—Me imagino que debe de ser realmente aburrido estar aquí.

—Ojalá fuera por eso, Cora, pero si te he mandado llamar no es para darme conversación.

La aludida arqueó una ceja, sorprendida.

—¿Y para qué entonces?

—Necesito que hagas algo por mí, pero puede ser realmente peligroso.

—Dime qué quieres que haga…

—¿Conoces la historia del caballo de Troya?

CAPÍTULO 25

A pesar de que habían atrasado la boda infinidad de veces, para Alasdair le seguía pareciendo demasiado precipitada. El día de su unión con la hija del laird Ross ya había llegado y ahora sí que no tenía escapatoria.

Había incluso llegado a rezar para que ocurriera algo en el clan que les confirmara quién era la persona culpable de aquella guerra para así evitar la boda. Pero no habían descubierto absolutamente nada.

Alasdair se vistió a conciencia con manos temblorosas mientras la imagen de una mujer asolaba su mente una y otra vez, y no era precisamente el rostro de Lottie el que no dejaba de ver. Aquellos ojos verdes, su intensidad, su rebeldía, su fuerte carácter, su increíble belleza, su pelo rojo… habían hecho las delicias de Alasdair durante años. Pero jamás imaginó que tendría que obligarse a olvidarla para siempre, pues sabía que jamás le iba a perdonar que se casara con otra mujer.

El guerrero suspiró. Un año y un día. Eso era lo que el laird Ross había pedido. Y a pesar de que otros muchos años se le habían pasado demasiado rápido, sabía que el que tenía por delante sería aún más largo.

Por primera vez en su vida, se preguntó si tal vez debía abandonar el castillo y marcharse a su palacete durante esos meses en los que estaría casado. Sin embargo, sabía que no podría estar a solas con Lottie, ni quería darle hijos, ni meterla en su lecho… No quería nada de ella, tan solo la alianza de los Ross. Por lo tanto, no tendría más trabajo que el de soportarla. Y ese año sería aún más largo.

Con paso firme, Alasdair se encaminó hacia la puerta. Se dijo que no podía estar por más tiempo allí encerrado, y cuanto antes se casara, antes acabaría ese tormento. Descendió por las escaleras con rapidez, pero cuando llegó abajo estuvo a punto de llevarse por delante a Cora, que comenzaba a subir la escalinata. Ambos se miraron durante unos segundos sin saber qué decir, incluso preguntándose si realmente debían decir algo.

Cora tragó saliva y lo rodeó, pero Alasdair la agarró del brazo. Al instante, sintió el escalofrío que provocó en la joven, que levantó la mirada hacia él.

—¿No vas a venir?

Cora frunció el ceño.

—¿A dónde?

Alasdair apretó la mandíbula.

—A mi boda.

—¿Es una broma?

—Nunca bromeo.

—Y yo nunca voy a bodas que no tienen que ver conmigo.

Alasdair la soltó y la miró con el ceño fruncido.

—En parte, sí tiene que ver contigo.

Cora lo miró, sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—A que si tengo la obligación de casarme es porque hay que hacer alianzas que nos aporten información sobre la persona que quiere matarte. Sí, tiene que ver contigo.

Cora sintió que su alma caía a sus pies ante aquellas palabras. La joven necesitó apoyarse contra la pared para gestionarlas.

—¿Me estás culpando de verte obligado a casarte? Yo no he pedido nada nadie, ni bodas ni compromisos, ni que me sigas a todas partes… De hecho, si de mí dependiera, te juro por mi vida que sería yo y no vosotros quien saldría del castillo para buscar a ese desgraciado. Pero no… seguís pensando que soy una maldita niña que necesita ser protegida en lugar de ver que he crecido y me he convertido en una guerrera. Es una pena que mi padre muriera aquel día en batalla. Era el único que me veía como lo que soy: una mujer capaz de defenderse a sí misma y a su clan.

Cora respiró fuerte.

—¿Quieres que acuda a tu boda? ¡Por supuesto! —exclamó bajando los escalones que había subido—. Vamos, estoy impaciente de ver cómo te casas con esa mujer por mi maldita culpa. Es una pena que yo no pudiera escoger con quién te casabas. Habría elegido a una más fea.

Y en lugar de seguir el camino hacia su dormitorio donde había planeado esconderse durante la boda de Alasdair para evitar romperse en mil pedazos, se dirigió directamente al salón donde se llevaría a cabo la ceremonia de unión de manos. El propio guerrero había pedido a Gillian que no hiciera algo similar a la boda de Sloan con Morag, por lo que habían

preparado algo más minimalista en el salón principal, donde después celebrarían un pequeño festín.

Lanzando un suspiro entre rabioso y triste, Alasdair siguió la estela de furia que fue dejando Cora por el pasillo. Siguió sus pasos, clavando su mirada en la espalda de la joven, cuyos pasos resonaban con fuerza a su alrededor. Odió más que nunca a la vida, al destino y a los Ross por ponerlo en la tesitura de casarse con una mujer a la que no solo no amaba, sino que no conocía y, para colmo, pertenecía a un clan enemigo.

Sus pasos acabaron en la puerta del salón, donde entró y donde lo esperaba toda la familia Chattan, su familia, incluida Morag, que lo observaba con una expresión extraña en la cara. Alasdair frunció el ceño al ver sus ojos inquisitivos sobre él y la joven apartó la mirada.

En el frente, Lottie lo miraba con una expresión nerviosa en el rostro. La vio sonreír con timidez y él se acercó a ella. El momento más temido había llegado, y cuando cerraron la puerta a su espalda, supo que no habría escapatoria.

Después de una mañana en la que había visto la boda de Alasdair y habían comido y festejado en el gran salón, Morag intentaba ocultar, como fuera, una expresión de auténtico dolor y cansancio. A pesar de la negativa de Sloan ante su salida del dormitorio para unirse con los demás en el salón, Morag se había empeñado en acudir a la ceremonia.

Amelia también había puesto el grito en el cielo al verla levantada después de semanas en cama y habiendo llegado al castillo prácticamente muerta. Pero Morag les dijo que ella nunca se había quedado en cama a descansar o reponerse, así que iba a levantarse como fuera.

Por ello, comió copiosamente para recuperar sus fuerzas y, aunque se había sentido mejor, con el paso de las horas estaba comenzando a encontrarse cansada y ligeramente mareada. Sin embargo, su orgullo le impidió marcharse de allí o decirle algo a Sloan, a quien tenía al lado en todo momento y se negaba a separarse de ella.

Durante la noche anterior, cuando el guerrero regresó al dormitorio para descansar, habían vuelto a hablar sobre lo que sentían el uno por el otro. Y aunque Sloan había insistido en que le contara quién le había hecho eso, le recordó que le pidió un día para ello, y aún no había pasado. Junto a él se

sentía bien, a gusto, plena en la vida, y no quería que aquella sensación se acabara.

Durante la noche, ambos se habían sentido extraños el uno con el otro, ya que, después de todo lo vivido entre ellos, resultaba extraño que un sentimiento como el amor se hubiera abierto paso en sus corazones. Y lo más extraño de todo para ambos fue reconocerlo y aceptarlo.

Morag miró a los novios y después dirigió una mirada hacia Cora. La joven se encontraba sentada completamente sola en el extremo de una de las mesas, y no pudo evitar sentir pena por ella. Sus sentimientos eran más que evidentes, al menos para ella, ya que tenía la impresión de que el resto de la familia no era capaz de verlos. Y, a pesar del dolor que seguramente sentía, la joven había aceptado ayudarla, y en ello se encontraba.

Morag se dejó caer contra el respaldo de la silla. Aún quedaban muchas horas para que el día llegara a su fin, así que solo tenía que aguantar un poco más. A pesar de ese cansancio, su mente era un hervidero de pensamientos. Se preguntó qué harían a partir de ese momento ante la guerra que se planteaba de nuevo en el clan, qué harían si sus pesquisas daban sus frutos y finalmente descubría quién era el culpable, quiénes podrían ser potenciales traidores entre los clanes… Y lo peor de todo era que su cuerpo no respondía de la misma manera que su mente, al menos por ahora. Pero Morag quería sus fuerzas ya, no en unos días.

—Estás muy callada…

La voz ronca de Sloan la sacó de su ensimismamiento y levantó de nuevo la mirada. Este parecía realmente preocupado, por lo que esbozó una sonrisa cansada.

—¿Te encuentras bien?

—Es solo un poco cansancio, pero estoy bien.

Sloan arqueó una ceja.

—Si te sintieras peor, ¿me lo dirías?

Morag dejó escapar una risa.

—Sabes que no.

El guerrero puso los ojos en blanco.

—No me gustaría que, de repente, te caigas desmayada sobre mí.

La joven contuvo una carcajada.

—Tranquilo, me dejaría caer mejor sobre otro guerrero del clan. Tampoco te quiero tanto…

Sloan se acercó a ella y pasó una mano por debajo de la mesa para apretarle el muslo. Acercó su boca al oído de la joven y le susurró:

—Una pena que mi hermano tuviera que perder a uno de sus hombres bajo la punta de mi espada…

Morag sonrió y abrió la boca para responder, pero la mano de Sloan ascendió por su muslo y acabó en su entrepierna, sobresaltándola. Hacía tanto tiempo que no la había tocado que necesitaba sentirlo de nuevo, aunque su cuerpo no se hubiera recuperado del todo.

—Además, ese otro guerrero no sabría tocarte como yo…

La joven lo miró de reojo.

—Tienes un ego insuperable, Sloan Chattan.

Pero si el guerrero pensaba que él era el único juguetón, estaba muy equivocado. Ella nunca se dejaba vencer tan rápidamente, por lo que alargó ella también una mano hasta los pliegues del kilt de Sloan. Subió la tela ligeramente y comenzó a tocarlo bajo la mesa. En el momento en el que los dedos de la joven llegaron hasta su miembro y lo rodeó por completo, Sloan dio un respingo.

—Te van a ver —le advirtió con voz ronca.

—También a ti, pero eso es lo divertido, ¿no?

Sloan la miró con el fuego reflejado en sus ojos. Sin lugar a dudas, su esposa no era una mujer al uso que temiera hacer cualquier cosa. Al contrario, era valiente, decidida y sin miedo a que la descubrieran haciendo algo que solo competía a la intimidad de un matrimonio.

El guerrero le sonrió y sus dedos siguieron tocando la entrepierna de la joven por encima de la tela. La odió por no usar falda en ese momento, pero no tenía aliento a decirle nada en ese instante, pues había perdido la voz al tiempo que su miembro se endurecía.

—Sloan está sonriendo. Eso sí es raro.

La voz de Kester lo sorprendió y ambos dejaron de tocarse. Su hermano los miró con un gesto divertido en la cara y se cruzó de brazos al otro lado

de la mesa.

—No sé qué me sorprende más, si esa sonrisa o el respingo que habéis dado al mismo tiempo, como si os hubiera sorprendido haciendo algo que no debíais.

Sloan gruñó.

—¿No tienes a otro a quien molestar?

Kester se encogió de hombros.

—Siempre me ha parecido más divertido hacértelo a ti.

—A mí también me parecería divertido dejarte sin dientes y cortarte la lengua… —fue la respuesta de Morag.

Kester le guiñó un ojo y levantó las manos en señal de paz.

—Y ahora tu esposa te defiende. Sois los dos igual de raros… Uno ya no sabe si creer que os odiáis u os amáis.

—Tal vez mitad de uno y mitad de otro… —respondió Sloan.

Kester chasqueó la lengua.

—Al final me vais a reconocer que fue buena idea dejaros encerrados en la mazmorra.

—Más quisieras… —respondió su hermano.

Kester arqueó las cejas y negó con la cabeza al tiempo que se alejaba de ellos, dejándolos solos de nuevo. En ese instante, Sloan volvió a aproximarse a ella, diciéndole al oído.

—Cuando te recuperes un poco, hay que seguir esa conversación.

Morag lo miró con una sonrisa pícara a pesar de su cansancio.

—No creas que soy una mujer débil. Ya me he recuperado lo suficiente.

Sloan le devolvió la sonrisa y se dejó caer contra el respaldo de su silla.

Desde el otro lado de la mesa, Arran se levantó de su asiento y levantó su copa.

—Brindemos por esta unión. Aunque Alasdair no es nuestro hermano de sangre, lo consideramos como tal en nuestra familia, por lo que hay que seguir celebrando este enlace. Os deseamos lo mejor para estos meses.

Todos los Chattan levantaron sus copas. Todos, excepto Cora, que clavaba su mirada en Alasdair. Este, para su sorpresa, tampoco levantó su

copa, sino que bebió de ella sin apartar su iracunda mirada de la joven, a quien no había podido ignorar a pesar de que su mente lo intentaba una y otra vez.

Arran volvió a llamar la atención sobre los asistentes y dijo:

—Y puesto que veo que el ánimo está decayendo en algunos de vosotros, ¿qué os parece si nos vamos de caza antes de que anochezca? Estáis todos demasiado parados.

Rowan se levantó de su asiento y lo secundó.

—Sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con Arran. Podemos salir al bosque a cazar. Además, sé que a Alasdair es una de las cosas que más le gustan.

El aludido sonrió por primera vez desde que se había casado y accedió.

—Eso no puedo rechazarlo. Buena idea, Arran.

El aludido levantó su copa al tiempo que el novio miraba a Lottie.

—Yo me quedaré en el castillo —dijo la joven.

Alasdair asintió mientras los demás iban aceptando la salida. Incluso la propia Gillian se levantó y le dijo a Rowan.

—Iré con vosotros para recoger algunas plantas que me hacen falta.

El laird asintió y miró a Kester.

—Tú quédate en el castillo para protegerlo.

El aludido dejó escapar un resoplo.

—¿Lo dices en serio? ¿Para una vez que vamos todos a cazar y me tengo que quedar vigilando?

Arran le dio una palmada en la espalda a su hermano gemelo.

—Lo siento, hermano. Me quedaría contigo, pero he sido yo quien ha tenido la idea.

Kester renegó entre dientes y se separó de él para sentarse al lado de su madre. Por su parte, Sloan miró a Morag, que le dedicó una amplia sonrisa.

—Dime que no me estás pidiendo permiso para ir…

Sloan dejó escapar una risa.

—No, simplemente quiero ver si estás bien para poder irme tranquilo.

Morag arqueó una ceja.

—Así que yo no estoy invitada… —no fue una pregunta, sino una afirmación.

—Te despertaste ayer después de una brutal paliza. ¿De verdad quieres venir a cazar?

Morag negó con la cabeza.

—La verdad es que estoy tan cansada que lo único que deseo es dejarme caer sobre la cama.

Sloan le agarró la mano.

—¿Estarás bien?

—¿Sin ti? Sabes que sí —bromeó—. Además, llevas dos semanas sin separarte de mí y sin salir del dormitorio. Ve y disfruta antes de que te vuelvas loco por completo.

Sloan sonrió y se levantó de su asiento.

—Contad conmigo.

Arran se volvió hacia Cora.

—¿Te vienes? Eres buena cazando…

La joven levantó la mirada hacia él, sorprendida de que la hubieran incluido en el plan. Carraspeó con incomodidad y miró de reojo a Morag. Fue una mirada rápida, pero sabía que no podía fallarle.

—Me quedaré en el castillo. No tengo ánimo para salir a cazar.

Arran asintió y dio una palmada. Algunos de los guerreros allí presentes se animaron a salir a esa cacería, así que dejaron sus asientos y se marcharon de allí. Las pocas personas que quedaron en el salón se miraron entre ellas, hasta que Morag fue la primera en levantarse de su asiento.

—Si no os importa, estoy demasiado cansada y me gustaría marcharme a descansar.

Amelia asintió.

—Claro que sí, hija. Has aguantado demasiado. Debes recuperarte del todo.

La joven le sonrió y le hizo un gesto de respeto a Lottie antes de mirar a Cora. Fue algo rápido, pero dijo demasiado con sus ojos, algo de lo que nadie fue consciente. La más joven de los hermanos asintió de forma imperceptible antes de que Morag abandonara el salón.

Poco a poco, los asistentes a la boda fueron saliendo, hasta que únicamente quedaron Amelia, Cora y Lottie dentro del salón. La primera de ellas se levantó con gesto cansado.

—Ha sido un día de emociones y necesito unos momentos de soledad. Me iré a mi dormitorio. Si me necesitáis, estaré ahí. Bajaré para cenar.

Cora y Lottie asintieron con una sonrisa y la vieron marchar. Cuando ambas mujeres se quedaron solas, Cora no supo de qué hablar. Por ello, levantó la mirada hacia la recién casada y le dijo, amablemente:

—Una novia no debería quedarse sola en el día de su boda, pero, si no te importa, yo también estoy cansada. Me iré a leer.

Lottie asintió sin perder la sonrisa.

—No tienes que preocuparte, Cora. Esta no es una boda normal. Todos sabemos que Alasdair y yo nos hemos casado únicamente por deseo de mi padre para demostrar nuestra inocencia.

Cora asintió y se levantó de la silla para marcharse, sin embargo, la voz de la joven volvió a romper el silencio.

—Ahora que estamos en el mismo bando, espero que podamos ser amigas, Cora. Ya sé que tú y yo no hemos empezado con buen pie.

La aludida tragó saliva.

—Ya tuvimos esta conversación.

—Sí, y no me diste una negativa rotunda.

—Tan solo te pido tiempo —respondió con el gesto ligeramente tenso—. No soy una persona que se dé rápidamente a los demás.

Lottie asintió.

—Ya me imagino, y menos con todo el peso de tus hombros por toda la guerra.

Cora no digirió bien aquellas palabras, pero se obligó a sonreír, no por ella, sino por todo el clan. Tragó saliva y se dirigió hacia la puerta.

—Si yo fuera tú, también me iría a descansar un par de horas. Esta es tu noche de bodas.

Cora estuvo a punto de sonreír ante la expresión que dibujó Lottie de auténtico nerviosismo y terror, pero logró contenerse. Con un gesto de su mano, se despidió de ella y salió del salón. No obstante, sus pies no la

llevaron hacia su dormitorio, donde había dicho que se encaminaba para supuestamente descansar, sino que se dirigió hacia uno de los escondidos rincones del pasillo, desde donde podía ver con claridad la puerta del salón. Su corazón latía de forma acelerada, pero le había prometido a Morag una cosa, ya que ella seguía convaleciente y, nada más saber lo que su cuñada pretendía, aceptó sin pensárselo. Ahora solo le quedaba descubrir la verdad de lo que estaba pasando.

CAPÍTULO 26

Cora tuvo que esperar alrededor de media hora para ver abandonar el salón a Lottie. Durante varios minutos, estuvo a punto de salir de su escondite para comprobar si la nueva esposa de Alasdair seguía en el salón o tal vez había salido por otra puerta que ella misma desconocía, pues no le parecía normal el hecho de que se hubiera quedado sola en el gran salón y siguiera en su interior sin nada que hacer.

Desde su posición, Cora la siguió primero con la mirada para después, con pasos sigilosos y mucha distancia de seguridad, ir tras ella. Agradeció a la providencia que los pasillos estuvieran vacíos en ese momento, ya que muchos de los guerreros se habían marchado a cazar con los demás, así que el castillo se había quedado demasiado vacío para su gusto. Cora tenía la impresión de que su hermano Rowan había estado ligeramente pasado de copas para dar esa orden de llevarse a muchos guerreros con ellos y dejar pocos en la fortaleza. Sin embargo, ella no quiso decirle nada.

A medida que avanzaban, vio cómo Lottie se dirigía, para su sorpresa, a las cocinas, y Cora frunció el ceño. Se preguntó por qué demonios la nueva esposa de Alasdair se encaminaba hacia ese lugar del castillo en vez de marcharse hacia su dormitorio o la biblioteca para leer un rato antes de que los demás regresaran de la caza o la noche se impusiera al día.

Cora tragó saliva y se llevó una mano al pecho. La ansiedad que siempre sentía en ese lugar se acentuó y amenazó con ahogarla. Sin embargo, respiró hondo y se dijo que debía relajarse o perdería los nervios antes de poder llevarle información a Morag sobre lo que le había pedido.

La joven apretó el paso cuando vio que Lottie finalmente se metía en las cocinas y el pasillo se quedaba completamente solo. Hizo un gesto de contrariedad cuando vio que habían cerrado la puerta, pero, igualmente, logró escuchar a la perfección lo que estaba pasando dentro gracias a que la puerta no llegaba a plegar del todo.

Por el ruido en el interior, descubrió que solo había dos personas, y las voces que escuchó al instante se lo confirmaron. La joven le ordenó a su corazón que se calmara, pues el sonido de sus latidos era casi más fuerte que las voces de las cocinas. Y cuando por fin logró calmarse, escuchó con claridad la conversación:

—Me alegro de tener un momento a solas contigo. Desde que estoy aquí no hemos podido hablar de absolutamente nada.

Aquella era la voz de Lottie, pero lo que le sorprendió fueron sus palabras, ya que, fuera quien fuera la persona que había dentro de la cocina, parecía conocer a la joven Ross, y eso no le gustó a Cora, pues hasta hacía poco eran enemigos.

—Es bastante peligroso poder hablar. A todas horas hay gente en el castillo.

Los ojos de Cora se abrieron desmesuradamente al reconocer esa voz, pues era la voz de Faith, una de las sirvientas de la fortaleza. La joven frunció el ceño al descubrir la complicidad que parecían tener las mujeres, ya que Lottie jamás había dicho que la conociera. Incluso durante la comida y la celebración por la boda Faith había ido varias veces al salón y no se habían mirado ni una sola vez, por lo que siguió escuchando.

—Ahora tenemos suerte porque muchos se han marchado a cazar. ¿Qué tienes que contarme sobre esta gente?

—Los Chattan son personas de costumbres. Hacen lo mismo día tras día, aunque últimamente están bastante preocupados por los ataques.

Cora escuchó una suave risa de Lottie que provocó que arrugara el rostro.

—Los muy desgraciados están muy alejados de la verdad. Jamás lo descubrirán.

La pequeña de los hermanos Chattan clavó las uñas en la pared de piedra.

—Pero hay una cosa que me sorprende, Faith. ¿Por qué la Comyn sigue viva? Me sorprendió verla al llegar.

—Su hermano aún no ha encontrado la manera de quitársela de en medio como hizo con su padre cuando estuvieron a punto de descubrirnos.

Cora tuvo que apoyarse por completo contra la pared cuando todo su cuerpo comenzó a temblar al descubrir que el hermano de Gillian era un traidor. Morag tenía razón cuando le explicó todo y sus sospechas después de despertar, por lo que tenía que ir a contárselo cuanto antes. Sin embargo, siguió escuchando.

—Pero no solo me refiero a eso. ¿Por qué no la has matado tú, Faith?

Desde fuera, Cora la escuchó chasquear la lengua.

—Lo intenté hace tiempo en una de las habitaciones de la zona de las mazmorras. La golpeé en la cabeza y pensaba que la había dejado muerta, pero tuvo suerte.

Lottie gruñó.

—Igual que esa zorra de MacBean. ¿Cómo es posible que haya sobrevivido dos veces a una brutal paliza como la que le han dado? Debería estar muerta. Podría señalarnos.

Faith rio.

—Despertó y no ha dicho nada a nadie.

Lottie suspiró sin saber que fuera de las cocinas Cora se encontraba estupefacta ante todo lo que estaba escuchando.

—De todas formas, no hace falta vigilarla. Mi padre dijo que el día de mi boda con ese desgraciado correría la sangre en este maldito castillo.

—Espero que sea verdad y se lleven a la zorra de Cora. Me alegro de poder sacrificarme por el bien de nuestro clan.

Lottie rio.

—Tranquila. Hoy es el día que tanto llevamos esperando…

Cora no quiso seguir escuchando más de esa conversación. Había descubierto más de lo que pensaba y tenía que correr a contárselo a Morag antes de que, como habían prometido, corriera la sangre por el castillo.

Con gesto demudado en terror y el cuerpo tembloroso, Cora abandonó su puesto y caminó por el pasillo, despacio, intentando hacer el menor ruido posible mientras en su mente no dejaban de repetirse las palabras de Lottie y Faith. Jamás habría imaginado que los Ross podrían hacer esa jugada perfecta, ese caballo de Troya que Morag le había explicado. Habían engañado a todos haciéndoles creer que eran inocentes, entregándole a su hija para meterse dentro del castillo y, desde allí, acabar con ellos.

Cora rechinó los dientes. En el momento en el que giró en la primera esquina, miró atrás y, comprobando que nadie la veía, echó a correr tanto como le dieron sus piernas. Necesitaba contarle a Morag lo que estaba pasando y lo que iba a ocurrir.

Recorrió el castillo con el aliento entrecortado, pero no podía perder tiempo. Por fin habían descubierto a los culpables de todo eso y tenían que ponerle freno al instante. Cuando Cora llegó al piso superior, se lanzó

contra el dormitorio de Morag. La joven entró sin llamar a la puerta y cerró detrás de ella con un sonoro portazo.

Morag se había dejado caer sobre uno de los sillones que había frente a la chimenea de su dormitorio. Después de todo un día de pie o caminando de un lado a otro, sentía que estaba a punto de desfallecer. Había intentado, por todos los medios, mostrarse fuerte no solo frente a la familia Chattan, sino ante una de las personas responsables de su brutal paliza y responsable de toda esa guerra. O al menos eso pensaba después de las palabras de los mercenarios.

Había fingido encontrarse bien, casi recuperada, a pesar de que había despertado el día anterior. Sabía que debía haberse quedado en la cama, descansando y recuperando fuerzas, pero un día, hacía muchos años, se juró que jamás iba a permitir que sus enemigos la vieran débil. Y eso había hecho, aunque ahora se sintiera a punto de desmayarse.

Aún quedaban unas horas del día y, si de ella dependiera, se metería en la cama para no levantarse en otro par de semanas. Pero no podía ser así. Debía hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para salir de allí y mentir a Sloan sobre su verdadero estado. A primera hora del día había rezado para que su esposo no se diera cuenta de que realmente se encontraba débil y ligeramente mareada por la debilidad de esos días sin comer. Y puesto que Sloan no le había dicho nada, Morag suspiró de alivio. Pero ahora que el guerrero no estaba en el castillo, podía tomarse unos momentos para descansar y reposar para recuperarse.

Morag bajó la mirada hacia su ropa. A pesar de que había acudido a una boda, no se había dignado a ponerse uno de los vestidos que las sirvientas habían insistido para que se pusiera. No le gustaban las faldas ni la cantidad de tela que debía vestir. Ella era una guerrera y no estaba dispuesta a ponerse uno de esos. De hecho, ni siquiera se había quitado el cinto o las dagas de sus botas. Desde que la habían atacado, no se sentía segura en ningún lado, y menos con la hija del laird Ross pululando libremente por el castillo.

La joven recordó el momento en el que los mercenarios le habían confirmado que el desgraciado de Ruairidh Ross la había reconocido. Y no pudo evitar sentir de nuevo un escalofrío. ¿Cómo era posible que, a pesar del tiempo transcurrido, hubiera recordado su rostro? Morag no podía

creerlo.

La joven suspiró largamente y dejó caer la cabeza contra el cabecero del sillón. Le dolía el costado, pero aún más el alma. Desde que había despertado no podía olvidar lo que Ruairidh Ross le había provocado años atrás. Que la reconociera había despertado en ella multitud de sentimientos, todos negativos, en los que volvía a sentirse sola, desprotegida y violada. Y aunque sabía que ahora sí podía defenderse, no podía evitar tener miedo.

En ese instante, en el que los pensamientos se arremolinaban en su mente, la puerta de su dormitorio se abrió de golpe, sobresaltando a la joven, que desenvainó una de sus dagas y la levantó para lanzársela a la persona que acababa de irrumpir en el dormitorio sin llamar. Ese simple movimiento provocó que su costado protestase de dolor, provocando que se doblara sobre sí misma. Al ver que se trataba de Cora, se relajó.

—Por Dios, muchacha, no habría dudado ni un segundo en arrojártela…

Cora cerró la puerta con un portazo. En su rostro se leía claramente la preocupación y su respiración estaba más que acelerada.

—¿Qué pasa?

—Son ellos, Morag. Son los Ross.

A pesar del dolor de su costado, la joven se levantó del sillón de nuevo y se acercó a ella ligeramente doblada con la mano sobre el costado.

—¿Cómo dices? —preguntó sin poder creérselo.

Cora dejó escapar el aliento contenido y se retorció las manos, visiblemente nerviosa.

—Que tenías razón, Morag. Los culpables de esta maldita guerra son los Ross. He seguido a Lottie hasta las cocinas y he descubierto que Faith, una de las sirvientas, también es culpable. De hecho, hablaba de que son del mismo clan…

Morag rugió de rabia.

—Lo sabía… Alguien como él nunca deja de ser alguien repugnante.

—Tenemos al enemigo metido en casa, Morag. Todos corremos peligro.

La joven se paseó por el dormitorio, aguantando como podía el dolor.

—Ella no sabe que la hemos descubierto. Tal vez tenemos tiempo para contarle a Rowan lo que está pasando.

Cora negó con la cabeza.

—No, no tenemos tiempo, Morag.

La joven frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Lottie ha dicho que su padre pretendía hacer algo el día de la boda. Y es hoy…

El corazón de Morag se sobresaltó tanto que pensó que se le iba a salir del pecho. El aliento se le entrecortó y no pudo reaccionar con rapidez. Su mente era un hervidero de pensamientos que le impidieron pensar algo en unos instantes. Sin embargo, se obligó a reaccionar y miró a Cora a los ojos.

—¿Crees que atacarán el castillo?

—O tal vez a los que se han ido a cazar... —respondió Cora.

Morag sintió que el mundo se le caía a los pies. Todos los que habían salido del castillo lo habían hecho con intención de pasar un buen rato y divertirse, mientras que los Ross tal vez estaban esperando el momento propicio para acabar con el laird y toda su familia.

—Dios mío, Sloan… —murmuró con el corazón encogido—. Está bien. Quédate aquí y enciérrate en tu dormitorio, Cora. A ser posible, junto a tu madre. Cuéntale todo. No abráis la puerta a nadie. Yo bajaré a avisar a Kester. Si os cruzáis con esa desgraciada, fingid que todo está bien. Yo iré a avisar a los que han salido a cazar.

—No estás en condiciones de montar, Morag.

—Prefiero el dolor del costado al del alma por la muerte de Sloan.

Cora la miró fijamente.

—¿Cómo puedo fingir normalidad ante Lottie si me la cruzo?

Morag sonrió tristemente.

—Yo he fingido más de una vez delante de Ruairidh Ross después de haberme violado incontables veces. Tú puedes hacer lo mismo.

Cora suspiró y la vio dirigirse hacia la puerta, ligeramente doblada.

—Lleva cuidado.

Morag la miró por encima del hombro.

—Siempre.

Sin despedirse, la joven salió del dormitorio y se lanzó contra las escaleras. Miró a un lado y a otro para comprobar que Lottie no se encontraba cerca de allí, por lo que casi voló hacia la salida del castillo al ver que todo estaba despejado.

Morag miró al cielo y vio que se estaba oscureciendo por las nubes cargadas de agua. Una ligera niebla pululaba de un lado a otro del patio y, en ese instante, le pareció tan tétrica que sintió un escalofrío.

Respirando hondo para calmar sus nervios, barrió rápidamente el patio, localizando a Kester a un lado de la muralla junto a una de las sirvientas, Nora. Morag puso los ojos en blanco y se dirigió directamente a él. No podía perder el tiempo, así que le silbó desde el centro del patio para llamar su atención.

En el momento en el que el guerrero, levantó la mirada hacia ella, bajó la mano con la que acariciaba la mejilla de la sirvienta. Esta se sonrojó y se apartó a un lado, aunque, en lugar de marcharse a sus quehaceres, se quedó parada.

—¿Me silbas a mí, cuñada? —le preguntó Kester.

—¿Crees que estoy mirando a alguien más? Ven aquí. Ya.

El guerrero puso los ojos en blanco y le dijo algo a la sirvienta que ella no escuchó. Se aproximó a Morag y alzó ambas cejas.

—No pensaba que tenías interés en mantener una conversación conmigo, querida cuñada.

—Y no lo tengo, pero tienes que decirles a todos que estén atentos a los alrededores del castillo. Nos van a atacar.

La sonrisa irónica en el rostro de Kester desapareció al instante.

—¿Cómo dices?

—Que nos van a atacar.

—Sí, eso había creído escuchar. ¿Y quién?

—Los Ross.

Kester lanzó una carcajada.

—Venga ya, Morag. La hija del laird se ha casado con Alasdair. Al pobre no le ha dado tiempo de hacerle nada como para que vengan los Ross a vengarse.

Morag resopló.

—En otra ocasión te contaré una historia sobre los Ross. Informa a los demás del posible ataque. Yo iré a avisar a los que han salido a cazar.

—Pero, ¿te has visto? No puedes caminar recta.

—Da igual… —respondió la joven alejándose hacia las caballerizas.

No podía perder tiempo. No estaba segura de que fuera verdad que iban a atacarlos, pero no estaba dispuesta a dejar que los Ross volvieran a hacerle daño no solo a ella, sino a Sloan y su familia.

Su corazón latía con rapidez cuando montó sobre el caballo sin tan siquiera pararse a ensillar. Se dirigió hacia el portón y esperó a que lo abrieran. Y a medida que se alejaba del castillo, tenía la impresión de que la tranquilidad se había acabado por completo en ese clan.

Cora se había quedado sola en el dormitorio de Sloan y Morag después de la marcha de esta. Se sentía tan nerviosa e iracunda que no podía pensar con claridad. Aún no podía creer que la esposa de Alasdair hubiera urdido un plan para entrar en el castillo y ayudar a su gente desde dentro.

Desde el primer instante en que la vio sentía algo extraño hacia ella, pero siempre lo había achacado al hecho de que iba a casarse con Alasdair y no a que hubieran sido enemigos hasta, supuestamente, esa declaración de intenciones para hacerles creer que eran inocentes.

Sin lugar a dudas, aquella jugada le había resultado perfecta a los Ross. Habían entrado en el castillo Chattan sin que los dedos del clan los señalaran. Habían aprovechado los otros matrimonios concertados para fingir que ellos también querían aliarse con ellos, cuando lo único que deseaban era hacerles daño desde dentro.

Cora se llevó las manos al rostro. ¿Cómo era posible que Lottie no hubiera agredido a nadie desde que estaba en el castillo? Habían pasado muchos días desde que había llegado y nadie del clan había resultado herido. De hecho, salvo la brutal paliza de Morag, nadie había atacado sus tierras. La joven dejó escapar una risa amarga y triste. Durante días, había dormido con la puerta de su dormitorio cerrada, pero sin cerrojo. La joven podría haber entrado mientras dormía para matarla y así evitar que pudiera acabar con su clan. Sin embargo, sabía que sería demasiado fácil y solo

acabaría con ella, no con el resto del clan.

Cora dejó caer las manos y pensó en su padre. Este la había educado para ser una guerrera, por lo que no se sentía capaz de acatar la orden de Morag cuando le dijo que se encerrara en su dormitorio con su madre. Tenía que hacer algo más por el clan, no esconderse bajo las faldas de su madre. Por eso, respiró hondo y, con determinación, salió de allí justo en el momento en el que vio que Lottie se metía en su dormitorio.

Rechinó los dientes y la miró con odio. Esta no se había dado cuenta de que la estaba observando. Por ello, se encaminó hacia el dormitorio de la esposa de Alasdair cuando esta cerró la puerta tras ella. En el momento en el que estuvo frente a esta, respiró hondo y soltó el aire. Y, antes de pensárselo más, abrió la puerta sin llamar.

Lottie había comenzado a quitarse las flores que se había puesto en el cabello para la boda cuando escuchó abrirse la puerta a su espalda. La joven se giró, asustada, y soltó un suspiro de alivio al ver a Cora entrar en el dormitorio. Una sonrisa se dibujó en sus labios y se acercó a ella.

—Vaya, me había asustado al ver que abrían la puerta de ese modo. ¿Ocurre algo?

Cora no podía creer que siguiera fingiendo con esa voz amable y casi infantil que poseía después de lo que había escuchado en las cocinas. Cora se acercó a ella lentamente, sin parpadear y con la mano puesta sobre la empuñadura de la espada.

—Sí —le respondió—, ocurre que nunca me he fiado de ti.

Lottie siguió sonriendo, aunque la miró sin comprender.

—No te entiendo, Cora. Ya sé que nuestros clanes han sido enemigos durante años, pero si me he casado con Alasdair es para haceros entender que somos aliados.

Cora dejó escapar una risa amarga al escucharla.

—¿Aliados? Unos aliados un poco extraños, ¿no crees?

—Mira, Cora. Tengo la impresión de que no te gusto simplemente porque me he casado con Alasdair.

—Eso me da absolutamente igual, Lottie.

—Pues no lo parece, porque parece que sientes cosas por él.

Cora rechinó los dientes.

—Sí, lo odio desde el día en el que pisó este castillo. Y sí, tenéis eso en común porque a ti también te odio desde el día en el que llegaste. Nunca me has gustado y nunca me he fiado de ti. Y hoy lo he confirmado.

Lottie borró ligeramente su sonrisa y fingió preocupación.

—Sigo sin entenderte.

—A ver si esto lo entiendes… Os he escuchado a Faith y a ti en las cocinas. Habéis fingido alianza cuando lo único que pretendíais era engañarnos para entrar en el castillo y atacarnos.

Por fin, la máscara de Lottie cayó a sus pies y Cora pudo verlo con claridad. La antigua mirada de la joven, amable y risueña, dio paso a una mirada fría, distante y casi maquiavélica. Eso sorprendió a Cora, que desenvainó la espada para atacarla si se atrevía a acercarse a ella. El porte de Lottie se volvió más peligroso y contenido, como si estuviera buscando el momento propicio para lanzarse contra ella. Y, para sorpresa de la joven, la hija del laird Ross sacó una daga de entre sus ropas.

Cora se preparó para atacarla, pero Lottie sonrió de lado y se alejó de ella.

—Vaya, pensaba que tendría tiempo suficiente como para que mi clan os atacara y pudiera huir de aquí, pero ya veo que no. Supongo que he cometido un fallo imposible de perdonar.

—¿Perdonar? Vuestro maldito clan no tiene el perdón de los Chattan ni lo tendrá jamás.

—Quienes no perdonaremos nunca somos nosotros.

Cora frunció el ceño.

—¿A quién?

—A ti. Todo tu maldito clan nos importa muy poco, pero la profecía contaba que tú serías la culpable de nuestra destrucción.

Cora lanzó una risa amarga.

—Vuestra destrucción os la habéis buscado vosotros. Yo jamás he tenido intención de atacaros, por Dios. Si no hubierais iniciado la guerra, yo jamás habría pensado en haceros daño, pero ahora es diferente. Mucha gente ha muerto por vuestra culpa.

—Lo importante no es la que ha muerto, sino la que va a morir… —dijo Lottie lentamente girándose de nuevo hacia ella apretando con fuerza la daga.

Cora resopló.

—Los únicos que vais a morir sois los Ross.

Lottie negó con una sonrisa maquiavélica en el rostro.

—En eso te equivocas, querida Cora. Mi gente está a las puertas de este castillo ahora mismo y piensa arrasar con todo hasta encontrarte.

—Yo no estaría tan segura. Morag ha ido a avisar a los que han ido a cazar. Los Chattan lucharemos por nuestro clan.

Lottie jugueteó con la daga entre sus manos, mostrando una expresión distante y enloquecida.

—No valdrá para nada. Todos los de este castillo vais a morir de una vez por todas y mi padre te llevará a nuestro castillo para matarte lentamente.

—No os tengo miedo.

—Deberías… —siseó Lottie—. Una pena que jamás vayas a poder casarte con tu querido Alasdair… Es mío, pero por poco tiempo.

—No voy a permitir que le hagas nada.

Lottie rio de forma escandalosa.

—No lo decía por eso. No le voy a hacer nada.

Con gesto despreocupado, Lottie llevó la punta de la daga a su muñeca y comenzó a cortar su carne hacia arriba. Al instante, la sangre brotó escandalosamente de la herida y goteó al suelo, provocando que Cora la mirara entre sorprendida y asustada.

—¿Qué haces?

—No voy a dejar que los Chattan me uséis como cebo para conseguir a mi padre. Prefiero morir antes de que me matéis.

Cora dio un paso atrás y bajó su espada. La miró horrorizada mientras la sangre caía de la muñeca de Lottie.

—Has perdido el juicio. Todos los Ross lo habéis perdido.

—Mira a tu espalda, Cora —le dijo con voz cantarina—. Vienen a por ti.

—Todo el mundo sabrá que habéis sido vosotros.

—Nadie va a creerte después de verme muerta. Pensarán que me has matado por celos…

Las piernas de Lottie fallaron y la joven cayó al suelo bajo la atenta mirada de Cora, que estaba estupefacta. Durante unos segundos, pensó en acercarse a ella y obligarla a frenar la salida de la sangre con algún paño. Sin embargo, el odio que sentía por ella y por todo su clan debido a todas las muertes que habían provocado hizo que se quedara quieta y tan solo se dedicara a observar cómo moría.

Habría hecho lo que fuera para acabar con ella, para clavarle su espada y vengar, en parte, no solo el daño que habían provocado a otros, sino a ella misma, pues aún era incapaz de quitarse de encima el sentimiento de culpabilidad que había en su pecho. No podría olvidar todos esos momentos de angustia, de asfixia a los que se había visto abocada por ese sentimiento. Nunca podría olvidarlos, ni siquiera con la muerte de Lottie.

Con una sonrisa enloquecida, Lottie cayó por completo al suelo. Su cabeza dio de lleno en la piedra y sus ojos se cerraron justo en el momento en el que infinidad de gritos se repartían por el castillo.

CAPÍTULO 27

Después de que Morag hubiera salido del castillo, Kester había regresado junto a Nora al lado de la muralla. Había avisado a un par de guerreros para que estuvieran atentos por si veían movimientos extraños fuera del castillo, pero no le había dado demasiado crédito a lo que la esposa de Sloan le había dicho. Lottie Ross acababa de casarse con Alasdair precisamente para aliarse con ellos, tal y como la propia Morag o Gillian habían hecho desde sus respectivos clanes. ¿Por qué los Ross iban a hacer lo mismo tan solo para engañarlos? Aquella reflexión de Morag le pareció que carecía por completo de juicio. Se dijo que tal vez la habían golpeado demasiado y no se había recuperado del todo. Por ello, veía fantasmas donde realmente no había nada.

Kester besó entonces a Nora y sonrió.

—Estás demasiado seria desde hace un rato.

Nora se encogió de hombros.

—Bueno, reconozco que me ha preocupado ver a Morag en ese estado.

Kester puso los ojos en blanco.

—¿De verdad vas a darle crédito a lo que ha dicho?

—¿Por qué no? Desde que llegó al castillo ha demostrado que tiene un juicio muy bueno. Es una estratega perfecta y muy buena guerrera. No creo que se invente cosas así…

Kester suspiró y se apoyó en la muralla mientras elevaba la cabeza hacia el cielo. Quedaba una hora escasa de luz en el horizonte y el frío se había intensificado ligeramente. Las nubes que habían comenzado a cubrir sus cabezas hacía una hora ahora comenzaban a dejar caer numerosas gotas de lluvia, pero a él nunca le había importado la lluvia.

—Si eso fuera cierto, alguno de nosotros nos habríamos dado cuenta de las verdaderas intenciones de esa joven. Y estoy seguro de que habrían intentado hacerle algo a Cora.

—¿A tu hermana? —preguntó Nora sin comprender—. ¿Por qué?

Kester se dio cuenta de su error, así que sonrió y se encogió de hombros.

—¿De verdad vamos a aprovechar este momento para hablar de mi hermana o de la muchacha Ross?

—Si te soy sincera, yo tampoco me he fiado de ella desde que llegó. Ha ido muchas veces a las cocinas, pero nunca iba a nada…

Kester sonrió.

—Sí, vamos a provechar estos momentos para hablar de ella… —murmuró—. Será una muchacha extraña. Su padre no parece ser precisamente el más inteligente del país.

Nora abrió la boca para responder, pero Kester se giró hacia ella y la tomó del rostro para besarla de nuevo. Después, apoyando la frente contra la de la sirvienta, le dijo:

—Cuando mi hermano vuelta, habrá acabado mi turno. ¿Vendrás a mi habitación?

Nora sonrió y asintió.

—No deberíamos hacer esto, pero no puedo resistirme…

Kester se encogió de hombros.

—Pero es demasiado bueno y divertido como para acabar ahora…

En ese instante, uno de los guerreros de la muralla lanzó un grito de dolor y cayó desde esa altura de espaldas con una flecha clavada en el pecho. Kester se sobresaltó y lo miró, horrorizado, pues había caído a dos metros de donde ellos se encontraban.

—No me jodas… —murmuró Kester entre dientes.

El guerrero tomó de la mano a Nora, que parecía asustada. En ese instante, una horda de flechas sobrevoló el cielo del castillo y se clavaron en el centro del patio. Puesto que estaban protegidos justo bajo la muralla, ninguna de esas flechas les dio de lleno. Sin embargo, varios guerreros apostados en lo alto sí cayeron de ella, muertos.

—¡Maldita sea! —vociferó Kester—. ¡Cubríos!

El guerrero rezó para que Morag hubiera llegado ya donde estaban los demás y pudieran llegar con ayuda. Desde ahí no veía cuántos eran los atacantes, pero viendo la cantidad de flechas que había arrojadas en el patio supo que, si no llegaban los demás, estaban acabados.

—¡Son muchos, Kester! No podemos contra ellos.

—¡Intentad llegar al castillo! Subiremos a la torre más alta para contraatacar.

Kester comprobó que el portón estaba cerrado, por lo que no podrían entrar desde ahí y miró a Nora mientras los demás intentaban cubrirse y bajar las escaleras de la muralla sin que la lluvia de flechas cayera sobre ellos.

—Tranquila, todo va a salir bien.

La sirvienta negó con la cabeza en el momento en el que los enemigos hicieron retumbar el enorme portón de madera.

—La entrada al castillo está a diez metros. No podremos llegar.

—Te cubriré para que puedas hacerlo.

Los ojos de Nora reflejaron auténtico terror.

—¿Y tú?

—Llegaré también. No te preocupes. Pero, escúchame, pase lo que pase, no dejes de correr.

Nora asintió y abrazó a Kester, que desenvainó su espada al tiempo que miraba hacia el cielo. El joven arrugó su rostro. Se sintió culpable en ese instante por no haber creído a Morag. Debía haber enviado a Nora al interior del castillo y haber dado órdenes para que todo el mundo cogiera un arco y defendiera la fortaleza antes de que los enemigos tuvieran una mínima oportunidad.

Con una sonrisa de fingida tranquilidad, Kester miró a Nora y le apretó la mano.

—No me voy a separar de ti en ningún momento.

La sirvienta asintió y ambos miraron al centro del patio. La cantidad de flechas que había clavadas en el mismo era abrumadora, pero lo era aún más el sonido que hacía el ariete clavándose en el portón y el temblor del mismo cada vez que lo hacían chocar contra él.

Kester miró también a sus compañeros. La gran mayoría de ellos habían logrado llegar a la puerta del castillo en medio de la lluvia de flechas.

—¡Subid a la torre! —ordenó Kester.

Sin embargo, otros se habían quedado bajo la muralla, protegiéndose de ellas. Pero no podían estar allí por más tiempo, pues debían llegar al castillo y cerrar la puerta para evitar que pasaran dentro.

En ese instante, Kester dio la orden para abandonar su puesto y correr

hacia la fortaleza. Sin embargo, la suerte no estuvo de su parte y una nueva lluvia de flechas cayó sobre ellos. El guerrero tiró de la mano de Nora para proteger a la joven, recibiendo él dos flechazos por ella: uno en el costado y otro en una pierna. El guerrero gruñó y cayó al suelo, llevándose consigo a Nora. Los demás también cayeron, algunos muertos con sendas flechas en la garganta o en la cabeza.

—Corre hacia el castillo y cierra la puerta —le ordenó mirándola a los ojos.

—Estás herido.

—No importa. Corre y cierta la puerta.

—No puedo dejarte aquí.

Kester le dedicó una sonrisa.

—Ha sido un placer, Nora, pero tienes que seguir adelante. ¡Corre!

La besó una última vez y la empujó hacia el interior del castillo. En ese momento, Kester se giró en el suelo con el aliento cortado y miró a sus compañeros que estaban heridos. Les dedicó la misma sonrisa.

—Quién nos iba a decir que nuestros últimos momentos de vida los compartiríamos en el suelo, como lombrices…

Uno de ellos gruñó de auténtica rabia.

—¿Ni siquiera ante la muerte vas a dejar de sonreír?

—Prefiero llegar al infierno con una sonrisa, así sabrán que los demonios nunca pudieron conmigo…

Kester sonrió aún más, pero comenzó a toser con fuerza. En ese instante, el portón de la muralla se abrió y cayó a un lado con un poderoso estruendo. Numerosos enemigos aparecieron y fueron atacados con flechas desde lo alto de la torre por los que sí habían logrado llegar arriba. Sin embargo, Kester sabía que no era suficiente. El dolor de su costado lo obligó a gruñir y provocó que su espada se le escurriera de las manos. Sentía que la oscuridad se cernía sobre él. Pero no sintió miedo. Al contrario, el guerrero sonrió aún más, clavando su mirada en el mercenario que desenvainaba su espada y caminaba hacia él con intención de matarlo.

—Déjame grabar tu rostro en mi mente para poder perseguirte durante toda la eternidad… —le espetó Kester con sangre en la boca.

El joven intentó arrastrarse ligeramente, pero el dolor se lo impidió. Durante un instante, dedicó un pensamiento a su familia, pero, especialmente, a Arran, su gemelo, su otra mitad. Le dijo mentalmente que debía seguir su vida sin él, aunque fuera difícil. Y antes de que pudiera terminar de hablarle a Arran dentro de su cabeza, el mercenario levantó la espada y la hundió con saña en su vientre.

No podría haber descrito el dolor que sintió antes de que la oscuridad se cerniera por completo sobre él, pero Kester se dijo, en un último pensamiento, que debía ir a la luz, pues solo desde ahí podría ayudar a su familia desde el otro lado. Y en cuestión de segundos, sus ojos quedaron yermos, sin vida, aún abiertos en un rictus de dolor y culpa por haber fallado.

Arran sintió que el aliento escapaba de su cuerpo en ese instante. El guerrero necesitó apoyarse contra un árbol cuando un poderoso dolor atravesó su vientre de forma momentánea. Era algo que nunca le había pasado, pero había sido tan doloroso que se tomó unos instantes para seguir caminando.

Junto a él, Sloan lo vio y se acercó rápidamente. Le puso una mano en la espalda y lo miró con preocupación.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

Arran gimió de dolor, pero rápidamente se incorporó con la mano aún en el vientre.

—Sí, ha sido un simple dolor.

—¿Seguro?

—Sí, es que parecía que me habían atravesado el vientre con una espada…

Sloan frunció el ceño y, sin saber por qué, su corazón se sobresaltó.

—Podemos volver al castillo, si quieres.

Arran negó con la cabeza y esbozó una sonrisa fingida, pues se sentía demasiado extraño, como si su piel no le perteneciera del todo.

—Vamos a seguir. No quiero estropearle la celebración a Alasdair.

Sloan arqueó una ceja y miró en dirección al protagonista del día.

Después, torció la cabeza.

—No lo veo demasiado feliz.

Arran le dio una palmada en la espalda.

—No hables de Alasdair porque tú tenías la misma cara cuando te casaste con Morag.

—Cierto… —admitió Sloan con una sonrisa.

No obstante, ese gesto se borró de inmediato de su rostro al ver que un caballo se acercaba a ellos a galope y sobre él estaba nada más y nada menos que Morag. Al instante, supo que había pasado algo, pues el rostro de la joven intentaba aparentar calma cuando en realidad escondía una expresión de dolor.

—¿Qué pasa? —preguntó antes de que la joven desmontara del caballo y se doblara sobre sí misma por el dolor.

Su rostro se encontraba totalmente pálido y parecía estar a punto de desmayarse y, aun así, la joven levantó la mirada hacia todos y respondió:

—Creo que el castillo va a ser atacado.

Sloan frunció el ceño y miró por encima de su hombro a Rowan, que se acercaba para escucharla bien.

—¿Cómo dices? —preguntó Sloan—. ¿Quién va a hacerlo?

—No es momento para explicaciones. Debemos volver. Si no atacan el castillo, puede que lo hagan ahora a nosotros…

Sloan abrió la boca para responder, pero un fuerte sonido acalló a todos. Los guerreros levantaron la mirada hacia el lugar de donde había procedido el sonido y vieron que una fuerte nube de humo comenzaba a elevarse entre los muros del castillo.

—Dios santos, ¡Kester! —vociferó Arran, desesperado.

Sloan se quedó petrificado con la mirada puesta en Morag, cuya mano no pudo evitar tocar para sentir que aún había vida a su alrededor. Ahora entendía el dolor fortuito y extraño de Arran. Era el mismo dolor que él había sufrido en el momento en el que Craig había muerto. Un nudo se instaló en su garganta y comenzó a temblar. Ojalá se equivocara, pero todo indicaba que la muerte volvía a rondar a la familia.

Morag tomó su rostro entre sus manos.

—¿Estás bien? Te has quedado pálido.

A su alrededor, todos comenzaron a montar sobre sus caballos.

—Creo que Kester… Déjalo. Volvamos… ¿Te sientes bien para cabalgar de vuelta?

Morag asintió, aunque su rostro le aseguró lo contrario.

—Da igual cómo me sienta yo. Debemos regresar.

Sloan asintió. No era momento para ponerse a hablar ni para darse explicaciones. Debían regresar al castillo y ver qué estaba pasando para que el humo hubiera llenado por completo el cielo alrededor de la fortaleza.

Cora entró como un huracán en la habitación de su madre justo en el momento en el que el portón caía no muy lejos de allí. El ruido que provocó fue tan inmenso y atronador que, a pesar de que estaba preparada para todo, Cora no pudo evitar temblar.

—¡Madre! —vociferó dirigiendo su mirada hacia la chimenea.

Amelia se sobresaltó, pero no solo por las formas con las que su hija había entrado en su dormitorio, sino por el estruendo que había hecho el portón al caer.

—¡Nos atacan los Ross!

Amelia frunció el ceño.

—¿Los Ross? Pero si Lottie se acaba de casar con Alasdair.

—Pero son ellos, madre. He escuchado a Lottie hablando con Faith en las cocinas sobre un ataque.

Amelia se dirigió con gesto preocupado hacia la ventana y miró a través de ella.

—Dios mío —susurró horrorizada.

Cora se acercó a ella y observó también el patio. El portón acababa de caer y ambas vieron a Kester, herido, en medio del patio.

—No… —murmuró Cora llevándose las manos a la boca al ver que un mercenario se lanzaba contra él y le clavaba la espada en el vientre—. ¡No!

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. Su cuerpo comenzó a temblar y no podía apartar la mirada de Kester, cuya vida acababa de ser

segada.

—Cora, vienen a por ti —dijo Amelia, pero la joven no la escuchaba.

Su madre la sacudió con fuerza.

—¡Mírame! —vociferó—. Si los mercenarios te atrapan, será el fin de nuestro clan porque tus hermanos irán a por ti y perecerán como acaba de hacer Kester.

—Ha muerto por mi culpa…

—¡No es tu culpa, Cora! Mírame —exigió.

Cuando los ojos de la joven estuvieron sobre su madre, esta respiró hondo.

—¿Tienes la seguridad de que son los Ross?

—La propia Lottie me lo ha confirmado y se ha quitado la vida para que no la usemos contra su padre.

Amelia mostró preocupación y acabó asintiendo.

—Está bien. A partir de ahora, Cora, debes ser fuerte. Tu padre te preparó bien para este momento, pero mientras esos mercenarios estén dentro del castillo no pueden saber que estás aquí.

—¡Pero no puedo salir mientras otros luchan por mí!

—Esta vez tendrás que esconderte.

Cora se alejó de su madre y la miró con rabia.

—No voy a esconderme.

—Entonces, la muerte de tu padre y la de Kester habrá sido en vano. Tienes que aguantar.

Amelia la agarró de la ropa y la empujó hacia una esquina del dormitorio, justo al lado de la chimenea. La mujer apretó una de las piedras y se abrió una puerta escondida. Cora abrió mucho los ojos y su boca estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Hay un pasadizo en tu dormitorio, madre?

Pero Amelia no le respondió. Se giró hacia ella y escuchó las botas de los mercenarios pululando por el piso inferior. Los guerreros que habían sobrevivido y habían subido a la torre bajaban ahora y luchaban contra ellos, ganándole unos pocos minutos.

—Escúchame bien, Cora. Métete ahí y no salgas. Oigas lo que oigas, no te atrevas a salir o vendré del más allá para darte una buena azotaina y perseguirte allá donde vayas.

Cora frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Cabemos las dos, madre.

—Yo no puedo ir contigo. Mi deber es quedarme aquí y seguir el mismo camino de Kester.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. Aquello era una despedida no solo para su hermano, sino también para ella.

—No te dejes vencer jamás, Cora. Eres fuerte. Lucha, respira, sigue luchando y, cuando parezca que todo se vuelve oscuro, recuerda la luz que eres. Que nadie apague tu luz, Cora. Y recuerda, el gato mayor estará siempre ahí para ayudarte.

—Pero ¿quién es, madre?

Amelia sonrió y se puso nerviosa.

—Tú ya lo sabes. Solo tienes que abrir los ojos.

Cora negó con la cabeza, pero su madre la empujó hacia la oscuridad del pasadizo. Este era estrecho y apenas medía un par de metros, pero lo suficiente como para esconderla. Su madre le dirigió una última mirada antes de cerrar.

—No salgas de ahí, escuches lo que escuches.

Cora no tuvo tiempo para asentir o negar, ya que su madre cerró la puerta, dejándola encerrada. Al instante, Cora se dio cuenta de que había un pequeño agujero cerca del suelo, por lo que se puso de rodillas y vio a su madre caminar hasta el centro de la habitación. En cuestión de segundos, la puerta del dormitorio se abrió de golpe, dando paso a un mercenario.

Cora comenzó a temblar, pero su madre parecía estar realmente tranquila.

—¿Dónde está tu hija? —preguntó.

Amelia sonrió.

—Mi hija no se encuentra en el castillo. La hemos mandado a un convento.

—¡Eso es mentira! —vociferó el mercenario, propinándole una bofetada.

Cora tuvo que taparse la boca con la mano para evitar gritar o insultarlo.

Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no abrir aquella puerta escondida y lanzarse contra él, pues no quería enfurecer a su madre.

—¿Para qué la quieres?

—Eso no es asunto tuyo.

—Tampoco lo es para ti el paradero de mi hija.

Cora vio que el mercenario levantaba la espada y apuntaba con ella a Amelia.

—Dime dónde está.

—Jamás.

Al ver la determinación en sus ojos, el mercenario bajó ligeramente la espada, tan solo para clavarla en el pecho de Amelia. El ruido que escapó de la garganta de la mujer sofocó la exclamación horrorizada que salió de Cora. La joven dejó de mirar a través del agujero y se echó hacia atrás, dejándose caer contra la pared contraria con los ojos muy abiertos.

Jamás en su corta existencia había sentido tanta culpabilidad por tantas muertes a sus espaldas. Sentía que todos morían por su culpa y lo que más deseaba era salir de allí para entregarse y que todo terminara de una vez, al menos así el resto de su familia viviría. Sin embargo, su cuerpo no respondió a sus ruegos y solo lloraba con una mano sobre su boca.

Desde allí podía escuchar el ruido que hacía el mercenario en el dormitorio de su madre, pero Cora no podía moverse para mirar a través del pequeño agujero.

—¡Tenemos que irnos! —escuchó que le decía un mercenario a otro—. Vienen los demás.

—Maldita sea. No hemos encontrado a esa zorra.

—Y la hija del laird ha muerto…

Los escuchó rugir de rabia y, rápidamente, abandonaron el dormitorio. Poco a poco, los sonidos que escuchaba desde allí se fueron haciendo más lejanos, hasta que el castillo quedó en completo silencio. No obstante, Cora siguió sentada en el suelo de ese espacio tan reducido, incapaz de salir de nuevo a la realidad y con el alma tan rota que sería imposible reconstruir.

CAPÍTULO 28

Sloan no esperaba encontrar ese desastre cuando llegaron al castillo. Morag y él cabalgaban al lado del otro, pero los demás se les habían adelantado ligeramente debido a que la joven aún no se encontraba recuperada del todo de sus heridas y estaba demasiado pálida.

El primero en llegar al castillo fue Arran, que saltó del caballo cuando vio que el portón había caído. El guerrero corrió desesperado entre las flechas que había clavadas en el suelo con el corazón desbocado. Rápidamente, gritó desesperado:

—¡Kester!

Cerca de él se encontraba Rowan, que fue el primero en localizar el cuerpo del hermano gemelo.

—¡Kester!

—Está aquí, Arran —dijo con suavidad, incapaz de controlar su ira.

El aludido miró primero a Rowan y al ver la aflicción en sus ojos, comenzó a negar con la cabeza.

—No, Kester… ¡No!

Su grito rompió el silencio en el que estaba sumido el patio. Por primera vez, veían a Arran romperse al ver muerto a su hermano y compañero de bromas.

El propio Sloan abrió mucho los ojos al ver el cuerpo de Kester, casi irreconocible bajo tanta sangre. A su lado, Morag se apoyaba en él ligeramente doblada e incapaz de contener las lágrimas. Era el último de los Chattan al que había visto antes de salir del castillo y, como siempre, había bromeado con ella. Ahora se encontraba sin vida, con los ojos aún abiertos por el dolor y la muerte, y parecía observarlos desde el más allá.

Sloan sintió que se le encogía el corazón al ver el dolor de Arran. Él mismo había sentido ese dolor muchos años atrás y no había podido sobrellevarlo. Vio llorar a Arran con el cuerpo de Kester entre sus brazos. Lo escuchaba renegar, clamar al cielo por la vida de su hermano, pero todos sabían que no podrían recuperar a esa otra mitad de Arran.

Rowan se arrodilló junto al cuerpo de Kester y lo observó. Arran lo mecía mientras lloraba y gritaba desesperadamente. No sabía qué hacer. Por

primera vez en su vida, especialmente desde que había tomado las riendas del clan, no sabía qué hacer. Junto a él, se arrodilló también Gillian y le sostuvo la mano, pero ni siquiera eso logró apaciguar los sentimientos que había en su interior.

Cerca de ellos, Alasdair miraba a un lado y a otro, junto a los demás guerreros, intentando adivinar qué había pasado y si los culpables de eso seguían allí.

Morag le tomó la mano a Sloan, que estaba totalmente impresionado por lo que había pasado. Sabía que el guerrero tenía la sensación de revivir lo que le había sucedido a Craig y no dejaba de temblar. Pero sabía que lo que más le impresionaba era ver a Arran llorando de aquella forma. Siempre lo veían reír y bromear junto a Kester. Ambos formaban el equipo perfecto, pero uno de ellos acababa de perder la vida.

Sloan y Morag vieron cómo Arran lo soltaba y lo miraba a sus ojos aún abiertos; esos ojos carentes de vida que parecían mirarlo.

—Vamos, Kester, ¡háblame! No me dejes solo, por favor.

Sloan dejó escapar el aire contenido de golpe y desvió la mirada. Sus ojos se llenaron de lágrimas que aguantó como pudo.

—Dime que es una broma, por Dios. ¡Háblame!

A pesar de que Arran lo sacudía, el rostro de Kester permaneció impasible, sin moverse. En ese momento, Sloan se soltó de la mano de Morag y se acercó a Arran. Se arrodilló a su lado y le puso una mano en el hombro. Cuando este lo miró, desesperado, Sloan comenzó a negar.

—No va a volver, Arran.

—¡Mentira! —chilló—. ¡El sí volverá! ¡Kester, por favor!

Sloan miró a Morag, que tragó saliva, ruidosamente. La joven se puso a la cabeza de Kester y levantó la barbilla de Arran. Recordó lo que le dijeron de pequeña y la esperanza que ella mantenía desde entonces por volver a encontrarse con los suyos.

—Tu hermano se encuentra ahora al otro lado, mirándote, pero no puede hablarte, Arran. Todos nuestros muertos nos esperan en el más allá y solo podemos reunirnos de nuevo cuando morimos. Mis padres y mis hermanos me esperan desde hace mucho. Ahora tienes a tu padre y a tu hermano allí, esperando que llegues después de una vida larga.

Arran negó con la cabeza y se soltó de Morag. El guerrero dejó caer la cabeza contra el pecho de Kester. De su cuerpo aún salía un hilo de sangre de la herida que lo había matado. Y fue entonces cuando Arran comprendió que su hermano había muerto cuando él mismo sintió ese pinchazo en el vientre.

En ese momento, Alasdair se acercó a ellos de nuevo.

—Rowan, debemos buscar si hay algún… superviviente.

El laird pareció reaccionar entonces y asintió, levantándose del suelo con los ojos ligeramente llorosos por la pérdida de su hermano, y su mente voló directamente hacia su madre.

Todos entraron en la fortaleza y comenzaron a buscar desesperadamente por cada rincón del castillo. Alasdair fue directamente hacia el dormitorio de Lottie, esperando encontrarla allí con vida, sin embargo, lo primero que pisó cuando abrió la puerta fue un charco de sangre que corría hacia allí desde donde se encontraba la que había sido su esposa durante solo unas horas.

La joven yacía con las muñecas cortadas y sin un pedazo de aliento en su pecho.

—No… —susurró al pensar en lo que dirían los Ross al enterarse de la muerte de la hija del laird.

Rechinando los dientes, el guerrero observó todo a su alrededor, intentando averiguar si había alguna prueba que indicara quién había hecho aquello, pero no había nada.

—¡No, madre! —escuchó que vociferaba Rowan no muy lejos de allí.

Alasdair salió del dormitorio de su esposa muerta y corrió hacia el de Amelia. La madre de su amigo y laird yacía con un agujero en el pecho del que aún salía sangre caliente. Sus ojos, ya sin vida, parecían mirarlos desde el suelo. Rowan se había arrodillado y sujetaba el rostro de la mujer. Los gritos por el dolor de la pérdida se alzaban de un lado a otro, pues, de todas las personas que habían quedado en el castillo, tan solo los más avispados habían logrado sobrevivir al esconderse en los pasadizos, como algunos sirvientes, entre los que se encontraba Nora.

Sin embargo, los demás habían caído bajo la espada de los enemigos y los que habían ido a cazar se lamentaban por no haber previsto antes ese

ataque.

En ese instante, una imagen apareció en la mente de Alasdair. Su corazón se sobresaltó de nuevo y salió del dormitorio de Amelia para correr directamente hacia el de Cora. Su tez se tornó lívida al descubrir que la joven no se encontraba allí. Hasta ese momento, había estado tan estupefacto por todo lo que había pasado que no había podido pensar en ella. Recorrió todo el piso superior en busca de la joven y comenzó a llamarla a gritos.

Esta no aparecía por ningún lado ni la escuchaba gritar. Con pasos apresurados, subió hasta lo alto de la torre para comprobar si se encontraba allí, ya que en muchas ocasiones había encontrado como un refugio aquella parte de la torre. Sin embargo, no estaba en ese lugar.

Alasdair rugió de rabia al pensar que se la habían llevado y dio un puñetazo contra la pared. Estaba rabioso. Debió haberse quedado junto a ella, tal y como había hecho en las últimas semanas, para protegerla de los enemigos, pues era a ella a quien buscaban. El guerrero apoyó la frente contra la pared mientras el viento soplaba a su lado y refrescaba ligeramente su cuerpo sudoroso. Desde allí podía escuchar aún el lamento de Arran junto al cuerpo de Kester y no pudo evitar sentir verdadero dolor por la pérdida de un hermano que, aunque no era de sangre, sí lo consideraba como tal.

Cuando hubo recuperado la serenidad que lo caracterizaba, Alasdair descendió nuevamente por las escaleras y acudió al dormitorio de Amelia esperando encontrar a Rowan. Sin embargo, este había salido y bajaba ya por las escaleras.

—No encuentro a tu hermana, Rowan —le informó—. Se la han llevado.

El laird se giró hacia él para responderle, sin embargo, un movimiento a la espalda de Alasdair llamó su atención y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Pensando que había un enemigo tras él, Alasdair se giró con rapidez llevando la mano a la empuñadura de la espada, pero una cabellera pelirroja se lanzó contra él para abrazarlo. Sorprendido, rodeó inconscientemente a Cora con sus brazos. La joven temblaba sin control y se apretaba con tanta fuerza sobre él que llegó a hacerle daño en la espalda, aunque aguantó como pudo.

—¿Dónde estabas? —preguntó Alasdair—. No te he visto por ningún

lado…

Rowan ascendió las escaleras que había bajado y se puso a su lado para hablarle también. Colocó una mano sobre la espalda de su hermana con la esperanza de que la joven levantara la cabeza hacia él, pero consiguió el efecto contrario. Cora apartó la mirada de su lado y escondió el rostro en el hueco del cuello de Alasdair. Este miró a Rowan sin saber qué hacer, pero este se encontraba tan superado por los acontecimientos que le pidió a su amigo que cuidara de ella mientras él revisaba el resto del castillo con los demás guerreros.

Alasdair asintió y respiró hondo mientras Cora lloraba. La joven mojaba su cuello y él, que no era ducho en palabras, simplemente la acunó. Pasados unos minutos, en los que Cora no dejó de temblar en ningún instante, Alasdair la obligó a separarse de él y le tomó el rostro para que lo mirara.

—¿Qué ha pasado?

—Los han matado a todos, por mi culpa.

Alasdair suspiró y negó con la cabeza.

—No es tu culpa, Cora.

—¡Sí lo es! —gritó separándose de él—. Kester y mi madre están muertos. He visto cómo los mataban. Venían a por mí y ¡están todos muertos!

Cora se llevó las manos al rostro con gesto amargo.

—Y todo por la maldita culpa de tu puñetera esposa. ¡Ha sido ella!

Alasdair frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso? Los Ross la entregaron para forjar alianzas.

Cora rio con ironía.

—¿Alianzas? Lo que querían era engañarnos a todos. ¡Os dije que no le contarais nada a Lottie, que no me fiaba de ella!

Alasdair levantó una mano, aún sorprendido por sus palabras.

—No tiene sentido lo que dices, Cora. Gillian y Morag también se casaron para forjar esas alianzas.

—¡Pero los Ross nos han mentido! Escuché a hablar a Lottie con Faith, la sirvienta. Ese es el clan que me buscaba. Ellas lo admitieron.

Alasdair suspiró y se llevó las manos a la cara mientras caminaba de un

lado a otro. En un momento dado, dirigió su mirada hacia el dormitorio de la que había sido su esposa durante unas horas, y acabó negando con la cabeza.

—Lottie está muerta, Cora. Si ella fuera culpable, ¿no crees que habría sobrevivido?

La joven lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad no me crees? ¡Las escuché! Incluso la propia Morag os lo podrá contar. Ella tampoco se fiaba de Lottie. Tu querida esposa se cortó las muñecas delante de mí.

Alasdair dio un paso atrás.

—¿No lo harías tú?

Cora frunció el ceño.

—¿Matarla, yo? ¿Por qué?

—Por celos…

Cora sintió esas palabras como una puñalada. Limpió con rabia las lágrimas de su rostro y se arrepintió de haberse lanzado a sus brazos. Había esperado encontrar en él por fin al hombre comprensible que deseaba, pero volvía a ser su enemigo dentro del castillo.

La joven dejó escapar una risa amarga y dio otro paso atrás, acercándose a las escaleras.

—Déjalo. Ya veo que en este castillo mi palabra no vale nada. Si quieres, también puedes pensar que he sido yo la que he matado a mi propia madre y a Kester. Ya da igual.

La joven bajó las escaleras de dos en dos y se alejó de él. Corrió hacia las cocinas para buscar a la sirvienta y obligarla a que hablara. Desconocía qué había pasado abajo durante el ataque, pero intentó no mirar al suelo, a los guerreros muertos.

Corrió hacia su objetivo y, al llegar allí, se encontró con Morag y Sloan, que intentaban ordenar algo de todo lo que habían tirado. Nora se encontraba llorando en los brazos de otra sirvienta y Morag la miró en cuanto pasó.

—¿Cómo estás? Ya nos hemos enterado de lo de… vuestra madre…

Cora se incomodó y se encogió de hombros.

—Todo lo bien que se puede estar después de ver cómo matan a tu hermano y a tu madre.

Sloan no se acercó a ella, tal y como sí hizo Morag para abrazarla fugazmente. Su orgullo y su dolor aún latente provocaron que su frialdad volviera a surgir de nuevo. Aún no había podido asimilar la muerte de Kester cuando le habían informado del fallecimiento de su madre, por lo que sus sentimientos se encontraban a flor de piel y no sabía cómo gestionarlos.

—Han matado a muchos guerreros y a varios sirvientes —le informó.

Cora lo miró y le preguntó:

—¿Una de ellas es Faith?

Sloan asintió, provocando que Cora lanzara un rugido.

—¡Maldita sea! ¡Se han quitado la vida para evitar que las acusáramos!

Morag asintió de forma imperceptible y suspiró largamente. Sloan, por su parte, las miró sin comprender.

—¿A qué te refieres con eso?

Morag lo miró y estuvo a punto de responderle, pero Cora se le adelantó:

—¿Qué más da? Seguramente, pensarás lo mismo que Alasdair. A veces pienso que lo mejor hubiera sido que yo no naciera en esta maldita familia donde nadie se da cuenta de que yo tengo mi propia voz y que ninguno quiere escuchar.

Sloan abrió la boca para responderle, ya que no entendía qué estaba pasando, pero Cora se separó de Morag y se marchó de allí. Esta estuvo a punto de salir tras ella, pero se sentía tan cansada y dolorida que necesitaba de las pocas fuerzas que le quedaban para ayudar en todo lo que pudiera. Ya hablaría con Cora más tarde.

Morag suspiró y se apoyó contra la encimera. Todo a su alrededor era un caos: las mesas y sillas tiradas, comida tirada por el suelo, cacerolas esparcidas por cada rincón de la cocina… Pero lejos de allí no era mejor. Los atacantes habían tenido tiempo para desordenar todo antes de marcharse. Seguramente, habían estado buscando a Cora y, al no encontrarla, se habían ido para evitar ser descubiertos por ellos a su llegada.

—¿A qué se refería Cora con eso? Tengo la impresión de que tú lo has entendido a la perfección.

Morag levantó la mirada hacia él, pero antes de responder les pidió a los sirvientes que los dejaran solos. Cuando estos se marcharon, la joven agarró una silla, la colocó al lado de una pared y se dejó caer sobre ella con gesto dolorido y cansado. Cerró los ojos unos instantes y después clavó su mirada en su esposo.

—Cuando desperté, me preguntaste quién me había dado la paliza y cuando te conté lo que me hicieron hace más de diez años, me preguntaste lo mismo. Efectivamente, se trataba de la misma persona, pero lo que no imaginaba era que ese desgraciado era el que nos iba a llevar a la guerra por aquella visión sobre Cora.

Sloan frunció el ceño y se sentó a su lado.

—¿Me estás diciendo que sabías quién había provocado todo esto?

—Lo supe en el momento en el que me lo confirmaron los mercenarios antes de intentar matarme. Antes de eso, solo tenía la certeza de lo que me habían hecho a mí. Nunca quise decirte quién era el laird que me vendió a un prostíbulo porque no quería que hicieras algo que yo no te había pedido.

Morag respiró hondo.

—Fue Ruairidh Ross. Él mató a mis padres y él me llevó a ese burdel donde él mismo me violó incontables veces.

Sloan apretó los puños contra sus piernas, gesto que no pasó desapercibido a Morag.

—En la última reunión estaba sentado justo frente a ti. ¿Por qué no hiciste algo? ¿Cómo es posible que pudieras contenerte tanto si yo mismo soy incapaz de hacerlo con lo que estás contando?

—Nunca busqué venganza porque no quería envenenar mi alma. Había sobrevivido milagrosamente y no quería ensuciar mi vida con algo así. Solo deseaba seguir adelante con mi vida e intentar olvidar lo que pasó, pero él me reconoció. Durante estos años he cambiado, pero no tanto como para que no me reconociera. Envió a esos mercenarios a por mí y me confesaron, en cierta manera, que ellos estaban detrás de todo esto. Por eso, cuando desperté, te pedí un día para decirte la verdad porque quería comprobar si la hija de Ross sabía algo y estaba metida en esto. Y por ese mismo motivo, le pedí a Cora que la vigilara porque yo no podía.

Sloan arqueó una ceja y se llevó las manos a la cara.

—Lo que me estás contando, Morag… ¿Por qué no tuviste la confianza suficiente para contármelo? Te habría ayudado.

Morag sonrió de lado.

—Si yo te hubiera contado, nada más despertar, que probablemente Lottie Ross era una de las culpables de la guerra, ¿me habrías creído? ¿O habrías esperado a confirmarlo?

Sloan dudó, algo que hizo sonreír aún más a Morag.

—Habrías ido a por ella y tal vez era inocente, pero Cora la vigiló después de que os marcharais a cazar. Luego, vino a nuestro dormitorio para contarme que había escuchado una conversación entre Lottie y Faith en la que ambas confesaban estar metidas hasta el fondo. Por eso, fui a buscaros. Hablaron de un ataque, Sloan. Así que ya sabemos quién es la persona que buscábamos: Ruairidh Ross. Siempre fue él…

Sloan suspiró y se levantó de la silla. Caminó de un lado a otro de la cocina y acabó mirando hacia la despensa, donde habían encontrado el cuerpo de Faith.

—Pero no entiendo por qué la esposa de Alasdair y la sirvienta están muertas… Si estuvieran del lado de los que nos han atacado, estarían vivas…

Morag sonrió.

—Qué buen plan, ¿verdad? Engañar hasta el final… Hay quien prefiere ser un mártir en su comunidad para que los demás sigan adelante con el plan.

—Todo esto es muy complicado de explicar… Lottie nunca nos atacó, y tuvo muchas oportunidades… No sé si Rowan…

—Me da igual lo que opine tu hermano. Los culpables son los Ross, Sloan. Queríamos un nombre y ya lo tenemos.

El guerrero asintió y suspiró.

—Además, ese nombre lo hemos escuchado tanto tu hermana como yo. Somos dos personas de clanes diferentes que sabemos la verdad. ¿Crees que Rowan no nos creerá?

Sloan se encogió de hombros y se acercó a ella para estrecharla entre sus brazos.

—Ahora mismo, lo único que tengo claro es que te amo demasiado. Lo demás ha saltado por los aires…

Morag se dejó abrazar por él. Se sentía tan cansada que habían comenzado a temblarle las piernas. Estaba a punto de desmayarse y, aun así, se obligaba a seguir atenta a todo, a estar bien, a tener fuerza. Acababan de atacar el castillo y tenían que enterrar a muchos muertos.

—Por Dios, Morag, no me quiero imaginar lo que has debido de sentir con Ross cerca de ti después de todo lo que te hizo… ¿Cómo es posible que tengas esa fuerza de voluntad? Yo lo habría atravesado con mi espada en la primera reunión…

La joven se separó ligeramente.

—Creo que todo el control ha valido la pena. Si no, no te habría conocido.

Sloan sonrió ligeramente.

—Pero hemos tenido que perder tanto para llegar a este momento…

Morag puso las manos en su rostro.

—Piensas en Arran, ¿verdad?

El guerrero asintió.

—Veo mi reflejo en él. Lo va a pasar muy mal con la pérdida de Kester.

—Te tiene a ti para apoyarse. Solo tú lo puedes entender mejor que los demás.

Sloan la besó tiernamente y se separó de ella.

—Deberías ir a descansar. Yo iré a hablar con Rowan.

—Creo que es mejor que os ayude…

—¿Quieres desfallecer? Estás demasiado pálida, Morag. Tienes que descansar, por Dios.

La joven abrió la boca para quejarse, pero Sloan arqueó una ceja.

—Nunca te alejaría en algo así, pero vas a caer enferma. Lo sabes…

La joven suspiró y acabó asintiendo.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, te doy la razón. Me tiemblan demasiado las piernas y el costado me duele como nunca.

Sloan la besó tiernamente y se separó de ella. Ambos tomaron un rumbo

diferente y, mientras la joven se marchaba al dormitorio para reposar, Sloan se dirigió a buscar a Rowan. El castillo era un hervidero de gente. Los guerreros que habían quedado vivos se encontraban recogiendo los cuerpos de los que habían muerto. La sangre pululaba por todas partes y el hedor que comenzaba a penetrar por cada rincón de la fortaleza tardaría mucho en irse.

Sloan suspiró cuando encontró a Rowan y Alasdair hablando junto a la puerta de salida del castillo. Al llegar a ellos, puso escuchar de nuevo el lamento de Arran, que seguía en el centro del patio junto al cuerpo de Kester, ya que se negaba a que lo cargaran para enterrarlo al día siguiente, junto a los demás.

—Creo que necesitará mucha ayuda para sobreponerse a la muerte de Kester —murmuró Rowan con la mirada sobre Arran.

Sloan asintió.

—Es fuerte. Lo conseguirá, aunque al principio el dolor tomará el control de su vida.

Rowan lo miró.

—Lo entiendes demasiado, ¿verdad?

—Yo sentí lo mismo por Craig. Incluso hasta hace poco ese dolor seguía manejando mi vida, pero no he venido a hablar de eso ahora, sino de los Ross y la esposa de Alasdair.

Este arqueó una ceja.

—¿Ya te lo ha contado Cora?

Sloan frunció el ceño.

—¿Lo sabéis?

Rowan asintió.

—Me lo acaba de contar Alasdair y pienso lo mismo que él. No puede ser cierto. Su esposa seguiría viva si los atacantes fueran los Ross.

Sloan lo miró intentando calmarse.

—¿De verdad no vais a creer a Cora? ¿Qué ganaría ella al contar una mentira?

—Ella siempre ha odiado a Alasdair y a Lottie.

—¿Y? Eso no es concluyente, Rowan. Además, no solo es Cora la que lo

cuenta, Morag también está de acuerdo.

—Tu esposa despertó ayer, Sloan. O está desorientada o puede que se haya dejado llevar por Cora.

Sloan dio un paso atrás y los miró como si les hubieran salido dos cabezas.

—Ruairidh Ross es quien violó a Morag durante años y la obligó a trabajar en un burdel.

—Razón de más para aceptar los delirios de Cora —sugirió Rowan.

—¡Los que la atacaron cuando iba a su clan le confirmaron que era Ross! —insistió Sloan—. Rowan, ¿tanto dolor tienes que no quieres verlo?

—No se trata de dolor, Sloan, sino de ver lo que ha ido pasando en el clan. Los Ross nos entregaron a Lottie para aliarse con nosotros.

—Un truco perfecto para engañarnos. ¿De verdad no lo veis?

Alasdair chasqueó la lengua.

—Reconozco que casarme con esa muchacha no era mi sueño, pero siempre se portó con respeto y amabilidad. ¿Cómo iba a fingir tanto una persona?

—Morag aguantó la presencia de Ross en las reuniones. Te aseguro que hay personas que tienen demasiado aguante…

Rowan negó con la cabeza.

—No puedo aceptar esa versión, Sloan. No creo que hayan sido los Ross.

El guerrero miró a su hermano mayor con furia.

—Está claro que el dolor te ciega, hermano, porque has perdido totalmente la razón y la credibilidad como laird.

Rowan frunció el ceño.

—No vayas por ese camino, Sloan.

—Vete a la mierda —le espetó el guerrero antes de girarse y regresar por donde había venido.

La familia se había roto, sin duda. Si eso era lo que pretendían sus enemigos, claramente habían ganado la guerra.

CAPÍTULO 29

Sloan se sentía realmente iracundo en ese instante. Sorteó a la gente que había en medio del pasillo para dirigirse hacia las escaleras. Las subió de dos en dos y, en lugar de irse con Morag para intentar calmarse y hablar con ella sobre la obstinación de Rowan, se dirigió directamente hacia el dormitorio de Cora.

Cuando estuvo frente a la puerta, llamó con insistencia y tan solo escuchó un gruñido desde el interior que él interpretó como una señal para que abriera la puerta. El guerrero entró el dormitorio de la joven, que estaba tan desordenado como el resto del castillo. La ropa de esta se encontraba tirada a un lado y a otro de la cama, la chimenea estaba casi apagada, los sillones se encontraban patas arriba e incluso las sábanas de la cama estaban desgarradas.

Sloan cerró la puerta tras de sí y encaró a Cora, que lo miraba desde la jamba de la ventana con una ceja arqueada. Su rostro claramente denostaba duda por su presencia allí, por lo que rápidamente apartó la mirada para seguir observando el exterior. El día estaba llegando a su fin y la luz ya era escasa, pero aún podía seguir viendo el patio y lo que sucedía en él, aumentando el dolor de su alma.

—Si vienes a hacer leña del árbol caído, ya puedes dar media vuelta y marcharte, Sloan —le espetó al ver, de reojo, que el guerrero se acercaba a ella lentamente.

Su hermano negó con la cabeza y suspiró, apoyándose en el otro lado de la jamba. Cora lo miró de soslayo y apartó de nuevo la mirada.

—¿Qué quieres? Necesito estar sola.

Sloan la miró de arriba abajo. Era la primera vez que lo hacía en toda su vida, como si no hubiera reconocido a la joven como su hermana hasta ese instante. No se había dado cuenta de que Cora ya había entrado en la veintena de años y que había crecido en todos los ámbitos de su vida. Él nunca había sido un hombre que se fijara demasiado en la gente, pero desde que se había obligado a cambiar parecía ser más consciente de todas las cosas que lo rodeaban, como el crecimiento de su hermana.

Descubrió que las manos de Cora temblaban a pesar de que estaba cruzada de brazos e intentaba disimular. Su pecho subía y bajaba con cierta

congoja y sus ojos estaban tan abiertos que solo Dios sabría lo que la joven había visto mientras ellos estaban fuera de allí.

Sloan tragó saliva y carraspeó.

—Solo quiero preguntar cómo estás después de lo que ha pasado.

Cora lo miró y arqueó una ceja.

—No quiero tu lástima, Sloan.

—¿Tampoco mi apoyo?

La joven resopló y se encogió de hombros.

—¿Tú apoyándome? Nunca nos hemos llevado bien.

—Eres mi hermana.

—Esta familia se ha roto esta tarde, Sloan.

—Lo que siento por ti no se ha roto.

Cora lo miró y entornó los ojos.

—¿Y qué sientes? Porque si ahora mismo le pregunto a Arran me dirá que siente odio. Por mi culpa han matado a Kester.

Sloan negó con la cabeza.

—Yo sé lo que es cargar con culpa que no te pertenece, pero esa es otra conversación… Lo que siento por ti es orgullo, honrado por ser tu hermano, preocupación, admiración, fascinación, respeto, pero, sobre todo, amor.

Cora se quedó estupefacta al escucharlo y no pudo evitar arquear ambas cejas por la sorpresa.

—Jamás pensé que esa clase de palabras podrían salir de tu boca, Sloan —admitió—. Y menos que fueran dirigidas a mí.

—Bueno, yo nunca pensé que perdería el miedo a decirlas…

La joven lo miró largamente.

—¿Por qué me apoyas? Alasdair ya me ha dejado claro que he perdido el juicio y los Ross son unos santos…

Sloan sonrió con tristeza.

—Me temo que Rowan está de su parte. Te apoyo porque es la verdad. Ellos han matado a Kester y a madre, y estuvieron a punto de hacer lo mismo con Morag. Te creo, hermana, tan solo nos queda esperar a que los demás también lo hagan antes de que sea demasiado tarde.

Cora se encogió de hombros.

—Ya es demasiado tarde, Sloan. Esta familia se ha destruido. Venían a por mí, pero madre me obligó a esconderme en un pasadizo. Qué irónico, ¿no? Padre me enseñó a ser una guerrera, pero madre me obligó a ser una dama en apuros. Lo peor de todo es que no encajo ni en una ni en otra… No soy nada, Sloan. Tan solo una pieza en esta guerra que, de no haber nacido, nunca habría existido.

El guerrero le tomó una mano.

—No digas eso, Cora.

—No quiero victimizarme, Sloan, pero es la verdad. Todos me han intentado proteger y han acabado muertos. Tal vez vosotros seáis los siguientes si yo no hago nada.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—Luchar por la libertad y la paz de este clan.

—No puedes hacerlo sola.

—Ya me da igual, Sloan. Sé que estoy sola en esto. Sé que soy quien tiene que acabar con los Ross. Es la profecía, ¿no?

—Entonces, si quieres seguir la profecía, no estás sola.

Cora rio amargamente.

—Sí, claro. El gato mayor que nadie sabe quién es. Madre me dijo que ya lo conocía, pero que debía abrir los ojos. Por Dios, fue hermética hasta la muerte…

Sloan suspiró.

—Solucionaremos esto. Te lo juro.

—No, yo lo solucionaré. Hasta ahora los hemos buscado debajo de las piedras. Ya sabemos quiénes son. Ahora toca vengarse.

A primera hora del día siguiente, se produjo el entierro de todos los caídos durante el ataque de los Ross. La familia no se había atrevido a decir absolutamente nada antes de llegar al lugar asignado para el descanso eterno de sus familiares. No habían querido hacer mención alguna a los culpables de eso, pero todos en su cabeza pensaban en lo mismo.

Los guerreros del clan serían enterrados junto a los cuerpos del antiguo

laird, su esposa Amelia, Craig y Kester. La familia Chattan se encontraba junto a los cuerpos de su madre y su hermano. Arran se encontraba arrodillado frente a Kester, incapaz de soltar su cuerpo, mientras que los demás se encontraban de pie a un lado viendo cómo eran metidos en la tierra para ser enterrados.

Cora tenía un nudo en la garganta en ese momento, especialmente por la rabia de sentir que nadie la creía. Tenía la impresión de que todas las miradas estaban dirigidas a ella, pues era una de las pocas supervivientes de la matanza del día anterior y creía que pensaban que no tenía derecho a estar allí, viva.

Su hermano Rowan dedicó unas palabras a los muertos que la joven no pudo escuchar, pues su mente volvía una y otra vez al momento en el que el escuchó el ruido del portón al chocar contra el suelo.

A su lado, Morag no dejaba de mirarla de reojo. Se había colocado a su lado con toda la intención, para darle su apoyo no solo físico, sino también moral ante todo el peso que su cuñada portaba sobre sus hombros. No habían hablado, pero la sentía demasiado lejos de allí. Cora tenía los ojos perdidos, tanto o más que el propio Arran, que era incapaz de asumir la muerte de Kester.

Morag se acercó a ella con la intención de rozar su brazo para llamar su atención mientras Rowan hablaba, pero Cora mantuvo los ojos agachados, mirando los cuerpos de su madre y su hermano envueltos en seda blanca.

La joven respiró hondo y desvió su mirada hacia Sloan. Su esposo apenas había dormido durante la noche, y ella, a pesar del dolor y el cansancio, tampoco había podido hacerlo. No habían hablado al levantarse para ir al entierro de todos los muertos, pero no hacía falta. Tan solo se habían dado la mano antes de salir del castillo y aún no se habían soltado. Morag podía ver la emoción, la rabia y la pena en los ojos del guerrero, pero este no se atrevía a mostrarla a los demás, sino que mantenía un porte erguido y frío, como solía hacer frente a los demás. Y eso le recordó al Sloan que ella había conocido.

—Que sus almas reposen en paz y nos esperen al otro lado… —dijo Rowan para finalizar su discurso.

Morag apenas había reparado en él. Lo escuchaba de forma lejana, no solo con su interés puesto sobre Sloan o Cora, sino mirando hacia un lado y

a otro del valle que se extendía tras ellos, temerosa de volver a ser atacados. Los Chattan se habían sumido en una espiral de dolor por la pérdida de una madre y un hermano, además de los guerreros, y no estaban en condiciones de tomar todas las precauciones necesarias en esos momentos. Sin embargo, Morag se obligó a no dejarse llevar por la lástima y debía seguir siendo la guerrera fría que debía ser para protegerlos. Esa gente había sufrido lo indecible en el día anterior, así que ella debía cargar con el peso de mantenerse serena para evitar que volviera a ocurrir lo mismo.

Los hermanos comenzaron a descender el cuerpo de Amelia hacia la tierra, pero la voz de Cora se escuchó claramente en el silencio:

—Fueron los malditos Ross.

Rowan levantó la mirada hacia ella. Tenía el ceño fruncido y mostraba una expresión adusta en él que Morag había visto muy pocas veces, pues estaba destinaba a sus enemigos.

—No sigas por ahí, Cora. Los Ross son inocentes.

La joven apretó los puños y miró a Morag, buscando su ayuda.

—Entiendo que estés dolido por lo que ha pasado, pero ¿por qué demonios no quieres ver la verdad?

Rowan la miró entornando los ojos.

—Tú no te metas. Esto es algo entre mi familia y yo.

—¿Y qué se supone que soy? ¿La sirvienta? —preguntó Morag roja de ira, intentando contenerse por respeto a Sloan, que miró con auténtico odio a Rowan.

—Te agradecería que no le hablaras así a mi esposa —dijo entre dientes.

—Estamos en medio de un entierro —intervino Alasdair con voz suave y controlada—. ¿Podemos dejar la pelea para después?

Morag rechinó los dientes. Por primera vez desde que estaba en tierras Chattan la habían despreciado, asegurándole que no pertenecía a la familia a pesar de estar casada con Sloan, y eso le había dolido, pues le recordó que estaba sola en el mundo y que realmente no pertenecía a ningún lugar.

A pesar de que uno de los cometidos de Sloan era enterrar también a su hermano Kester, el guerrero se quedó al lado de Morag, mostrándole a Rowan su desacuerdo en ese instante por su negativa a creer a su esposa y a Cora. Ambos hermanos mayores se miraron entre ellos y se retaron con la

mirada. Rowan entornó los ojos, pero se mantuvo callado.

Por su parte, Sloan lo miraba por encima del hombro. A pesar de que siempre habían estado uno al lado del otro y este era su segundo al mando, Sloan tenía la impresión de que se había roto algo entre ellos cuando Rowan se dejó cegar por el dolor en lugar de querer escucharlos.

Los Ross habían hecho un buen trabajo. No solo habían matado a algunos miembros de la familia Chattan y los habían llevado a la guerra. También habían provocado que la guerra se sirviera entre ellos por su diferencia de pensamientos respecto a los culpables.

Sloan apretó la mano de Morag. Sin lugar a dudas, la guerra había dividido a los Chattan. Los había matado, separado, pero, sobre todo, arrasado. Y así serían aún más fáciles de derrotar.

Sloan y Morag lo sabían. Por eso, se miraron entre ellos con preocupación. Sabían que ahora era cuando empezaba la guerra de verdad. Tan solo les quedaba rezar para que nadie más acabara muerto.

Esa misma noche, tras haber evitado reunirse con el resto de la familia, Sloan y Morag se encontraban en su dormitorio. Estaban sentados en los sillones frente a la chimenea, disfrutando de una copa de vino con la intención de calmar sus nervios. Morag se encontraba más repuesta después de la brutal paliza, por lo que había aguantado más tiempo levantada y sin necesidad de descansar.

Sloan, sin embargo, se veía más cansado que nunca. Ese día parecía haber envejecido diez años después de la pelea con su hermano en el entierro de su madre y hermano. Aún no podía creer que Rowan hubiera dicho aquellas palabras a Morag, y entre ellos todavía no lo habían hablado.

—Sabes que me importa una mierda que tu hermano Rowan me considere o no de la familia.

Aquellas palabras hicieron que Sloan levantara la mirada del fuego.

—¿Cómo sabes que estaba pensando en eso?

—Te conozco.

—No ha debido decir eso. Eres de la familia desde el momento en el que te casaste conmigo. Lo has demostrado con creces. Te metiste en el corazón de un clan enemigo para averiguar si ellos eran quienes estaban detrás de

Cora. Y has luchado por nosotros. ¿Por qué demonios ha dicho eso?

—Ha sido fruto de su dolor. Estoy segura de que Gillian después a hablado con él.

—Espero que no vuelva a repetir algo así o nos iremos del castillo.

Morag suspiró y alargó una mano para tocarlo.

—Creo que todos debemos relajarnos y pensar fríamente. Nos estamos dejando arrastrar por el huracán que ha levantado Ross con este ataque. Quería rompernos, y lo ha conseguido. Si tu hermano no nos cree, debemos hacer nosotros algo para lograr acabar con Ross.

—No tenemos las fuerzas que se necesitan para atacar a un clan.

Morag sonrió de lado y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—Hombre de poca fe… ¿Recuerdas que antes de casarme contigo pertenecía a un clan que se llamaba MacBean?

La sonrisa de la joven aumentó al ver la mirada de Sloan.

—Mañana mismo pienso escribir a Jacob para contarle todo. Él podría ayudarnos. Si Rowan no quiere ir a por Ross, lo haremos los MacBean.

—Te olvidas de los Comyn…

Morag chasqueó la lengua.

—Ahí sí que no podemos entrar porque es el hermano de Gillian. Cora dijo que era un traidor, pero no podemos lanzarnos contra los Comyn sin echarnos encima a tu hermano Rowan. Además, no sabemos hasta qué punto están metidos en esto. Tal vez no todo el clan está de acuerdo. Puede que incluso el traidor sea únicamente el hermano de Gillian y el resto de sus hombres no sepa nada…

Sloan asintió.

—Se ha puesto todo demasiado turbio, Morag.

—Nada nuevo. ¿Esperabas que esto iba a ser fácil?

—Esperaba encontrarlo, matarlo y que todo acabara sin llegar a marchar a la guerra.

Morag asintió.

—La vida es un camino de rosas, pero estas tienen espinas. A veces, te hieren; otras, te envenenan, pero en muchas ocasiones el sol alumbra el

camino y puedes ver con claridad para evitar clavártelas. Todo saldrá bien. Incluso tu relación con Rowan. Ahora mismo está ciego por el dolor, y es normal. Llegaremos a convencerlo antes de marchar a la guerra.

Sloan asintió y suspiró. Se levantó de la silla y se arrodilló frente a Morag. Puso las manos en los muslos de la joven y levantó la cabeza hacia ella. Después de todo lo que había pasado, necesitaba sentirla más que nunca. Quería besarla, acariciarla, abrazarla… cualquier cosa le valía si con ello podía tenerla junto a él todo lo que pudiera. Aún sentía miedo al pensar en que, si Morag no se hubiera levantado de la cama el día anterior, habría acabado muerta como los demás. Era un pensamiento que no había dejado de tener un minuto tras otro, pero que no se había atrevido a poner en palabras.

Morag sonrió y alargó una mano para sostener su rostro. Bajó la cabeza y lo besó:

—Quédate conmigo, Morag —le pidió.

—Estoy aquí ahora, Sloan —aseguró la joven.

—Me refiero cuando pasen los meses y llegue la hora de romper el matrimonio. No regreses al clan MacBean. Sé mía para siempre: aquí, en tu clan, donde sea… quédate a mi lado…

La joven lo besó de nuevo y lo obligó a levantarse con ella. Lo empujó suavemente hacia la cama y lo abrazó tumbada sobre esta.

—No pienso dejarte nunca, Sloan. Ni ahora, ni cuando pasen los meses, ni después de esta guerra… Me ha costado encontrarte. Y ahora que tengo un lugar al que llamar hogar, no voy a irme.

Sloan la miró con el temor reflejado en los ojos.

—Lucharé hasta mi último aliento para que tengas un hogar lleno de paz, Morag, donde nadie más te haga daño.

La joven sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Ya lo tengo. Tan solo hace falta pulir algunas cosas. Nada más…

Sloan la besó y acarició su mejilla.

—Te amo, Morag MacBean.

—Y yo a ti, Sloan Chattan. Eres el hombre que nunca creí encontrar.

Ambos se sonrieron y sostuvieron la mirada.

—¿Juntos en esta guerra?

El guerrero asintió.

—Hasta que acabe la eternidad.

Sloan la cubrió con su cuerpo y comenzó a desnudarla con sumo cuidado. Quería demostrarle hasta dónde llegaban sus palabras, pues él no hacía juramentos en vano, y la amaba tanto que necesitaba dejarle claro que no era solo algo pasajero, sino que por fin se había atrevido a dejar la frialdad a un lado para vivir la vida intensamente.

Nadie más podía imaginar hasta dónde llegaba su amor, ni siquiera ella, por eso quería demostrarle todo lo que sentía, al menos mientras durara la paz. Y cuando llegara el momento de ir a la guerra, quemaría el mundo para evitar que hicieran daño a Morag nuevamente. Y después, lanzaría a las llamas a todo aquel que se hubiera atrevido a tocarle un solo centímetro de piel. Morag era su esposa. Suya. Y él estaba dispuesto a vengarse por cada gota de sangre que la joven había derramado por culpa de otros.

Sin embargo, mientras tanto, le hizo el amor suavemente y le dijo que la amaba hasta la saciedad.

EPÍLOGO

En el momento en el que Cora supo que toda su familia se había ido a dormir, o al menos a intentarlo, y todo se había quedado en completo silencio, salió de su dormitorio. Desde que habían enterrado a los muertos, la joven no había salido de su habitación y sentía que necesitaba unos momentos a solas en el castillo para volver a ser ella misma sin el juicio de alguien.

Descalza y con el camisón puesto, la joven subió a lo más alto de la torre. Sus pies no se escuchaban en medio del pasillo vacío, por lo que podía ir tranquila. Cuando llegó arriba y el frío de la noche le dio de lleno en el cuerpo, ni siquiera fue capaz de sentirlo. Al contrario, tenía la impresión de que su cuerpo iba a echar a arder en cualquier momento debido a la ira que habitaba en su interior.

Sentía que el día anterior no solo había perdido a su madre y su hermano sin que ella pudiera hacer nada, sino también al resto de su familia, sintiéndose más sola que nunca.

El pelo ondeaba con el viento, reflejando en la oscuridad rayos de fuego, el mismo que ella sentía en su cuerpo. Sin saberlo, los Ross habían despertado a la bestia que habitaba dentro de ella y esta vez no pensaba acallarla.

Los ojos verdes de Cora se dirigieron hacia el negro cielo al tiempo que una de sus manos también se elevaba. La otra, con la que portaba una daga, brilló en la oscuridad de la noche cuando la llevó hacia su otra mano.

—En este momento, hago un juramento de sangre a todos mis antepasados muertos. Lucharé hasta el final para acabar con las personas que os han hecho daño y, si caigo en la batalla, jamás recojáis mi espíritu, pues no seré merecedora de ello. Aceptaré caer en la más absoluta oscuridad de mi alma por haber fallado a todos.

La sangre brotó de la herida que la joven acababa de abrirse en la mano. La determinación con la que pronunció aquellas palabras caló en lo más hondo de su propio pecho. Ya no tenía miedo, ya no sentía culpa, ni siquiera le importaba lo que Rowan o Alasdair pudieran pensar de ella. En su corazón y en su alma solo quedaba un sentimiento que había ganado terreno a los demás: el más absoluto e innegable deseo de venganza.

—Preparaos, enemigos, porque habéis despertado a la bestia.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
EPÍLOGO